

De la autora de *Olive Kitteridge*, PREMIO PULITZER / PREMIO LLIBRETER

Elizabeth Strout

# Amy e Isabelle



# Sinopsis

Primera novela de la autora de *Olive Kitteridge*, ahora rescatada después del premio Llibreter 2010.

Después de obtener el premio Pulitzer y el premio de los librereros en Cataluña e Italia con *Olive Kitteridge*, Elizabeth Strout regresa las librerías españolas con *Amy e Isabelle*. Con compasión, amor y agudeza, Strout explora aquí los secretos de la sexualidad que ponen en peligro el amor entre una madre y una hija. Amy Goodrow, una tímida estudiante de secundaria que vive en un pueblo industrial de Nueva Inglaterra, se enamora de su profesor de matemáticas y juntos cruzan la frontera de la fantasía. El hallazgo de esta trasgresión física y emocional preocupa a la madre de Amy ya que Isabelle acrecienta la vergüenza que siente hacia su propio pasado. *Amy e Isabelle* ilumina los grandes y pequeños dramas que tienen lugar en el pueblo de Shirley Falls.

Título Original: *Amy and Isabelle*  
Traductor: Juan Tafur  
© 1998, Strout, Elizabeth  
© 2001 El Aleph Editores  
ISBN: 9788476699812  
Generado con: QualityEbook v0.72

Elizabeth Strout  
**Amy e Isabelle**

Éste es un libro de ficción. Los nombres, personajes, lugares y anécdotas son producto de la imaginación del autor y tienen carácter ficticio. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, acontecimientos históricos y lugares existentes es pura coincidencia.

*Para Zarina*

# *Uno*

El verano en que Mr. Robertson se fue del pueblo hacía un calor terrible, y durante largo tiempo el río pareció muerto. Sólo una culebra muerta y marrón que se extendía por el centro del pueblo, amontonando sucia espuma amarilla en las orillas. Los extraños que pasaban por la autopista cerraban las ventanillas ante aquel nauseabundo olor a azufre, asombrados de que alguien pudiera vivir con semejante hedor saliendo del río y del antiguo molino. Pero la gente que vivía en Shirley Falls estaba acostumbrada, y aun en medio del calor sólo lo notaba al despertar; no, no les molestaba particularmente el olor.

Lo que molestaba a la gente ese verano era que el cielo nunca fuera azul, que una venda de gasa sucia cubriera el pueblo, absorbiendo los rayos del sol que intentaban filtrarse hasta abajo, bloqueando lo que daba a las cosas su color, y dándole al aire un aspecto vago y plano: eso fue lo que disgustó ese verano a la gente y acabó por inquietarla. Y había más: río arriba, las cosechas no marchaban bien: las judías se marchitaban en sus tallos antes de crecer y las zanahorias no eran más grandes que los dedos de un niño; y, aparentemente, dos ovnis habían sido vistos al norte del estado. Se rumoreaba que el gobierno había enviado gente a investigar.

En la oficina de la fábrica que ocupaba el viejo molino, donde un puñado de mujeres pasaba los días separando pedidos, archivando copias y fijando sellos con un golpe de puño en sus sobres, se habló durante un tiempo con inquietud. Algunas pensaban que iba a llegar el fin del mundo, e incluso las que no iban tan lejos admitían que quizá no había sido buena idea enviar hombres al espacio, que nada se nos había perdido, realmente, allá en la luna. Pero el calor era implacable y los ventiladores que repiqueteaban en las ventanas parecían no servir de nada; finalmente, las mujeres se quedaron sin aire, sentadas en sus grandes escritorios de madera con las piernas separadas, apartándose el pelo de

la nuca. «¿Puedes creerlo?» era todo lo que al cabo de un tiempo conseguían decir.

Un día, el jefe, Avery Clark, las envió más temprano a casa, pero luego vinieron días aún más calurosos sin que se hablara de salir antes, así que aparentemente no ocurriría otra vez. Se suponía que debían sentarse allí y sufrir, y sufrían, porque la oficina retenía el calor. Era una habitación grande, de techo alto y suelos de madera. Los escritorios estaban alineados de dos en dos, unos frente a otros, a lo largo de toda la habitación. Las paredes estaban cubiertas de archivadores metálicos, y encima de uno había una yedra recogida y enroscada como un cacharro de arcilla hecho por un niño, aunque alguna rama que se había escapado colgaba casi hasta el suelo. Era la única cosa verde en la habitación. Las cintas y las escasas begonias abandonadas en los alféizares se habían vuelto todas de color marrón. De vez en cuando, el aire caliente que removían los ventiladores arrastraba por el suelo una hoja muerta.

En medio de este paisaje de desidia, una mujer se distinguía de las demás. Para ser exactos, se sentaba aparte de las demás. Su nombre era Isabelle Goodrow, y, como era la secretaria de Avery Clark, su escritorio no estaba frente al de nadie. Estaba ante de la oficina del propio Avery Clark, un armazón de tabiques de madera y grandes paneles de vidrio concebido para que vigilara a sus empleadas, aunque rara vez levantaba la mirada del escritorio, y que era conocido como «la pecera». Ser la secretaria del jefe situaba a Isabelle Goodrow en una categoría aparte de las otras mujeres de la habitación, pero, en todo caso, ella era diferente. Por ejemplo, siempre iba impecablemente vestida, y llevaba medias incluso en medio de aquel calor. A primera vista, parecía guapa, pero si se la miraba con detenimiento se veía que no era para tanto y su belleza no pasaba de ser corriente. Su pelo desde luego era corriente: fino, castaño oscuro, recogido en un moño a la francesa. Este peinado la hacía parecer más vieja y le daba un aire de maestra de escuela. Sus pequeños ojos oscuros tenían una expresión constante de sorpresa.

Mientras que las otras mujeres tendían a suspirar y a dar paseos de ida y vuelta hasta la máquina de bebidas, quejándose de tener dolor de espalda y los pies hinchados, aconsejándose unas a otras no quitarse los zapatos porque ni en cien años podrían volvérselos a poner, Isabelle Goodrow permanecía bastante quieta. Se sentaba en su escritorio, con las rodillas juntas y los hombros echados hacia atrás, y mecanografiaba a ritmo regular. Su cuello era un poco extraño. Para una mujer menuda, resultaba demasiado largo, y se parecía al cuello del



cisne que aquel verano había aparecido en el río, flotando en absoluta quietud junto a la espuma de la orilla.

O, al menos, eso pensaba su hija, Amy, una chica que ese verano había cumplido los dieciséis años, a la que desde hacía algún tiempo le disgustaba ver el cuello de su madre (ver a su madre, y punto) y a la que el cisne no había conmovido en absoluto. En muchos sentidos, Amy era distinta a su madre. Mientras que el pelo de ésta era fino y deslucido, Amy tenía el cabello grueso, vetado de rubio. Aun en aquel momento que lo llevaba corto, cortado al azar por debajo de las orejas, se notaba que era fuerte y saludable. Y Amy era alta. Tenía manos grandes y pies largos. Sin embargo, sus ojos, más grandes que los de su madre, tenían la misma expresión de sorpresa, y esta mirada asustada podía incomodar a la gente cuando la miraba a los ojos. Pero Amy era tímida, y rara vez miraba a los ojos durante mucho rato. Solía lanzar más bien miradas rápidas antes de volver la cabeza. Y no sabía qué impresión causaba en los demás, si causaba alguna, aunque en el pasado se había estudiado con detalle en todos los espejos que tenía a mano.

Pero aquel verano Amy no se miraba en los espejos. De hecho, los evitaba. Habría querido evitar también a su madre, pero era imposible, ya que ambas trabajaban en la oficina. Su madre y Avery Clark habían llegado a ese acuerdo para el verano meses atrás, y, aunque le dijeran que debía estar agradecida por el empleo, Amy no lo estaba. Era un empleo tedioso. Tenía que teclear en una calculadora la última columna de cifras de los pedidos color naranja apilados en su escritorio, y lo único bueno era que su mente a veces se iba a dormir.

El verdadero problema, claro, era que ella y su madre estaban todo el día juntas. Amy sentía que las conectaba una línea negra, no mayor que un trazo a lápiz, tal vez, pero una línea que siempre estaba ahí. Si una de ellas abandonaba la habitación, si, digamos, iba al lavabo o a beber agua en el pasillo, la línea negra permanecía inalterada; simplemente, atravesaba la pared y seguía conectándolas. Ambas lo soportaban lo mejor que podían. Por lo menos, sus escritorios quedaban bastante alejados, no uno frente al otro.

Amy se sentaba en el rincón, en el escritorio frente a Fat Bev (*La Gorda Bev*). Era el puesto habitual de Dottie Brown, pero aquel verano Dottie Brown se recuperaba en casa de una histerectomía. Cada mañana, Amy observaba mientras Fat Bev medía su fibra de psilio y la revolvía con vehemencia dentro de un cartón de zumo de naranja. «Tienes suerte —le decía Fat Bev—. Joven, sana y todo lo demás. Te apuesto a que ni siquiera piensas en tus tripas». Amy,

avergonzada, volvía la cabeza.

Fat Bev encendía siempre un cigarrillo en cuanto acababa con el zumo de naranja. Años más tarde, la ley le prohibiría fumar en el trabajo, y Fat Bev subiría otros cinco kilos y se jubilaría, pero entonces aún tenía libertad para fumar con avidez y expulsar el humo despacio, hasta aplastar la colilla en el cenicero de cristal y decirle a Amy: «Ese era el truco, arrancó el motor». Entonces, le hacía un guiño, levantándose del asiento con esfuerzo, y remolcaba su enorme persona hacia el lavabo.

Era interesante, en verdad. Amy nunca había oído decir que fumar lo hiciera ir a uno al lavabo. No era así cuando ella y Stacy Burrows fumaban en el bosque, detrás de la escuela. Y tampoco había pensado que una mujer adulta pudiera hablar con tanta soltura de sus tripas. Esto, en particular, la hacía consciente de que su madre y ella no vivían como el resto de la gente.

Fat Bev volvió del lavabo y se sentó con un suspiro, arrancando motas minúsculas del escote de su vasta blusa sin mangas.

—Pues bueno —dijo, cogiendo el teléfono, con media luna húmeda de tela de color azul claro bajo la axila—, creo que voy a llamar a la vieja Dottie.

Fat Bev llamaba a Dottie Brown todas las mañanas. Esta vez marcaba el teléfono con la punta de un lápiz, acunando el auricular entre el cuello y el hombro.

—¿Todavía sangras? —preguntó, tamborileando en el escritorio con sus uñas rosa, que parecían discos rosados incrustados en la carne. Eran rosa sandía: Amy había visto el frasco de esmalte—. ¿Estás tratando de batir un récord o qué? No importa, no te des prisa en volver. Nadie te echa de menos. —Fat Bev se abanicó con una revista de cosméticos Avon y se recostó contra el respaldo haciendo crujir la silla—. En serio, Dot. Es mucho más agradable mirar la cara dulce de Amy Goodrow que oírte hablar todo el santo día de tus cólicos. —Le hizo un guiño a Amy.

Amy apartó la mirada y tecleó un número en la calculadora. Era amable por parte de Fat Bev, pero por supuesto que no era verdad. Fat Bev echaba mucho de menos a Dottie. Y ¿por qué no? Habían sido amigas desde siempre, habían estado sentadas en aquella oficina más tiempo del que Amy llevaba viva, aunque en su mente esto fuera inconcebible. Además, a Fat Bev le encantaba hablar. Se lo decía a sí misma. «No puedo estarme callada ni cinco minutos», decía, y Amy, controlando un día el reloj, había comprobado que era cierto. «Necesito hablar —explicaba Fat Bev—. Es una cosa física». Aparentemente tenía razón. Daba la

impresión de que necesitaba hablar sin pausa, y consumir también sin pausa cigarrillos y caramelos Life Savers, y Amy, que le tenía mucho cariño, temía desanimarla con su silencio. Sin acabar de formular la idea, culpaba a su madre, la cual tampoco era muy habladora. Había que verla allí tecleando todo el día, sin acercarse al escritorio de nadie a preguntar cómo iba todo ni a quejarse del calor. Tenía que saber que la consideraban una esnob. Y debían de pensar lo mismo de ella porque era su hija.

Pero Fat Bev no parecía en absoluto desanimada con Amy en el rincón. Colgó el teléfono, se inclinó hacia delante y le susurró en tono confidencial que la suegra de Dottie Brown era la mujer más egoísta del pueblo. Dottie había tenido un antojo de ensaladilla de patatas, lo cual era muy buen síntoma, y cuando se lo había mencionado a su suegra, que, como sabía todo el mundo, hacía la mejor ensaladilla de los alrededores, Bea Brown le había sugerido que se levantara de la cama y fuera ella misma a pelar patatas.

—Es terrible —manifestó Amy con sinceridad.

—Ya lo creo. —Fat Bev se arrellanó en la silla y bostezó, dándose palmaditas en la papada mientras se le aguaban los ojos—. Cariño —dijo, asintiendo con la cabeza—, tú cástate con un hombre sólo si su madre está muerta.

El comedor de la fábrica era un lugar sucio y destartalado. A lo largo de una pared había máquinas expendedoras, y a lo largo de otra un espejo con una grieta; el linóleo se desprendía de las mesas, que se juntaban aleatoriamente a medida que las mujeres se acomodaban, desplegando bolsas de papel, latas de refresco y ceniceros, y desenvolviendo sandwiches envueltos en papel parafinado. Como cada día, Amy se sentó lejos del espejo.

Isabelle estaba en la misma mesa, y negaba con la cabeza escuchando la historia del atroz comentario que Bea Brown le había hecho a Dottie. Arlene Tucker dijo que tal vez era cosa de hormonas, que si miraban con cuidado verían que Bea Brown tenía barba, y, en opinión de Arlene, las mujeres así tendían a ser desagradables. Rosie Tanguay dijo que el problema de Bea Brown era que no había trabajado un día en su vida, y las conversaciones se dispersaron en pequeños grupos, voces erráticas que hablaban a la vez. Una historia discurría entre risotadas, otra entre suspiros de sorpresa.

Amy se divertía. Lo encontraba todo interesante, aun la historia de la nevera estropeada: dos litros de helado de chocolate derretidos en el fregadero, que se habían agriado y a la mañana siguiente hedían como el infierno. Las voces eran agradables, consoladoras. En silencio, Amy miraba una cara y luego otra. Las mujeres no entablaban conversación con ella, por deferencia o porque les faltaban las ganas, pero ella tampoco se sentía excluida. Su mente quedaba en libertad. Por supuesto, habría disfrutado más si su madre no hubiese estado allí, pero la amable conmoción del comedor les daba a ambas un respiro mutuo, aunque la línea negra siguiera revoloteando por ahí.

Fat Bev oprimió un botón de la máquina de refrescos y una lata de Tab rodó estrepitosamente hasta abajo. Dobló su enorme cuerpo para recogerla.

—Tres semanas más y Dottie puede tener relaciones —dijo. La línea negra se tensó entre Amy e Isabelle—. Ella preferiría que fueran tres meses. —En aquel momento la lata de gaseosa se abrió con un pequeño estallido—. Pero me imagino que Wally se está poniendo irritable a fuerza de mascar el freno.

Amy engulló la corteza de su sándwich.

—Hay que decirle que tenga cuidado —dijo alguien, y hubo risas.

El pulso de Amy se aceleró, y el sudor asomó sobre sus labios.

—Una se queda seca después de la histerectomía, eso se sabe —comentó Arlene Tucker asintiendo con la cabeza de forma significativa.

—A mí no me pasó.

—Porque no te extrajeron los ovarios. —Arlene asintió otra vez: era una mujer que creía en sus opiniones—. A Dot le sacaron de un tirón todo el asunto.

—Uy, mi madre se puso como loca con los sofocos —dijo alguien y, por fortuna, el irritable Wally quedó atrás. Amy sintió el pulso más lento, la cara más fresca en medio del calor. Después se habló de sofocos y de ataques de llanto.

Isabelle envolvió el resto de su sándwich y lo volvió a poner en su bolsa del almuerzo.

—Hace demasiado calor para comer —le susurró a Fat Bev, y fue la primera vez que Amy la oyó hablar del calor.

—Ay, Jesús, eso estaría bien. —Bev ahogó una risa, que dilató su gran pecho—. Yo nunca tengo demasiado calor para comer.

Isabelle sonrió y sacó un lápiz de labios del bolso.

Amy bostezó. De pronto estaba exhausta; habría podido poner la cabeza allí en la mesa y caer dormida.

—Cariño, tengo curiosidad. —Fat Bev acababa de encender un cigarrillo y

observaba a Amy a través del humo. Se quitó del labio una brizna de tabaco y la miró antes de tirarla al suelo—. ¿Cómo es que decidiste cortarte el pelo?

La línea negra vibró y zumbó. Sin querer, Amy miró a su madre. Isabelle se estaba poniendo el pintalabios ante un espejito de mano, con la cabeza algo inclinada hacia atrás, y la mano que sostenía la barra se detuvo.

—Te queda bien —añadió Bev—, perfecto. Sólo me entró curiosidad. Con una melena como la tuya.

Amy volvió la cara hacia la ventana, tocándose la punta de la oreja. Las mujeres arrojaban bolsas de papel en la basura, se sacudían migas del vientre, bostezaban con los puños delante de la boca, poniéndose de pie.

—Te sentirás más fresca —dijo Fat Bev.

—Sí. Mucho más fresca.

Amy miró a Bev y apartó la mirada.

Fat Bev suspiró ruidosamente.

—Bueno, Isabelle —dijo—. Vamos. De vuelta a las minas de sal.

Isabelle estaba apretando los labios; cerró de golpe el bolso.

—Así es —dijo, sin mirar a Amy—. En este mundo no hay descanso, ya lo sabes.

Sin embargo, Isabelle tenía su historia. Y años antes, cuando había ido al pueblo a alquilar la vieja cabaña de los Crane en la carretera 22 para instalarse allí con sus pocas posesiones y su pequeña hija, una niña seria de pelo claro y ensortijado, había despertado curiosidad en la Iglesia congregacionista, y también entre las mujeres a las que se había unido en la oficina de la fábrica.

La joven Isabelle no era muy comunicativa. Sólo dijo que su esposo estaba muerto, al igual que sus padres, y que se había mudado río abajo a Shirley Falls para tratar de ganarse la vida. Nadie sabía mucho más. Unos pocos notaron que al llegar al pueblo llevaba anillo de boda y que al cabo de un tiempo no se lo había vuelto a poner.

No hacía muchos amigos. Tampoco se buscaba enemigos, aunque era una empleada concienzuda y en consecuencia había conseguido varios ascensos. En cada ocasión, se habían oído quejas en la oficina, sobre todo la última vez, cuando se había situado muy por encima de las demás al convertirse en la secretaria personal de Avery Clark. Pero nadie le deseaba ningún mal. Se habían

hecho bromas, comentarios, a veces a sus espaldas, acerca de que necesitaba un buen revolcón en la paja para soltarse, pero habían disminuido con el paso de los años. A esas alturas, era como de la familia. El temor de Amy de que la consideraran una esnob no estaba muy justificado. Las mujeres chismorreaban en efecto las unas de las otras, pero Amy era demasiado joven para entender que los lazos casi familiares que las unían entre sí se extendían a su madre.

Sin embargo, nadie habría dicho que conocía a Isabelle. Y con seguridad nadie habría adivinado que la pobre vivía entonces un infierno. Si parecía más delgada, algo más pálida, bueno, era porque hacía un calor espantoso. El tiempo estaba tan caluroso que, incluso en aquel momento, al final del día, el alquitrán despedía calor mientras Amy e Isabelle atravesaban el aparcamiento.

—Buenas noches a ambas —les dijo de lejos Fat Bev, descargando su cuerpo dentro del coche.

En el alféizar de encima del fregadero, los geranios retoñaban rojos y brillantes, grandes como pelotas de béisbol, pero otras dos hojas se habían puesto amarillas. Isabelle dejó caer las llaves en la mesa y fue a arrancarlas. Si hubiera sabido que el verano sería tan terrible, no se habría molestado en comprar geranios. No habría llenado de petunias las jardineras de la fachada ni habría sembrado balsaminas, caléndulas y tomates en el jardín de atrás. En cuanto las flores se ponían mustias, experimentaba una sensación de fatalidad. Tocó la tierra de la maceta y la encontró demasiado húmeda; de hecho, lo que los geranios necesitaban era un sol brillante, y no aquel calor pegajoso. Dejó caer las hojas en el cubo que había bajo el fregadero y se apartó para que pasara Amy.

Esta vez era Amy quien preparaba la cena. En los viejos tiempos (Isabelle se refería mentalmente con esta frase a sus vidas antes de aquel verano), solían turnarse, pero después todo quedaba a cargo de Amy. Era un acuerdo tácito: lo mínimo que Amy podía hacer era abrir una lata de remolachas y freír hamburguesas en una sartén. En aquel mismo momento, abría despacio los armarios y hundía un dedo ocioso en la carne de las hamburguesas.

—Lávate las manos —dijo Isabelle, y pasó de largo junto a ella hacia las escaleras.

Pero el teléfono arrinconado en una esquina de la encimera empezó a sonar, y ambas sintieron un ímpetu de alarma. También cierta esperanza: a veces pasaban días enteros sin que sonara.

—¿Hola? —dijo Amy, e Isabelle se detuvo con un pie en el escalón.

—Ah, hola —dijo Amy. Cubrió el micrófono con la mano y dijo sin mirar a

su madre—: Es para mí.

Isabelle subió despacio la escalera.

—Sí —oyó que decía Amy. Y luego más bajo—: ¿Qué tal está tu perro?

Isabelle subió sin ruido a su habitación. ¿A quién conocía Amy que tuviera un perro? La habitación, encajonada bajo el alero de la casa, era asfixiante a esa hora del día, pero cerró la puerta con estrépito para que su hija alcanzara a oír: «Mira como te doy intimidad».

Amy, enroscándose en el brazo el cable del teléfono, oyó que la puerta se cerraba y entendió el mensaje; pero sabía que su madre sólo quería quedar bien, anotarse uno o dos puntos fáciles.

—No puedo —dijo Amy al teléfono, mientras aplanaba con una mano la carne de las hamburguesas. Y luego—: No, todavía no se lo he contado.

Isabelle, apoyada contra la puerta de su habitación, no sentía que estuviera espionando. Más bien, se encontraba demasiado agitada para lavarse la cara o cambiarse de ropa mientras Amy estaba al teléfono. Pero Amy no parecía decir gran cosa, y al cabo de unos momentos Isabelle la oyó colgar. Luego oyó un ruido estridente de ollas y sartenes y entró en el cuarto de baño a ducharse. Después diría sus oraciones y bajaría a cenar.

Aunque, en realidad, Isabelle estaba desanimándose con el asunto de las oraciones. Era consciente de que a su edad Cristo ya había ido a la cruz y había padecido el martirio con resignación mientras le mojaban los labios con vinagre, tras haberse armado de valor en el monte de los Olivos. Pero ella, allí en Shirley Falls, pese a que había sufrido su propia traición de Judas a manos de su hija, pensó, mientras se espolvoreaba talco de bebé sobre los pechos, no tenía a mano ningún olivar, y tampoco se sentía muy valiente. Tal vez ni siquiera le quedara fe. Tenía dudas, aquellos días, acerca de si a Dios le importaba su crítica situación. Era un sujeto elusivo, ajeno a lo que otros dijeran.

En el *Reader's Digest* decían que uno aprendía a rezar a fuerza de perseverancia, pero Isabelle se preguntaba si el *Reader's Digest* no tendía a simplificar las cosas. Había disfrutado de aquellos artículos, «Soy el cerebro de Joe», «Soy el hígado de Joe», pero el de «Rezar: la perfección a través de la Práctica», si uno lo pensaba, era en realidad un poco banal.

Después de todo, lo había intentado. Había intentado rezar durante años, y volvería a intentarlo en un momento, tendida sobre la colcha blanca, con la piel húmeda tras la ducha, cerrando los ojos bajo el techo bajo y blanco, pidiendo Su amor. Pide y se te concederá. Era un asunto complicado. No quería pedir algo

errado, llamar a la puerta equivocada. No quería que Dios pensara que era una egoísta que pedía cosas, como los católicos. El esposo de Arlene Tucker había ido a misa específicamente para pedir un coche nuevo, y a Isabelle le parecía aterrador. Si iba a ser específica no pediría un vulgar coche: pediría un marido, o una hija mejor. Salvo que no lo haría, claro. Por favor Dios, mándame un marido, o al menos una hija que pueda aguantar. No, se acostaría sobre la colcha y rezaría pidiendo la guía y el amor de Dios, y trataría de darle a entender que estaba disponible si El quería enviar una señal. Pero, en medio del calor del pequeño dormitorio, no sentía nada aparte de las gotas de sudor otra vez sobre el labio, bajo las axilas. Estaba cansada. Dios estaría cansado también. Se sentó y se envolvió en su albornoz, y bajó a la cocina a cenar con su hija.

Era difícil.

Por lo general, evitaban mirarse a los ojos, y Amy no parecía echar en falta los deberes de una conversación. «Está extraña, mi hija». Podía ser un título en el *Reader's Digest*, si de hecho el artículo no había sido escrito ya, y tal vez lo había sido, porque a Isabelle le resultaba familiar. Bueno, no iba a pensar más, no soportaba pensar más. Acarició la jarrita de porcelana Belleek que tenía delante en la mesa, delicada, reluciente, como una concha, la jarrita que había pertenecido a su madre. Amy la había llenado de crema de leche para el té; a Isabelle le gustaba beber té con las comidas aunque hiciera calor.

Isabelle, incapaz de reprimir la curiosidad y diciéndose que al fin y al cabo tenía todo el derecho a saber, dijo finalmente:

—¿Con quién hablabas por teléfono?

—Stacy Burrows —contestó Amy en tono categórico, antes de llevarse a la boca un trozo de hamburguesa.

Isabelle cortó en el plato una remolacha, tratando de recordar la cara de aquella Stacy.

—¿La de ojos azules?

—¿Qué?

—¿Es la chica pelirroja de ojos azules?

—Supongo.

Amy frunció levemente el entrecejo. La fastidiada la manera en que su madre inclinaba la cara al final del largo cuello, como una especie de culebra. Y no le gustaba el olor a talco de bebé.

—¿Supones?

—O sea, sí, que es ella.



Se oía el tenue roce de los cubiertos en los platos. Comían en silencio, sin mover apenas la boca.

—¿Qué es lo que hace su padre? —preguntó al cabo de un rato Isabelle—. ¿Está relacionado con la universidad?

Sabía que no estaba relacionado con la fábrica.

Amy se encogió de hombros con la boca llena.

—Humm... no sé.

—Bueno, debes de tener alguna idea de lo que hace para ganarse la vida.

Amy bebió un trago de leche y se limpió la boca con la mano.

—Por favor. —Isabelle dejó caer los párpados con fastidio, y Amy se limpió esta vez los labios con la servilleta.

—Enseña ahí, supongo —reconoció Amy.

—¿Qué enseña?

—Creo que psicología.

No había nada más que decir. Si era verdad, significaba que el hombre estaba loco. Isabelle no entendía por qué Amy necesitaba elegir como amiga a la hija de un loco. Se lo imaginó con barba, y recordó que aquel espanto de Mr. Robertson también llevaba barba, y el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que se quedó casi sin aliento. El olor del talco infantil ascendía desde su pecho.

—¿Qué pasa? —dijo Amy, levantando la vista, con la cabeza agachada todavía sobre el plato.

Un trozo de tostada con el borde húmedo y ensangrentado por la carne estaba a punto de entrar en su boca.

Isabelle negó con la cabeza y miró más allá, hacia la cortina blanca que ondeaba en la ventana. Era como un accidente de coche, pensó. Después una sigue diciéndose a sí misma: «Si el camión no hubiera atravesado ya la intersección cuando yo llegué. Si tan sólo Mr. Robertson hubiera pasado por el pueblo antes de que Amy llegara a la secundaria. Pero una se sube al coche pensando en otras cosas, y entre tanto el camión está retumbando por la rampa de salida de la autopista, entrando en el pueblo, y una está entrando en el pueblo. Y entonces ya ha pasado todo y tu vida nunca volverá a ser la misma».

Isabelle se sacudió las migas de los dedos. Ya le era difícil recordar cómo eran sus vidas antes del verano. Había ansiedades, y podía recordarlas. Siempre hacía falta dinero y siempre se le había hecho una carrera en la media (nunca usaba medias rotas, salvo cuando mentía al respecto y decía que le acababa de pasar); Amy tenía deberes pendientes en la escuela, algún mapa en relieve que

requería arcilla y gomaespuma, o un proyecto de costura para la clase de hogar: también esas cosas costaban dinero. Sin embargo, en aquel momento, mientras se comía la hamburguesa frente a su hija (esta extraña), mientras el sol nebuloso del atardecer caía sobre el suelo de la cocina, echaba de menos aquellos días, el privilegio de preocuparse por cosas ordinarias.

Dijo, porque el silencio era opresivo y de algún modo no se atrevía a volver al tema de Stacy:

—Esa Bev. Realmente fuma demasiado. Y come demasiado.

—Lo sé —respondió Amy.

—Por favor, usa tu servilleta.

No había podido evitarlo: la exasperaba ver a Amy lamiéndose la salsa de tomate de los dedos. De golpe, la rabia había adelantado su presta cabeza y había llenado la voz de Isabelle de frialdad. Pero, para ser francos, quizás era algo más que frialdad. Con toda franqueza, un eco de odio había resonado en su voz. Y por eso Isabelle se odiaba. Habría anulado el comentario, salvo que era demasiado tarde, y, mientras ensartaba con el tenedor una rodaja de remolacha, vio que Amy alisaba la servilleta con la palma de la mano y la ponía en el plato.

—Pero es simpática —dijo Amy—. Yo la encuentro simpática.

—Nadie ha dicho que no sea simpática.

La tarde se dilataba de forma monótona ante ellas. El sol nebuloso, mudo, apenas se había movido en el suelo. Amy estaba sentada con las manos sobre el regazo, el cuello echado hacia delante como uno de esos perros tontos de juguete que podían verse en la parte trasera de algunos coches, balanceando la cabeza hacia delante y hacia atrás en las señales de stop. «Siéntate derecha», quería decir Isabelle, pero en cambio dijo con fatiga:

—Puedes retirarte. Yo lavaré los platos esta noche.

Amy pareció dudar.

En los viejos tiempos, ninguna se levantaba de la mesa antes que la otra. Este hábito, esta cortesía, se remontaba a cuando Amy era casi una recién nacida, que comía siempre despacio, encaramada en una silla encima de dos catálogos de los almacenes Sears, con las piernas colgando. «Mami —solía decir con voz ansiosa, al ver que Isabelle había terminado de cenar—, ¿te vas a quedar sentada conmigo?». E Isabelle siempre se quedaba sentada. Muchas noches, estaba cansada e inquieta, y francamente habría preferido hojear una revista para relajarse, o al menos levantarse y empezar con los platos. Y sin embargo, no apremiaba a la niña, no quería alterar su pequeño aparato digestivo. Ese era el

tiempo que pasaban juntas. Y siempre se quedaba sentada.

En aquellos tiempos, dejaba a Amy en casa de Esther Hatch mientras estaba en el trabajo. Un lugar espantoso, una granja ruinoso en el borde del pueblo, llena de bebés y de gatos y de olor a orina de gato. Pero Isabelle no podía permitirse otra solución. ¿Qué se suponía que debía hacer? Sin embargo, no le gustaba nada dejar allí a Amy, ni que Amy nunca le dijera adiós y en cambio fuera inmediatamente a la ventana, para trepar al sofá y ver a su madre alejarse en el coche. A veces Isabelle agitaba la mano sin mirar, al dar marcha atrás, porque no podía soportar mirar. Sentía algo atravesado en la garganta, al ver a Amy en la ventana, con la cara pálida, sin sonrisas. Esther Hatch decía que no lloraba nunca.

Pero hubo un período en que Amy no hacía nada aparte de sentarse en una silla. Esther Hatch se quejó de que le daba repelús y dijo que, a menos que Amy se levantara y correteara por ahí como los niños normales, no estaba segura de poder seguir cuidándola. A Isabelle le entró el pánico. Le compró a Amy una muñeca en los almacenes Woolworth's, una cosa de plástico con pelo rubio platino, basto y elástico. La cabeza se cayó enseguida, pero a Amy pareció encantarle. No tanto la muñeca como la cabeza de la muñeca. Llevaba la cabeza siempre a todas partes, y le pintaba de rojo los labios de plástico. Y aparentemente había dejado de confinarse en la silla, porque Esther Hatch nunca había vuelto a quejarse.

Estaba claro, entonces, por qué se había quedado sentada tantas noches en la mesa de la cocina. «¿Cantamos la canción de la arañita?», podía preguntar tiernamente Amy, apretando una judía entre sus pequeños dedos. E Isabelle, era horrible, decía que no. Decía que no, estaba demasiado cansada. Amy era una cosita tan dulce: estaba tan contenta de tener a su madre allí, a un brazo de distancia, del otro lado de la mesa. Sus piernas se balanceaban con alegría, en su pequeña boca había una sonrisa, los dientes diminutos parecían piedrecitas blancas en las encías rosadas.

Isabelle cerró los ojos y sintió el comienzo de un dolor conocido en el esternón.

Pero se había quedado allí sentada, ¿no? Eso lo había hecho.

—Por favor —dijo, abriendo los ojos—. Puedes retirarte.

Amy se levantó y salió de la habitación.

La cortina se movió otra vez. Era una buena señal, si Isabelle hubiera podido verlo así: el aire de la tarde se movía lo suficiente para mover la cortina, había una brisa tan fuerte que hacía ondear la cortina, que se asomaba fuera de la ventana como un vestido de embarazada y volvía en un suspiro a su lugar, rozando la rejilla de la ventana con algunos pliegues. Sin embargo, Isabelle no pensó que por lo menos hacía brisa. Le pareció que las cortinas necesitaban un lavado, porque no las lavaba hacía tiempo.

Miró la cocina a su alrededor y se alegró al ver que al menos los grifos brillaban y la mesa no tenía manchas resacas de detergente como otras veces. Allí estaba también la jarrita de porcelana Belleek, esa cosa delicada, reluciente como una concha, que había pertenecido a su madre. Era Amy quien la había bajado hacía unos meses de un armario y había sugerido que la usaran todas las noches. «Era de tu madre —había dicho—, y te gusta mucho». Isabelle había estado de acuerdo. Pero en aquel momento, de repente, le parecía peligroso: era un objeto al que una manga o un brazo desnudo podrían empujar fácilmente, y que luego se haría añicos contra el suelo.

Isabelle se levantó, envolvió las sobras de su hamburguesa en papel de aluminio y las puso dentro de la nevera. Al lavar los platos, el agua manchada de rojo de la remolacha se arremolinaba en el fregadero blanco. Sólo cuando los platos estuvieron lavados y guardados lavó la jarrita de porcelana Belleek. Lo hizo con cuidado, y la secó de la misma forma, y luego la puso otra vez en el armario, donde no se alcanzara a ver.

Oyó a Amy salir de la habitación y caminar hasta la escalera. Cuando estaba a punto de decir que no quería usar más la jarrita Belleek, que era algo demasiado especial y demasiado fácil de romper, su hija la llamó desde lo alto de los escalones.

—Mami, Stacy está embarazada. Sólo quería que lo supieras.

## *Dos*

El río dividía el pueblo en dos. Al este se hallaba la calle Mayor, una vía ancha y agradable, que trazaba una curva por delante del edificio de Correos y del Ayuntamiento hacia el punto donde el río sólo tenía unos cuatrocientos metros de ancho. Allí se convertía en un puente con aceras espaciosas. Si uno cruzaba a pie o en coche hacia el oeste y miraba río arriba, alcanzaba a ver la parte trasera del viejo molino y un trozo de su vientre oscuro, parapetado sobre los bloques de granito bañados de espuma. A la salida del puente había un pequeño parque al borde del río, y era allí donde en invierno el sol podía ponerse produciendo formidables contrastes, formando capas de dorados rojizos en el horizonte, y los olmos de la orilla se alzaban oscuros y austeros, envalentonados. Pero casi nadie se quedaba mucho rato en el parque. El parque mismo no era gran cosa, apenas algo más que unos columpios rotos y algunos bancos dispersos aquí y allá, muchos sin un listón de madera en los asientos. Sobre todo se veían por allí adolescentes, sentados muy tensos en el borde de los bancos, con los hombros contraídos por el frío, juntando las manos en un cuenco en torno a un cigarrillo; a veces, a la hora del crepúsculo, un grupito se pasaba un porro de mano en mano, aspirando, lanzando miradas furtivas hacia Mill Road.

Mill Road era la misma calle Mayor tras cruzar el puente, y, aunque de hecho acababa en el viejo molino, atravesaba antes un sector de tiendas que incluía un viejo supermercado A&P con el suelo lleno de serrín, una mueblería con sofás descoloridos tras las ventanas, algunos cafés y tiendas de ropa, y una farmacia, en cuyo escaparate hubo durante años unas violetas africanas de plástico polvorientas dentro de un orinal.

El molino quedaba allí mismo. El río era en esa parte de lo más feo, amarillo, agitado y espumoso, pero el edificio de ladrillo, construido un siglo atrás, conservaba cierta elegancia satisfecha, como si tiempo atrás se tuviera por el

corazón del pueblo. Para las familias de trabajadores que habían venido hacía una generación de Canadá, la fábrica era de hecho el corazón del pueblo y el centro de sus vidas. Sus casas se hallaban cerca, desperdigadas en barrios que se extendían a lo largo de caminos estrechos, alrededor de pequeñas tiendas de comida que desplegaban tras las ventanas anuncios de cerveza de neón azul.

Esa parte del pueblo era conocida como el Basin, aunque ya nadie recordaba por qué. Estaba llena de casonas destartadas de porches torcidos, que albergaban un piso en cada planta. También había viviendas unifamiliares, pequeñas y amontonadas, con las puertas de los garajes siempre abiertas, revelando dentro un caos de neumáticos, bicicletas y cañas de pescar. Estaban pintadas de turquesa o de lavanda, o incluso de rosa, y en algunos jardines había una estatua de la Virgen o una bañera sembrada con petunias, que se convertía en invierno en un sereno montículo de nieve. En invierno, algunos vecinos colocaban renos o ángeles de plástico en medio de la nieve y los adornaban con bombillas titilantes. De vez en cuando, un perro encadenado fuera en el frío ladraba toda la noche a los renos, pero nadie pensaba en llamar al dueño o a la policía, como sin duda habría ocurrido al otro lado del río, donde la gente aspiraba al reposo nocturno, o más bien lo exigía.

En este otro lado del río, conocido como Oyster Point, era donde vivían los pocos médicos, dentistas y abogados de Shirley Falls. Allí estaba la escuela pública y la universidad municipal, construida quince años atrás en el campo de Larkindale, y también el templo congregacionista. Era una iglesia blanca y sencilla, con un campanario blanco y sencillo, muy diferente de la enorme iglesia católica con vitrales situada en lo alto de una colina en el Basin. En la orilla protestante del río, en Oyster Point, era donde Isabelle Goodrow deliberadamente había elegido vivir. Si se hubiera visto obligada a considerar la posibilidad de mudarse al piso de arriba de una casa lavanda con la Virgen María de pie y con los ojos en blanco en el jardín, Isabelle se habría negado. Pero la fortuna, al principio pensaba a veces que era Dios, se había encargado de que la antigua cochera de la propiedad Crane estuviese en alquiler. Y allí, en las afueras de Oyster Point, bajo las colinas boscosas y los campos de la carretera 22, había llevado a vivir a su pequeña hija.

La casa, pequeña y llena de rendijas, era fría en invierno y caliente en verano, pero por lo demás satisfacía sus necesidades. Construida como establo para caballos a principios de siglo, había sido transformada más tarde en la cabaña del mayordomo; luego había sobrevenido el incendio, y la casa grande de

los Crane se había reducido a cenizas. Nunca se determinó con exactitud la causa del fuego. Probablemente, un fallo eléctrico. Pero corría la historia de que una amante del honorable juez Crane le había prendido fuego una noche a la casa. Según otra versión, el mismo juez lo había hecho tras matar a su esposa y conducir por la autopista con el cadáver sentado al lado y con el sombrero puesto.

O algo así, en todo caso. Había ocurrido hacía tiempo y la gente ya estaba harta de la historia. Un sobrino nieto, que ya era mayor, había heredado la propiedad cuando los viejos álamos volvían a retoñar, junto con la pequeña cabaña. A lo largo de los años, el lugar había tenido diversos inquilinos: un profesor de Boston había escrito allí un libro en un verano, y una bibliotecaria de pelo corto había compartido la cabaña durante algún tiempo con una maestra de párvulos, aunque el viejo Mr. Crane nunca se sintió cómodo con ellas y se alegró cuando se mudaron. Algunos canadienses que se abrían camino río abajo habían vivido allí mientras trabajaban en la fábrica, pero a Mr. Crane no le gustaba arrendar a los trabajadores de la fábrica y por temporadas la casa había estado vacía.

Como cuando Isabelle Goodrow emprendió su primera excursión cautelosa a Shirley Falls para explorar las posibilidades de criar allí a su hija y de encontrar marido, que en realidad era lo que quería hacer. La casita blanca enseguida le había parecido perfecta como «vivienda temporal». Esas eran las palabras que había empleado aquel día, mientras Mr. Crane asentía balanceando la cabeza calva y manchada por los años, con las manos en los bolsillos. Mr. Crane le había dado a elegir el color para pintar de nuevo las paredes. Ella había escogido un beis pálido y lustroso, atraída por el rótulo en la ferretería: Portal del Cielo. Había cosido las cortinas que aún colgaban en las ventanas, había plantado un jardín en la parte de atrás y había llenado las jardineras de las ventanas de petunias y geranios, para satisfacción del anciano propietario. Varias veces, Mr. Crane le había ofrecido la casa en venta a buen precio, pero Isabelle, aunque tenía algunos huevos en el nido por la herencia de su madre, había dicho siempre que no. Era una vivienda temporal.

Salvo que al parecer no lo era: ya llevaban allí catorce años. A veces, se sentía físicamente enferma al pensarlo, como si hubiera tragado agua estancada de una charca. Los años pasaban como suelen pasar los años, pero no sentía más arraigo que el de un pájaro posado en una cerca. Y un buen día podía hallarse sin la cerca, porque presumiblemente Mr. Crane moriría un día. No se le había

ocurrido ninguna manera educada de preguntar qué ocurriría en ese caso con el contrato de alquiler. Pero no toleraba la idea de comprar la casa, no podía dejar de pensar que su verdadera vida tendría lugar en otra parte.

Entre tanto, a falta de sótano y de ático, en la casa hacía un calor insufrible en verano, y aquel verano era el peor de todos. No había manera de escapar del calor, ni ellas tenían manera de librarse una de la otra. Las dos habitaciones, encajadas bajo los aleros, no proporcionaban ninguna intimidad, separadas como estaban por un delgado tabique de yeso. Isabelle, por miedo de que la electricidad causara un incendio, se oponía a dormir con los ventiladores encendidos. Las noches eran silenciosas y estáticas. A través del tabique, podían oírse una a la otra dando vueltas en la cama.

Aquella noche, Amy, en bragas y camiseta, con una pierna desnuda por encima del borde de la cama, oyó a su madre tirarse un pedo: un ruido breve, seco, como si su madre hubiese tratado de mostrarse educada. Se pasó la mano por la cara y puso los ojos en blanco en la oscuridad. Tras refugiarse en su habitación después de la cena, había sacado un pequeño diario del cajón del escritorio, regalo de su madre en la última Navidad, y había escrito las palabras: *Otro día celestial ha pasado*. Por supuesto, su madre lo leería. Había leído el diario desde el principio. Al abrir el regalo el día de Navidad, Amy comprendió que sería así.

—Pensé que a tu edad te gustaría algo de ese estilo —dijo su madre, y cada una de ellas rehuyó la mirada de la otra: en ese instante quedó todo dicho.

—Me encanta —manifestó Amy—, muchas gracias.

Desde el principio, había tomado precauciones. *Hoy me he divertido con Stacy en la comida*, escribía, y esto significaba que cada una había fumado dos cigarrillos en el bosque detrás de la escuela. Pero, ese verano, había optado por escribir la misma frase todas las noches, apretando el bolígrafo con resentimiento: *Otro día celestial ha pasado*. La misma frase, ya trece veces, escrita con buena letra bajo la fecha. Después de escribirla, había puesto el diario en el suelo y se había recostado en la cama. Pero, al oír el último golpe de puerta de los armarios de la cocina, a sabiendas de que su madre iría a la sala a hojear el *Reader's Digest* meciendo un pie, sintiendo la línea negra que aún, y siempre, estaba allí, que discurría desde su cama hasta donde su madre estaba justo debajo, se había levantado de repente y había dicho desde lo alto de la escalera: «Mamá, Stacy está embarazada. Sólo quería que lo supieras».

Y eso. Lo había hecho.



En aquel momento estaba en la oscuridad, su madre se había tirado un pedo y ninguna de las dos tenía adonde ir. Salvo irse a dormir, y con ese calor no ocurriría pronto. Por la ventana entraba la luz que solían dejar encendida en el porche por las noches. Amy miró el techo y alcanzó a distinguir en lo alto una mancha borrosa, del tamaño de un plato. No era más que una secuela de las nevadas que se habían derretido sobre el techo el invierno anterior. Aunque, qué catástrofe había parecido: «Oh, diablos», había dicho Isabelle aquella noche, en el umbral del cuarto de Amy. «Oh, diablos, diablos, diablos», decía, como si la mancha la fuera a matar.

Pero para Amy la mancha era un recuerdo, una especie de amiga dolorosa, porque recordaba que había aparecido en enero, una noche antes de conocer a Mr. Robertson.

Nunca le había gustado ir al colegio, tratar de acomodarse en medio del plancton de cuerpos que flotaban a su alrededor. Sabía que no era uno de esos bichos raros que saltan a la vista, aunque, unos años antes, la pubertad había tenido la audacia de golpearla antes que a las demás y había temido que pudiera ser así. Sin embargo, pasaba benignamente inadvertida, salvo por su insólita amistad con Stacy Burrows, una de las chicas populares de la clase, que le había ofrecido su primer cigarrillo un día de otoño y seguía comprometida con sus escapadas a la hora de la comida, que a menudo eran para Amy el único momento luminoso del día. En los pasillos, escondía la cara tras sus largas trenzas rubias, que parecían ser su única bendición; incluso las chicas de más éxito decían al entrar como ráfagas al lavabo: «Uy, Dios, Amy, qué envidia me da tu pelo». Pero llevaba una vida callada, y a menudo experimentaba un sentimiento de vergüenza vago y desconcertante.

Así, aquel día particular de enero, mientras el viejo empleado de Mr. Crane paleaba la nieve del techo de la antigua cochera, Amy había ido a pie a clase de matemáticas, dando por hecho que no ocurriría nada interesante. Odiaba las matemáticas, y odiaba a la profesora, Miss Dayble. Todo el mundo la odiaba. Miss Dayble era mayor y vivía con su hermano, que también era mayor, y durante años los estudiantes habían gastado bromas acerca de La pálida Dayble, que se iba a la cama con el hermano. La idea era abrumadoramente asquerosa. La mujer tenía una caspa terrible, y en algunos puntos de la cabeza se le veía el

cuero cabelludo, rosado y brillante como una herida. Aun en invierno se ponía blusas sin mangas, y cada vez que levantaba el brazo para escribir en la pizarra salía a la luz un amasijo retorcido de vello blanco y gris, del que colgaban bolitas endurecidas de desodorante.

Sin embargo, Miss Dayble no estaba. Aquel día de enero había un hombre delante de la pizarra. Era pequeño, tenía el pelo rizado color melaza y llevaba una poblada barba que le cubría por completo la boca. Miró a los estudiantes tras unas gafas de montura marrón, mientras entraban, tirándose suavemente de la barba. La presencia del hombre, la sorpresa, hizo que Amy se sintiera parte del grupo, e intercambió miradas con la popular Karen Keane. Los estudiantes ocuparon sus puestos con excepcional docilidad. El aula ya parecía diferente sin Miss Dayble. La pizarra, sobria y verde, parecía más grande, y el reloj que había encima de la puerta indicaba la hora exacta de las diez y veintidós. Un sentimiento de expectación flotaba en el ambiente. Elsie Baxter tropezó con la silla y rió tontamente, pero eso era de esperar en ella, y la expresión del hombre no cambió. Esperó unos momentos antes de decir:

—Mi nombre es Thomas Robertson.

Nunca lo habían visto.

Inclinándose hacia delante, con las manos a la espalda, añadió en tono cordial:

—Estaré con vosotros durante el resto del año.

En el fondo de su mente, Amy sintió que un cambio vasto y silencioso estaba teniendo lugar en su vida; se preguntó cuántos años podía tener aquel hombre. No podía decirse que fuera joven, pero tampoco era viejo viejo. Así que unos cuarenta, tal vez.

—Ahora, escuchad, antes de empezar —dijo Mr. Robertson, con voz baja y grave; tenía una voz maravillosa, en la que vibraban tonos diferentes a la vez, mientras iba y venía delante de la clase, mirando al suelo, con las manos todavía a la espalda—, me gustaría —se detuvo para escrutar a la clase—, me gustaría oír algo de vosotros.

Una boca rosada asomaba por entre los rizos castaños de la barba. Sonrió, enseñando dos hileras de grandes dientes amarillos, y algunas arrugas saltaron a las comisuras de sus ojos.

—Eso es lo que me gustaría. Oír algo de vosotros.

Dejó caer los párpados, como para hacer hincapié en ese punto.

—¿Oír qué?

Elsie Baxter no se molestó en levantar la mano.

—¿Quiénes sois?, ¿cómo os veis?

Mr. Robertson caminó hasta un pupitre vacío, se sentó encima, y puso los pies sobre la silla correspondiente.

—Antes de entrar en materia de números —pronunció *números* con el acento de Massachusetts—, me gustaría saber cómo os imagináis a vosotros mismos dentro de diez años.

Alzó las cejas en un gesto afable y miró por encima de la clase. Se cruzó de brazos y se frotó las manos contra las mangas de la chaqueta.

—Así que pensadlo. ¿Cómo os imagináis dentro de diez años?

Ningún profesor había preguntado algo así antes; algunos estudiantes se revolviéron en las sillas, nerviosos y complacidos, y otros permanecieron inmóviles planteándose la pregunta. Tras la ventana, el cielo de invierno parecía lejano, remoto. El aula era ahora un sitio importante, y un acontecimiento trascendental tenía lugar sobre sus suelos encerados; el olor a tiza y a cuerpos sudorosos insinuaba emociones, promesas.

—¿Qué pasó con Miss Dayble? —preguntó Elsie Baxter, de nuevo sin levantar la mano.

Mr. Robertson asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto —dijo—. Seguramente queréis enteraros.

Amy, que había permanecido quieta en su silla, puso las manos en el regazo. Se preguntó si la vieja Dayble habría muerto; en tal caso, no se sentiría muy apenada.

Pero Miss Dayble no había muerto. Había caído por las escaleras de su sótano y por lo visto se había fracturado el cráneo. Estaba en el hospital, en situación estable, pero la fractura tardaría en sanar.

—Si alguien quiere enviarle una tarjeta, estoy seguro de que la hará feliz recibirla —dijo Mr. Robertson.

Nadie quería. Pero el gesto grave con que Mr. Robertson habló, enarcando y juntando las cejas, mantuvo a raya a la clase, y los estudiantes se abstuvieron de hacer comentarios burlones sobre lo que habrían querido enviarle a Miss Dayble.

Mr. Robertson miró al suelo en silencio, como si el estado de Miss Dayble exigiese una pausa respetuosa, y dijo luego en voz baja, levantando la vista:

—Todavía me gustaría saber algo de vosotros.

Flip Rawley, guapo, popular, con cara de buen chico, levantó la mano en un ademán vacilante. Tras aclararse la garganta, dijo:

—A mí me gustaría jugar al baloncesto profesional.

—Hermoso. —Mr. Robertson aplaudió una vez—. Un juego hermoso. Casi como el ballet, en mi opinión. Como una danza maravillosa.

Amy miró a Flip para ver si le gustaba la idea del ballet, pero Flip asentía con la cabeza. Mr. Robertson bajó del escritorio, ligero, inspirado. Al llegar a la pizarra dijo:

—Mirad.

Y dibujó el diagrama de una cancha de baloncesto.

—¡A ver si no merece la pena! Un juego hermoso —concluyó, dejando caer la tiza en la bandeja de la pizarra—. Por lo menos cuando se juega bien. —Se sacudió el polvo de las manos en los pantalones de pana y asintió con la cabeza mirando a Flip—. La mejor de las suertes en esa búsqueda.

Un montón de manos se alzaron entonces de súbito. Maryanne Barmble quería ser enfermera. Quería «ayudar a la gente», dijo, pero Mr. Robertson sólo tiró de su barba y asintió. Maryanne puso cara de desilusión; había pensado que hablarían de la belleza de su búsqueda.

Amy, asomándose por entre el pelo, observó al hombre con atención. Era pequeño, en realidad, pero tenía los hombros anchos, el pecho voluminoso, un cierto grosor macizo que exhalaba vigor y fortaleza, a pesar del hecho de que llevaba camisa rosada. Su pelo era más largo de lo que ella habría esperado en un hombre maduro; si hubiera sido más joven habría podido pasar por un *hippy* de la universidad. Pero también llevaba una corbata color granate con la camisa rosada, y una chaqueta del mismo tono marrón de los pantalones de pana. Era sin duda un adulto, investido de autoridad. Su sola voz le decía a uno eso.

—Dejadme que os diga —Mr. Robertson levantó la mano— que estáis en un punto crítico de vuestras vidas. Ya habéis dejado de ser niños.

Caminó por entre los pupitres; varias cabezas se volvieron a su paso.

—Deberíais estar cuestionándolo todo —dijo mientras cerraba un puño con energía.

Los estudiantes que habían levantado la mano la bajaron despacio de vuelta a los pupitres, sin saber adonde quería llegar.

—Ahora sois jóvenes adultos —continuó—. No hay nadie en esta habitación... —Hizo otra pausa, se detuvo al lado de las ventanas y se encogió de hombros, haciendo tintinear con la mano unas monedas en el bolsillo—..., que deba seguir viéndose a sí mismo como un niño.

La clase no estaba del todo convencida, a pesar de la maravillosa voz. No se

veían a sí mismos como niños desde hacía algún tiempo, y se preguntaban si estaba siendo paternalista, aunque ésta no era la palabra que pasaba por sus mentes.

—Habéis llegado a un punto en vuestras vidas —prosiguió— en el que necesitáis estar cuestionándolo todo.

Amy se preguntó si aquel hombre podía ser comunista. Con la barba y el pelo largo, podía estar encaminándose hacia el tema de la marihuana, a punto de plantear que debían legalizarla.

—Cuestionáoslo todo —repitió, apartando una silla vacía. Tenía las manos grandes, como si la naturaleza hubiera tenido la intención de hacerlo más alto, más grande, y había algo exquisitamente delicado en el gesto con que había apartado la silla—. Sólo para ejercitar la mente. Sólo para mantener la mente alerta.

Podía no ser comunista.

—¿Realmente queríais cereales Cheerios esta mañana para desayunar? —preguntó, mirando a la clase alrededor.

Podía ser sólo extraño.

—¿O comisteis los Cheerios simplemente por hábito? ¿Porque vuestra madre os lo dijo?

Elsie Baxter, sentada detrás de Amy, susurró en voz bastante alta que aquella mañana no había comido Cheerios, pero Amy no le prestó atención, y Flip Rawley frunció el entrecejo y puso los ojos en blanco, y por esta vía Mr. Robertson ganó votos.

—Ahora —dijo Mr. Robertson, en un tono diferente, sociable, otra vez amistoso, frotándose las manos—. ¿Dónde estábamos? Yo os oía a vosotros. Quiero oír algo de vosotros.

Kevin Thompkins quería ser abogado. Tartamudeando, dijo más de lo que nadie recordaba haberle oído decir jamás: una prima suya había sido violada cuando era pequeña, y el tipo había salido impune. Así que quería ser abogado. Mr. Robertson hizo muchas preguntas y escuchó con atención a Kevin, que respondía tartamudeando y pasándose la lengua por los labios.

—Qué interesante es la vida —dijo finalmente Mr. Robertson.

La manecilla negra del reloj se movió al siguiente número con un leve chasquido.

Él apuntó un dedo hacia Amy.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué te gustaría ser?

Estaba casi mareada.

—Me gustaría ser maestra —respondió, pero le tembló la voz.

Quizás hasta se le había quebrado. Un horror si había delatado su conmoción frente a todos, y frente a él.

Mr. Robertson la miró un buen rato. Ella se sonrojó, con los ojos clavados en el pupitre, pero cuando alzó la vista y miró a través del pelo, él seguía observándola, impassible.

—¿De verdad? —dijo por fin.

Una ola de calor le recorrió el cuero cabelludo. Vio que él se pasaba lentamente los dedos por la barba, divisó un punto rojizo debajo de sus labios.

—Pues, ya ves —dijo Mr. Robertson, sosteniéndole con aire pensativo la mirada—. Yo habría pensado que serías actriz.

Por el rabillo del ojo, Amy advirtió que Flip Rawley la miraba con curiosidad. Quizá toda la clase estuviese mirándola así. Mr. Robertson se recostó contra el alféizar de la ventana, como si tuviese todo el tiempo del mundo para pensar.

—O poeta, tal vez.

Su corazón latió más rápido. ¿Cómo podía estar enterado de los poemas que guardaba en la caja de zapatos, bajo la cama? ¿Cómo podía saber que había memorizado los poemas de Edna St. Vincent Millay hacía años, que había caminado a la escuela en mañanas de otoño llenas de esperanza («Oh, mundo, no puedo abrazarte de más cerca») y había caminado a casa cansada, desanimada, rayando el suelo con los pies al ritmo de las palabras: «Como lluvia incesante la tristeza golpea en mi corazón»? ¿Cómo podía saberlo aquel hombre? Y sin embargo lo sabía, porque no había dicho que Maryanne Barmble fuera a ser poeta, ¿o sí? Ni Kevin Tompkins, con su tartamudeo.

—¿Cómo te llamas?

—Amy.

El hombre se había puesto la mano detrás de la oreja, enarcando las cejas.

—Amy — repitió ella, aclarándose la garganta.

—Amy. Amy qué.

—Goodrow.

—Amy Goodrow.

Se volvió y caminó de regreso al frente del aula. Se recostó otra vez contra la pizarra, alzó distraídamente un pie y lo apoyó contra la pared. Sus ojos

planeaban por encima de la clase, y Amy dio por sentado que ya había acabado con ella. Y de pronto él dijo:

—Amy, ¿realmente quieres ser maestra? —Y ella le habría confesado que prefería ser poeta, si él no hubiera metido la pata, si no hubiese ladeado la cabeza al decir—: ¿O ser maestra es sólo lo que le parece bien a tu madre?

La ofendió que fuera verdad. Era idea de Isabelle que fuera maestra. Isabelle había querido ser ella misma maestra. Pero no había nada malo en ser maestra. Amy había imaginado durante casi toda la vida que lo sería.

—Quiero ser maestra —dijo en un susurro, y alcanzó a sentir que él la desechaba con un distraído:

—Está bien.

Sarah Jennings quería unirse al circo y volverse payaso. Mr. Robertson ladeó la cabeza amistosamente y declaró que ése era un noble anhelo.

Empezó a odiarlo. Le desagradaba la manera en que se sentaba en el escritorio, con un pie sobre la silla, arremangándose la camisa. Tras ese primer día nunca volvió a usar chaqueta. En cambio, se aflojaba la corbata y se arremangaba, y ladeaba la cabeza con bastante pedantería. A Amy le molestaba la forma en que se pasaba la mano empolvada de tiza por el pelo rizado, o en que saltaba del escritorio y caminaba ágilmente hasta la pizarra, a escribir números, a dibujar triángulos, a golpear la tiza contra el tablero con tanta fuerza cuando hacía un énfasis que a veces la rompía por la mitad, y la dejaba ahí, como si estuviera diciendo algo demasiado importante, demasiado emocionante para ocuparse de un simple trozo de tiza.

Y le desagradaba lo bien que caía a sus compañeros, lo emocionados que se sentían cuando hacía de pronto una estúpida pregunta personal. Inclinado sobre el escritorio, había mirado un día a Elsie Baxter y había dicho: «¿A veces te sientes deprimida?». Le contrariaba que se dejaran engañar por todo eso. «Mr. Robertson —los oía decir—, sí, está bien. Es un tío legal». Amy pensaba que probablemente era un hipócrita.

—Se cree muy especial —se quejó un día ante Stacy Burrows, cuando encendían los cigarrillos durante la hora de comer, detrás de la escuela. A Stacy le daba igual. No era alumna de Mr. Robertson, porque estaba en la «clase de los tontos» con Mrs. Weatherby, pero de todos modos le habría dado igual.

—Los hombres son unas ratas —respondió, exhalando humo a través de la nariz.

Amy le contó a su madre que el sustituto de Miss Dayble era un hombre raro con barba.

—¿Es pequeño? —le preguntó su madre, mientras lavaba unas medias en el lavabo del cuarto de baño.

—¿Lo has visto?

La idea era desconcertante.

Su madre negó con la cabeza mientras colgaba las medias en la ducha para que se secaran.

—No. Pero los hombres pequeños suelen llevar barba. Así se sienten más masculinos.

A Amy le gustaba que su madre estuviera tan enterada de las cosas.

—Tú haz tu trabajo —le aconsejó Isabelle—. Eso es todo lo que cuenta.

Y Amy lo hacía, con la cabeza inclinada sobre el escritorio en el aula recalentada, con los radiadores retumbando en un rincón, con Flip Rawley al lado, que ya no la miraba como si ella fuera una futura actriz sino que torcía sus grandes ojos para copiarle los deberes. Y trataba de hacer caso omiso de todo, de escribir con pulcritud sus ecuaciones, escondiendo casi toda la cara bajo los largos cabellos rizados, sentada y trabajando en el escritorio.

Hasta que un día Mr. Robertson dijo:

—Amy, ¿por qué te escondes detrás de tu pelo?

Un alfilerazo de calor se le clavó en la axila.

Él estaba recostado contra la pared en una pose familiar: los brazos cruzados, la pierna doblada detrás del cuerpo y el pie apoyado en la pared, el fornido pecho proyectado hacia delante. El radiador del rincón retumbó sonoramente. Alguien dejó caer un lápiz.

—Tienes una cabellera absolutamente espléndida —dijo Mr. Robertson—. Es lo primero que la gente nota en ti. Pero te escondes detrás. Casi nunca te vemos la cara. ¿Te has dado cuenta?

Por supuesto, se había dado cuenta.

—Eres como una tortuga, Amy. —Se apartó de la pared—. Sólo que en vez de caparazón llevas ese carapacho de pelo.

La clase rió, como si hubiera dicho algo obsceno, aunque nadie sabía qué significaba la palabra *carapacho*.

—Hace poco vi un chiste en una revista —continuó Mr. Robertson,



caminando por el pasillo hacia su escritorio—. Vi esa caricatura, Amy, y pensé en ti.

Amy sintió un dolor sordo, una especie de náusea.

—Hay dos tortugas. Una tiene el cuello estirado amistosamente, la otra está toda escondida dentro del caparazón. Y la tortuga amistosa dice: «Oye, sal, todo el mundo ha estado preguntando por ti».

La clase rió otra vez. Y Mr. Robertson golpeó con los nudillos en el escritorio.

—Así que sal fuera, Amy Goodrow. Todo el mundo ha estado preguntando por ti.

Amy sintió un odio tan puro que era casi un alivio, como si hubiera odiado así a alguien más durante años. Clavó los ojos en el pupitre, trazando otra vez los números escritos en su hoja, y recordó el largo cuello de su madre, y sintió ganas de llorar al pensar que era el retoño de una especie de tortuga, ganas de llorar porque el mismo hombre que había visto en ella a la poeta, a la actriz, la comparaba con una tortuga.

El timbre sonó, resonó a través del aula y repicó a lo largo del pasillo, y el sonido de las puertas que se abrían en las otras aulas retumbó contra las paredes. Las sillas chirriaban contra el suelo, los libros caían. Él la detuvo camino de la puerta.

—Amy —la llamó con un movimiento de cabeza—, me gustaría hablar contigo un minuto.

Ella se detuvo obedientemente, apretando sus libros con fuerza contra el pecho. Los otros estudiantes pasaban a su lado, y algunos la miraban al pasar, y luego a Mr. Robertson.

Él esperó hasta que el aula estuvo vacía, y dijo luego en voz baja, serio, como si estuviese contándole un secreto:

—Me temo que te ofendí. No era mi intención y te pido disculpas. Lo siento mucho.

Ella miró a lo lejos, inclinando la cabeza. Eran casi de la misma estatura. Se balanceó en el dorso del pie para no parecer tan alta, pero era alta, tan alta como él era pequeño, y por lo tanto ahí estaban cara a cara, separados por unos centímetros.

—¿Amigos? —dijo él, ladeando la cabeza como para cuadrarla con el ángulo de la de Amy.

Si tan sólo ella fuera otra persona. Karen Keane, digamos. Si fuera Karen

Keane, podría hacer una mueca juguetona y decir, «Sí, claro, amigos», y volvería a gustarle a él; podrían contar algún chiste. Pero Amy no dijo nada. Ni siquiera cambió su expresión. Podía sentir su cara allí inclinada, inmóvil, escondida a medias detrás del pelo.

—Está bien —dijo él—, ya veo que no somos amigos.

Ella oyó un eco áspero, metálico en su voz. Él se dio la vuelta y se alejó.

En el lavabo de chicas escribió una obscenidad en la pared. Nunca había escrito algo en la pared, y cuando el bolígrafo trazó las líneas terrosas y vacilantes sintió simpatía por quien fuera que había destrozado el gimnasio el año anterior, como si ella también fuera capaz de romper ventanas, por ejemplo ésa del lavabo con la nieve adherida al cristal.

El segundo timbre sonó. Llegó tarde a la clase de hogar, y nunca antes había llegado tarde a una clase. Pero escribió de nuevo en la pared del lavabo, porque, pensándolo bien, la profesora de hogar también era una gilipollas.

Mr. Robertson la dejó en paz a partir de entonces, pero la clase de matemáticas la llenaba de ansiedad. Empezó a entender las matemáticas como nunca antes, y, a veces, durante aquellos días desoladores de enero, cuando el cielo en el exterior era de un gris despiadado y las ramas negras y heladas del tilo golpeaban contra la ventana, Amy quería contestar las preguntas que hacía Mr. Robertson pero nunca levantaba la mano. Sin embargo, se sentía ansiosa, sobre todo cuando los otros estudiantes daban las respuestas equivocadas y Mr. Robertson, a la espera junto a la pizarra, con un cabo de tiza en la mano, decía: «¿Alguien más quiere intentarlo?». Su mirada se cruzaba fugazmente con la de Amy, y ella ansiaba levantar la mano, pero tenía miedo de equivocarse.

No habría estado equivocada. Tras volverse de cara a la pizarra, Mr. Robertson repasaba el problema una vez más, o si hacía falta muchas veces, hasta que obtenía de alguien más la respuesta que Amy habría podido dar si se hubiera atrevido.

Y, cuando quería, él podía ser estricto. El pobre Alan Stewart, un chico hosco, con granos en la cara, que se sentaba atrás, había tenido que quedarse después de las clases sólo por hacer chasquear el bolígrafo. A Elsie Baxter, grandullona y bulliciosa, la amenazó con el mismo castigo por hacer un globo enorme de chicle morado que le estalló a él en la cara. Pero había pedido

disculpas y tirado el chicle. Y Mr. Robertson, tornándose amable, había hecho una broma ligera. Por el color que le subía a Elsie a las mejillas, todos habían entendido que estaba pillada por él. «Elsie no es de buena familia», le decía a Amy su madre.

Nadie quería ponerlo de mal humor. Era popular porque era diferente, y aunque su carácter era imprevisible, valía la pena sentarse por una vez en un aula sin sentirse muerto, a pesar del ambiente de incertidumbre. Incluso Amy, que seguía odiándolo, no podía dejar de percibirlo así.

Un día, tras explicar un teorema hacia el final de la clase, Mr. Robertson dio un puñetazo en la pizarra.

—¿No te das cuenta de lo hermoso que es esto? —le preguntó a Allan Stewart, que bostezaba en la última fila—. Os lo digo, chicos, si tuvierais sensibilidad lo miraríais y os echaríais a llorar.

Algunos estudiantes rieron, pero fue un error. Mr. Robertson los miró con el entrecejo fruncido.

—Es en serio, por Dios. Tenéis aquí tres líneas. Tres míseras líneas. —Las repasó con la tiza—. Y sin embargo mirad la belleza que contienen.

—De pronto pareció desilusionado, y los estudiantes que habían reído se removieron en las sillas.

A Amy, que miraba lo que había dibujado en la pizarra, se le coló un pensamiento en la cabeza, un verso que había leído una vez: «Euclides sólo miró desnuda la belleza».

Mr. Robertson, atisbando por encima de la clase, detuvo los ojos en ella.

—¿Qué? —dijo, levantando la barbilla en su dirección; pero estaba cansado, y había hablado con dureza. Amy bajó la vista y negó con la cabeza—. Muy bien, entonces —suspiró él—. Podéis iros.

A Amy ya le dolía la cabeza a la hora de los cigarrillos de la comida, que la hicieron sentir mareada, y se recostó contra el tronco caído donde solían sentarse mientras Stacy buscaba una cerilla en los bolsillos.

—¿Estás bien?

Stacy parpadeó al encender el segundo cigarrillo.

—Odio la escuela.

Stacy asintió con la cabeza.

—Yo también la odio. Esta mañana vomité y quería quedarme en casa, pero mi madre me hizo venir de todos modos.

—¿Vomitaste?

Stacy asintió otra vez.

—A mi madre no le importó una mierda. Me golpeó en el brazo con un cepillo.

—¿Estás bromeando?

Stacy se encogió de hombros y se subió la manga del chaquetón de marinero.

—Mi madre es una lunática, joder —dijo con el cigarrillo en la boca, y escrutó atentamente la marca rojiza que tenía en la muñeca antes de bajar la manga.

—Por Dios, Stacy.

Amy tiró la ceniza del cigarrillo en la nieve y la pisó con la bota.

Stacy expulsó el humo.

—En estos días tengo ganas de vomitar todo el tiempo.

Era preferible tener dolor de cabeza, incluso si duraba todo el día, como empezaban a durar los dolores de cabeza de Amy, hasta cuando volvía de la escuela y se sentaba ante la mesa de la cocina a hacer los deberes en la casa helada. Había adquirido el hábito de hacer primero los de matemáticas e ir a su cuarto a mirarse en el espejo antes de que llegara su madre. No conseguía llegar a una conclusión sobre su aspecto. Sentada en su banquito de la vanidad, que en realidad era un viejo barril, forrado con tela rosada y con un cojín encima, Amy no era capaz de saber cómo se veía.

Tenía los ojos muy separados y la frente amplia, e Isabelle decía que ambos eran signos de inteligencia, pero eso no le interesaba. Quería verse guapa, y creía que era una ventaja ser pequeña y tener los pies pequeños. Aunque fuera bueno tener los ojos separados, sus ojos no eran nada especial: no eran azules y eléctricos, ni marrones y misteriosos, sino apenas de color verde sucio. Y tenía la tez pálida, sobre todo en invierno, cuando la piel de debajo de los ojos parecía transparente, casi azul.

Su pelo estaba bien, por lo menos. Lo sabía porque la gente se lo había dicho toda la vida. «¿De dónde sacó ese pelo?», le decían los extraños a su madre en el supermercado cuando Amy aún cabía en el asiento metálico del carrito de la compra. «Mira qué pelo», decían, y a veces intentaban tocarlo, pasar el dedo por un rizo y darle un tirón.

Pero Amy sabía, como los niños saben las cosas (lo sabían todo, según diría más tarde Mr. Robertson), que a su madre no le gustaba que los extraños la tocaran ni que comentaran nada acerca de su pelo. Ése debía de ser el recuerdo culpable de Amy más antiguo, porque a ella solía encantarle que trataran de

tocarla; volvía la cara hacia la mano y agachaba la cabeza para sentir los dedos del extraño merodeando mientras la amable voz decía: «Preciosa, ¿de dónde sacaste ese pelo?».

No lo había sacado de Isabelle. Hasta los extraños podían adivinarlo. Una mirada al pelo fino y recogido de Isabelle se lo decía. Era el pelo de su padre. Y ésa era la causa del rechazo silencioso de Isabelle: Amy lo había deducido tiempo atrás. Sólo podía imaginar que se debía a que su padre había muerto muy pronto después de su nacimiento; había tenido un ataque cardíaco en un campo de golf en California. «¿Qué hacía en California?», solía preguntar Amy, y la respuesta era siempre: «Tenía negocios». Nunca se había enterado de mucho más. Pero, al margen de quién hubiera sido su padre, Amy había heredado su pelo. Se sentía agradecida cuando se lo cepillaba delante del espejo en las tardes de invierno y las diferentes vetas rubias le caían sobre los hombros.

Y, entonces, un día, cuando salía temprano del comedor, Stacy no había ido a la escuela, Amy tropezó con Mr. Robertson, que salía del aula de profesores.

—Hola —dijo Amy; pero su voz no se oyó; apenas se separaron sus labios secos, cuando agachó la cabeza.

—Amy Goodrow —dijo Mr. Robertson, y continuó andando por el pasillo.

Sin embargo, ella oyó que los pasos se detenían, y al atisbar por encima del hombro, vio que él se había dado la vuelta y la estaba mirando. Mr. Robertson negó lentamente con la cabeza antes de decir:

—Sólo Dios, querida, podría amarte a ti sólo por ti misma y no por tu pelo amarillo.

Isabelle, meses más tarde, se sentaría en la cama de Amy a repasar el diario con las manos temblorosas, resuelta a averiguar cuándo había empezado todo, y no hallaría más que la anotación inocua del 10 de enero: *La vieja Dayble se ha caído por las escaleras y por suerte se ha roto la cabeza.*

## *Tres*

Los ventiladores zumbaban en las ventanas de la oficina. Era temprano, el día acababa de empezar. Este era siempre un momento de calma, en el que las mujeres aún llevaban consigo el perfume de los jabones matutinos, y cuando saludaban había un olorcillo a pasta de dientes en su aliento; estaban sentadas a sus escritorios, trabajando con más empeño que a cualquier otra hora del día. De vez en cuando, un archivador de metal chasqueaba al cerrarse, o una papelera arañaba el suelo. Avery Clark se arremangó la camisa y se asomó al umbral de su despacho.

—Isabelle —dijo—, ¿puedes venir unos minutos, por favor?

Y entonces pobre Isabelle, porque si hubiera sabido que Avery Clark iba a dictarle se habría puesto su vestido de lino. No era de lino puro, pero tenía algo de lino, y era azul vincapervinca. («Divertido decirlo, divertido ponérselo», le había dicho en tono jocosos el dependiente.) Isabelle procuraba no ponérselo demasiado a menudo. Si se ponía guapa a menudo, la gente podía llegar a esperar que siempre lo estuviera y darse aún más cuenta de que, en realidad, no lo era.

Y ciertamente aquel día no estaba guapa, con aquellos ojos hinchados e irritados tras una mala noche. Había vacilado ante la puerta de Amy: «Pero ¿qué va a hacer Stacy con el bebé?». Amy alegremente había dicho: «Oh, regalarlo, supongo». No, Isabelle no había dormido nada bien, y, en su mente, mientras buscaba su bloc de taquigrafía, rondaba el pensamiento de que tendría que pasar junto a Avery con aquella gruesa falda de cuadros. Era demasiado larga y no favorecía en absoluto sus caderas.

No podía encontrar su bloc. Sobre su escritorio había papeles y sobres amarillos, inocuos y deslucidos. Pero no podía encontrar el bloc, y era una casualidad estúpida, terrible, porque ella era una persona ordenada.

—Sólo un segundo, por favor —dijo—, parece que lo he extraviado...

Estaba sudando. Avery asentía con la cabeza, indiferente, con las manos en las caderas, echando miradas por encima del cuarto lleno de mujeres.

—Qué tonta soy —dijo Isabelle, dándole una palmada al bloc, que había estado todo el tiempo encima del escritorio—. Doña Tonta.

Pero Avery no se dio por enterado. Y se apartó distraídamente para dejarla pasar.

Las dos paredes exteriores del despacho eran casi todas de vidrio, e Isabelle siempre se sentía expuesta cuando estaba dentro con Avery. Al final, todos esos vidrios eran inútiles: supuestamente servían para que Avery supervisara a las mujeres, pero Avery Clark no era de hecho un capitán de barco muy eficiente. Sólo en raras ocasiones se veía obligado a hablar con una empleada recalcitrante sobre la mala calidad de su trabajo. Años atrás se había dado un incidente atroz con una mujer cuyo olor corporal era tan ofensivo que las otras lo habían acosado sin cesar para que la llamara a comparecer: un disgusto, le había confiado a Isabelle, que nunca olvidaría, y las otras mujeres presenciaban entonces con interés la entrevista desde sus escritorios. «¿Qué está pasando en la pecera?», murmuraban entre sí.

Pero Isabelle era su secretaria, y su presencia en el despacho no llamaba la atención. Nadie, se dijo, era testigo de su incomodidad excepto el propio Avery. Y él no parecía interesado. Barajó los papeles sobre su escritorio y dijo, simplemente, sin levantar la vista:

—Bueno, pues, ¿comenzamos?

—Cuando quieras.

Durante los últimos años, cuando le costaba conciliar el sueño, Isabelle solía imaginar a Avery sentado al lado de una cama de hospital en que yacía ella, y veía una mirada de preocupación en su cara envejecida. A veces la hospitalizaban por puro agotamiento, y otras veces un coche la atropellaba al cruzar la calle. Ocasionalmente acababa perdiendo un miembro. La víspera, la habían disparado durante un robo: el tiro había fallado por poco a su corazón, y la cara de Avery palidecía de angustia mientras el monitor al que ella estaba conectada emitía un pitido regular.

Se sintió cohibida por pensar en eso en aquel momento, casi aturdida de vergüenza, al verse delante del escritorio de Avery, con el bloc en el regazo de su falda de cuadros. Bajo la luz blanca del despacho, la cara distraída, preocupada de Avery (el afeitado matinal le había dejado un puntito rojo en la barbilla) la

separaba del vasto territorio de detalles que componía su vida. Ella no sabía siquiera cuál era su comida favorita. Ni si tenía un piano en casa. ¿De qué color, se preguntó, sería el papel higiénico con el que se había secado el corte en la barbilla aquella mañana?

—Bien —dijo Avery secamente—. Para la Compañía Heathwell Lentex. Tres copias. Apreciado señor. No, señor no. Mira en el archivo a ver quién recibe esto exactamente.

—Sí, por supuesto —dijo ella, tachando en su bloc, y se dio un golpecito en la rodilla con el bolígrafo—. Será muy sencillo.

Había tratado de imaginarlo todo, toda la confusa compilación de detalles que había detrás de ese hombre. Incluso había tratado de imaginar cómo habría sido de niño. Esto la había conmovido hasta el fondo del corazón, porque Avery debía de haber sido alto y torpe. Se lo había imaginado en el día de su boda, tieso y formal dentro del traje, con el pelo aplastado. Debía de haber tenido sus miedos secretos, porque todos los hombres los tenían. Y ¿cómo era ahora su vida? Había imaginado su armario, con las camisas colgadas en hilera, su cómoda, con un cajón para los pijamas...

—El contrato establecía explícitamente que el riesgo correría a cargo del comprador. Ver la cláusula cuatro, tercer renglón. —Aquí Avery Clark hizo una pausa y examinó con cuidado un papel que había sobre el escritorio.

Isabelle apretó los labios. Sintió pegajoso el pintalabios.

—Por favor, léeme eso otra vez, Isabelle.

Ella se lo leyó.

—Espera mientras lo verifico.

Ella aguardó sentada mientras él hojeaba diferentes papeles. Pero estaba terriblemente herida, porque antes solían hacer juntos la pausa para el café. Antes, ella solía sentarse allí y contarle cuánta agua había hecho correr la nieve por los aleros, cómo la nevera formaba hielo en la leche, y casi siempre él solía decir, sin importar cuál había sido el problema: «Vaya, creo que manejaste bien la situación, Isabelle».

Entonces dijo:

—Siguiente párrafo.

Y la miró brevemente.

—Por favor, advierta usted que en la última semana de junio del presente año...

Dios santo.



La última semana de junio, hacía menos de un mes, había sido cuando su vida se había hecho pedazos. Cuando se había desintegrado. Como si sus manos, sus pies, sus piernas ceñidas durante tantos años por las medias hubiesen sido de arena. Y Avery Clark lo había presenciado, lo cual era lo más atroz de todo. Ella había entrado en su oficina a la mañana siguiente, sonrojándose tanto que se le humedecían los ojos, y le había dicho directamente: «Por favor, Avery, dime, ¿Amy todavía puede empezar aquí el lunes?». El había contestado sin mirar: «Por supuesto». Porque, suponía Isabelle, ¿qué más podía hacer?

Pero, desde entonces, no habían compartido la pausa del café. Desde entonces no habían compartido ninguna conversación, salvo acerca de los aspectos más irrelevantes del trabajo.

Avery se inclinó hacia delante, y su silla crujió.

—Tres semanas para notificar en caso de mercancías no recibidas...

Si tan sólo le dijese algo, un simple: «Isabelle, ¿cómo estás?».

—Se adjunta el documento de rigor declinando toda responsabilidad. Por favor, fírmelo.

Cerró su bloc, recordando el día del último otoño en que le había contado a Avery que Barbara Rawley, la mujer del diácono, había herido sus sentimientos al decir que decorar el altar con dulcamara y hojas de otoño era inapropiado, cuando Isabelle lo había hecho, porque estaba encargada de las flores durante el mes de octubre.

—Pero si las hojas eran hermosas —le había asegurado Avery—. Tanto Emma como yo lo comentamos.

Sólo eso le hacía falta, ese gesto de asentimiento. Aunque a Isabelle tampoco le molestaba no oír nada acerca de Emma, de la antipática Emma Clark, que se quedaba enseñando su ropa cara a la salida de la iglesia como si tuviera un mal olor bajo la nariz.

—Si pudieras enviarlo esta mañana, entonces —dijo Avery.

—Sí, por supuesto.

Isabelle se puso en pie.

Avery se echó hacia atrás con la mano en la mejilla, observando los ires y venires desgastados de las mujeres detrás del vidrio. Isabelle se escurrió entre tanto hacia la puerta, para que su trasero, amorfo bajo la falda, no permaneciera a la vista durante mucho tiempo.

—Isabelle.

Había sido un susurro. Ella ya estaba casi del otro lado de la puerta. Podía no

haber oído, no haber escuchado aquella invocación callada de su nombre.

—Sí —susurró, haciendo coincidir el tono de voz, y se dio la vuelta.

Pero él estaba examinando el cajón superior de su escritorio, con la cabeza ligeramente inclinada, revelando los claros de su pelo gris.

—¿Te dije tres copias? —Tiró del cajón para sacarlo más—. Mejor haz cuatro.

Tras arrojar su cartón vacío de zumo en la papelera de metal, donde el cartón aterrizó con un sordo tintineo, Fat Bev se pasó la mano por la boca y miró por encima del escritorio a Amy Goodrow. La chica le daba pena. Bev había criado a tres hijas, y la encontraba rara: en la cara de Amy faltaba algo de conmoción. Por supuesto, debía de ser un plomazo trabajar en una habitación recalentada con un atajo de mujeres maduras. Se abanicó con la revista que Rosie Tanguay había dejado caer aquella mañana en su escritorio, diciendo al vuelo: «Aquí hay un artículo sobre las adicciones múltiples, Bev». La burra de Rosie, que no comía más que zanahorias. Pero había algo en Amy, pensó Bev, abanicándose mientras espiaba con toda discreción, que no era del todo normal, que iba más allá de un empleo aburrido en una habitación recalentada.

Por ejemplo, no mascaba chicle. Las hijas de Bev siempre estaban mascando chicle, removiendo enormes bolas en la boca, haciéndolas restallar, explotar, volviendo loco a todo el mundo. Roxanne, la menor, que ya tenía veintiún años, aún lo hacía. Bev nunca la veía sin su chicle en la boca cuando iba los sábados a usar la lavadora, con el maquillaje corrido y legañoso tras alguna fiesta de la noche anterior.

Y también eso, mira por dónde. Amy Goodrow no usaba maquillaje. Debería usarlo. Podría hacer volver algunas miradas si se pusiera un poco de sombra y se oscureciera las pestañas. Pero la chica no quería hacer volver miradas, reflexionó Bev, mientras buscaba sus cigarrillos; era terriblemente tímida, y vivía agachando la cabeza como un perro a punto de ganarse un sopapo en la nariz. Era una pena. Ni siquiera parecía interesada en esmaltes de uñas ni en perfumes; ¿había alguna chica que no estuviera interesada en esas cosas? Nunca hojeaba revistas en su escritorio, nunca hablaba de ropa, ni una sola vez usaba el teléfono para llamar a una amiga. «Llama a alguien», le dijo Fat Bev un día particularmente caluroso, al notar que la chica estaba aburrida, pero Amy negó

con la cabeza. «Así estoy bien», replicó.

Pues no era natural.

Y ¿cuál era la historia con su pelo? ¿Qué persona que estuviera en sus cabales iba a cortarse semejante melena de rizos preciosos? Ah, las chicas tenían sus fases, Bev lo sabía. Su hija mayor se había teñido de rojo el pelo y había parecido una tonta durante un tiempo, y Roxanne siempre estaba haciéndose permanentes horribles y quejándose durante semanas. Pero cortarse ese pelo. Se veía espantoso, ni siquiera tenía forma alrededor de su cara. Francamente, a veces a Bev le daba escalofríos ver aquel pelo lleno de puntas, como el de una paciente de quimioterapia o radioterapia o lo que fuera. Clara Swan tenía el pelo así después de ir a Hanover para que le hicieran esos tratamientos. Bueno, en realidad no. A Amy no le faltaban mechones enteros de la cabeza. Era sólo un mal corte. Un caso terrible de falta de criterio.

Bev encendió un cigarrillo, nerviosa por la idea del cáncer. Clara Swan sólo tenía cuarenta y tres años. Pero lo suyo era un tumor en el cerebro, no un cáncer de pulmón. Un tumor en el cerebro le podía salir a cualquiera, era cuestión de probabilidades. Si ella iba camino de un tumor cerebral, prefería pasarlo bien mientras tanto. Exhaló y agitó su gorda mano a través del humo. Rosie Tanguay había dicho en el comedor: «No puedo entender por qué la gente fuma, con todos los estudios que se han hecho».

Estudios. Rosie Tanguay podía coger sus estudios y metérselos por su flaco trasero. Bev sabía por qué fumaba. Fumaba por lo mismo por lo que comía: porque era algo que podía desear. Así de simple. La vida podía volverse tediosa, y uno tenía que poder desear algo. Cuando acababa de casarse había deseado irse a la cama con Bill, su marido, todas las noches en aquel pisito caliente de la calle Gangover. Dios, qué bien lo pasaban. Compensaba todo, sus rencillas por el dinero, los calcetines sucios, las gotas de orina delante del inodoro, todas aquellas pequeñas cosas a las que había que acostumbrarse cuando uno se casaba con alguien; nada importaba cuando te metías en la cama.

Era curioso que pudiera acabarse algo así de bueno. Pero se había acabado. Bev había perdido más o menos el interés después de nacer la primera niña. Empezó a irritarla Bill, la irritaba que noche tras noche todavía estuviera con ganas, con esa cosa rígida siempre ahí. Era porque estaba exhausta y la niña siempre acababa llorando. Sus pechos tampoco eran los mismos, después de que la recién nacida los chupara furiosamente hasta agrietarle los pezones; y nunca había bajado de peso. Su cuerpo se había quedado hinchado, y válgame Dios, ya

estaba preñada otra vez. Cuando su casa, su vida, estaban llenándose, ella había experimentado un sentimiento de irreprimible pérdida . Ah, ya tal vez no importaba. Aún lo hacían de vez en cuando, en silencio, siempre en la oscuridad. Cuando estaban recién casados, pasaban fines de semana enteros en la cama, con el sol asomándose a través de la cortina.

Aplastó la colilla del cigarrillo. No iba a quejarse, ya no era una niña. Pero se le había quedado dentro un dolor. Un tenue zumbido en el que resonaba la felicidad sobrevivía en las márgenes de su memoria, una especie de anhelo que una vez había obtenido respuesta y después simplemente no la había obtenido más. No podía entenderlo. Estaba casada con un buen hombre, y tantas mujeres no lo estaban; había tenido las hijas que quería, y estaban vivas y sanas. Así que, ¿qué era aquel dolor? Un agujero rojo y hondo en el que arrojaba Life Savers y patatas fritas y hamburguesas y pasteles de chocolate, y todo lo demás. ¿Creía la gente que a ella le gustaba ser gorda? Tan divertida Bev. La Gorda Bev. No le gustaba ser gorda. Pero el dolor, rojo y oscuro, seguía ahí, como un remolino en el vacío, como un hueco terrible.

Amy Goodrow estornudó.

—Vaya, ¡salud! —dijo Bev, contenta de poder hablar.

Si uno se quedaba callado mucho rato se ponía como enfermo. Siempre se lo decía a las chicas: encuentra a alguien con quien hablar cuando estés con la *depre*.

—Gracias —dijo Amy, con una sonrisa indecisa.

—¿Estás pillando un catarro? Con este tiempo loco, quién sabe qué bichos corren por ahí.

La pobre chica era demasiado tímida para responder.

Bueno (Bev bostezó y miró el reloj), vivir con Isabelle no debía de ser demasiado divertido. La manzana nunca cae lejos del árbol, decía siempre Dottie, y Bev estaba de acuerdo. Isabelle Goodrow era rara. Una virgo típica, eso es lo que era. No desagradable, pero sí bastante estirada. Había algo en ella que daba pena, pensó Fat Bev, moviendo el teléfono para ver si sus Live Savers habían rodado por ahí. Pero, por otro lado, nadie había descifrado nunca a Isabelle. Fat Bev sintió el endurecimiento acostumbrado de su abdomen, y se levantó de la silla con expectación casi sensual: Dios sabía que uno de los placeres de la vida era mover con éxito las tripas.

Amy, alzando la vista de su pila de pedidos naranja, había visto a su madre en el despacho de Avery Clark. Los leves movimientos del brazo de su madre, su mirada baja, indicaban que estaba tomando un dictado. Amy acarició los números de la calculadora y sintió en el fondo del estómago una náusea a la que apenas se atrevía a dar nombre: a su madre le atraía aquel hombre.

—Tienes suerte de que tu madre no esté casada —había dicho Stacy en el bosque un día cuando el tiempo empezaba a enfriar—. No tienes que imaginártela haciéndolo.

—Ay, por favor —dijo Amy, atragantándose con el cigarrillo.

Stacy entornó los ojos y la línea de rímel se curvó en sus gruesos párpados pálidos cuando los cerró un momento.

—¿Te conté que una vez vi a mis padres desnudos?

—No —dijo Amy—. Qué asco.

—Fue asqueroso. Un sábado pasé frente a su dormitorio y la puerta estaba a medio cerrar; estaban dormidos en la cama, desnudos los dos. —Stacy extinguió su cigarrillo contra la corteza de un árbol—. Mi padre tiene un culo blanco que se ve ridículo.

—Dios mío —dijo Amy.

—Sí, así que alébrate de no tener padre. No tienes que imaginártelo haciéndolo.

Para ser francos, a esas alturas de su vida, Amy no podía imaginarse realmente a nadie haciéndolo. No tenía una noción clara de qué era «lo» que hacían realmente. Viviendo bajo la vigilancia de Isabelle, nunca había podido colarse en una película X como algunos de sus compañeros. (Stacy, por ejemplo, lo había hecho, y le había relatado una escena en la que un hombre blanco y una mujer negra lo hacían en una bañera.) A falta de un hermano mayor que tuviese escondidas revistas guarras debajo de la cama, Amy sabía muy poco en realidad.

Tenía conocimientos sobre su regla, por supuesto. Sabía que tenerla era normal, pero no tenía ninguna certeza sobre sus complejas implicaciones; Isabelle, unos años atrás, había hablado brevemente acerca de los óvulos y mucho más acerca del olor. («Mantente lejos de los perros —le había aconsejado—. Siempre se dan cuenta».) Y le había dado un folleto rosado con un diagrama. Amy creía que había entendido.

Y entonces, garabateadas en la pared del lavabo de chicas con un grueso rotulador Magic Marker, habían aparecido un día las palabras: «Si un hombre mete la polla cinco minutos en el hueco de la mujer la deja preñada». Para Amy,

aquello tenía sentido. Pero la profesora de gimnasia le había dicho a las chicas reunidas en el vestuario que lo que había escrito en la pared del lavabo era incorrecto, y que, en consecuencia, la escuela había decidido iniciar un programa de educación sexual que tendría lugar en la clase de hogar. Amy no podía dilucidar qué parte del asunto en la pared del lavabo era incorrecta, y la clase de hogar no había resultado de ninguna ayuda.

La profesora de hogar, que duró sólo un año, era una mujer nerviosa, de pies largos y rodillas protuberantes como naranjas que habían sido causa de cierta hilaridad dentro de la clase. «Muy bien, chicas —dijo—, he pensado que podemos empezar nuestra educación sexual con una sesión sobre cómo arreglarse bien». Rebuscó en su libreta de notas. «La calidad de vuestro cepillo —afirmó— está relacionada con la calidad de vuestro pelo». Así prosiguió durante semanas. Describió diferentes métodos para limarse las uñas y para limpiarse los dedos de los pies, y un día escribió en la pizarra una receta de desodorante para las axilas. «En caso de una emergencia, chicas, por si descubríis que no tenéis». Copiaron la receta: una mezcla de talcos con levadura en polvo y agua con sal. Más tarde, les dio una receta de pasta de dientes casi igual, salvo por los talcos, y las instruyó en el uso de la palabra *transpiración*, en lugar del término más basto de *sudor*. Las chicas se rascaban los tobillos y miraban el reloj, y Elsie Baxter fue enviada a la oficina del director por decir en voz alta que todo era una aburrida mierda.

En cualquier caso, eso había ocurrido hacía tiempo. Amy no se sentía la misma persona de entonces, y no podía reprimir la idea de que su madre, aunque ciertamente no había estado «haciéndolo», sí se sentía, se había sentido, atraída por su jefe, aquel hombre reseco, horrible. Era la manera en que su nombre salía a relucir en casa, en los días lejanos en que Amy e Isabelle se hablaban: «Avery me dice que debería cambiar el coche; conoce a un vendedor al que le va a hablar de mi parte». Era la manera en que su madre se ponía el pintalabios por la mañana, frunciendo los labios, y decía: «El pobre Avery está tan sobrecargado de trabajo en estos días».

Pero Avery Clark era viejo y chabacano: ¿cómo podía gustarle a uno alguien así? Él y su mujer parecían dos palos muertos sentados en el banco de la iglesia cada domingo. No lo habían hecho durante los últimos cien años, de eso no cabía duda.

Amy estornudó («¡Salud!», dijo Fat Bev) y miró de nuevo hacia la pecera. Su madre estaba de pie, con el bloc taquigráfico en una mano, alisándose con la

otra la falda por detrás. Avery Clark asentía con la cabeza, con esa estúpida calva que disimulaba peinándose los pocos cabellos grasientos que tenía como si nadie fuera a darse cuenta. Amy oprimió un botón de la calculadora e imaginó la boca larga y babosa de Avery Clark, sus dientes manchados, el aliento seco que ella había percibido cuando Avery pasaba en la iglesia el platillo de la colecta. Y qué decir de aquellos estúpidos zapatos de viejo, con los agujeritos decorativos. A Amy la ponía enferma.

Avery Clark tal vez había dicho el nombre de su madre. Isabelle se había detenido en la puerta; Amy, mirando otra vez, vio encenderse una sumisa esperanza en la cara pálida de su madre, y luego la vio desaparecer. Sintió un hueco en el estómago: era terrible lo que acababa de ver, la desnudez de la cara de su madre. Se sintió llena de amor por ella. A través de la línea negra que se extendía entre las dos, una bola furiosa de amor rodó hacia su madre, que ya había vuelto a su escritorio e insertaba una hoja en la máquina de escribir. Y enseguida Amy aborreció el cuello de su madre, largo y desgarrado, y los mechones de pelo húmedo que se le pegaban a la piel. Pero este sentimiento de aversión acrecentó también un amor desesperado que estremeció con su peso la línea negra.

—Venga, cuéntame —dijo Fat Bev, y se metió en la boca un Life Saver rojo—. ¿Qué hacen tus amigas este verano? ¿No es Karen Keane la que está detrás de la registradora en Mac's?

Amy asintió con la cabeza.

—¿No es amiga tuya?

Amy asintió otra vez y oprimió el botón de Total en la calculadora. Detrás de sus ojos, se arremolinaba el llanto gris de una ansiedad y de una tristeza inexplicables. Una vez más miró a su madre, que en aquel momento escribía a máquina, con la begonia que había rescatado del alféizar agitándose en su escritorio. Amy vio caer un capullo pálido entre las hojas.

—Está bien que los chicos tengan empleos de verano —dijo Fat Bev, con el Life Saver chocando contra sus dientes—. Todos mis chicos tuvieron empleos desde que tenían unos doce años, creo.

Amy asintió de nuevo, distraída. Quería que Fat Bev siguiera hablando porque le gustaba el sonido de su voz, pero no quería contestar preguntas. Especialmente no quería contestar ninguna pregunta acerca de Karen Keane. El recuerdo de Karen Keane intensificaba la ansiedad que había detrás de sus ojos. Habían sido amigas cuando eran pequeñas. Jugaban al tejo en el patio de recreo

y huían corriendo de las avispas que revoloteaban a montones en torno al cubo de la basura. Amy durmió una vez en casa de Karen, una gran casa blanca con arcos sobre la calzada de Valentine Drive. La casa era reluciente y soleada y estaba llena de ruido; había niños que jugaban en la parte de atrás, y la hermana de Karen hablaba por teléfono mientras se secaba el pelo con una toalla. Pero Amy echaba de menos su casa, y se metió en el cuarto de baño a llorar durante la cena al pensar que su madre estaba cenando sola en la cocina. También hubo momentos buenos. Como cuando Karen fue a casa e Isabelle las dejó hacer galletas. Las chicas se sentaron a comérselas en los escalones de atrás mientras Isabelle quitaba las malas hierbas del jardín. Aún podía recordarlo.

—Todo cambia cuando llegas a la secundaria —le dijo de pronto a Fat Bev, pero los Live Savers habían resbalado del escritorio y Fat Bev se había agachado para recuperarlos.

—¿Qué decías, cariño? —le preguntó Bev, con la cara colorada por el esfuerzo, pero su teléfono empezó a sonar, y, apuntando con un dedo hacia Amy, dijo al auricular—: ¿Qué hizo ahora tu espantosa suegra?

Y al fin y al cabo, ¿qué podía decir Amy? No iba a contarle realmente a Fat Bev cómo la secundaria lo había cambiado todo, cómo sus pechos crecieron al comienzo tanto más que los de las demás chicas, cómo dormía boca abajo para tratar de impedirlo, aunque ocurrió igualmente, cómo su madre, tratando de mostrarse desenvuelta, le pasó una cinta métrica alrededor del pecho y encargó por correo un sujetador a Sears. Con el sujetador, sus pechos parecían más grandes, estúpidamente adultos. En la escuela surgió una especie de juego, en el que los chicos estornudaban cuando pasaban a su lado. «¿Alguien tiene un kleenex?», solían decir.

—No les hagas caso —dijo su madre—. No les hagas ningún caso, a quién le importa.

Pero a ella le importaba.

Y luego, una mañana de espanto, al despertar, descubrió una mancha oscura del tamaño de una moneda en sus bragas. Le llevó las bragas a su madre a la cocina.

—Amy —dijo su madre—. Ay, Amy. Cariño, te lo juro.

—¿Qué?

—Ay, Amy —añadió su madre tristemente—. Hoy es un día muy emocionante.

Se sentía repugnante y asustada, caminando hacia la escuela, con el



estómago pesado, con dolores raros en los muslos, y una compresa extra en la bolsa de papel de estraza del almuerzo. Ninguna de las chicas llevaba todavía bolso a la escuela. Y le pidieron que se pusiera de pie frente a la clase para hacer el diagrama de una frase en la pizarra. Creía que iba a desmayarse de vergüenza, como si toda la clase pudiera ver a través de su falda de pana la cosa abultada y monstruosa que había apretada entre sus piernas.

Registró el suceso en un cuaderno por sugerencia de su madre; Isabelle creía que era una buena idea llevar la cuenta de las fechas para que la regla no la cogiera a una por sorpresa, aunque la regla de Amy tenía mente propia y todavía la seguía sorprendiendo. Y cuando, un sábado, Karen Keane fue de visita, Amy, de regreso del cuarto de baño, entró en su habitación y encontró a Karen sentada en su cama, cerrando rápidamente el cuaderno. «Lo siento —dijo Karen, enredando algunos cabellos en un dedo—, no se lo voy a contar a nadie. De verdad».

Pero lo hizo. Lo contó. Había susurros, notas que cambiaban de mano, y Elsie Baxter llegó a decir: «Entonces, Amy, ¿qué hay hoy en tu bolsa del almuerzo?». Era como si ella fuese un fenómeno. Y aun más tarde, cuando a las otras chicas se les desarrollaron una por una los pechos y empezaron a tener la regla, a Amy le costaba no verse como un fenómeno, como una especie de bicho estrafalario.

—Le pregunté a mi cuñada —decía Fat Bev en tono impasible por teléfono— y ella sangró durante seis semanas. No un chorro, ni nada, ya me entiendes. Sólo una gota y otra, un goteo.

Su mirada se cruzó con la de Amy, y le ofreció el tubo de Live Savers.

Amy sonrió y negó con la cabeza. Quizá nunca había querido a nadie como quería en aquel momento a Fat Bev. La vieja Fat Bev, gorda y grandullona, que podía hablar de las tripas y del flujo menstrual sin parpadear, como si fueran las cosas más corrientes del mundo. Bev, oyendo a Dottie Brown que seguía al habla, se sorprendió al ver una chispa de agitación en la cara delgada de la chica, el temblor momentáneo de un anhelo.

Pero Mr. Robertson le había enseñado cosas sobre el orgullo, sobre la dignidad, sobre la amabilidad. Realmente, realmente lo había hecho. Un día ya era febrero y la luz estaba cambiando, se llenaba de amarillo, insinuaba una promesa le dijo al pasar por entre las mesas:

—Bonito vestido.

Amy, doblada sobre su pupitre con el pelo sobre la cara, ni siquiera advirtió

al principio que le hablaba a ella.

—Amy —dijo él—. Bonito vestido.

Ella alzó la vista.

—Muy bonito —dijo él, y se acercó por el pasillo, asintiendo con la cabeza y enarcando sus cejas rojizas con gesto de aprobación.

—Lo ha hecho ella —dijo Elsie Baxter, ansiosa por intervenir—. Amy lo ha hecho ella sola.

Era verdad; había sido un proyecto para la clase de hogar. Amy había ido a la tienda de telas con Isabelle, y las dos habían recorrido el catálogo de Simplicity hasta encontrar el estampado para el vestido. «Cose la cremallera a mano», le había advertido Isabelle. «Cose siempre la cremallera a mano, así nunca se verá fruncido».

Pero la profesora rodilluda de la clase de hogar le dijo que tenía que coser la cremallera a máquina. Sentada ante su máquina de coser junto a la ventana, Amy había librado una batalla seria. La tela se fruncía, la cremallera resbalaba. Otras chicas, sentadas ante sus propias máquinas, se reían y hablaban y susurraban palabrotas al cometer errores, pero Amy trabajaba en silencio, colorada por el esfuerzo, retomando una y otra vez con dedos sudorosos la línea torcida de puntadas. Finalmente, lo consiguió. Y cuando el vestido estuvo hecho se lo pudo poner perfectamente. Algunas de las otras chicas no podían decir lo mismo.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Mr. Robertson. Había llegado al pupitre de Amy; ella podía ver por el rabillo del ojo la pana marrón de sus pantalones. Luego, en voz baja, grave—: Te ha quedado muy bien.

Amy se dobló sobre el pupitre, con la cara escondida bajo el pelo. No sabía si hablaba o no en serio. Quizá, de una manera imprecisa y adulta, estaba burlándose de ella. O tal vez estaba siendo amable. Ella realmente no lo sabía. Y por eso mantenía la cabeza gacha.

Mr. Robertson dijo por fin:

—Está bien, todos. Comenzad con el segundo problema, y luego alguien puede ponerlo en la pizarra.

Pero no se marchó. Ella lo oyó sentarse a su lado en un puesto vacío, y apartó su pelo con cautela. Él la observaba, arrellanado en la silla y con los brazos cruzados. Su cara era seria y amable. Amy vio que no estaba burlándose. Mr. Robertson le habló en un susurro, inclinando la cabeza con interés.

—Una mujer debe aprender a aceptar un cumplido con gentileza —dijo.

Un timbre estrepitoso resonó en la oficina. Sonaba ocho veces al día a lo largo y ancho del molino, y esta vez era la pausa de la mañana; al cabo de quince minutos sonaría otra vez a todo volumen para indicar a las mujeres que volvieran a los escritorios, pero de momento podían recorrer el pasillo, ir al lavabo, o al comedor, a comprar galletas y pastas en las máquinas expendedoras, y destapar latas de refresco y té helado. Rosie Tanguay comería trocitos de zanahoria de su bolsa de papel parafinado. Arlene Tucker había llevado de casa medio pastel de chocolate cuya cubierta se había derretido por el calor y estaba casi toda adherida a los pliegues húmedos del envoltorio de plástico, de donde Fat Bev la quitaba a dedo limpio, dándole el parte a Arlene sobre la hemorragia continua de Dottie Brown.

Amy permaneció en su escritorio, mirando con rostro ausente los ventiladores que chirriaban en las ventanas, pensando en Mr. Robertson. Isabelle, casi con náuseas por la falta de sueño, estaba en el lavabo, poniéndose una toalla de papel húmeda en la cara, y no podía pensar en nada que no fueran las palabras que su hija había dicho la noche anterior cuando ella le había preguntado que haría Stacy con el bebé: «Oh, regalarlo, supongo».

## *Cuatro*

Pero aquel año había pasado algo más. En febrero, una chica de doce años había sido raptada de su casa. Había ocurrido dos pueblos más allá, en Hennecock, y Amy e Isabelle estaban tan intrigadas que durante tres días cenaron comida congelada delante de la tele. «Chsss», se decían una a la otra cuando empezaban las noticias.

«La búsqueda de Debby Kay Dorne continúa. —La cara del presentador era solemne; quizá tenía hijos—. La policía no ha informado de nuevos hallazgos en el caso de la niña de doce años que desapareció de su casa en algún momento entre las dos y las cinco de la tarde del martes».

Amy e Isabelle se inclinaron hacia delante en el sofá.

—Qué dulce —murmuró Isabelle, cuando la foto de la chica apareció en la televisión.

Habían enseñado la misma foto el día anterior y en el diario de la mañana: una niña de cara ancha, con el pelo rizado metido detrás de las orejas, parpadeando como si la cámara la hubiese pillado al borde de una risita.

—Pero qué dulce —dijo Isabelle, y luego más despacio—: muy, muy dulce.

Amy se acercó a su madre en el sofá.

—Chsss —dijo Isabelle— quiero oír lo que va a decir.

Era lo que ya habían oído antes. Debby Kay salió para la escuela la mañana del 10 de febrero, y resbaló en el hielo a la entrada de su casa. Aunque la caída no fue especialmente seria se quedó en casa, sola, porque sus padres trabajaban. A las dos de la tarde su madre llamó y habló con ella por teléfono, pero cuando llegó a casa a las cinco la niña no estaba. Su chaqueta tampoco estaba, y la casa estaba cerrada con llave. No faltaba nada, y la policía creía que la persona que se llevó a Debby Dorne era alguien a quien Debby conocía.

—Ay, Dios —dijo Isabelle, suspirando, al levantarse para apagar el televisor

—. Si es así no hay nada que hacer.

Y, durante varias noches, atrancó la puerta con una silla.

Amy no podía dejar de pensar en ello. Acostada en la cama, a la espera del sueño, mientras la luz de la luna acariciaba el hielo en su ventana, se imaginaba una y otra vez la escena: la niña, vestida con una chaqueta de invierno verde, caía en el camino, y su cuaderno y su bolsa del almuerzo salían volando, resbalaban en el hielo; la madre salía rápidamente de la casa. «Cariño, ¿estás bien?». La madre tendría cara de sueño, pensaba Amy, pero sería guapa. Ayudaría a entrar a la niña, le ayudaría a quitarse la chaqueta verde y la colgaría en un gancho junto a la puerta. Amy imaginaba a Debby tendida en el sofá mientras la madre le llevaba su edredón y la besaba en la frente, y le echaba el pelo rizado hacia atrás. Tal vez le había dicho: «No abras la puerta».

Se imaginaba el perro pequeño, el tipo de perro que cuando llega un extraño se excita y corre de un lado a otro, arrastra las alfombras, tal vez tira una planta o dos, pero se queda tranquilo cuando sabe que todo está bien. Tal vez, aquella mañana había estado echado en el sofá con Debby mientras ella se rascaba la cabeza y miraba un concurso en la tele. Debby tenía que haber tenido hambre, pensaba Amy, pues la niña en realidad no se había quedado en casa enferma, y la veía levantarse del sofá, ir a la cocina y revolver en los armarios hasta encontrar galletas integrales y patatas fritas; la veía regresar a comérselas en el sofá mientras el sol de invierno entraba por la ventana, reflejándose en la pantalla del televisor.

Probablemente ya estaba muerta.

Arlene Tucker tenía un cuñado que había trabajado para la policía del estado, y según Arlene, la mayoría de los secuestradores mataban a sus víctimas en las primeras veinticuatro horas. Isabelle había informado de ello a Amy tan pronto como había vuelto de la fábrica.

Así que Debby Kay Dorne probablemente estaba muerta. Amy no podía quitárselo de la cabeza. No conocía a la chica, ni a nadie que la conociera, pero no podía dejar de pensar que quizás estaba muerta. Se había vestido aquella mañana para ir a la escuela, había salido de casa apretando contra el pecho su cuaderno (probablemente lleno de flores garabateadas a lápiz y corazones y números de teléfono, imaginaba Amy, volviéndose en la cama una vez más), pensando que sólo era otra mañana aburrida de martes de invierno y sin tener ni idea, por supuesto, de que aquel día la iban a secuestrar. A una chica corriente de un pueblo pequeño, que tenía el pelo rizado y llevaba patatas fritas en la bolsa

del almuerzo no se la llevaban de casa mientras veía la tele con su perro. Salvo que sí ocurría, porque eso era lo que acababa de ocurrir en Hennecock, dos pueblos más allá.

—Han organizado una patrulla de búsqueda —le contó Amy a Stacy al otro día en el bosque. Hacía un frío terrible, y ambas veían bailar su aliento, encorvadas dentro de sus abrigos, con los puños hundidos en los bolsillos—. Es una patrulla de voluntarios. Mi madre dijo que hasta puede ser que el secuestrador esté en la patrulla. Qué extraño, ¿no?

Pero Stacy no estaba interesada en Debby Dorne. Sus labios gruesos temblaban con el frío mientras observaba los pinos, las rígidas agujas bajo la nieve congelada.

—Me gustaría que alguien me secuestrara —reflexionó.

—Pero puede estar muerta —dijo Amy.

—Tal vez se hartó de todo y se escapó.

Stacy pateó suavemente un árbol.

—Creen que no —respondió con voz seria Amy—. Los niños de doce años no suelen escaparse de casa.

—Sí que lo hacen. A lo mejor hizo autoestop y pilló un coche que iba a Boston.

—¿A qué iba a ir a Boston?

Amy había estado en Boston en una excursión de la escuela en séptimo curso. A través de las ventanillas del autobús, había visto hombres tirados en las escaleras de los edificios, durmiendo en los bancos de los parques, hombres sucios con el pelo tieso, que se envolvían los pies en diarios. Cuando había vuelto aquella noche a casa, Isabelle había dicho: «¡Estoy tan contenta de verte! Tenía miedo de que te pegaran un tiro».

—Podría prostituirse. Dormir en la estación de autobuses, no sé. Lo que hacen los que se escapan. —Stacy se sentó con cuidado en el borde de un tronco cubierto de nieve, apartándose el pelo rojo y liso de la cara—. Si yo fuera ella, seguiría escapándome. —Miró a Amy y frunció las cejas—: No sé si tengo hambre o no.

Amy sacó del bolsillo un paquete de galletas. Era la comida de ambas: galletas saladas con mantequilla de cacahuete y mermelada rosada. Sintió los dedos doloridos de frío al desenvolverlas.

Stacy dejó caer el cigarrillo y lo pisó; se comió una galleta a pequeños mordiscos, como hacía siempre, con los gruesos labios resecaos apenas

entreabiertos.

—Bueno, de todas formas —continuó Amy, incapaz de dejar de pensar en Debby Dorne— interrogaron a los familiares y a la gente que hay que interrogar, y dicen que están bastante seguros de que no se escapó de casa. La policía lo dijo desde un principio. Sospechan que es un crimen. Que la secuestraron. No tenía problemas en la escuela ni nada, era una chica feliz.

—Chorradas. —Stacy se cerró con una mano el cuello de su chaquetón de marinero mientras se comía con la otra mano la galleta—. Nadie es feliz a los doce años.

Amy se lo planteó mientras se comía también una galleta, saboreando el dulzor ácido de la mermelada; la primera galleta siempre le daba mucha hambre. Pero después de otro cigarrillo ya no estaría hambrienta.

—Yo seguro que no lo era. ¿Y tú?

Stacy torció la cabeza hacia arriba; un cuervo alzó el vuelo desde un abeto que tenía las ramas dobladas por el peso de la nieve congelada.

—No.

De pronto Stacy empujó el brazo de Amy:

—Un coche. Al suelo.

Las chicas se agazaparon en el suelo. El ruido del motor aumentó a medida que el coche se acercaba rodando por la grava helada de la carretera. Amy miró la colilla del cigarrillo aplastada en la nieve y esperó. En aquel momento sólo podían ponerse a cubierto detrás de las ramas de los pinos y los abetos, no estaban tan resguardadas de la carretera como antes. Cualquiera podía verlas al pasar en coche, si se le ocurría mirar. En otoño, cuando descubrieron el lugar, el follaje que agitaba el viento era espeso y ofrecía intimidad; el tronco caído les llegaba a la cintura y era un asiento perfecto.

El coche era azul.

—Mierda, puede ser Puddy —dijo Stacy, al atisbar de reojo, refiriéndose al director de la escuela—. Todo bien, no ha mirado.

Se pusieron de pie y se recostaron en el tronco caído.

—¿Era Puddy? —preguntó Amy.

Si las cogían fumando las expulsarían de la escuela; era inconcebible pensar que Isabelle recibiese una llamada así mientras tecleaba en su máquina de escribir en la oficina del molino.

Stacy negó con la cabeza.

—En realidad no pude ver. De todos modos, no te va a reconocer. Nadie

sospecharía una mierda de Amy Goodrow. Pero ponte la capucha —aconsejó Stacy, escrutando críticamente a Amy—. Tienes todo ese pelo.

Se le acercó con la galleta entre los dientes y tiró ella misma de la capucha de Amy hasta cubrirle la cabeza. Las yemas frías de sus dedos rozaron la mejilla de Amy.

—Apuesto a que Karen Keane era feliz a los doce años —dijo Amy, recordando la casa blanca de Valentine Drive.

Stacy sacó un cigarrillo de la cajita de plástico de los tampax, donde siempre los escondía.

—Karen Keane follaría con una piedra si supiera que hay una culebra debajo. No sé por qué fumo, me siento hecha una porquería. Esto es realmente malsano.

Negó con la cabeza, dejando caer sus párpados gruesos y pálidos para mostrar la indiferente repugnancia que sentía por sí misma; tenía la comisura de un ojo manchada de rímel.

—Realmente tenemos que ser un par de ratas asquerosas para estar zapateando aquí afuera con este hielo.

Amy dijo de golpe:

—¿La gente piensa que eres rara porque pasas el recreo conmigo?

No había planeado hacer la pregunta y le costó un golpeteo ansioso en el pecho.

Stacy levantó los ojos, sorprendida, tras sacudirse una brizna de tabaco de la manga.

—¿Qué gente?

—Ya sabes, tus amigos. Karen Keane y ellos.

Stacy entrecerró los ojos.

—No —dijo—. En absoluto.

Un parche de nieve congelada cayó de una rama y aterrizó en el suelo como un pisotón. El cuervo levantó el vuelo hacia otro árbol.

—Nadie piensa que soy rara porque paso la hora de la comida contigo —dijo Stacy—. Tienes una imagen de ti misma realmente mala, Amy.

—Supongo.

Amy derribó con la bota la nieve apilada sobre una piedra de granito. Sus botas eran de plástico, y se suponía que parecían de piel. Las odiaba. Le desagradaba que no se rayaran aunque las raspaba contra las piedras, o que no dañaran su pie como las botas de piel auténtica de Stacy y que permanecieran



siempre rígidas, toscas e indestructibles.

—Hay personas que le pagan a mi padre montones de pasta porque tienen mala imagen de sí mismas. —Stacy se puso ambos cigarrillos en la boca, y luego rió—. ¿Te imaginas yendo a hablar con mi padre para sentirte mejor contigo misma? O sea, es realmente gracioso.

Negó con la cabeza y encendió los dos cigarrillos, luego le pasó uno a Amy.

—Qué mierda. Todo es una mierda.

Stacy expulsó el humo por la nariz.

—¿Quieres saber algo acerca de esa gente?

—¿Qué gente? —preguntó Amy. Las yemas de sus dedos parecían estar ardiendo de frío.

—Karen Keane y los demás. Son unos idiotas. —Stacy cerró un ojo porque el humo le pasaba por la cara y miró con el otro a Amy—. Son idiotas. Imbéciles. Y tú no lo eres. Tú eres la única persona que conozco que no es una maldita idiota tarada.

Así prosiguió febrero. Hubo muchos días tediosos y blancos y fríos. A menudo el cielo era del mismo color que los campos de nieve cansada alrededor del pueblo, de modo que el mundo se extendía todo igual, pálido e interminable, interrumpido sólo por oscuros árboles helados que se recortaban en el horizonte o por el techo hundido de una vieja granja roja. Un deshielo sobrevenía de repente; un día de esplendor: había cielo azul y rayos de sol que rebotaban en los árboles goteantes, un mundo resplandeciente en el que a lo largo de la calle Mayor chasqueaban los tacones y la nieve se derretía en riachuelos que corrían a lo largo de la acera.

—Es la clase de día —dijo Isabelle— en que un alma atormentada se suicida.

Lo decía confiada, sentada muy derecha en el reservado, golpeando su taza suavemente con la cuchara. Era la tarde del sábado y estaban en la cafetería de Leo, al pie del puente. El sol entraba por la ventana, se desplegaba sobre el linóleo azul de la mesa y se reflejaba en la jarrita metálica que había en la mano de Isabelle.

—Las estadísticas muestran —prosiguió Isabelle, deteniéndose para poner más leche en el café— que la mayoría de los suicidios ocurren justo después de una racha de frío. En el primer día soleado que hay después.

Amy quería otro donut. Se comía despacio el que tenía por si su madre le decía que no.

—Conocí una vez a un hombre, cuando era niña —Isabelle asintió con la cabeza pensativamente—. Un hombre muy callado. Su esposa enseñaba en la escuela. Un día, cuando volvió a casa, lo encontró muerto en el pasillo. Se había pegado un tiro, el pobre.

Amy levantó los ojos del donut y miró a su madre.

—¿De verdad?

—Sí. Fue muy triste.

—Y ¿por qué lo hizo?

—Yo qué voy a saber, cariño. —Isabelle removió su café—. Pero dejó el pasillo hecho un desastre; eso fue lo que oí. Tuvieron que volver a pintar una pared.

Amy se lamió las migas de los dedos.

—Yo nunca he visto a una persona muerta —dijo.

En el plato de Isabelle había un donut marrón, e Isabelle lo cortó con el cuchillo y cogió un trozo delicadamente con las puntas de los dedos.

—¿Los muertos parecen sólo dormidos? —preguntó Amy.

Isabelle negó con la cabeza, masticando. Se tocó los labios con una servilleta de papel.

—No. Los muertos parecen muertos.

—Pero ¿en qué se diferencian de los dormidos? El abuelo de Stacy Burrows se murió en la cama y su abuela lo dejó ahí toda la mañana porque pensó que estaba dormido.

—Yo diría que su abuela necesita unas gafas nuevas —respondió Isabelle—. Una persona muerta parece ida, no sólo dormida. Sácate el dedo de la boca, por favor. Uno no debe hurgarse ningún orificio en público.

Pero Amy estaba contenta, con el sol de invierno, el sabor del donut, el vaho en la ventana y el olor del café en el aire. Pensaba que quizá su madre también estaba contenta: la arruga perpetua que yacía entre sus cejas como el calco de una gaviota en vuelo se había allanado, y cuando Amy le pidió otro donut dijo que sí.

—Pero bebe algo de leche —advirtió Isabelle—. Dos donuts ya son demasiada grasa.

Permanecieron en silencio, comiendo y mirando la cafetería a su alrededor y la gente que pasaba por la calle Mayor tras el ventanal. A Amy le gustaba la

cafetería de Leo porque la hacía sentirse normal. Parecían normales, ellas dos, una madre y una hija de paseo un sábado por la tarde. Amy se sentía como una de las chicas del catálogo de Sears. Y la primavera de veras estaba en el aire. Fuera de la cafetería, el sol se reflejaba en los guardabarros de los coches aparcados y la nieve estaba mojada y medio derretida.

—¿Por qué abriría la puerta? —dijo finalmente Amy, tras acabarse su segundo donut y apartar el plato—. Si su madre le había dicho que no abriera.

Isabelle asintió con la cabeza.

—Bueno, ésa es la cuestión, ¿no? Yo te he dicho que nunca abras la puerta, pero supón que estás sola en casa y Avery Clark llama por teléfono y dice que yo he tenido un accidente, y que va a pasar a buscarte para llevarte al hospital. Algo así. Tú irías con él, ¿no?

—Supongo.

—Avery nunca te haría daño —dijo Isabelle—. Avery no le haría daño a una mosca. Sólo daba un ejemplo. —Escondió algunas monedas bajo el borde de su plato; no le parecía bien dejar la propina a la vista—. ¿Nos vamos?

Caminaron despacio calle abajo (¡todo era tan normal!), madre e hija mirando los escaparates de las tiendas, juntando las cabezas, señalando con el dedo un par de botas, un bolso o un vestido que estaban de acuerdo en que nunca se pondrían. Ah, en esos momentos Amy se sentía en el cielo.

Y esos momentos no eran frecuentes.

Cuando entraron en coche en el aparcamiento del A&P, el buen humor se había esfumado, el momento se había ido. Amy podía sentirlo marchándose. Quizás eran sólo los dos donuts que estaban expandiéndose en su estómago lleno de leche, pero podía sentir el comienzo de una pesadez, la resaca familiar de una marea interior. Cuando habían cruzado el puente, el sol amarillo del día feliz resplandecía con el dorado del atardecer; la luz de oro golpeaba las riberas, opulenta y pesarosa, arrancándole a Amy un anhelo, un ansia de felicidad.

—Recuérdame que lave varios pares de medias —dijo Isabelle.

La entrada del A&P estaba cubierta de serrín, sucia y mojada bajo las pisadas de los clientes. Amy empujó un carrito de compras y una de las ruedas delanteras se estremeció en una curva, haciendo temblar el carrito en medio del serrín.

—Vamos a terminar de una vez —suspiró Isabelle, tras mirar la lista que llevaba en la mano.

El humor de su madre también había cambiado; Amy se sentía responsable,

como si la recaída de sus ánimos de algún modo fuera culpa suya. Como si por haberse comido dos donuts las hubiese hundido a ambas.

En el supermercado tuvo ganas de llorar. Una extraña promesa se estrellaba allí con la desesperanza: era la promesa de que en algún lado había cocinas bien iluminadas, donde el teléfono sonaba junto a la puerta y el vapor salía de las ollas y los cubiertos caían ruidosamente en la mesa, y era la desesperanza de aquellas filas sin fin de latas de remolacha y de maíz. La gente empujaba cansada sus carritos, sin sonreír.

—Ay, Jesús — susurró Isabelle, clavando los ojos en la lata de atún que tenía en la mano—. Aquí viene esa mujer espantosa.

Y ahí estaba Barbara Rawley, alta, con su largo abrigo de invierno, tocándose la barbilla con un dedo enguantado mientras estudiaba las salsas para ensalada. A Isabelle la hacía pensar en una culebra erguida sobre su cola, a Amy le parecía hermosa. Se volvió hacia ellas, con sus grandes ojos castaños, su cabello brillante como el de un anuncio de champú. Tenía las orejas rosadas, y llevaba pendientes de perlas; abrió en una sonrisa los labios pintados de granate, que realizaban el blanco de sus dientes.

Pero no era una sonrisa auténtica, de corazón. Tanto Isabelle como Amy podían notarlo. Era apenas la sonrisa de la esposa de un diácono, que tropezaba con personas de la congregación; tal vez había en ella algo de cauta curiosidad.

—Ah, hola —dijo lentamente.

—Hola, qué tal, Barbara. ¿Cómo estás? —dijo Isabelle, martilleando notoriamente las palabras.

—Estoy bien, gracias. —Barbara Rawley contestó despacio, como si hablara de algo particularmente significativo. Sus ojos se posaron en Amy—. Perdona. ¿Cómo te llamabas tú?

—Amy.

—Amy. Por supuesto. —La sonrisa seguía allí, alrededor de los dientes blancos—. ¿No estás en la escuela con mi hijo Flip?

—Está en mi clase de matemáticas.

Amy bajó la mirada, hacia el frasco de aceitunas que sostenía el guante de Barbara Rawley.

—¿Y qué tenéis planeado vosotras dos para esta noche?

Amy e Isabelle se sintieron censuradas, abofeteadas casi por aquella indagación acerca de sus planes, y se miraron con impotencia. Porque tenía que ser alguna clase de bofetada: ¿cómo no, cuando provenía de aquella mujer de

labios perfectos que sostenía un frasco de aceitunas como para burlarse de ellas?

—Hay cosillas por hacer en casa —dijo Isabelle—, ya sabes.

Hubo una pausa. Incómoda, realmente incómoda. Y era culpa de ellas. Amy estaba segura de que Barbara Rawley se habría sentido casi más a gusto hablando con cualquier otra persona.

—Bueno —dijo Isabelle—, que pases una noche entretenida.

Tomó el carrito de manos de Amy y se alejó por el pasillo.

—Cómo es de guapa —dijo Amy, siguiendo a su madre, y tomó de un estante el paquete de galletas con mermelada y mantequilla de cacahuete para sus comidas con Stacy.

Isabelle no respondió.

—¿No te parece guapa? —insistió Amy.

Isabelle puso en el carrito un paquete ensangrentado de carne de hamburguesa.

—Supongo —susurró— que si a uno le llama la atención una imagen falsa y maquillada puede encontrarla guapa. Personalmente, a mí no me gusta.

Amy esperó incómoda mientras su madre arrojaba en el carrito una lata de remolacha en rodajas. A ella misma le gustaba el maquillaje. Quería usarlo, a carretadas. Y también usar perfume: quería ser como esas mujeres que despiden aroma al pasar.

—Quiero decir que podría ser guapa si no usara tanto maquillaje —dijo Amy, ansiosa porque Isabelle le fruncía el entrecejo a unos cereales Raisin Bran.

—Probablemente da una cena en casa esta noche —dijo Isabelle, observando los Raisin Bran—. Va a servir esas aceitunas en un platito de plata. Les puede contar a sus invitados que ha visto esta tarde a Isabelle Goodrow, y todos podrán reírse un poco porque decoré la iglesia con hojas de otoño, y no con cri-san-temos.

Amy lo había olvidado. A su madre realmente le habían dolido los comentarios de Barbara Rawley a la salida de la iglesia aquel día en que ella había estado de pie durante el café en la sala de actividades, con dos manchas rosadas y brillantes en las mejillas. Su madre tenía las mismas manchas rosadas en aquel momento, mientras cogía un frasco de salsa de manzana.

—Ponte derecha —dijo Isabelle, frunciéndole el entrecejo al rótulo de la salsa de manzana—. No te encorves así, es fatal. Y vete a la entrada y trae otro carrito. Esta rueda suelta me está volviendo loca.

Ya estaba oscuro. Las ventanas del supermercado estaban negras salvo por

las hojas cuadradas de papel blanco que anunciaban productos y precios; las puertas de vaivén automáticas zumbaban al paso de la gente; algunos chicos con guardapolvos rojos del A&P empujaban por el suelo revestido de caucho carritos de la compra repletos. Amy cogió un carrito vacío, cuya barra cubierta de plástico aún conservaba la tibieza de las manos de alguien, y vio en la cola de la registradora a Barbara Rawley, el rostro agradable y tranquilo, la mirada en el vacío, sosteniendo el frasco de aceitunas contra el pecho, como extraviada en una plegaria feliz.

¿Daba una cena en casa aquella noche? Amy suponía que podía ser. Su madre nunca daba cenas. Un pensamiento se clavó en su estómago como un garfio: su madre casi nunca recibía invitaciones para ir a ningún lado. «¿Y qué tenéis planeado vosotras dos para esta noche?». Nada. Otra gente en Shirley Falls tenía planes; Barbara Rawley pondría su mesa reluciente de platos de porcelana, Stacy saldría fuera con un novio, quizás a alguna fiesta en algún lado. A veces había alusiones a las fiestas los lunes en la escuela; un chico le daba una palmada en el hombro a otro con una carcajada: «Adivina quién vomitó por todas partes en mi coche».

Ah, cómo entristecía eso a Amy. Su madre casi no tenía vida social. Ahí estaban los hechos: su madre, sola y solitaria, con su rostro serio y pálido y su amorfo abrigo de invierno, estaba agachada junto a la leche, revisando las fechas de caducidad de los cartones.

—Mamá —dijo Amy, haciendo rodar hasta ella el nuevo carrito—, tú también eres guapa.

Era lo más estúpido que podía hacer, y las palabras, torpes y falsas, se quedaron resonando en el silencio.

Isabelle dijo por fin, tras revisar su lista:

—Ve a ver si puedes encontrar papel higiénico, ¿vale?

Hacía frío en el coche cuando volvían a casa por la carretera solitaria. A medida que se alejaban del pueblo, las casas eran más pequeñas y estaban más apartadas, y algunas tenían las luces apagadas. Pasaron junto a una casa con una luz encendida en la puerta del garaje, un arco de luz amarilla sobre los parches de nieve del camino de la entrada, y Amy pensó en Debby Dome. Se imaginó a la chica cayendo en el camino, quedándose en casa, recostándose en el sofá para ver la televisión. Su madre llamaba por teléfono a las dos, y Debby iba a la cocina a contestar.

Amy cambió de lugar los pies: la calefacción por fin calentaba el coche.

Pensó que tal vez cuando Debby ya volvía a la sala había oído acercarse el coche. Tal vez había ido a mirar por la ventana. Tal vez había pensado: «¡Uf!, vaya, menos mal que es él». Y había abierto la puerta.

Amy miró la oscuridad tras la ventanilla. Un coche iba hacia ellas, con los faros cada vez más grandes, pasaba a su lado, desaparecía. Debby había salido de casa de día, pero la luz no habría durado mucho rato. La persona que la había raptado debía de habérsela llevado en un coche; ¿habían viajado en la oscuridad? Había tantas carreteras solitarias por las que se podía conducir a lo largo de kilómetros sin ver una casa. Amy se mordió una uña. Debby debía de haberse dado cuenta de que algo andaba mal, porque no iban a donde la persona decía. Porque no iban a casa. Amy se estremeció, a pesar del soplo tibio de la calefacción en sus piernas. Tal vez Debby había llorado, sentada al lado del conductor. Porque tarde o temprano empezaría a llorar, pensó Amy. Finalmente se taparía los ojos con las manos, llorando: «Por favor, quiero ir con mi madre».

Amy se dio un golpecito en los dientes con la uña. Ya no importaba que fuese sábado por la noche y Barbara Rawley diera una fiesta. Tan sólo importaba que ella estaba con su madre. Era todo lo que importaba en el mundo entero: estaban juntas, a salvo.

—Para de comerte las uñas —dijo Isabelle.

—Estaba pensando en Debby Kay Dorne —le dijo Amy, sacándose obedientemente el dedo de la boca y poniendo la mano en el regazo—. Me preguntaba en qué estará pensando ahora mismo.

—En nada —dijo Isabelle, y encendió el intermitente para girar en la entrada de casa.

La casa estaba fría cuando entraron. Amy atravesó la cocina con una bolsa de papel marrón llena de comida apretada contra la cadera, como la gente sostiene a los niños pequeños. A veces, en el pasado, había fingido que la bolsa era de hecho un niño, un hijo suyo, y la había zarandeado suavemente contra su cadera, pero esta vez simplemente la puso sobre la mesa de la cocina. Estaba cansada, aturdida.

Isabelle la miró mientras se ponía un jersey.

—Necesitas comer algo —dijo.

Pero el lunes, Mr. Robertson había dicho que le gustaba su vestido, y ¡cómo

habían cambiado las cosas! Tanto más por lo que pasara con Debby Dorne (de hecho podía no estar muerta: Isabelle y Arlene Tucker no lo sabían todo): ¡qué estupendo era el sol dorado de febrero que entraba por la ventana de la cocina mientras ella hacía sus deberes aquella tarde en la mesa! Su voz resonaba de forma íntima, maravillosa: «Una mujer debe aprender a aceptar un cumplido con gentileza». A través de la ventana, Amy vio un paro que saltaba a lo largo de la rama de un pino. Una mujer. Eso era lo mejor: la encantadora *feminidad*, que tenía la manera en que Mr. Robertson pronunciaba la palabra. Una mujer era algo hermoso, y ella era una mujer.

Todo cambiaba, de algún modo. Recorrió con su dedo el borde de la mesa. Su sujetador ya no era algo estúpido comprado en el Sears. Era un *brassiere*, una prenda íntima. Y la regla, tal vez, no era una idea tan asquerosa. Todas las mujeres la tenían. (La hermosa Barbara Rawley.) Ser una mujer era algo hermoso. Mr. Robertson, con su voz suave y sabia, se lo había enseñado. Pensaba que merecía la pena enseñárselo a ella.

«Una mujer debe aprender a aceptar un cumplido con gentileza». Abandonó sus deberes y subió la escalera hasta su dormitorio para practicar frente al espejo.

—Gracias —dijo con toda gentileza—, muchas gracias.

Se echó el pelo ondulado hacia atrás sobre los hombros, volviendo el rostro a un lado y luego al otro.

—Gracias —dijo—. Muy amable.

Llamaron a la puerta de su cuarto.

—¿Estás bien? —dijo Isabelle—, ¿con quién hablas?

—Con nadie —dijo Amy—. No te oí entrar.

—Estoy dándome una ducha —dijo Isabelle a través de la puerta—. Luego empezaré a preparar la cena.

Amy esperó hasta oír que su madre entraba en el cuarto de baño. Sólo que esta vez tuvo más cuidado; movía los labios sin pronunciar las palabras. A través de la ventana oyó el canto de otro pájaro. Un rayo de sol vespertino cayó sobre su cama. Sonrió con delicadeza ante el espejo. «Gracias, sí. Muy amable». Y dejando caer los párpados lentamente: «Vaya, es muy gentil lo que acaba de decir».



# Cinco

El encuentro con Barbara Rawley había dejado a Isabelle considerablemente molesta. Pasó la noche del sábado imaginando con inquietud la cena en casa de Barbara Rawley, con las copas de vino relucientes bajo las velas, y los suaves murmullos de risas, y el horror de que su nombre pudiese emerger en la conversación. «Vi a Isabelle Goodrow hoy en el A&P. Es muy rara, en mi opinión». Alguien que ensartaba una aceituna con un palillo respondería: «Decorar el altar con hojas de otoño así como así». Las risas, el tintineo de las copas. «Realmente el lugar parecía un establo».

Espantoso.

Y todo fue aún peor al día siguiente, el domingo, porque Avery Clark no apareció por la iglesia. Era inusual: casi todos los domingos, Avery estaba sentado con su esposa, Emma, en la tercera fila de bancos. Isabelle, a quien su madre había enseñado hacía años que instalarse en un banco de delante significaba que uno iba a la iglesia sólo para que lo vieran, se sentó discretamente en la parte de atrás, atisbando por encima de los hombros nevados de caspa y las cabezas en busca de Avery; pero no pudo encontrarlo.

Cuando volvían en el coche a casa, empezó a nevar. Los pequeños copos grises caían como agujones sobre el parabrisas, y el día parecía interminable, tan tedioso como la carretera que se extendía delante de Isabelle. Tal vez los Clark habían ido también a una fiesta y se lo habían pasado tan bien que esa mañana habían pensado que no merecía la pena salir de la cama. Isabelle estuvo sopesándolo todo el día, mientras daba vueltas por la casa. Las habitaciones, aun a mediodía, estaban tan oscuras como al atardecer, a causa del cielo cargado y plomizo, y en un momento la nieve se volvió lluvia, una desagradable humedad que resbalada por los cristales.

Cuando Isabelle se puso a planchar una funda de almohada en la cocina, la

lluvia se había convertido en una llovizna helada que producía pequeños sonidos temblorosos tras la ventana, y ella había dado con otra idea: Avery Clark estaba fuera de la ciudad. Mientras planchaba con esmero el borde de encaje de la funda, se preguntó si Avery y su esposa habrían ido a Boston. Alguna gente de Shirley Falls iba a Boston a ver un ballet o a visitar un museo. Alguna gente iba a Boston simplemente de compras. Por ejemplo, Barbara Rawley. Y algunas de las esposas de los otros diáconos. Hacían el viaje varias veces al año, se quedaban una noche en un hotel y regresaban al día siguiente con blusas nuevas y faldas y collares de cuentas. Sin duda para lucirlo todo en sus cenas.

¡Vaya, si la esposa del dentista iba a Boston sólo a cortarse el pelo! Isabelle lo recordó mientras doblaba la funda, y empezó a planchar otra. Se había enterado en la sala de espera del dentista un día, y la noticia le había hecho aún más insufrible la endodoncia: tener que tenderse allí en la silla de vinilo, con la manguerilla succionándole la saliva mientras el estómago del dentista gruñía junto a su cabeza, padecer tal indignidad, para encarar luego a la recepcionista con un labio hinchado y dormido, sin darse cuenta de si babeaba, y hacer un cheque por una suma astronómica a sabiendas de que al menos una parte iba a costear el próximo viaje de Mrs. Errin a Boston. Para que fuera a cortarse el pelo, nada más. Isabelle se sintió irritada, y también triste, mientras desconectaba la plancha y vaciaba el agua en el fregadero, al imaginar a Emma Clark y a Avery entrando en el camino de su casa y descargando el coche: él entraría las maletas y Emma lo seguiría con una bolsa llena de ropa nueva y perfumes caros y un nuevo par de zapatos elegantes.

Pero fue todo una estéril conjetura, horas y horas de pensamientos desperdiciados. Porque al llegar a la mañana siguiente al trabajo, entró en la oficina de Avery y preguntó radiante:

—¿Pasaste un buen fin de semana, Avery?

Y la respuesta fue que no, no lo había pasado bien.

Había pillado algún tipo de virus en el estómago, le confió a Isabelle, negando con la cabeza, y procedió a describir cómo había despertado el sábado por la mañana con unos retortijones atroces.

—Fue bastante desagradable —dijo, recostándose contra el respaldo con las manos entrelazadas tras la cabeza; en aquel momento parecía perfectamente sano.

—Vaya, lamento oír eso —dijo Isabelle, muy aliviada al enterarse de que Avery Clark no había estado callejeando por Boston, ni en alguna fiesta allí en el

pueblo, sino metido en su casa y doblado sobre el inodoro, con un vaso de *ginger-ale* tibia al lado de la cama.

—Espero que te sientas mejor —añadió—. Tienes un aspecto estupendo.

Si no hubiera sido verdad, probablemente también lo habría dicho. Pensaba que los hombres eran más susceptibles a los cumplidos que las mujeres, sobre todo a medida que envejecían; había leído en las revistas artículos sobre las dificultades íntimas que tenían a menudo los hombres en la madurez. Tenía dudas de que Emma Clark fuese muy perceptiva al respecto. Emma parecía demasiado interesada en Emma, y probablemente Avery sufría.

—Puede ser un desastre, ¿no? —dijo Isabelle—. Uno de esos virus. Puede dejarlo a uno aplanado. Un poco deprimido.

—Sí —respondió Avery, como si no hubiese contemplado esta consecuencia de su virus estomacal—. Estoy contento de que ya haya pasado. —Sonrió, posando las manos en su escritorio con una palmadita—. Contento de estar sano y salvo.

—Vaya, qué bien saber que te sientes mejor —dijo Isabelle—; ahora, me voy a empezar la jornada.

De regreso en su puesto, tomó algunas hojas y las golpeó contra el escritorio para alinear los bordes, dudando de que real y verdaderamente Avery fuese feliz con su mujer.

Ahora bien, si ella estuviese casada con Avery (insertó una hoja en la máquina de escribir, deshaciéndose de Emma Clark con un ataque cardíaco que conllevaría tan sólo unos instantes de pánico y dolor), él podría contestarle a alguien que le preguntase por su salud: «Fue un virus desagradable, pero Isabelle me cuidó de maravilla». Porque ella cuidaría de él de maravilla, le haría gelatina y le secaría la frente, le colocaría revistas sobre la cama. (Se equivocó en la máquina y buscó el líquido corrector.) Se sentaría a su lado y le hablaría de los bulbos de jacinto que había que encargar, de la cortina de la ducha que había que reemplazar, ella había visto una de oferta; ¿qué pensaba él? Y él pondría la mano en la suya y diría: «Pienso que tengo suerte de estar casado contigo». Sí, pensó Isabelle, al encontrar el corrector y desenroscar la tapa, ella podría hacerle feliz.

Amy también estaba de buen humor; Isabelle lo notó tan pronto como llegó a casa. La cara juvenil de su hija estaba sonrojada y se veía preciosa mientras se movía por la cocina ayudándola a preparar la cena. En ocasiones, la belleza de la niña era sorprendente; como en aquel momento en que definitivamente resplandecía, al llevar un plato a la mesa con su cuerpo ligero y grácil.

—Hoy me he puesto el vestido que hice en la clase de hogar —le recordó Amy a su madre cuando se sentaron a cenar—. Y me han hecho un cumplido.

—Qué bien —dijo Isabelle—. ¿Y quién te hizo ese cumplido? —Le complacía conocer bien la gramática.

—Ya sabes, la gente —dijo Amy—. Nadie en particular. —Se metió en la boca un trozo de pastel de carne y masticó con la cara radiante, sonriéndole por la ventana al último destello del sol vespertino de febrero—. A todo el mundo le ha gustado —añadió—. A todo el mundo.

Y sin embargo había que ver el temperamento de la niña. Porque, unas noches más tarde, Amy parecía dolida y se portó de forma grosera cuando llegó Isabelle.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Isabelle mientras dejaba las llaves en la mesa antes de quitarse el abrigo.

—Bien —dijo Amy en tono categórico; cerró los libros de la escuela y echó la silla hacia atrás para marcharse a la habitación.

—¿Sólo bien? —Isabelle sintió un temor momentáneo—. ¿Qué pasó?

No le era posible tener paz, ni nada parecido, si algo andaba mal con su hija; ella había tenido un día apenas pasable, porque Avery Clark había estado ocupado y distraído.

Amy soltó un gruñido y empezó a subir las escaleras. Isabelle la siguió hasta el umbral.

—¿Qué ha pasado? —preguntó otra vez, mirando las piernas largas y esbeltas de su hija, que ascendían por la escalera enfundadas en unos leotardos negros.

—No ha pasado nada —dijo Amy, incómoda.

—Párate ahí donde estás, Amy Goodrow.

Amy se detuvo, observando a su madre desde el descansillo, su rostro cerrado, inexpresivo, medio escondido por la voluminosa cabellera.

—Soy tu madre —dijo Isabelle, con repentino desespero—. Y no hay absolutamente ningún motivo para que me hables así. Te guste o no, compartimos la misma casa, y yo paso todo el día en un trabajo estúpido que está muy por debajo de mi preparación para darte de comer. —Se odió al decirlo. Decir que su trabajo estaba muy por debajo de su preparación era tonto, y ambas lo sabían. Isabelle nunca había terminado la universidad. A duras penas podía aspirar a un empleo mejor. Sin embargo, no había terminado la universidad porque su madre había muerto y no había nadie que cuidara de su hija. Así que

en realidad había sido culpa de Amy, de la misma persona que la miraba con desprecio desde lo alto de la escalera—. Y deja de poner esa cara —dijo Isabelle—. Te agradecería que fueras amable conmigo. Agradecería un mínimo de cortesía en la manera en que me miras y me hablas.

Silencio.

—¿Entiendes?

—Sí.

Lo había dicho con cautela, con la suficiente frialdad para dejar claro que aborrecía a su madre, pero tampoco con demasiada, para que Isabelle no siguiera acusándola de ser una desconsiderada. Isabelle se volvió para colgar su abrigo en el armario de la entrada y la oyó cerrar arriba la puerta del dormitorio.

Esos momentos alarmaban a Isabelle. La alarmaba que la rabia hiciera erupción tan fácilmente en su interior, provocada por una simple mirada de su hija adolescente. Después de todo, los adolescentes eran temperamentales; estaban con todo el asunto de las hormonas.

Isabelle se sentó a la mesa de la cocina, tapándose la cara con las manos; qué manera tan desagradable de empezar la noche. No debería haber perdido los estribos. Tendría que haber sido paciente, como sugería el *Reader's Digest* en sus artículos ocasionales sobre la adolescencia. Tal vez Amy le habría contado entonces que andaba mal. Quería ser una madre paciente, por supuesto. Pero de verdad la irritaba trabajar el día entero y volver cansada a casa para encontrar a Amy de mal humor. A veces, de verdad la irritaba pensar en los enormes sacrificios, realmente enormes, que había hecho por la niña, y por supuesto la enfurecía que Amy cerrara sus libros y se fuera de la cocina al verla llegar. ¿Era una bruja simplemente porque quería que su hija la saludara con cordialidad? ¿Era una especie de fiera porque aspiraba a un cordial «¿Hola, mamá, cómo te ha ido hoy?» de boca de una niña que le debía la vida? Oyó arriba la puerta del dormitorio de su hija. Y respiró más relajada, a sabiendas de que venía una disculpa, agradecida porque no había tardado mucho.

Porque lo cierto era que Amy no podía soportar que su madre estuviera enfadada con ella. La asustaba profundamente; perdía pie, se sentía girando en la oscuridad. Bajó los escalones sin hacer ruido, con las piernas ceñidas por los leotardos.

—Lo siento —dijo Amy—. Lo siento.

A veces su madre decía: «No basta con que lo sientas». Sin embargo, esta vez dijo solamente:

—Está bien. Muchas gracias.

Pero no preguntó otra vez qué andaba mal, y si lo hubiese preguntado Amy no se lo habría contado.

Era Mr. Robertson. Había elogiado su vestido, pero después de eso, nada. Aquella ansia terrible que sentía de que se fijara en ella se había convertido en una especie de virus, de infección. Se cepillaba cada día el pelo antes de clase, y se pellizcaba las mejillas antes de entrar en el aula. Se sentaba cada día con cautela, y su corazón latía, esperanzado. Y cada día, cuando sonaba el timbre y los ojos de Mr. Robertson no se habían detenido en los suyos ni una vez, abandonaba el aula con una desilusión más grande que ninguna otra que pudiese recordar.

—Odio la escuela —le dijo a Stacy en el bosque—. Odio mi vida, lo odio todo.

Stacy, dando secas caladas a su cigarrillo, parpadeaba entre el humo y asentía con la cabeza.

—Yo también lo odio todo.

—¿Por qué? —le preguntó Amy. Ya estaba a finales de febrero; el día era descolorido pero tibio; la corteza de nieve se había ablandado y las botas de piel de Stacy tenían manchas mojadas—. ¿Por qué lo odias todo? —preguntó Amy—. Tú eres guapa, tienes un montón de amigos, y tienes novio. ¿Cómo es que te sientes igual de desgraciada que yo?

Stacy escrutó la punta de su cigarrillo.

—Porque mis padres son unas ratas asquerosas y mis amigos son unos imbéciles, excepto tú.

—Sí, pero bueno. —Amy se recostó contra el tronco y se cruzó de brazos. ¿A quién le importaba que los padres fueran unos gilipollas y los amigos unos estúpidos, si tenía novio? Y Stacy tenía un novio estupendo. No lo mencionaban mucho ahí en el bosque, pero Amy sabía quién era Paul Bellows, que cuando estaba en el instituto había sido campeón de fútbol y que ya vivía en su propio piso encima de una panadería en la calle Mayor. Las animadoras le cantaban una rima especial. Una vez se había fracturado la pierna durante un partido y algunas personas habían llorado mientras lo sacaban en la camilla. Era alto y fornido y tenía los ojos castaños.

—Es un estúpido —dijo Stacy, tras considerar un rato el asunto.

—Tiene unos ojos bonitos.

Stacy no hizo caso. Arrojó su cigarrillo hacia el bosque y miró con expresión ausente en esa dirección.

—Es aburrido —añadió—. Lo único que quiere hacer es irse a la cama.

Amy se sintió extraña. Inhaló hasta el fondo su cigarrillo.

—Pero es un tío legal —concluyó Stacy—. Es bueno conmigo. El otro día me compró unas sombras de ojos. —Su cara se alegró con este pensamiento—. Un turquesa precioso.

—Qué bien —dijo Amy.

Se puso en pie; la parte de atrás de su chaqueta estaba húmeda. Había dejado en la nieve una marca del tronco donde había estado apoyada.

—Son sombras de las caras —añadió Stacy—. No se apelmazan. Las voy a traer mañana a la escuela. Apuesto a que te quedarían bien.

Amy pisó su cigarrillo.

—Mi madre me mataría si me pusiera maquillaje.

—Sí, vaya. Todos los padres son unas ratas —dijo Stacy comprensivamente mientras el timbre de la escuela sonaba a su espalda.

Mr. Robertson dijo el viernes que la vería después de las clases. Amy había conseguido esto a fuerza de maniobras. Se había vuelto otra persona, desesperada, loca. Con el paso de los días, había empezado a preguntarse por qué Alan Stewart, solamente por hacer chasquear un bolígrafo sin permiso, había tenido el privilegio magnífico de sentarse en el aula con Mr. Robertson durante una hora después de las clases. ¿Por qué ella no? Terrence Landry había tenido que quedarse por inflar una bolsa de papel y hacerla estallar al salir del aula. Amy no se veía inflando una bolsa de papel y haciéndola estallar (un *pum* amortiguado, como si fuera un disparo a través de un edredón), ni se sentía capaz siquiera de hacer chasquear el bolígrafo, pero Maryanne Barmble había sido amenazada con el mismo castigo por hablar en susurros con el de al lado.

—Maryanne —había dicho enfadado Mr. Robertson—, si tengo que pedirte otra vez que te calles vas a tener que quedarte después de las clases.

Así que Amy empezó a susurrarle a Elsie Baxter, que estaba sentada a su espalda. Exigía coraje, no era su estilo. Pero Elsie, tan bulliciosa y tan poco

contenida, cooperaba. Amy le susurró que los deberes de la víspera habían sido un bodrio, realmente una mierda. Elsie dijo que era orina con pus. Mr. Robertson dijo:

—Chicas, silencio por favor.

La tensión se hizo agotadora. Amy tenía el rostro húmedo, sentía pinchazos en las axilas. Retornó a Elsie.

—Por lo menos no eran los deberes de hogar —susurró— con esa cabezona de rodillas deformes.

Elsie dejó escapar una risita sonora. Mr. Robertson paró la clase y las miró sin decir nada. Amy sintió la cara encendida; bajó la vista hacia el pupitre. Pero cuando quedó claro que nada iba a pasar, cuando Mr. Robertson prosiguió con sus cifras en la pizarra, la desilusión la enloqueció otra vez. Se volvió a Elsie y entornó los ojos.

—Amy —dijo la voz profunda de Mr. Robertson—, una vez más y te quedarás después de las clases.

¡Qué riesgos corría! Y el menor no era que dejase castigada también a Elsie. Pero la promesa de aquel «una vez más» era demasiado grande para dejarla pasar. Amy miró el reloj: quedaban veinte minutos. El corazón le saltaba dentro del pecho: las cifras en su hoja de ejercicios eran casi un borrón. A su lado, Flip Rawley, distraído, se golpeaba la mejilla con el borrador. El reloj emitió un chasquido. Amy sintió que algo dentro de ella se desplomaba de desespero, y habría abandonado por completo la empresa si Mr. Robertson no le hubiese hecho un cumplido justo en aquel momento a Julie LaGuinn, que estaba sentada en la primera fila, por contestar una pregunta que acababa de hacer.

—Me alegro por ti —le dijo a Julie, golpeando con la tiza en su pupitre—. Eso estuvo muy, muy bien. Estoy lanzando algo nuevo, y eres capaz de seguirme.

Amy sintió que se volvía loca. Con la de veces que se había quedado allí sentada aun conociendo la respuesta correcta, porque era demasiado tímida para levantar la mano, y allí estaba Julie LaGuinn con una sonrisa de satisfacción como para vomitar, chupándose como una esponja los piropos de aquel estúpido.

Amy se volvió hacia Elsie:

—Supongo que los demás somos unos estúpidos.

Y entonces ocurrió. Su voz:

—Muy bien, Amy. Te veré después de las clases.

Triunfante, satisfecha, Amy se sentía muerta de vergüenza. Pensó que Flip



Rawley le echaba una mirada. ¿Amy Goodrow castigada después de clase? Cuando sonó el timbre, salió del aula con la cabeza baja.

Clases insufribles: historia, aburrida como la muerte; español, desabrido e interminable. Nada tenía significado salvo que después de la escuela se sentaría en el aula de Mr. Robertson. Cuando sonó el último timbre estaba exhausta, como si hubiera pasado mucho tiempo sin comer. Se estudió a sí misma en el espejo que había en el servicio de chicas por encima de la hilera de lavabos. ¿Ésa era ella? ¿Ésa era la que la gente veía cuando la miraba? Su pelo estaba bien, pero su cara no expresaba nada: ¿cómo podía ser cuando ocurrían tantas cosas en su interior? Tiró de la manija de la puerta del lavabo, y la puerta se cerró a su espalda, con un perezoso *clic*.

El pasillo estaba vacío. Nunca se había quedado después de las clases; a esa hora del día la escuela era un lugar distinto. El sol que avanzaba por los suelos de las aulas tenía un tono más profundo de amarillo; las grandes ventanas y las pizarras polvorientas parecían gastadas y amistosas, como se sentía su ropa a veces al final del día. A su alrededor, no había más que el silencio de un pasillo vacío, aunque a lo lejos se oía el eco de las animadoras practicando en el gimnasio.

Mr. Robertson estaba al fondo del aula, escribiendo en su escritorio.

—Siéntate —dijo, sin levantar la mirada.

Ella eligió un pupitre distinto de su puesto habitual, cerca de la pizarra, y se sentó con cautela, sin estar segura de lo que haría. Miró hacia la ventana; del aire de la tarde pendían motas de polvo, iluminadas por un rayo de sol. Por el pasillo, se oyó el sonido metálico de un armario que se cerraba de golpe, y, más cerca, la escoba del conserje golpeando contra la escalera.

Oyó caer en el escritorio el lápiz de Mr. Robertson.

—Empieza tus deberes —dijo él apaciblemente—, si quieres.

—No quiero —respondió Amy, negando con la cabeza.

Y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Qué tristeza tan terrible! Qué colapso tan repentino: estaba deshecha, al cabo de toda una tarde de expectación. Se sentó con las manos en el regazo, de espaldas a él. El pelo le colgaba a ambos lados de la cara, y al apretar los párpados sentía caer lágrimas tibias en las manos.

—Amy. —Él se había levantado de su escritorio y caminaba hacia ella—. Amy —dijo de nuevo, esta vez a su lado. Pronunciaba su nombre con delicadeza; su voz era un suave rasgueo de cuerdas, tan grave, tan serio. ¿Alguien le había hablado alguna vez tan seriamente?—. Lo comprendo, Amy —dijo—, no pasa nada.

Debía de comprender algo, porque las lágrimas no parecían alarmarlo, ni siquiera le causaban inquietud. Se sentó a su lado en un pupitre y simplemente le tendió su pañuelo. Era un pañuelo rojo, bastante grande, y ella lo tomó, se restregó los ojos, se sonó la nariz. Tendría que haber sido atroz llorar delante de aquel hombre, pero no lo era. Y se debía en parte a que él no estaba sorprendido, a la amable fatiga que se entreveía en sus ojos. Le devolvió el pañuelo.

—Me sé una poesía —dijo finalmente, y él sonrió a causa de la manera en que decía *poesía*, en que estaba simplemente sentada allí, como una niña, con los ojos húmedos y un poco enrojecidos. Se le ocurrió que estaba ante un ser completamente inocente, y herido.

—Es una poesía de Edna St. Vincent Millay —explicó ella, recogiendo el pelo tras una oreja—, y una vez en clase la recordé. La primera línea es, eh, es «Euclides solo miró desnuda la belleza», creo, eso es.

El asintió despacio con la cabeza, enarcando sus cejas rojizas.

—Todo el que parlotea de la belleza guarde silencio —dijo.

—¡La conoce! —dijo ella asombrada.

El asintió de nuevo, juntando pensativamente las cejas, como si estuviese considerando algo imprevisto.

—La conoce —repitió Amy—, no puedo creer que conozca esa poesía. —Era como si un pájaro acabara de alzar libre el vuelo tras haber permanecido guardado en una caja de cartón—. ¿Conoce alguna otra? —Dio la vuelta a su silla y se sentó frente a él, con sus rodillas no muy lejos de las de él—. Otra poesía de Millay, quiero decir. ¿Conoce alguna?

Mr. Robertson se cubrió la boca con los dedos, contemplándola. Luego respondió:

—Sí, conozco varias. Sus sonetos. «El tiempo no trae el alivio; habéis mentido todos»...

—«Quienes decíais que el tiempo me quitaría el dolor» —concluyó Amy, saltando ligeramente en la silla, y su cabello, recogido tras la oreja, resbaló libre, atrapando un haz de sol que entraba por la ventana, de modo que vio a través de una bruma dorada a Mr. Robertson; vio la sorpresa y el interés en sus ojos, y vio

luego algo más, algo que recordaría por mucho tiempo: un movimiento en lo profundo de sus ojos, como si algo hubiera cambiado de lugar en su interior.

Él se levantó y fue hasta la ventana con las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana.

—Ven a mirar el cielo —dijo, señalando con la cabeza hacia la ventana—. Apuesto a que va a nevar esta noche. —Se volvió en su dirección, y luego de nuevo hacia la ventana—. Ven a mirar —dijo otra vez.

Ella acudió obedientemente a la ventana. El cielo había adquirido un tono ominoso y patético. Unos oscuros nubarrones avanzaban, y el áspero sol de invierno, que a esa hora despedía un resplandor dorado como si hubiese estado acumulando fuerzas para ello desde la mañana, iluminaba al oeste un banco de nubes, bordeando su sombra con una luz casi eléctrica.

—Ay, me encanta cuando está así —dijo Amy—. Mire. —Señaló los rayos acanalados de sol que se dilataban sobre la calle cubierta de nieve—. Eso me encanta. En la vida real, me refiero. En las pinturas no me gusta mucho.

Él la observó, mordiéndose el labio bajo el bigote.

—Cuando yo estaba en séptimo iba a limpiarle la casa a una vieja, a una señora mayor de la iglesia —explicó Amy— que tenía la sala llena de esas pinturas antiguas y feas. Había una chica que parecía embalsamada. Como un alfiletero. ¿Sabe de qué pinturas le hablo?

Él seguía observándola con atención.

—Tal vez. Sigue.

—A mí me daba cosa —dijo Amy— sacarle el polvo a las sillas con la chica mirándome desde arriba.

Mr. Robertson se movió para recostarse en el alféizar de la ventana, de cara a ella, con los pies entrecruzados. Se pasó dos dedos ligeros sobre el bigote.

—No tenía idea de que pudieses hablar tanto —musitó.

—Ni yo —dijo Amy con sinceridad. Y miró a lo lejos, de nuevo a través de la ventana. Las nubes se hacían más oscuras, todavía compitiendo con el sol: luz y oscuridad, desplegadas en el cielo invernal—. Pues al fin —dijo Amy, con un confuso montón de palabras que saltaban y se estrellaban en su interior—, en la casa de la señora había otra pintura antigua, en la que el cielo estaba todo oscuro pero había algunos rayos brillantes de sol que lo atravesaban. Y abajo había una batalla con caballos o algo así, unas figuras pequeñas, ¿sabe? Una pintura así.

Mr. Robertson asintió con la cabeza. Amy decía «pintura» de una manera graciosa; pero él se cuidaba de no sonreír. Y además decía «al fin», en vez de

«en fin».

—¿Y?

—Bueno, que no me gustan las pinturas así.

—Ya veo.

—El cielo se ve tan falso y tan impresionante. Pero en la vida real —Amy señaló con la mano el cielo tras la ventana— es otra cosa. Me encanta cuando está así.

Mr. Robertson asintió de nuevo.

—*Chiaroscuro* —dijo con tono pedagógico.

Ella lo miró y apartó la mirada, desilusionada de que de pronto le dijese una frase extranjera. Su mente se confundió, se sintió simple y estúpida.

—*Chiaroscuro* —repitió Mr. Robertson—. Es una palabra en italiano. Luz y oscuridad. Luz oscurecida. —Se volvió hacia el cielo—. Así.

Si Amy se había sentido como un pájaro liberado de una caja, en aquel momento el pájaro empezaba a tambalearse. Pero Mr. Robertson la miró con benevolencia:

—¿Así que ya no le limpias la casa a la vieja?

—No —dijo Amy—. Se puso enferma y está en un asilo en alguna parte.

—Ya veo.

Mr. Robertson se sentó en el ancho alféizar, con las manos a los lados y el torso inclinado hacia delante.

—¿Por qué no te gustaba limpiarle la casa?

Por el tono de la pregunta, ella sintió que realmente quería saber.

—Porque la casa era solitaria —dijo, después de meditarlo.

Él la escrutó con rostro pensativo.

—Cuéntame.

—Era un sitio todo vacío y repugnante. Como un museo. No sé por qué me hacía ir una vez a la semana si nunca había nada sucio.

—Hacías un buen trabajo, entonces —dijo él sonriendo, pero ella ya lo había interrumpido.

—Por ejemplo la chimenea. Nunca la usaba. Tenía unos leños de abedul todos amontonados dentro, y me hacía limpiar los leños cada semana con agua tibia y Lestoil. Andar lavando esos leños. —Amy negó con la cabeza—. Era raro.

—Suena deprimente —apuntó Mr. Robertson.

—Era deprimente. Eso es exactamente lo que era —añadió rápidamente

Amy.

El entendía tantas cosas.

—¿Y cómo conseguiste ese trabajo?

El ladeó la cabeza con curiosidad.

—Por un anuncio en el programa de actividades de la iglesia. —Amy tenía las manos entrelazadas a la espalda y se balanceaba hacia atrás y hacia delante al hablar. Era como beber agua fresca, poder hablar así—. Decía que necesitaba a alguien que la ayudara con la casa, y mi madre pensó que estaría bien que yo fuera. A mi madre le gusta causar buena impresión en la iglesia.

—Déjame adivinar. —Mr. Robertson echó la cabeza hacia atrás, estudiándola, contemplando este último añadido al cuadro, pues Mr. Robertson en verdad era un hombre que disfrutaba de la contemplación: «un observador de la vida», le gustaba decir, y en aquel momento observaba lo delgados que parecían los brazos de Amy Goodrow con las manos entrelazadas a la espalda—. De alguna manera no me imagino que puedas ser católica. Yo diría... congregacionista.

Amy dejó ver una sonrisa radiante; era como si le leyese el pensamiento.

—¿Cómo lo supiste?

—Lo pareces —dijo él simplemente—. Se te nota.

Se bajó de un salto del alféizar y caminó hasta la parte delantera del aula, donde empezó a borrar la pizarra.

—¿No sabías que se te notaba que eras congregacionista?

Su brazo trabajaba vigorosamente.

Ella caminó despacio entre los pupitres y se sentó en el puesto que solía ocupar Flip Rawley.

—No —dijo con sinceridad—. Porque no sé cómo me ve la gente.

Cogió algunos cabellos de su hombro y los examinó en busca de puntas muertas.

—Pareces una cierva. —Él dejó caer el borrador en la bandeja de la tiza y se sacudió el polvo de las manos—. Una cierva del bosque. —Era por sus brazos, por sus piernas flacas—. Pero claro, también está tu pelo.

Ella se sonrojó y lo miró con cautela, agachando la cabeza.

—No, en serio. Es interesante. —Pasó la pierna por encima del puesto de Elsie Baxter y se sentó a horcajadas, echando la silla hacia atrás—. Yo enseñé en sexto curso durante un tiempo en Massachusetts, y tres años después volví allí a enseñar noveno, así que tuve dos veces a muchos de los mismos estudiantes. Son

interesantes las chicas a esa edad. Muchas se vuelven bovinas de la noche a la mañana.

—¿Qué es bovinas? —Amy estudiaba todavía su pelo, cohibida por las observaciones de Mr. Robertson sobre el desarrollo de las chicas.

—Como vacas. Bovinas. —Deletreó la palabra—. Pero también hay otras que siguen siendo delgadas y teniendo las piernas largas. Como ciervas jóvenes.

—Una cierva congregacionista —dijo Amy, para disimular su incomodidad. Se echó el pelo hacia atrás sobre un hombro y respiró hondo, como si le faltase el aire. Se cogió una mano con la otra sobre el regazo.

—Eso es. Una cierva congregacionista.

El tono afable y bromista en que lo dijo la hizo sonreír.

—Dime qué más no te gusta, Amy —dijo Mr. Robertson, alargando los brazos hacia delante por encima del espaldar de la silla de Elsie—. No te gusta hacerle la limpieza a las señoras mayores. ¿Qué más?

—No me gustan las culebras. Tanto que no soporto ni pensar en ellas.

Esto era verdad. Bastaba que pensara en una culebra para que no pudiera soportar estar sin verse los pies, y, así, se incorporó y caminó ansiosamente hasta la parte de atrás del aula y luego hacia las ventanas. El cielo se había cerrado casi por completo; apenas un fragmento del sol del ocaso se divisaba en un rincón remoto del horizonte. Algunos coches pasaban con las luces encendidas.

—Muy bien —dijo Mr. Robertson. Le había dado la vuelta a su silla para observarla—. Vamos a olvidarnos de las culebras entonces. ¿Qué cosas sí te gustan?

«Estar aquí contigo», quería decir ella. Y pasó la mano por la madera barnizada del alféizar. En algunos lugares, la madera se había cuarteado abriendo delgadas grietas; en otros era suave y brillaba con la laca que le habían aplicado durante años.

—Las poesías, supongo —dijo ella al cabo de un momento—. Las que entiendo, al menos. Hay muchas poesías que no entiendo, y luego me siento estúpida.

—No eres estúpida —dijo él, aún sentado en la misma posición en la silla de Elsie Baxter—. No deberías tener miedo de ser estúpida.

—Gracias —dijo ella sinceramente—. Pero, por ejemplo, esa poesía de Euclides. Nunca entendí lo que quería decir hasta que hablaste ese día de los triángulos, sabes, de la belleza de un triángulo o algo así. Seguro que todavía ni lo entiendo. ¿Qué quiere decir *parlotea*? Todo el que parlotea de la belleza.

Mr. Robertson se levantó y caminó hasta su escritorio.

—Ven —le dijo. Estaba dándole golpecitos a un diccionario empastado en piel verde oscura; era del tamaño de un catálogo de Sears.

—Qué bonito —dijo Amy, acercándose para ponerse a su lado.

—Me gustan las palabras —dijo él—. Como *chiaroscuro*. —Miró por la ventana—. Ahora hay poco *chiaro* —dijo juguetonamente—, sólo *scuro*, supongo. Siéntate.

Ella se sentó al lado del escritorio, y él le pasó el diccionario, diciéndole que buscara la palabra *parlotear*, y sus dedos rozaron por accidente el dorso de la mano de Amy, y, durante un instante, ella sintió que una especie de vacío vertiginoso la atravesaba, y se sentaron luego juntos con las cabezas inclinadas sobre el diccionario, mientras lo que quedaba del sol de febrero se difuminaba en el cielo y a Mr. Robertson se le formaban arrugas alrededor de los ojos al oír que Amy susurraba rápida y furtivamente el alfabeto para descubrir que la P venía después de la O, y luego hubo otras palabras que buscar, y, al cabo de un rato, los golpes de la escoba del conserje dejaron de oírse, y las animadoras que habían estado aplaudiendo y dando pisotones en el gimnasio se fueron a casa.

Isabelle encendió la radio de su coche. Las nubes negras le preocupaban; eran demasiado oscuras para ser nubes de nieve, y, sin embargo, ¿qué otra clase de tormenta habría en esa época del año? De vez en cuando se decía que iba a pasar un tornado, pero Isabelle tenía una comprensión limitada de los tornados: no pensaba que un tornado pudiera oscurecer todo el cielo. La única historia que podía recordar, de cuando era joven, era la de un hombre que iba conduciendo por la autopista cuando un tornado levantó por completo su coche, y no muy lejos el cielo había permanecido azul. No podía recordar qué le había pasado al hombre, y en aquel mismo momento dudaba de que la historia fuera cierta. Buscó en el dial, tratando de oír el parte meteorológico. Lo más posible era que hubiese otra fuerte tormenta de nieve, y podía ser que el techo empezara a filtrar agua otra vez. Ese pensamiento la deprimió. Si fuera el caso tendría que llamar a Mr. Crane.

«... la familia ha ofrecido una recompensa a quien pueda dar indicios que conduzcan a un arresto en el caso de la niña perdida Deborah Kay Dome, que desapareció de su casa el diez de febrero. Hasta ahora no se conocen

sospechosos».

Pobre familia. Isabelle sacudió suavemente la cabeza. La pobre madre. Apagó la radio al doblar en la entrada de su casa. Pero se estrelló con un silencio frío: la casa estaba a oscuras.

—¿Amy? —llamó, abriendo la puerta con llave—. ¿Amy? ¿Dónde estás?

Dejó caer las llaves en la mesa de la cocina, y el sonido fue breve, inmenso. Encendió la luz.

—¿Amy?

Entró en la sala; encendió la luz.

—¿Amy?

Recorrió habitación tras habitación, de interruptor en interruptor, subió las escaleras.

—¡Amy!

El dormitorio estaba vacío. El cuarto de baño estaba vacío. Su propio dormitorio estaba vacío. Abrió el armario que había en el pasillo. Había algunas toallas dobladas, serenamente sentadas allí, tres rollos de papel higiénico que la miraban imperturbables.

Entonces se puso histérica. Sintió que a través de sus brazos y sus piernas corría agua fría. Bajó las escaleras, y tropezó al llegar abajo, se abrazó a la pared. «Esto no está ocurriendo —pensó—. No está ocurriendo». Porque era evidente que el mismo que se había llevado a la pobre Debby Dorne se había llevado a Amy.

—¡Amy! —llamó.

Empezó otra vez. Cada habitación, cada armario, cada interruptor. Se lanzó hacia el teléfono. ¿A quién llamar? La policía. La escuela. Avery Clark. Seguro que todos le dirían que verificase con los amigos de Amy. Todos dirían: «Ah, dale tiempo, ya vendrá». «Pero ella nunca está fuera de casa después de la escuela —se lamentó Isabelle en silencio—. Conozco a mi hija, y algo anda mal. Se sentó en una silla y empezó a sollozar. De su garganta brotaban sonidos inmensos, temibles. «Amy, Amy», lloraba.

Y entonces Amy apareció. Isabelle oyó primero el ruido que hacían las botas en los escalones del porche, y luego la puerta que se abría de golpe.

—Mamá, ¿estás bien?

Allí estaba aquella hija suya. Aquella niña, por cuya ausencia Isabelle había sentido en las entrañas el agua negra, profunda del terror, estaba de pie en medio de la cocina, con las mejillas coloradas, los ojos enormes.



—¿Estás bien? —preguntó Amy, mirando a Isabelle como si hubiese visto un fantasma.

—¿Dónde estabas? —exigió saber Isabelle—. Dios mío, Amy, ¡casi me matas del susto!

—Me quedé en la escuela después de las clases —dijo Amy—. Para un repaso de matemáticas. —Le dio la espalda a su madre mientras se desabotonaba el abrigo—. Se quedó un montón de gente. Un montón de gente de la clase se quedó después de la escuela.

E Isabelle, todavía con lágrimas en las mejillas, tuvo la sensación paradójica de que acababa de hacer el ridículo.

# *Seis*

Los días se hacían más largos. Y más cálidos; la nieve se ablandaba poco a poco, dejando posos medio derretidos en los escalones y en las aceras, y en los bordes de las carreteras. Cuando Amy volvía a casa los días que se quedaba en la escuela a hablar con Mr. Robertson (tenía cuidado de salir a tiempo para llegar antes que su madre), la tibieza del día se había ido, y aunque el sol todavía brillaba como una hostia blanca y evanescente en el cielo lechoso, ella podía sentir, al caminar, con el abrigo abierto y los libros abrazados, el frío húmedo calándole el cuello desnudo, las manos y las muñecas. El cielo del final de la tarde sobre el campo de Larkindale, el muro de piedra que desaparecía tras una cuesta blanca, los troncos oscurecidos bajo la nieve que se derretía, todo anunciaba la primavera. Hasta las pequeñas bandadas de pájaros que cruzaban el cielo ofrecían una promesa con la forma silenciosa en que batían las alas.

A Amy le parecía que una barrera se había roto, que el cielo era más alto que antes, y, a veces, si no estaba pasando ningún coche, levantaba el brazo y lo agitaba en el aire. Se sentía llena de alegría al evocar los ojos entrecerrados y risueños de Mr. Robertson, y tenía una noción confusa y apremiante de todo lo que había querido y había olvidado decir. Pero, en su interior, también había pequeños retazos de tristeza, como si algo oscuro y vacilante se asentara en lo hondo de su pecho; a veces, al llegar al paso elevado, se detenía a contemplar los coches que corrían deprisa por la autopista, desconcertada por un sentimiento de pérdida, e intuía que este sentimiento estaba vinculado con su madre. Se apresuraba entonces a volver a casa, ansiando ver alguna señal de su madre en la casa vacía: las medias colgadas de la ducha, el talco de bebé en la cómoda; estos objetos la tranquilizaban, al igual que el ruido que hacía el coche al doblar en la grava de la entrada. Todo estaba bien. Su madre ya estaba en casa.

Y sin embargo la desilusionaba la presencia misma de su madre, sus ojos

pequeños y ansiosos al cruzar el umbral, la mano pálida que revoloteaba tras unas hebras de pelo que se habían soltado del gastado moño a la francesa. A Amy le costaba identificar a aquella mujer con la madre que había estado echando de menos. Como se sentía culpable, corría el riesgo de mostrarse demasiado solícita. «Esa blusa te queda muy bien, mamá», decía, y se estremecía por dentro ante la desconfianza momentánea de los ojos de su madre, una desconfianza tan fugaz que ni Isabelle era consciente de ella; pasarían meses antes de que Isabelle recordara aquellas primeras chispas de advertencia que habían titilado en los confines de su mente.

—Me gusta mucho la poesía —le anunció Amy a Isabelle algunas semanas después de la espantosa noche en que ésta halló la casa vacía al llegar y pensó, durante esos minutos terribles, que a su hija se la habían llevado como a la pobre Debby Kay Dorne—. Me gusta de verdad, de verdad.

—Pues eso está muy bien —dijo Isabelle, distraída por una carrera que acababa de descubrirse en la media.

—Conseguí este libro.

Amy estaba de pie en el umbral de la sala, sosteniendo cuidadosamente un libro con ambas manos, contemplándolo con la cara escondida detrás del pelo.

Isabelle colgó su abrigo en el armario de la entrada y se volvió para examinar otra vez el reverso de su pierna.

—No sé ni remotamente a qué hora pasó —reflexionó—. Debo de haber ido así por lo menos medio día.

Amy le mostró el libro, sosteniéndolo todavía con ambas manos, e Isabelle le echó un vistazo al pasar.

—Ah, Yeats —dijo, pronunciando *Yits*— sí, por supuesto. Lo he oído mencionar. Sé que escribió cosas preciosas.

Estaba a mitad de la escalera cuando Amy susurró a su espalda:

—Es Yeats, mamá. No Yits.

Isabelle se volvió.

—¿Qué dices? —preguntó, en tanto que la vergüenza se propagaba a través de su garganta, dentro de su pecho.

—Yeats —respondió Amy, y pronunció *Yeits*—. Tal vez lo confundiste con Keats, que se escribe casi igual.

Si su hija hubiese hablado con ironía, con desdén adolescente, habría sido más fácil de aguantar. Pero lo había dicho con delicadeza, con vacilante cortesía, e Isabelle se encontró de pronto agobiada en mitad de la escalera, sin acabar de

darse la vuelta y con su media rota.

—Keats era inglés —dijo Amy, como tratando de ayudar—, y Yeats era irlandés. Keats murió siendo muy joven, de tuberculosis.

—Ah sí. Ya veo.

La vergüenza la oprimía como un jersey demasiado estrecho; el sudor brotó de su cara, de sus axilas. Había algo nuevo que temer: que Amy se compadeciera de su ignorancia.

—Eso suena muy interesante, Amy —dijo, y siguió subiendo la escalera—. Me gustaría oír más sobre el tema.

Aquella noche Isabelle se tendió en la cama con los ojos abiertos. Durante años lo había previsto: Amy iría a la universidad. No a la academia de Shirley Falls, sino a una universidad de verdad en algún lado. Había imaginado a Amy en un día de otoño, sosteniendo sus cuadernos contra un jersey azul marino, con una falda de cuadros oscilando sobre sus rodillas. No importaba que en esa época tantas chicas anduviesen mugrientas, con los pechos rebotando sin sujetador bajo una camiseta sobre unos tejanos sucios. En los campus de las universidades aún debían de verse chicas preciosas, Isabelle estaba segura; chicas serias, inteligentes, que leían a Platón y a Shakespeare y a Yeats. O a Keats. Se sentó, acomodando la almohada, y luego se tendió otra vez.

Ni una sola vez, al imaginar a Amy en el campus de una universidad, había previsto lo que en aquel momento veía: su hija estaría avergonzada de ella. Amy, caminando a través de un césped lleno de hojas, riéndose con sus nuevas amigas inteligentes, no diría: «Mi madre trabaja en una fábrica». No invitaría a aquellas chicas a casa los fines de semana, ni en vacaciones, y tampoco compartiría con Isabelle las cosas maravillosas que estaba aprendiendo, porque a sus ojos Isabelle sería una ignorante de pueblo que trabajaba en una fábrica. Una persona con la que había que ser condescendiente, así como Amy había sido con ella aquella noche. Tardó un buen rato en dormirse.

Al día siguiente, en la fábrica, mientras las mujeres se desplazaban hacia el comedor, Isabelle le susurró a Arlene Tucker que tenía que salir a hacer una gestión al banco, pero, después de abotonarse rápidamente el abrigo ante el viento de marzo, atravesó el aparcamiento y se dirigió en coche a través del puente hacia la única librería de Shirley Falls. Se le había ocurrido esa mañana, mientras veía ordenar a Amy sus libros de texto, que podía educarse sola. Después de todo, sabía leer. Podía leer y estudiar, como si estuviese asistiendo a un curso. ¿Por qué no? Recordaba a una prima de su padre, una mujer afable, de

cara sonrosada, que era una estupenda cocinera. «No hay ningún misterio en ser buen cocinero», le había confiado la mujer un día a Isabelle. «Búscate un recetario. Si sabes leer, sabes cocinar».

Y sin embargo, al entrar en la librería, Isabelle miró cohibida a su alrededor, temiendo que alguien de la iglesia (Emma Clark, Barbara Rawley) pudiese sorprenderla y decirle: «Isabelle Goodrow. ¿Tú aquí?». Pero el lugar estaba vacío, salvo por un hombre de gafas de carey, que le resbalaban por la nariz y por otro hombre con un maletín. Había un montón de libros. Esto la impresionó, mientras avanzaba con cautela por el suelo alfombrado. No es que no hubiese estado nunca antes en una librería, por Dios, pero realmente había un montón de libros. Inclino la cara hacia un lado, para leer los títulos. No estaba al tanto de que Shakespeare pudiera comprarse en esos pequeños volúmenes en rústica. Tomó uno, complacida de encontrarlo tan accesible, un libro delgado con un dibujo precioso y un título primorosamente impreso: *Hamlet*.

*Hamlet*. Isabelle asintió, de regreso por la alfombra. Claro que había oído hablar de *Hamlet*; había una madre, y una novia que se volvía loca. ¿O estaría pensando en algo más? ¿En algo griego? Delante de la registradora, se sintió ansiosa ante la inmensidad de lo que estaba acometiendo. Pero el joven vendedor, que tenía la barbilla salpicada de vello rubio, marcó la compra con indiferencia, lo cual la alegró. No había nada inusitado en que ella estuviera comprando el *Hamlet* de Shakespeare. Debía cuadrarle bien el papel. (Sonrió, al darse cuenta de que había hecho una pequeña broma.) Tras meter la compra en el bolso, cruzó la calle azotada por el viento hasta su coche y atravesó el puente, de vuelta hacia la fábrica.

Estuvo de buen humor toda la tarde, porque iba a convertirse en una persona instruida. Mientras mecanografiaba una carta para Proveedores Beltco, Sociedad Anónima, pensaba que podría decirle a alguien al pasar: «Eso me recuerda la escena de *Hamlet* en que...». Por supuesto, no a sus compañeras de trabajo en el molino (le sonrió a Fat Bev, que regresaba pesadamente de beber agua, pasándose el dorso de la mano por la boca); no, a ellas no les mencionaría a Shakespeare. Pero a su hija le gustaría, un día: se sentarían las dos en una cafetería, a hablar de las obras de Shakespeare. Y entre tanto las mujeres de la iglesia, esas esposas de diáconos que la intimidaban y que ostentaban sus diplomas universitarios con la misma sutileza que sus perfumes caros, y también con la misma seguridad, se darían cuenta por fin de que Isabelle no era lo que se habían imaginado. No era sólo una madre soltera que trabajaba en la fábrica,

sino una mujer fuerte e inteligente que podía citar a Shakespeare como si tal cosa.

Durante la pausa de la tarde le aceptó a Arlene un trozo de chocolatina e incluso le hizo un guiño solidario a Leonora Snibbens cuando ésta le entornó los ojos al flaco trasero de Rosie Tanguay, que salía de la habitación. Rosie y Leonora tenían pendiente una rencilla de tiempo atrás. Isabelle ya no podía recordar el enorme cúmulo de detalles, pero sí recordaba que había empezado cuando Leonora había tenido un sueño en el que Rosie, que era abstemia, estaba muy borracha y se desnudaba en el vestíbulo de la oficina de Correos. Leonora había cometido el desafortunado error de contar el sueño en el comedor con grandes muestras de hilaridad, y Rosie no le había hablado desde entonces.

Isabelle, que durante todos sus años en el molino había evitado con escrúpulo tomar partido en las frecuentes disputas que solían surgir, en aquel momento, con *Hamlet* en el bolso, se sentía lo bastante elevada como para brindarle a Leonora esa sonrisa de solidaridad.

Después de todo, Leonora era una buena chica. Tenía dientes de conejo y problemas en el cutis, de los que se burlaba con desenfado, y, aunque le había faltado sentido común al contar su sueño con Rosie, desde luego era un fastidio que Rosie se lo hubiera tomado tan mal. Aunque, pensó Isabelle tras agradecerle a Arlene la chocolatina y encaminarse de vuelta a su escritorio tocándose los labios con un pañuelo de papel, Rosie también daba pena. Rosie acababa de salir del lavabo, frunciendo el entrecejo con su habitual tensión. Isabelle se sentó ante su escritorio y le sacó punta al lápiz antes de revisar una vez más la carta para Proveedores Beltco. Realmente había que sentir pena por aquellas mujeres de la oficina, que llenaban el tedio de sus días con trabajos aburridos, bromas en el lavabo y rencillas fermentadas por mucho tiempo. De verdad era triste. Se pasó la lengua por detrás de los dientes, tras el último regusto a chocolate que por fin desaparecía. Sopló con delicadeza la punta afilada de su lápiz.

Ella era diferente. Era Isabelle Goodrow, e iba a leer.

Stacy tenía los ojos rojos. Era casi abril pero hacía frío, y ambas chicas, con los abrigos desabotonados, estaban tiritando. Stacy sacó la cajita de plástico de los tampax de su bolsillo y cogió los cigarrillos.

—He roto con Paul —dijo.

Amy esperó.

—Estás de broma —dijo luego, pensando que Stacy debía de estar bromeando, por el tono categórico con que había comunicado la noticia.

Y la cabeza de Amy estaba revuelta. Mr. Robertson le había dicho, cuando ella salía de clase aquella mañana: «Ven a verme después de clase. Tengo un libro que te puede gustar». Era difícil concentrarse en algo más.

Stacy se puso dos cigarrillos entre los gruesos labios y empezó a encenderlos bajo la mirada de Amy. La cerilla se extinguió.

—Joder —dijo Stacy por un costado de la boca, y se metió el pelo detrás de la oreja antes de encender otra—. No estoy bromeando. —La segunda cerilla tuvo éxito. Stacy aspiró hasta que las puntas de los cigarrillos se tornaron grises—. Le dije que se largara de mi vida.

Le pasó un cigarrillo a Amy, y dio una profunda calada al otro.

Amy no sabía qué decir. Que Stacy, bendecida con un novio de la categoría de Paul Bellows, le hubiese dicho que se largara de su vida, le confería, a ojos de Amy, un esplendor y una magnificencia, una valentía y una independencia que superaban su imaginación.

—Y ¿por qué? —preguntó Amy.

—La jodida de su madre me acusó de estar preñada. —Los ojos de Amy se humedecieron, enrojeciéndose en torno a las comisuras otra vez—. Puta vaca idiota.

¡Que ajeno a Amy era todo! Novios con sus propios pisos, luego las madres de esos novios..., hasta decir esas palabras.

—¿Te acusó de estar preñada? —preguntó Amy—. ¿Quieres decir que dijo eso? ¿Te lo dijo?

No parecía educado darle una calada al cigarrillo ante algo así. Lo sostuvo a un lado, y el humo ascendió entrelazándose a lo largo de su brazo.

—A Paul; se lo dijo a Paul —gimoteó Stacy, y se limpió la nariz con el dorso de la mano que sostenía el cigarrillo—. Dijo que me estaba poniendo gorda.

—Caray —contribuyó Amy—. Qué perra.

Pero no pudo impedir que sus ojos se deslizaran hasta la barriga de Stacy, y los ojos de Stacy también fueron a parar allí. Durante un momento, en medio del silencio del bosque, se quedaron mirando la sección del jersey negro de Stacy que asomaba por la abertura de su abrigo.

—No estás gorda —dijo Amy, pensando que sí lo estaba, aunque sólo un poco. Stacy nunca había sido flaca; era difícil saberlo.

—Creo que tengo un tumor —dijo Stacy, cabizbaja. Levantó la vista para mirar entre los árboles—. Uno de esos jodidos tumores idiotas que les salen a las mujeres.

—Entonces deberías ir al médico —dijo Amy, seria.

—Paul fue a verme anoche —prosiguió Stacy— y le dije que hasta ahí habíamos llegado. Que se largara.

—¿Qué dijo?

El ruido de un coche las hizo volverse y echarse al suelo, donde permanecieron acurrucadas una frente a la otra hasta que el coche pasó. Amy se puso de pie, ofreciéndole el brazo a Stacy, que se levantó con una sonrisa de disculpa.

—¿Ves qué pesada estoy? —dijo, mirando su cigarrillo con los ojos entrecerrados antes de dar una calada.

—Estás estupenda —le dijo Amy, porque Stacy estaba estupenda, con su falda de piel, sus leotardos negros y sus botas negras.

Amy habría dado lo que fuera por verse así; por tener una falda corta de piel. Su propia falda de pana verde había sido hecha por su madre, y era demasiado larga, casi hasta la rodilla.

—Entonces ¿qué dijo Paul? —preguntó otra vez.

Stacy suspiró hondo, sacudiendo la cabeza, cerrando prácticamente los ojos al recordar.

—¿Quieres saber lo que hizo? —Negó de nuevo con la cabeza—. No te vas a creer lo que hizo. Lloró. —Stacy miró a Amy desilusionada y frotó con expresión pensativa su cigarrillo contra el tronco del árbol, hasta que el cigarrillo parecía un lápiz afilado—. Lloró, Dios. Joder.

Aspiró y arrojó en la nieve el cigarrillo, que permaneció allí, elevando en silencio una delgada estela de humo gris, apenas distinguible del color de la nieve.

—Vaya —dijo Amy—. Te quiere de verdad.

La garganta de Stacy emitió un gruñido. Amy vio que tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Estas malditas botas dejan pasar el agua —dijo Stacy, doblándose, y repasó con un dedo la punta de una de las botas.

—Yo tengo un agujero estúpido en el forro del abrigo —dijo Amy, abriendo su abrigo de par en par y volviendo la cabeza para examinar un descosido en el forro de una axila, que no le interesaba en absoluto pero que le procuraba a su



amiga un momento de intimidad—. Es tan viejo este abrigo. De todas formas, nunca me ha gustado. Los cuadros son de hombre. Quiero decir, que un hombre se pondría algo así. —Quería hacer ruido, para que Stacy no se sintiera observada—. Odio toda mi ropa, es horrorosa.

Stacy estaba inclinada todavía sobre sus botas, y Amy, echando una ojeada, vio que se estaba limpiando la nariz. Pero al cabo de un momento Stacy se enderezó y dijo:

—El abrigo está bien. El forro no se ve.

—Odio los abrigos de invierno y punto —dijo Amy—. Sobre todo me molesta tener que ponerme el abrigo de invierno en esta época del año.

—Sí. Yo también.

Stacy se pasó la mano por la nariz.

—Los azafranes de al lado de casa ya se han abierto —dijo Amy, recibiendo su segundo cigarrillo de manos de Stacy.

—Guay —respondió Stacy. Encendió su cigarrillo y sostuvo la cerilla—. No te quemes el pelo —advirtió—. ¿Has olido el pelo quemado? Es realmente asqueroso. Y se prende de un fogonazo. —Stacy apagó la cerilla de un soplo y la dejó caer en la nieve. Chasqueó los dedos—. En un momento. Todo tu pelo podría estar en llamas, así.

—Excelente —dijo Amy—. Ésa sí que es una idea.

Se ajustó el abrigo y se recostó contra el tronco del árbol caído.

—Bueno, ni se te ocurra —dijo Stacy, acomodándose también en el tronco, cerca de Amy, de modo que sus hombros se tocaban a través de los abrigos, mientras ambas tiritaban y fumaban.

—No he hecho los deberes de español —comentó Stacy después de un rato, y Amy dedujo que ya no hablarían más de Paul Bellows.

—Puedes copiar los míos. —Amy señaló un paro en lo alto de un abeto—. En la hora de estudio.

—Sí, pero Miss Lanier se dará cuenta. —Stacy miró el pájaro con poco interés—. Las respuestas estarán bien y sabrá que yo no las hice.

—Mete la pata en algunas cosas —sugirió Amy, y Stacy asintió con la cabeza—. Es buena persona, no va a decir nada.

Stacy asintió otra vez.

Amy intentó hacer volutas de humo, frunciendo la boca como un pez y sacando la lengua como Stacy le había enseñado, pero no tuvo éxito. El humo salía de su boca en chorros cilindricos. Se sentía vagamente enferma, por el

ansia de ver después de la escuela a Mr. Robertson. (La semana anterior, cuando conversaban, él había pasado un momento a su lado para cerrar la ventana y, de forma muy leve, fugaz, le había tocado el hombro.) Quería preguntarle más a Stacy acerca de Paul, pero sería poco educado presionarla. Quería echarle otra mirada a la barriga de Stacy, de hecho, y tenía miedo de que sus ojos miraran sin querer, así que se concentraba en tratar de hacer las volutas de humo. No entendía un montón de cosas. ¿Pensaba Stacy que estaba preñada, o era sólo que la madre de Paul quería ser desagradable? Una sabe si está preñada o no. Hasta Amy sabía eso.

—Es cuestión de práctica —estaba diciendo Stacy, tras hacer ella misma una serie de anillos de humo perfectos. Ambas observaron mientras los anillos flotaban en el aire, y se hacían más grandes y ondulantes, hasta perder finalmente la forma al llegar al abeto. El paro saltó de su rama y se adentró volando en el bosque.

—Pobre Miss Lanier —dijo Stacy.

Amy asintió con la cabeza. Su profesora de español les caía bien. Usaba vestidos muy cortos, y era triste porque no tenía las piernas bonitas: estaban bien hasta las rodillas, pero luego las rodillas se juntaban y los muslos se ensanchaban como troncos. Además, llevaba un montón de vestidos de nailon sin ponerse combinación, y los vestidos se le pegaban al cuerpo. Prácticamente se le veían los contornos de las medias y la ropa interior. La teoría de Stacy era que Miss Lanier estaba chiflada por Puddy, como le llamaban al director, un cuarentón pálido y feo.

—Es tan tímido —dijo Stacy—. Apuesto a que nunca ha tenido una cita. Todavía vive con su madre.

Amy dejó de hacer volutas de humo y dejó caer su cigarrillo en la nieve.

—Tendrían hijos feos y simpáticos.

Pero se le estaba haciendo un nudo en el estómago. Pensó en Mr. Robertson diciendo: «Ven a verme después de la escuela. Tengo un libro que te puede gustar». Todo lo demás, los ojos rojos de Stacy, los muslos lamentables de Miss Lanier, el mundo entero se desdibujaba, con ese encuentro en el horizonte. Vivía en un mundo tan raro, tan ansioso y tan privado aquellos días; era tanto el placer que contenían las palabras: «Ven a verme después de la escuela». Pero siempre, y en aquel momento de nuevo, aquella ansiedad despeñada. Le echó un vistazo al cigarrillo que había arrojado en la nieve.

—Pobre —reflexionó Stacy mientras sonaba el timbre de la escuela y las dos

se arreglaban un poco—. Alguien debería decirle que el nailon se pega al cuerpo por la estática.

De noche en su cama, bajo la charca amarilla que la lámpara esparcía por la colcha y con el *Hamlet* en rústica delante, Isabelle forcejeaba con Shakespeare. El forcejeo era ante todo físico, porque sus párpados parecían pegados con cola; realmente, a duras penas conseguía mantenerlos abiertos. Intentó sentarse más derecha en la cama, pero aun así no consiguió llegar a la segunda página. Era notable la forma en que los ojos se le cerraban de golpe. Cuando estuvo segura de que Amy estaba dormida, se levantó de la cama y bajó por la escalera a la cocina, donde se sentó a la mesa con una taza de té, envuelta en su albornoz de estar por casa, meciendo el pie en la zapatilla de felpa mientras leía las líneas una y otra vez.

Era arduo. Una cosa difícil, muy difícil. No había previsto que fuera así, y tenía que luchar contra la sensación de pánico. «Las tierras que yacían bajo su yugo, al conquistador: a cambio de las cuales, nuestro rey puso en juego una porción correspondiente, que habría pasado a la heredad de Fortinbras, si hubiera sido vencedor...». ¿Qué tenía que sacar en claro de todo eso? La cocina estaba muy silenciosa.

Sorbió el té y miró a través de la ventana. Tras las cortinas blancas, apenas entreabiertas, podía ver la negrura del cristal; se levantó y las cerró de un tirón. No solía estar allí abajo a esa hora. Se sentó a la mesa otra vez, sorbió su té y echó un vistazo a las líneas del libro. «¡Qué fatigosas, rancias e inútiles me resultan las costumbres de este mundo!».

Pues, mira tú. Eso lo podía entender. Isabelle puso el dedo en la página; era el propio Hamlet el que estaba hablando. Qué fatigosas, rancias e inútiles... me parecen las costumbres del mundo. Dios sabía que había veces en que ella sentía que el mundo era rancio y fatigoso, y como Hamlet lo decía estaba muy bien dicho. Sintió un cosquilleo de genuino deleite, como si de repente Hamlet fuera su amigo.

Sintiéndose despierta, murmuró las palabras con que empezaba el parlamento de Hamlet. «Ah, si esta carne, demasiado, demasiado sólida, se fundiese, se derritiera...». Durante un instante tuvo la imagen de un bistec que no había sacado a tiempo del congelador para la cena del domingo. Frunció los

labios y bebió un sorbo de té, empezó otra vez. «Ah, si esta carne, demasiado, demasiado sólida, se fundiese...». Hamlet era sin duda un hombre macizo, musculoso. Luego echaría un vistazo al retrato que aparecía en la carátula. «Se derritiera y se disolviera en rocío».

Hasta ahí vale; Isabelle asintió. Ciertamente había experimentado en su vida el deseo de derretirse, de desaparecer. Nunca había ansiado convertirse en rocío, pero bien pensado era una idea preciosa, y, después de todo, era exactamente por ese motivo por lo que estaba leyendo a Shakespeare. Porque era un genio, y podía expresar las cosas de un modo que a los demás nunca se nos habría ocurrido. Se sintió enormemente complacida, y se sentó más derecha en la silla. «¡O si el Eterno no hubiera asentado Su canon contra la propia inmolación! ¡Ay Dios! ¡Ay Dios!».

Releyó la frase varias veces. Puesto que «Eterno» estaba con mayúscula suponía que Shakespeare se refería a Dios, y el asunto del canon de la propia inmolación debía ser una referencia al suicidio: Hamlet quería suicidarse pero sabía que eso iba contra la ley de Dios.

Bueno. Isabelle alzó la vista. Mirando la nevera, se preguntó si Hamlet no era un poco melodramático. Ciertamente estaba destrozado y por supuesto tenía sus razones. Pero ella misma, bien lo sabía Dios, se había sentido destrozada quién sabe cuántas veces, y nunca había sentido ganas de matarse. Echó una mirada al final del libro. El té ejercía cierta presión dentro de su vejiga, pero intentaría terminar la escena. Aparentemente, Hamlet estaba muy apenado porque su padre había muerto. Sus padres se habían amado... pero en menos de un mes su madre se había recuperado y se había casado con el tío de Hamlet.

Isabelle se tocó los labios; lo entendía, eso podía ser un golpe. Pero aquella línea: «Fragilidad, tu nombre es mujer». Eso no le gustaba particularmente; y le estaba hablando a su madre. Por Dios. ¿Qué sabía Hamlet acerca de ser una madre soltera, de perder al hombre que se amaba? Isabelle frunció el entrecejo y procedió con la cutícula de su pulgar. Para ser francos, Hamlet se ponía allí un poco ofensivo. Seguro que aquellas mujeres de Boston que habían quemado su ropa interior frente a los escalones de un juzgado, Isabelle lo había visto en las noticias, no se tomarían una frase así muy por las buenas: ¡Fragilidad, tu nombre es mujer! Se ajustó el albornoz. Francamente, la irritaba un poco. Los hombres tenían mucho que aprender. Las mujeres no tenían nada de frágiles. Por Dios, las mujeres habían mantenido las cosas funcionando desde tiempos inmemoriales. Y ella no tenía nada de frágil. Había criado sola a su hija a lo largo de los

inhóspitos inviernos de Nueva Inglaterra, con goteras en el techo y el coche siempre bajo de aceite.

Los ojos se le cerraron. Estaba muy cansada. Y, de hecho, sí se sentía frágil. Ésa era la verdad, si a alguien realmente le interesaba saberlo. Permaneció sentada un momento, recorriendo con el dedo el borde del libro, y luego se levantó y lavó la taza en el fregadero, bastante agradecida de irse a la cama.

Pero después de algunos días regresó a la librería. No era de las que desisten; era sólo que Shakespeare no era la manera de comenzar. Encontraría otros libros para leer en la sección rotulada CLÁSICOS. Esta vez, la librería le resultó familiar. El joven dependiente con el vello facial pareció hacerle una señal con la cabeza. Examinó durante largo rato los anaqueles antes de decidirse por *Madame Bovary*, seducida por la carátula. Estudió la imagen de aquella mujer de ojos oscuros que llevaba el pelo recogido en un encantador moño a la francesa, cuyo rostro, resolvió finalmente, revelaba una íntima sabiduría sobre las penas secretas de la vida femenina.

En la última semana de marzo hubo algunos robos en Shirley Falls. Eran incursiones diurnas, y ocurrían siempre en el sector de Oyster Point. Una colección de monedas antiguas desapareció de casa de un profesor de historia. Mrs. Errin, la esposa del dentista, descubrió que faltaban de su cómoda algunas joyas, y, en otro caso, en una casa ciertamente hermosa situada a la orilla del río, se perdieron varios objetos de plata, candelabros y azucareros; habían forzado la puerta de atrás. No había testigos ni pistas, sólo algunas huellas en la nieve, que se habían desdibujado por la lluvia antes de que la policía pudiese precisar nada aparte de que debían de ser de un hombre de estatura y peso medio; ni una sola pista, en realidad, ningún informe de individuos sospechosos que vagaban por ahí, ningún indicio de que el responsable era un profesional, como había pasado hacía algunos años, cuando dos hombres habían subido desde Boston y habían vaciado dos casas en una furgoneta de mudanzas hasta que finalmente los habían pillado una semana después cuando iban a por la tercera. No, aquellos robos tenían un aire más ligero, y antes de que los policías pudiesen hacer mucho más

que rascarse la cabeza y archivar expedientes, parecieron cesar.

Pero Emma Clark, al regresar a casa una tarde, exhausta, pues acababa de tener un desagradable altercado en la tapicería a causa de la chapuza que le habían hecho en el sofá de la sala, encontró parcialmente abierta la puerta del garaje y, enterada por sus conocidos de que en la casa de la ribera habían sido robados algunos objetos de plata, no bajó del coche, sino que enfiló de inmediato de vuelta al pueblo y llamó a Avery para que fuera enseguida a casa.

Todas las herramientas de Avery habían desaparecido, al igual que el neumático de repuesto que guardaba en el garaje, pero, al parecer, no habían entrado en la casa. Sin embargo, Avery se tomó el resto del día libre y llevó a un cerrajero para poner un pasador doble en todas las puertas.

—Debería contárselo a Isabelle —le dijo Avery a su esposa, distraída porque el cerrajero estaba embarrando todo el suelo de la cocina, y Emma asintió con la cabeza. Era cierto; Isabelle Goodrow vivía tan sólo a un kilómetro y medio por la carretera, y tenía que saber que alguien andaba husmeando por ahí, robando neumáticos y herramientas.

Pero Emma y Avery tenían de momento otras cosas que hacer, e Isabelle, sentada en el comedor durante la pausa del café, absorta en *Madame Bovary*, permanecía ajena a lo que sucedía en la carretera 22. Y tampoco estaba al tanto, mientras pasaba la página, de que al otro lado del pueblo el timbre de la escuela acababa de sonar, ni de que su hija se abría paso entre el tumulto de los pasillos, hacia el lavabo de chicas de la segunda planta, para prepararse para Mr. Robertson.

## *Siete*

¡Qué agitación! Sola en el lavabo de chicas, bajo la luz lechosa que reflejaba sobre las paredes verdes el hielo de la ventana... A pesar de que goteara un grifo y los lavabos estuvieran manchados, aquellas tardes encerraban para Amy un silencio exótico, un estremecimiento. Y también un temor: un temor que la apresaba desde abajo, apretándole el coxis como una mano, hasta que las nalgas casi le hormigueaban; tenía las manos tan frías como si las hubiera metido en la nevera. Se sentía como una princesita, a la que acicalaban para presentarla ante su prometido el rey.

Sobre todo su pelo parecía de princesa, desbordado sobre los hombros en largos rizos revueltos, con sus distintos tonos de amarillo, de castaño claro, alguna hebra tan rubia que parecía blanca atravesándole la cara. Se miró con la boca entreabierta en el espejo, y pensó que tal vez hasta era hermosa. Luego, el calambre en el abdomen, el estrujón cerca del coxis: tuvo que entrar en un cubículo a usar el inodoro, y, al salir, al revisarse otra vez en el espejo, se encontró consternada delante de una chica corriente que tenía los labios secos y pálidos. Se los mordió, se pellizcó las mejillas y tiró de la pesada puerta del lavabo, en la que estaba escrito en tinta roja: «A mi hermana le gusta que le chupen la teta izquierda».

El pasillo estaba desierto. Las aulas abrían a su paso bocas silenciosas, a la espera de que el día siguiente llenara los pupitres desocupados. A lo lejos, una trompeta sonaba débilmente en el aula de música; al bajar las escaleras, oyó el eco de las animadoras practicando en el gimnasio.

Y allí estaba ya, de pie ante el umbral. Un extraño encogimiento hizo que viera la escena opaca y disminuida, como bosquejada a lápiz (sus grandes manos húmedas se aferraban a un cuaderno, dejando marcas en la cubierta), pero cuando Mr. Robertson levantó la vista del escritorio se levantaron también sus

cejas, se le iluminó el rostro, y Amy sintió que se aligeraba enseguida su ansiedad. Nadie había parecido tan contento de verla nunca, salvo cuando era muy pequeña y su madre la llevaba a la fábrica; las mujeres se inclinaban en esas ocasiones a su alrededor y Fat Bev o alguien más decía: «¿Cómo está mi niña preciosa?».

Mr. Robertson no dijo nada, tan sólo la miró bajo el sol vespertino que caía sobre el suelo.

—Hola —dijo Amy, haciendo un leve saludo con la mano, y agachó la cabeza con una sonrisa rápida y cohibida.

—Hola —respondió Mr. Robertson, imitando el gesto con tanta exactitud que parecía igual de avergonzado—. Pasa. Pasa, por favor.

Ella se acercó a través del aula inundada de sol. Bajo su mirada, se sentía inquieta, en competencia con toda la gente que él podía llegar a mirar, y sabía desde hacía tiempo que competir no era su fuerte. Ya era así cuando era pequeña; solía llenarla de pánico el juego de las sillas, la certeza temible, helada, de que cuando la música parara alguien quedaría «fuera». Prefería darse por vencida. Eran tantas las cosas que había que soportar mientras se crecía: pruebas de ortografía, partidos interminables en educación física; se había dado por vencida en todas, y, cuando hacía algún intento, esperaba tan poco de sí misma que no la desilusionaba no saber escribir *iceberg* en cuarto de primaria o que la eliminaran en béisbol porque no había llegado a batear. Darse por vencida se había convertido en un hábito, y, al llegar a la secundaria, cuando, por supuesto, lo más importante era ser popular y tener ciertos amigos, Amy se había dado cuenta de que de nuevo le faltaban las fuerzas para meterse allí en medio y batear. Casi se había vuelto invisible y era consciente de que quizás ella sola se había buscado su soledad.

Sin embargo, ahí estaba Mr. Robertson, y para él no era invisible. No podía ser invisible: no cuando la miraba de ese modo. A pesar de su tendencia íntima a huir, de sus dudas recrudescidas sobre sí misma. Mr. Robertson estiró la mano y le tocó el codo.

—Tengo algo para ti —dijo, indicándole con la cabeza la silla junto a su escritorio.

Ella se sentó y escondió bajo la silla sus pies demasiado grandes. Él había copiado un poema de Yeats, llamado *A una muchacha joven*. Amy lo leyó confusa. Nunca antes había visto nada tan largo escrito con su letra.

«Conozco lo que hace latir así tu corazón...».



Amy sintió que era una carta para ella.

—Me encanta —dijo—. De verdad, de verdad. —Alzó la vista del poema y lo miró—. ¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto. Es para ti.

Y Amy tuvo que apartar la mirada porque en ese instante supo que lo amaba, y esto cambiaba las cosas.

Hasta entonces se había sentido atraída hacia él, como si fuera un imán enorme y negro que la arrastraba como un clavo a través de una vasta habitación. Pero había llegado a puerto, con un chasquido suave, imperceptible; no podía ir más allá. Había llegado, y lo amaba.

—Pues gracias —dijo, metiendo el poema dentro de su cuaderno.

Se levantó y caminó hasta la ventana, miró la acera seca y desnuda bajo el sol.

A través de la ventana abierta, escuchó el ruido del último autobús que salía de la escuela, el mismo fatigado gruñido entre torpe y pesado al doblar la esquina. Más allá, divisó una mancha amarilla en el césped de la escuela, donde los dientes de león crecían tenazmente a ras de suelo. El aire que entraba por la ventana era dulce y le causaba un dolor casi físico, y, al mirar otra vez los parches secos de la acera, jaspeados de puntitos que brillaban al sol, recordó enseguida la emoción que había sentido de niña en los días como aquél. Porque, por supuesto, había otras cosas, aparte del terror del juego de las sillas: había días así, en que el invierno se acababa por fin y ella caminaba en zapatillas por una acera seca y bañada por el sol; le parecía, al recordarlo, que después de todo la felicidad había estado a su alcance, en las zapatillas nuevas, en los dientes de león que podía recoger, aunque debía tener cuidado, Isabelle no toleraba que se manchara la ropa, con un jersey en vez del abrigo grueso: de niña todo esto la había hecho feliz, la había colmado de esperanza.

—¿Qué piensas? —preguntó Mr. Robertson, y Amy se apartó de la ventana.

—No sé —contestó ella, porque no sabía cómo hablarle de la acera seca y brillante, del olor del aire—. Estoy contenta de que al fin sea primavera y todo eso. —Se encogió de hombros y miró por la ventana otra vez—. Pero me siento rara.

—Ya sabes lo que dicen.

Ella lo oyó acercarse a su espalda.

—¿Qué dicen?

Se volvió, nerviosa, porque él estaba muy cerca y porque tenía miedo de que

la encontrara fea. Era distinto ver de cerca a alguien: la gente tenía pegotes en los ojos, espinillas en la barbilla. Y olía diferente. Por ejemplo, su madre despedía a veces un tenue olor a ladrillo húmedo, cuando se inclinaba para arreglarle la solapa o sacarle algo que se le había enredado en el pelo.

—Que abril es el mes más cruel.

Mr. Robertson se metió las manos en los bolsillos, apoyando su peso sobre los talones. Unas monedas tintinearón en su bolsillo.

—¿Quién dijo eso?

—T. S. Eliot.

—¿Quién era?

Amy pensó que Mr. Robertson era un poco fanfarrón. Frunció las cejas y se sentó en el alféizar de la ventana.

—Otro poeta.

—Ni idea de quién es.

Balanceó una pierna y golpeó la rejilla del radiador, y la llenó de pesadumbre la sonora reverberación metálica. Se quedó muy quieta, con las dos piernas apretadas contra la rejilla.

—Abril es el mes más cruel —recitó Mr. Robertson—, mezclando memoria y deseo. O algo así. No me acuerdo de lo que sigue.

Caminó despacio de vuelta hacia su escritorio.

«Vuelve aquí», quiso decir ella. Se bajó del alféizar y lo siguió.

—Dime eso otra vez —dijo ella—. Lo de abril.

El tenía una mirada cansada, bondadosa.

—Abril es el mes más cruel; mezclando memoria y deseo.

Ella alzó los hombros y los dejó caer con un suspiro.

—Qué —susurró Mr. Robertson.

El sol ya se había movido; el resplandor había abandonado el aula, y tan sólo una parte del alféizar permanecía envuelta en un suave tono amarillo; pero el tibio aire de primavera todavía soplaba a través de la ventana.

Amy negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Dime qué piensas.

—Ah, no sé. —Sus ojos se desplazaron por el aula, sin detenerse en nada—. Eso de que abril es cruel. Está bien. O sea, me gusta.

—¿Y qué más?

Pero en realidad no estaba pensando en nada más. Más bien, algo le dolía. Algo le dolía por dentro y tenía que ver con los dientes de león y con el bramido

del autobús y con el olor del aire y con mil cosas más que no tenían nombre. Y por supuesto con él.

—Me alegro de haberte conocido —dijo finalmente, sin mirarlo.

—A mí también me alegra haberte conocido.

Ella buscó sus cuadernos, el abrigo que había dejado sobre una silla.

—¿Puedo acompañarte hoy a casa? —preguntó de repente Mr. Robertson.

—Supongo.

Amy estaba sorprendida.

—¿Crees que alguien se molestaría?

Ella metió un brazo en la manga de su abrigo y lo miró con extrañeza al sacarse el pelo de la parte de atrás del abrigo.

—Por ejemplo —prosiguió Mr. Robertson—, ¿le molestaría a tu madre que tu profesor de matemáticas te llevase en coche a casa?

—Claro que no.

Pero no se lo diría a su madre.

—Entonces voy a ponerme mi abrigo —dijo Mr. Robertson, y se volvió hacia el armario que había detrás de su escritorio.

Y salieron del aula en silencio.

Una vez dentro del coche, a ella la cogió por sorpresa hallarse tan cerca de Mr. Robertson. El coche era más pequeño de lo que había pensado. Al poner la marcha atrás en el aparcamiento de los profesores, él le tocó fugazmente la pierna con la mano.

—Disculpa —dijo, y le echó una mirada.

Ella hizo un gesto con la cabeza, volviéndose para mirar por la ventana, con el codo apoyado contra la puerta, el dedo pulgar contra la boca.

—Dobla a la izquierda en el semáforo —dijo simplemente, y luego—: Por la próxima a la derecha.

Siguieron por la carretera sin hablar. Al cruzar el puente de madera, el traqueteo resonó de repente bajo los neumáticos y también de repente quedó atrás. Los sauces aparecían y desaparecían, a medida que el coche enfilaba las curvas al borde del pantano que había junto a la carretera 22. Dejaron atrás una vieja granja, donde un arbusto de forsitia empezaba a florecer, dispersando exiguos pétalos amarillos. Dejaron atrás el campo de Larkindale, donde las

parcelas marrones y beige se entremezclaban en la desnudez de los restos del invierno. En un campo más arriba, se alzaba el muro de piedra, serpenteando en la distancia hacia donde los abetos parecían recortados en lona negra, con las ramas todavía dobladas bajo el agobio de meses de nevadas. Pero en realidad quedaba poca nieve, sólo los sucios montones endurecidos al borde de la carretera, y por donde pasaban los coches había largas franjas secas de pavimento, y el sol revelaba el polvo del salpicadero con su luz resplandeciente y ya a punto de debilitarse.

Amy estaba pensando que debería usar perfume, porque podía tener el mismo olor a ladrillo húmedo que despedía su madre.

—Aquí a la izquierda —dijo con tono contenido, y Mr. Robertson dobló en la entrada estrecha y apagó el coche al llegar ante la casa; el motor emitió una serie de ruiditos metálicos, como si dentro hubiese una piedrecita saltando de un lado para otro.

Amy achicó los ojos delante de la casa donde vivía, tratando de imaginarse cómo la veía Mr. Robertson, y pensó que la casa era como su madre, pequeña y pálida, la cortina blanca en la ventana de la cocina como una disculpa, fracasada en su afán de parecer alegre, acogedora y limpia. Amy cerró los ojos.

Durante años ése había sido su secreto: quería tener otra madre. Quería una madre guapa, que abriese sonriendo la puerta a las visitas. Quería una madre como las madres de los anuncios de televisión, que fregaban amplias cocinas de suelos relucientes, besaban a sus maridos que volvían del trabajo y vivían en casas cerca de otras casas con vecinos que entraban y salían: no quería aquella madre allí sola en el bosque, en aquella casa pequeña.

—Yo me crié en una casa blanca no mucho más grande —dijo Mr. Robertson, y Amy abrió sobresaltada los ojos. Él estaba recostado contra el respaldo, con una mano caída sobre el volante y la otra en la barbilla—. Había un baldío cerca —dijo asintiendo con la cabeza— donde los chicos jugaban al béisbol.

Esa parte le sonó a Amy como un anuncio de televisión. Se imaginó a la madre de Mr. Robertson, guapa, con delantal, horneando galletas en la cocina.

—Pero yo no iba mucho a jugar.

Amy aplastó un pulgar contra el salpicadero.

—¿Y por qué?

—No encajaba demasiado con los otros chicos. —Mr. Robertson le lanzó una mirada fugaz—. Mi madre bebía. Era alcohólica. Yo daba paseos en bici

muy largos para estar fuera de casa.

Una alcohólica. Amy retiró el pulgar del salpicadero. Su madre no horneaba galletas. Seguramente estaba en el piso de arriba bebiendo ginebra de una botella que guardaba bajo la cama. Amy no se figuraba con mucha precisión cómo debía de ser una mujer alcohólica (una madre alcohólica), pero su propia madre le había dicho una vez que se volvían mujeres solapadas, que escondían botellas debajo de la cama.

—Caray —dijo Amy—. Qué pena.

—Sí. En fin.

Mr. Robertson suspiró y se movió ligeramente en su puesto, y extendió la mano abierta sobre la rodilla.

Mirando de reojo a través del pelo, ella estudió con detalle su mano. Era una mano grande: la mano sólida de un hombre adulto, con dos venas del tamaño de una lombriz que corrían por el dorso. Las uñas eran anchas, planas y limpias. Le molestaba la idea de que en su pasado hubiese una madre que escondía bajo la cama botellas de ginebra. Y sin embargo la tranquilizaba ver su mano. La limpieza de sus uñas la llenaba de admiración, porque de niño casi seguro que había llevado las uñas sucias. Si su madre era alcohólica, pensaba Amy, no podía haber sido de otro modo. Sin embargo, había que verlo entonces, fuerte, inteligente, citando poetas y filósofos, con la mente repleta de teoremas matemáticos y las uñas limpias y cuidadas.

—Cuéntame más —dijo ella, recostándose en la puerta del coche para mirarlo de frente.

El alzó una ceja.

—¿Sobre la vida y las tribulaciones de Thomas Robertson?

Ella asintió con la cabeza.

—Abandoné la universidad.

Un parpadeo, tal vez una gota de temor, y de nuevo él casi no le gustaba.

—¿En serio?

Se sentía avergonzada, también, de que él admitiese algo así.

—En primer año. —Entornó el labio inferior, tirando del mechón rojizo de barbas que había justo debajo—. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Así que trabajé algún tiempo con niños discapacitados y más tarde tomé un avión a la costa oeste y acabé allí la universidad. —Enarcó las cejas—. Hasta con matrícula de honor.

Quedaba exculpado. Niños discapacitados; era aún más bueno de lo que ella

había creído. Lo miró con admiración, y sonrió cuando él la miró.

—Iba a hacer un doctorado en psicología... qué sonrisa más bonita tienes...

—Ella se sonrojó—. Pero tenía un amigo que era un matemático brillante y acabé interesado por esto gracias a él.

—¿O sea que estudiaste psicología en la universidad?

El asintió con la cabeza.

—Tomé varios cursos de economía, así que sabía algo de matemáticas.

—Mi madre dice que todos los psicólogos están locos —dijo de pronto ella sin pensar, y se sonrojó cuando él soltó la carcajada.

Fue una carcajada plena, con la cabeza echada hacia atrás; ella alcanzó a ver los empastes oscuros de sus muelas. Sintió de nuevo que quizás él no le gustaba como le había gustado antes, pero cuando acabó de reír él dijo sinceramente:

—Te diré algo, Amy, tu madre no es tonta.

El coche se tornó entonces acogedor. El subió la ventanilla hasta arriba y ella se sintió encerrada en una burbuja. La conversación era cariñosa y relajada, y, finalmente, al ver en el reloj de Mr. Robertson que su madre llegaría en veinte minutos, Amy juntó sus libros bajo un brazo y, a punto de abrir la puerta con el otro, se acercó de repente y le dio un beso rápido en la mejilla barbada.

# Ocho

Arrestaron al hijo de la prima de Arlene Tucker por vender marihuana.

—Con quince años, y lo que le encontraron encima valía trescientos dólares.

Arlene lo relataba con su habitual autoridad, arqueando una ceja delineada y dejándola en alto mientras las demás asimilaban la noticia.

—No me digas —dijo Leonora Snibbens—. Quince años. Dios mío.

—Pero si lo que le encontraron valía trescientos dólares —dijo Fat Bev—, ¿de dónde sacó los trescientos dólares para comprarlo en primer lugar?

Arlene asintió como un maestro satisfecho.

—Había estado vendiendo la mercancía. Traficando. Ahora resulta que la cosa se remontaba unos meses atrás.

Isabelle levantó la vista de su libro.

—¿Dónde vive tu prima?

Arlene le echó una mirada a la carátula de *Madame Bovary*.

—En Kingswood. A una hora de aquí, más o menos.

Isabelle asintió con la cabeza. Había marihuana por todas partes. Con la universidad allí en Shirley Falls, Isabelle sabía que su propio pueblo tampoco debía de estar a salvo. Pero en Kingswood, un lugar diminuto, y que estuviera vendiéndola un chico de quince años. Cerró el libro, incapaz de seguir concentrada.

—Y os lo aseguro —decía Arlene, sacándose algo del ojo y parpadeando luego con rapidez—, es el chico más bueno del mundo.

—Pues eso sí que no me lo creo —dijo Fat Bev. Negó despacio con la cabeza, desenvolviendo un sándwich en un rollo de papel parafinado—. Si un chico de quince años vende drogas, algo pasa con él.

—Bueno, claro que algo pasa con él —replicó Arlene—. No estoy diciendo que no pase nada con él. No estoy diciendo que tenga la cabeza en su sitio. Estoy

diciendo que nunca se sabe. Las apariencias engañan.

—Eso es verdad —señaló Rosie Tanguay—. Estaba leyendo el otro día acerca de un chico en Texas. Era guapo, muy buen estudiante, popular, listo: un chico modelo. Se fue a su casa una noche después de un partido de baloncesto y le clavó a su madre un tenedor.

Leonora Snibbens la miró de reojo.

—¿Un tenedor? —dijo secamente.

Rosie no hizo caso, pero Fat Bev tronó de risa.

—En serio, Rosie. ¿Cuánto daño pudo hacerle ese tenedor?

Rosie pareció ofendida.

—Tengo entendido que la madre estaba en estado crítico.

Leonora apartó la cara.

—Menudos tenedores tienen en Texas —susurró.

—Ya lo creo —respondió Fat Bev, adelantando la cabeza para darle un mordisco a su sándwich.

Un trozo de lechuga con mayonesa cayó en su enorme regazo; lo recogió y se lo comió, y luego, frunciendo el entrecejo, frotó vigorosamente la blusa con una servilleta.

Isabelle hizo una mueca. Lo tenía en la punta de la lengua: con agua caliente, Bev, rápido. Pero Arlene empezó a hablar y dijo que entendía lo que Rosie quería decir, que no se sabía nunca quién iba a cometer una locura.

—Es por eso por lo que este mundo es un horror —dijo, dirigiéndose por algún motivo a Isabelle.

—Así es —asintió Isabelle.

Había visto las miradas desconfiadas que Arlene le echaba a *Madame Bovary*, y sabía que, por llevar un libro así al trabajo, podían pensar que era una esnob. No quería que la consideraran una esnob. Quería estar en paz con todas y evitar que la involucraran en una situación desagradable, así que le dijo a Arlene:

—Sí, este mundo es un horror.

A fin de cuentas, lo creía.

Pero no creía que aquellos incidentes pasaran porque sí. No creía que la madre de ese vendedor de drogas de Kingswood no hubiese recibido alguna advertencia de que su hijo se estaba volviendo un criminal. Y en cuanto al chico modelo de Texas, Isabelle daba por supuesto que Rosie no conocía todos los detalles del caso. «Muy buen estudiante», por ejemplo. ¿Qué significaba eso? Quizá significaba que era muy, muy pulcro en sus deberes. Isabelle estudió



secundaria con una chica así, llamada Abbie Mattison, que cada noche copiaba sus deberes tres o cuatro veces hasta que la letra y los márgenes le quedaban perfectos. Todo lo de Abbie Mattison tenía que ser perfecto: el pelo, la ropa, la sonrisa. Luego se casó y tuvo un niño, y un día el marido de Abbie, al volver a casa, la había encontrado en pelotas, cantando, mientras colgaba la ropa en el jardín de atrás. La llevaron a Augusta durante un tiempo, pero según las últimas noticias (Cindy Rae, la prima de Isabelle, le había garabateado unas líneas en la parte inferior de una tarjeta de Navidad), Abbie no se tomaba las medicinas y la cosa iba de mejoría en recaída.

En cualquier caso, Isabelle recordaba siempre la manera en que Abbie copiaba sus deberes. Ya por entonces debía de estar un poco loca.

—No estoy segura de que estas cosas ocurran tan de repente como parece en un principio —le dijo a Arlene, pensando que había exagerado leyendo *Madame Bovary* toda la semana y que debía mostrarse amable.

Arlene entornó hacia abajo los labios y arqueó las cejas, para recalcar que no le interesaba su opinión, e Isabelle pensó en compartir la historia de Abbie Mattison para corroborar lo que decía pero se contuvo por cierto sentido de la discreción.

No parecía justo para Abbie (donde fuera que estuviera en esos días, fuera o dentro del manicomio) que su historia anduviese de boca en boca para que Isabelle pudiera congraciarse con sus compañeras de oficina.

—Estoy de acuerdo —dijo Fat Bev—. Si un padre presta atención, se entera cuando sus hijos fuman marihuana. Huelen raro. Y los ojos se les ponen rojos, y comen como caballos.

Isabelle, que por supuesto sabía que Amy nunca fumaría marihuana, se sintió satisfecha de todos modos al confirmar íntimamente que su hija no despedía ningún olor raro, ni tenía los ojos rojos, ni comía como un caballo.

—Siempre que mis chicas iban a una fiesta —estaba diciendo Bev—, Bill y yo esperábamos despiertos a que volvieran. Recuerdo que una noche Roxanne salió con unos amigos y lo primero que hizo al volver a casa fue ir al lavabo a orinar como un toro.

Isabelle intentó sonreír afablemente.

—Yo le olí el aliento, y efectivamente. No la dejamos salir en un mes.

Leonora Snibbens se levantó y caminó hasta la máquina expendedora.

—Creo que tienes razón, Bev —dijo, apretando el botón correspondiente a una chocolatina—. Tus hijas salieron todas adelante.

—Cosechas lo que siembras —dijo Isabelle—. Siempre lo he dicho.

—Es posible —Bev asintió con vaguedad, mirando a Leonora desenvolver la chocolatina.

—No es tan sencillo —declaró Arlene—. Mi prima no tenía ni idea de lo de su hijo. El nunca olía raro ni tenía los ojos rojos. Nunca fumaba esa cosa.

—Bueno, obviamente fumaba esa cosa. —Fat Bev dio un golpecito en la mesa con una uña pintada de rosa, al lado de Leonora—. Esas chocolatinas son sesenta por ciento parafina. Lo leí en algún lado.

—No —dijo Arlene—, él vendía la mercancía. Nunca fumó. Sólo la vendía.

—Qué absurdo —dijo Rosie—. Absurdo, absurdo, absurdo.

—¿Qué le van a hacer? —quiso saber Leonora—. ¿Van a meter en la cárcel a un chico así?

—El juez lo puso en libertad condicional durante tres años. No puede meterse en líos en tres años. —Arlene echó una ojeada a su reloj y empezó a recoger las sobras de su comida, cerró la tapa de un recipiente plástico en cuyo fondo se veían las formas lechosas de una ensalada de macarrones—. Y debe ir a terapia. El juez dijo que quería que fuese a alguna clase de terapia, así que el chico va todas las semanas a hablar con un cura.

Isabelle miró la cubierta de su libro, en la que Emma Bovary la miraba, impasible, con sus ojos oscuros. Sentía una curiosidad tremenda por averiguar si la codiciosa Emma sería rechazada por su amante. Esperaba que sí.

—Luego el cura llama a los padres y les explica lo que le contó el chico. Que se siente solo en la escuela. Que su madre le grita.

Arlene se encogió de hombros.

—Como si por esas tonterías saliera uno a vender marihuana —dijo Rosie.

Leonora estaba frunciendo el entrecejo.

—Eso no parece correcto —reflexionó, empujando con la muñeca la chocolatina hacia Fat Bev.

—Claro que no lo es —dijo Arlene—. ¿Qué tal un poco de responsabilidad? ¿Así que tu madre te grita y sales a cometer crímenes? ¿Cuántas madres gritan a sus hijos?

—Bueno —dijo Isabelle, apartando la atención del libro y sopesando la afirmación de Arlene—, dudo que lo haga porque su madre le grita, aunque debe de resultarle cómodo decirle eso al cura. Debe de haber algo más. Yo creo que los niños aprenden las cosas, ¿tú no? Debe de haber aprendido algo que le hace pensar que es aceptable tomar ese camino. Vender drogas, quiero decir.

Arlene dejó de recoger sus cosas y desvió la mirada hacia Isabelle.

—¿Qué insinúas, Madame Bovario, que mi prima le enseñó a su hijo a vender marihuana por la calle?

—No, por Dios. —Isabelle se sonrojó violentamente—. Sólo digo que los valores están desapareciendo en esta época. Y que... bueno, cuando los niños ven a los padres haciendo trampas en la declaración de la renta, y cosas así...

—Mi prima no hace trampas en la declaración de la renta.

—No, no, por supuesto que no.

El sudor brotó encima del labio de Isabelle justo cuando sonaba el timbre de la hora de la comida.

—Lo que yo estaba diciendo —dijo Leonora Snibbens levantándose y sin dirigirse a nadie en particular— es que no me parece correcto que el cura ande repitiendo lo que el chico le cuenta. ¿No se supone que esas charlas son privadas? Me pone nerviosa pensar en ir a confesarme. Creo que tienes razón, Bev, aquí no hay mucho chocolate —señaló al pasar la barra de chocolate.

—De verdad que no quería ofender a tu prima —le dijo Isabelle suavemente a Arlene.

—Ya, no pasa nada. —Arlene agitó perezosamente una mano al salir de la habitación.

Isabelle, algo turbada por haberse hallado de repente al borde de un altercado, le dijo a Bev:

—Yo sólo digo que cosechas lo que siembras. Como dije.

—Claro que sí, estoy de acuerdo.

—Cuando llegues a casa esta noche —dijo Isabelle— trata de sacar esa mancha con agua caliente.

Negó temprano aquella mañana. Una nevada de abril que de repente descargó cinco centímetros de nieve inmaculada encima del mundo; los coches, las aceras, los árboles, las escaleras, todo estaba blanco, redondeado y sin contornos. Pero, también de repente, el cielo entero se tornó azul, y el sol brilló con tanta intensidad que cuando Stacy y Amy salieron por la puerta de atrás de la escuela a la hora de comer el resplandor las cegaba, y ambas se agacharon encandiladas, cubriéndose los ojos con las manos como para defenderse de un golpe.

La nieve se derretía rápido, complicando el sendero del bosque. Ninguna de

las dos llevaba botas, y ambas pisaban con cuidado por entre los riachuelos de nieve derretida y lodo. El agua caía con tanta insistencia de los árboles que, de no ser por el sol deslumbrante, se diría que estaba lloviendo.

—Mi padre se está acostando con alguien —dijo Stacy, tan pronto como llegaron a su sitio. Se metió en la boca una gomita blanca recubierta de chocolate y empezó a masticar, trabajando vigorosamente con la mandíbula—. Mierda —añadió, mirando al suelo—, tengo los pies totalmente mojados.

Los pies de ambas estaban embarrados, alrededor de sus zapatos ascendían oscuros bordes de barro.

—Déjalos secar antes de limpiarlos —dijo Amy. Pero estaba preocupada. Sus zapatos eran de ante e Isabelle había montado un alboroto acerca de cuánto habían costado.

—Sí —dijo Stacy, sacando los cigarrillos—. Bueno, en realidad no me importan una mierda.

Amy miró la nieve derretida que corría por el tronco oscurecido de un árbol, y luego preguntó volviéndose a Stacy:

—¿Y por qué crees eso de tu padre?

—Ah... —Stacy parecía no recordar en absoluto que había hablado de él—. Puede que me equivoque. No sé. Es sólo una sospecha que tengo. Y lo soñé también. Sí, eso fue. —Encendió ambos cigarrillos y le pasó uno a Amy—. Se me había olvidado, pero lo soñé. Sí.

Se mordió el labio, observando su cigarrillo. Amy aspiró profundamente.

—Qué raro.

—Yo estaba dentro del agua o algo así y mi padre estaba en la orilla con una mujer. —Stacy fumaba el cigarrillo—. Quién sabe. —Se alzó de hombros—. Que le den por el culo.

—Están buenísimas.

Amy señaló con el cigarrillo la caja medio vacía de gomitas recubiertas de chocolate colocada encima del tronco. La madre de Stacy las había comprado para la fiesta de cumpleaños de sus hermanitos gemelos, pero Stacy las había robado y las había llevado a la escuela.

—Toma uno. —Stacy agitó la mano—. ¿Sabes?, mi padre gana un montón de pasta analizando sueños, pero cuando yo tengo un sueño ni se entera.

—No le contaste ese sueño, ¿o sí?

—No. Pero por Dios que es una buena idea. Voy a esperar a que estemos todos cenando, y le voy a decir, papá, soñé que estabas follando con una mujer

que no era mamá. ¿Puedes decirme qué significa?

Amy tomó otra gomita. Estaba distraída, poco interesada en el sueño de Stacy. Recordaba con una vergüenza atroz el día anterior, el momento en que le había dado un beso en la mejilla a Mr. Robertson. Qué cosa tan estúpida. Y él estaba casado, llevaba anillo de bodas: probablemente había ido a casa, se lo había contado a su esposa y se habían reído juntos. «Es normal que las chicas se enamoren de sus profesores», le diría su esposa. El estómago de Amy se contraía contra el placer de la gomita. No pensaba que lo que estaba sintiendo por Mr. Robertson fuera algo «normal». Se tragó el resto de la gomita, pensando que la única razón por la que él le había sonreído aquella mañana en clase era porque le daba vergüenza que ella se hubiera comportado como una idiota.

Una gota de agua cayó de una rama sobre la cabeza de Amy y resbaló por su frente. Se la secó con la manga del abrigo.

—¿A qué universidad crees que irás? —le preguntó a Stacy. Mr. Robertson le había hablado a Amy de las buenas universidades cuando estaban sentados en el coche frente a su casa.

—A ninguna. Soy demasiado burra. Yo voy a ir a Nueva York a ser cantante. —Stacy escrutó las gomitas y eligió una que tenía más chocolate—. El problema de ser adoptado —explicó Stacy, con el cigarrillo en una mano y la gomita en la otra— es que tus padres pueden ser listos, y esperan que tú seas lista, pero tú sales tonta. Y, claro, se desilusionan. Como no lo pueden decir, viven insinuando que realmente deberías estar agradecida porque te adoptaron. Realmente agradecida, porque no te abandonaron en una alcantarilla.

—A ti no iban a abandonarte en una alcantarilla, ¿verdad?

A Amy esta posibilidad le parecía interesante.

—Claro que no. —Stacy le daba mordiscos diminutos al chocolate—. Ésa es la historia. Yo no estaba en cualquier parte sino en un hospital limpio, acabando de nacer, y luego mis padres fueron y me adoptaron y me llevaron a casa y se supone que tengo que actuar como si me hubieran salvado la puta vida.

Amy se lo planteó dando una calada a su cigarrillo.

—Otra persona te habría adoptado si ellos no lo hubieran hecho —comentó finalmente—. Un montón de gente, te apuesto. Te apuesto a que eras un bebé precioso.

Stacy arrojó la gomita a medio comer en el bosque, dejó caer luego el cigarrillo al suelo y lo miró largo rato, como si se hubiese quedado dormida con los ojos abiertos.

—Las rosas son rojas —dijo finalmente, mirando al suelo—, azules las violetas, yo soy esquizofrénica y yo también. —Volvió la vista hacia Amy—. Mi padre cree que es gracioso —dijo—. Cree que es para morirse de risa, joder.

# *Nueve*

La primavera llegó. A lo largo de los portales y los muros de piedra, los arbustos de forsitia se desbordaban amarillos; el jacinto florecía, y el narciso. Empinados en sus tallos, los narcisos rozaban al soplo de la brisa las tejas más bajas de las casas. Día tras día, el cielo era azul; el sol caía sobre los edificios y calentaba los ladrillos de las paredes. A la orilla del río, los olmos pelados insinuaban el tierno verde de sus nuevos brotes, vacilantes como colegialas. El sol danzaba en el agua, la brisa soplaba cálida a lo largo de las riberas, y la gente almorzaba en los bancos del parque, lanzándose en carrera tras bolsas de patatas vacías que se escabullían con el viento.

Las tardes se hacían más largas; después de la cena, las ventanas de la cocina permanecían abiertas y se oían las ranas del pantano. Isabelle barría los escalones del jardín, convencida de que en su vida tenía lugar un cambio maravilloso. La intensidad de esta certeza era desconcertante; le pareció que, realmente, sentía la presencia de Dios. Dios estaba allí, en los escalones de atrás, en aquel último parche de sol sobre el lecho de los tulipanes, en el croar ronco y persistente que salía del pantano, en la tierra húmeda y fragante que rodeaba las delicadas raíces de las primulas y los ranúnculos. Entró de nuevo en la casa y, tras cerrar la mosquitera, tuvo otra vez la certeza de que su vida, en virtud de Su amor, se acercaba por fin al borde de algo nuevo y vasto.

Amy, gracias a Dios, de verdad, gracias a El, estaba más comunicativa y mucho más interesada en la escuela. Había ingresado en el Club de Inglés y en el Consejo de Estudiantes y a menudo se quedaba después de clase para alguna reunión. Como le explicaba en aquel instante su hija, a veces también se quedaba para ayudar a otros chicos de la clase de español. Se lo había pedido Miss Lanier, la profesora de español. Stacy Burrows, por ejemplo («Es simpática, somos como amigas»), no lograba entender la conjugación de los verbos, y se

quedaba después de la escuela para que la ayudara Amy. Pero pasaban mucho tiempo chismorreando acerca de Miss Lanier y del director, Puddy.

—Creemos que están enamorados —dijo Amy, dejando caer un trozo de mantequilla del tamaño de una nuez en el centro de una patata al horno—. Puddy entró el otro día con una nota para Miss Lanier, y ella se puso colorada y luego él se puso colorado.

—¿Es simpático el director? —preguntó Isabelle—. No creo haberte oído hablar mucho de él.

—Sí, sí, muy simpático —dijo Amy mientras trituraba la patata y la mantequilla con el tenedor—. No es nada estricto. Se ve que no le gusta gritarle a la gente. —Amy se metió en la boca un bocado alarmante de patata—. Aunque expulsó durante tres días a Alan Stewart por destrozar el lavabo de chicos.

—Ya lo creo que hizo bien —respondió Isabelle—. Y por favor no hables con la boca llena.

Amy alzó un dedo pidiendo disculpas y engulló vigorosamente; los tendones le brotaron alrededor de la garganta.

—Stacy cree —continuó— que Mr. Mandel, *Puddy*, todavía vive con su madre y que es demasiado tímido para invitar a salir a Miss Lanier.

—Mandel —dijo Isabelle—. Judío, ¿no? ¿Cuántos años crees que tiene? Amy se encogió de hombros.

—Cuarenta, tal vez. Cincuenta. ¿Cómo sabes que es judío?

Amy inclinaba la cabeza sobre el plato, con los ojos alzados hacia su madre.

—La clave es el apellido. ¿Tiene la nariz grande? Por Dios, cariño, siéntate derecha.

—Sí, la tiene un poco grande.

Isabelle asintió con la cabeza.

—Tienden a tenerla grande. Y también los pies planos. Tal vez Stacy tiene razón acerca de su madre. Las madres judías están muy apegadas a sus hijos. Sobre todo a los varones.

Amy eructó, y sus ojos se dilataron llenos de disculpas.

—Lo siento. Lo siento, lo siento —dijo.

Isabelle estaba disfrutando de su compañía, y lo dejó pasar.

—¿Qué aspecto tiene Miss Lanier?

—Es feucha, pero muy simpática.

Amy no mencionó que usaba faldas bastante cortas, pero sí habló del problema que tenía Miss Lanier con la estática del nailon.



—Qué pena —dijo Isabelle mientras espolvoreaba sal de adobo en un muslo de pollo—. Seguramente no tiene un espejo de cuerpo entero, se daría cuenta. Todas las mujeres deberían tener espejos de cuerpo entero.

Isabelle y Amy asintieron. A través de la ventana del fregadero la brisa transportaba un olor a tierra húmeda que se confundía con el del pollo adobado.

—Pero, mira por dónde —dijo Isabelle, apuntando hacia Amy con el tenedor e hincándolo delicadamente en el aire varias veces—. Lanier. Ese creo que es un apellido francés. Es decir, probablemente es católica. Es decir, eso no le va a gustar a la madre de Mr. Mandel.

—¿Por qué no?

—Ay, cariño.

Isabelle siguió comiendo.

—¿Te molestaría que yo me casara con alguien que no fuera protestante? —preguntó Amy.

Era una pregunta ociosa, inocua.

—Claro que no —respondió Isabelle, pero al decirlo sintió que algo se tensaba en su interior—. Tú puedes casarte con quien elijas.

—Que me casara con un judío, por ejemplo —dijo Amy, untando mantequilla en la piel de su patata.

—Estaría perfectamente —dijo aliviada Isabelle—. Los judíos son muy listos. Son gente que piensa. Usan la cabeza. Valoran la educación.

—¿Y si me casara con un católico?

Isabelle cortó un trocito de pollo por la mitad.

—No sería asunto mío.

—Creo que no me voy a casar con un católico —dijo Amy en tono conciliador—. Es tonta la forma en que se arrodillan. Me sentiría muy rara arrodillándome en la iglesia.

—Bueno —dijo Isabelle—, resulta que en eso estamos de acuerdo. Pero debemos respetar las diferencias de los demás.

Y de pronto estaba ocurriendo: estaban sosteniendo una charla entretenida, madre e hija. Isabelle se sentía redimida. Al cabo de tantos esfuerzos por criar sola a la niña, Amy había salido adelante.

—Oye —dijo cuando recogía la mesa, al recordar que había algo que quería preguntarle a Amy—, tu profesor de matemáticas, el sustituto de Miss Dayble, ¿cómo se llama?

—Robertson. —Amy se agachó como para buscar algo en el suelo—. ¿Qué

pasa con él? —preguntó, todavía agachada, soltándose el pelo de la oreja para que le cayera sobre la cara.

—Su esposa lo abandonó.

Isabelle había cogido una esponja del fregadero y estaba limpiando a fondo la mesa.

—¿De verdad? —Amy se levantó, cuidando de darle la espalda a su madre—. Creí que un guisante había caído al suelo pero parece que no. —Pero su madre no la miraba, se encaminaba de vuelta al fregadero—. ¿Cómo sabes que su esposa lo abandonó?

—Parece que Betty Tucker fue a una clase con ella en la universidad. Cariño, si crees que hay un guisante rodando por ahí busca bien. No quiero ratones en esta casa.

—¿Iba a clase con Mrs. Robertson?

—Según Arlene. Mira, pon esto en la nevera si no encuentras el guisante.

Isabelle le tendió las sobras del pollo cuidadosamente envueltas en papel de aluminio.

Amy esperó hasta después de abrir la puerta de la nevera para decir:

—¿Y por qué lo abandonó?

—No sé, vaya. Supongo que se le despertó la conciencia.

Amy escarbó entre los frascos de mayonesa y pepinillos y salsa de tomate y movió un cartón de huevos.

—¿Cómo?

—Amy, cierra esa puerta por Dios. Mete el pollo y cierra la puerta.

Isabelle estaba llenando el fregadero de agua caliente; se ató un delantal alrededor de la cintura. Amy cerró la nevera.

—¿Cómo es eso de que se le despertó la conciencia?

—En realidad no sé si fue por eso. Pero, mira, toda clase de mujeres se están juntando en esos grupos hoy en día.

—¿Qué hacen?

Amy se sentó a la mesa y abrió su libro de biología. Todavía tenía deberes por hacer.

—Hasta donde yo sé —dijo Isabelle, fregando vigorosamente un plato—, son mujeres que se sientan a quejarse de sus maridos y se animan las unas a las otras a divorciarse.

—¿Mrs. Robertson estaba en uno de esos grupos?

—Ay, Amy, de verdad que no lo sé. Sólo sé que Arlene dijo que había vuelto

a casa a vivir con sus padres.

—Pero ¿por qué?

—Santo Dios, Amy. No lo sé, de verdad.

Isabelle aclaró los platos y limpió luego los grifos. Amy no preguntó más.

—En todo caso —Isabelle suspiró y se secó las manos con una toalla—, pobre hombre. Que lo haya abandonado la esposa.

Más tarde, recordaría que se había detenido en medio de la cocina y había dicho: «Pobre hombre».

—Tal vez a él no le importa —dijo Amy, pasando las páginas de su libro—. Tal vez estaba harto de ella.

—Quién sabe —dijo Isabelle en tono despreocupado—; tal como están las cosas hoy día. Pero pienso que estar harto de alguien no es motivo para divorciarse. —Se dirigió a la sala y tomó su cesta de costura para remendar el dobladillo de una falda. La irritaba un poco, en realidad, pensar que las parejas fueran tan poco cuidadosas con sus matrimonios—. Si las personas siguen siendo amables y consideradas no se hartan una de otra —dijo sin dirigirse a nadie en particular mientras medía una hebra de hilo del largo de su brazo.

Amy, sentada a la mesa de la cocina, clavó los ojos en su libro de biología. Desde hacía algún tiempo, no conseguía hacer los deberes. El día anterior había recibido una mala calificación en un control de biología, con una nota de la profesora escrita en lo alto de la página: *Tu mente no está en tu trabajo.*

Isabelle se hallaba tan absorta en el mundo de *Madame Bovary* que hacía tiempo había dejado de regodearse por estar leyendo el libro. Cuando las mujeres de la oficina empezaron a llamarla «Madame Bovario» («Aquí llega Madame Bovario», podía decir alguien cuando ella entraba en el comedor), le molestó menos la burla que el hecho de no poder seguir leyendo tranquila en el trabajo y tener que postergar ese placer hasta volver a casa. Sin embargo, tenía siempre el libro en su bolso, y, un día, al ver que el tiempo volvía a ser caluroso y despejado, se deslizó fuera a la hora de comer y se sentó dentro del coche en el aparcamiento, mordiéndose la uña hasta salirle sangre mientras la pobre Emma Bovary moría horriblemente en su cama.

Isabelle se echó a llorar. Buscó en la guantera una servilleta para secarse los ojos y pensó en el desastre que Emma Bovary había hecho de su vida. Lo dijo

incluso, en voz alta:

—Qué desastre.

Y se sonó la nariz.

Se alegraba de que fuera Emma y no ella la que había padecido todo aquello. Se alegraba mucho. Tomó una bocanada de aire y a través del parabrisas miró el aparcamiento, donde algunas esquiras de grava titilaban al sol. Aunque fuera un alivio, también era un poco aburrido estar sentada en el aparcamiento de un antiguo molino donde se fabricaban zapatos, en Shirley Falls, en el siglo veinte, cuando la mayor parte de su mente seguía afectada por el espantoso desastre que acababa de acaecer en un pueblecito francés hacía un siglo; imaginó el pequeño dormitorio, las abejas en la ventana, los últimos gritos de dolor de Emma a causa del veneno... Terrible, terrible, terrible. Sentía tanta pena por Emma. Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

Y sin embargo. Sin embargo. Isabelle le echó una última mirada a Emma Bovary y la metió en la guantera. Se lo había buscado todo ella. De verdad que sí, de verdad, había sido así. Charles era un marido perfectamente decente para Emma. Si lo hubiera querido, habría descubierto que él podía convertirse en un hombre fuerte e interesante. Isabelle estaba convencida. En realidad, Isabelle no podía quitarse de encima la sensación de que se habría sentido muy a gusto con un marido como Charles, y por lo tanto, tenía dificultades para ver las cosas desde el punto de vista de Emma.

Pero era aún más complicado. Porque, en el fondo de su corazón, Isabelle comprendía los terribles anhelos de Emma. Nadie lo habría creído en Shirley Falls, pero Isabelle conservaba recuerdos de lo devastador que era el amor carnal de un hombre, y estos recuerdos danzaban a veces en su interior como algo vivo. Sin embargo, había obrado mal, de la peor de las maneras, y en aquel mismo instante el corazón le palpitaba furiosamente dentro del pecho; sentía que iba a asfixiarse dentro del coche.

Caminó por el borde del aparcamiento para calmarse, mirando dos águilas que se deslizaban en lo alto del cielo azul, y miró luego el río, el agua arremolinada y jabonosa que los bajos del viejo molino expulsaban a borbotones sobre los bloques de granito. Emma Bovary había sido egoísta, se dijo Isabelle, una egoísta y una desalmada, y la prueba no era sólo la indiferencia que había mostrado hacia su marido, sino la terrible negligencia con su bebé. No, Emma Bovary era mucho más malvada de lo que Isabelle Goodrow había sido o podría llegar a ser, y si había tenido al final una muerte horrenda, sólo podía culparse a

sí misma.

Isabelle abrió la pesada puerta negra de la fábrica y agradeció dentro el olor familiar a cola y a piel, el estrépito metálico del cuarto de máquinas, el chirrido del ascensor que la llevó arriba y la depositó en el pasillo silencioso, fuera de la oficina. Se detuvo en el lavabo, para peinarse y repasarse el pintalabios, pensando, entre tanto, que quizá no leería otro libro por algún tiempo, que la vida era ya bastante dura como para añadirle penas ajenas que se le desplomaran a una sobre los hombros.

«¿Pasarás a verme esta tarde?», le susurraba Mr. Robertson cuando ella salía del aula, o si se encontraban en el pasillo durante el día, y entonces Amy acudía al aula después de la escuela, conversaban de pie junto a la ventana, o se sentaban encima de los pupitres. «¿Me dejarás acompañarte hoy a casa otra vez?», le preguntaba, y también esto entraba a formar parte de la rutina: la caminata hasta el aparcamiento, el trayecto por la carretera 22, el rato que pasaban sentados dentro del coche a la entrada de la casa.

Su intención había sido no volver a besarlo, pero, la siguiente vez que la acompañó a casa, cuando ella iba a bajarse del coche, él se inclinó ofreciéndole la mejilla y dijo como en broma: «¿No hay beso hoy?». Así que también eso se había convertido en parte de la rutina, y sus labios rozaban siempre la mejilla barbada.

Un día él se volvió y la besó en la boca.

—Que pases buena noche —dijo luego, con un breve gesto de la cabeza.

Aquella noche, Amy tampoco hizo los deberes. No hizo casi nada aparte de dar vueltas inquietas por la casa, pensando en aquel beso deliberado que él le había dado en la boca. Isabelle le tocó la frente para ver si estaba enferma.

—Estoy bien —dijo Amy—. De verdad.

Pero era difícil decirle mentiras a su madre.

Entonces, sentada al borde del sofá, alzando frente a su cara algunos rizos como si buscara puntas muertas, le dijo:

—Tal vez mañana me quede otra vez después de clase.

—¿Hay Club de Inglés?

—Matemáticas —dijo Amy. No había ningún Club de Inglés. Lo había inventado un día en un raptó de inspiración—. Un repaso de matemáticas.

Bueno, no es un repaso. Hay varios estudiantes que somos muy buenos en matemáticas y el profesor nos ha estado enseñando cosas de trigonometría. Prácticamente de universidad. Dijo que nos va a dar algunas clases extra en la escuela.

—¿De veras? —dijo Isabelle con absoluta inocencia—. Qué bien. Y qué interesante.

—¿Interesante por qué?

Amy seguía escrutándose el pelo delante de la cara, con los ojos casi bizcos.

—Porque mi padre era muy bueno para los números. Tal vez lo has heredado de él.

Amy no era tan buena en matemáticas. Cuando veía a Mr. Robertson después de la escuela, nunca hablaban de matemáticas.

—Me gusta más el inglés —dijo, dejando caer su pelo, y pensó una vez más en la esposa de Mr. Robertson y en por qué lo habría dejado.

Él debía de haberle pedido que se marchara.

—Terminé el libro que estaba leyendo —dijo Isabelle—. *Madame Bovary*, de ese escritor francés. —Tenía miedo de pronunciar mal el nombre—. Es muy bueno. Todo un clásico.

—De todos modos —dijo Amy—, si tengo que quedarme ya te llamaré, para que no te preocupes si llamas y no estoy aquí.

—Sí —dijo Isabelle—, hazlo. Por favor. Me pondría enferma de preocupación.

Mr. Robertson, con o sin esposa, no parecía diferente. Aún la acompañaba a casa. Aún se quedaban sentados dentro del coche. Al lado de la casa, el lecho de tulipanes lanzaba destellos rojos y amarillos. Había tomado por costumbre darle un beso todos los días, breve y cómodo, en los labios. Sin embargo, un día caluroso de mayo, aunque él acababa de decir, «Bueno, querida, creo que es mejor que entres en casa», Amy creyó ver algo fugaz y diferente en sus ojos y en la lentitud con que se inclinaba mirándole la boca.

## *Diez*

El doctor Gerald Burrows se acarició un botón de la chaqueta y miró con detenimiento a su paciente, un hombre casi de su edad, que, relatando una excursión de pesca que había hecho de niño con un padre recalcitrante, despedazaba delicadamente un pañuelo de papel entre los dedos. Cuando el hombre se distrajo un momento y miró por la ventana, el doctor Burrows dejó que sus ojos se deslizaran hacia el reloj: un reloj pequeño, gris y discreto, situado a la izquierda detrás de la silla del paciente.

El doctor Burrows, que se enorgullecía de la minuciosa atención que prestaba a sus pacientes, no conseguía concentrarse en el relato de aquella penosa excursión de pesca acaecida hacía treinta años. Aunque estaba razonablemente habituado a los períodos de desánimo que comportaba su trabajo, se sentía avasallado en esos días por un sentimiento de futilidad. Nadie se curaba: casi nadie, en todo caso. Los problemas de sus pacientes se habían originado cuando eran tan jóvenes, a una edad tan delicada, que, cuando llegaban a su consultorio sus tiernas agonías se habían condensado en un errático sistema de expresiones, evasiones y astutas manipulaciones. No, no se curaban. Acudían a él porque se sentían solos y porque sus dolores de verdad los confundían. En el mejor de los casos, pensó, todavía acariciando el botón de su chaqueta, podía brindarles un refugio a salvo de la censura, un momento de recogimiento, de reposo.

No podía brindarse esto a sí mismo. Tras la expresión impasible de su rostro, el recuerdo de su hija lo acosaba sin cesar.

Stacy lo odiaba. Él lo percibía en sus silencios despectivos, lo detectaba en la arrogancia con que se dejaba caer en la silla a la hora del desayuno. En la mirada insolente y fugaz que le lanzaba al dejar la cocina, él veía, o creía ver, cierta malicia curtida, y esto era atroz.

No sabía con certeza de dónde provenía semejante acritud. Pero sugería (tenía que sugerirlo, ¿no?) que Stacy no había sido criada con suficiente esmero. Él se había mostrado firme a la hora de adoptar una recién nacida en vez de una criatura de más edad, precisamente para evitar oscuras secuelas de aflicción: ¡como si él pudiera criar a aquella niña colorada que chillaba a gritos sin aflicciones! Stacy ya estaba furiosa entonces. Cuando tenía sólo semanas, los miraba torciendo los ojos, furiosa, entre un berrido y otro; en los momentos de reposo, se quedaba observándolos con ojos torvos. Un parto difícil, se había enterado luego: se había atascado en el útero y estuvo a punto de ahorcarse con el cordón umbilical. ¿Acaso era contra eso, contra aquel recuerdo sombrío, contra los resabios de ese trauma, contra lo que se rebelaba la niña?

No lo creía. Sabía que si uno de sus pacientes trataba de achacarle a un parto difícil la rabia de su hija, no lo creería. Se preguntaría más bien qué pasaba en casa, cómo era la vida de la familia.

El doctor Burrows se movió ligeramente en la silla. No iba a fingir que su vida familiar era pura alegría, pero sus otros hijos, los gemelos, no tenían problemas: eran dos niños sanos, que corrían por toda la casa y que siempre estaban felices de verlo. (Así que, explíquemelo, pensó con rabia, sin dirigirse a nadie en particular.) Miró al hombre que tenía delante y asintió con la cabeza, para compensar la falta de atención. El hombre había terminado su historia y miraba al doctor Burrows con una mirada dolida y avergonzada a la vez.

—Muy bien —dijo el doctor Burrows—. Esto nos deja mucho que pensar. Lo retomaremos la próxima vez.

La cara del hombre, desarmado en su ansia de una sonrisa de aprobación, permaneció en la mente del doctor Burrows durante largo rato después de que aquél salió y cerró la puerta. Le molestaba pensar que también él, dolorosamente, quería más.

El estado de ánimo de Isabelle empezó a cambiar con alarmante rapidez. Se preguntaba si había sido así siempre y simplemente no se había dado cuenta. No. Por Dios, una se daba cuenta de algo así. Conducía hasta el A&P sintiéndose cómoda y serena, como si la ropa le quedara a la medida, y cuando conducía hacia casa estaba completamente deshecha, porque, al atravesar el estacionamiento, el olor de la bolsa de la compra entre sus brazos se había



confundido con el olor de la primavera, arañándole un anhelo en el corazón. Francamente, era extenuante. A pesar de todos aquellos momentos de esperanza en que Dios parecía estar muy cerca, en que su corazón parecía a punto de expandirse, de estallar, sentía en otros momentos algo que sólo podía describirse como ira.

El espectáculo de la ropa sucia de Amy en el lavadero, por ejemplo, podía ponerla furiosa; de repente cuidar de su hija parecía estar por encima de sus fuerzas, e Isabelle no lo entendía: ¿acaso no habían quedado atrás los años difíciles en que había criado a la niña? ¿Por qué parecía a veces que estaba perdiendo el equilibrio en la cuerda floja de la crianza?

Preocupaciones y más preocupaciones. Esto era lo que decía aquella mañana, sentada ante el escritorio de Avery Clark, inclinándose hacia delante con un vaso de plástico lleno de café sobre la rodilla.

—Con los hijos —dijo—, todo son preocupaciones y más preocupaciones.

Pero lo dijo con ligereza, y se burló de sí misma con una sonrisa que traicionaban las comisuras de su boca.

—Sí, sin duda —dijo Avery con una risita.

Se arrellanó en su silla giratoria y relató entonces una historia enrevesada en la que su hijo salía en una barca con un amigo y no regresaba hasta la noche. El relato se prolongaba tanto, incluida la breve interrupción de una llamada, que Isabelle empezó a preguntarse qué cara poner; el gesto de plácida expectación estaba empezando a hacerle temblar la mejilla, cuando Avery concluyó por fin.

—Y cuando entró por la puerta yo no sabía si matarlo o darle un abrazo. — Avery rió sonoramente y negó con la cabeza—. Ay Dios —dijo—, vaya si me enfadé.

—Claro —exclamó Isabelle—. No hay nada peor en el mundo.

Pero Avery no la escuchaba. Otra vez estaba riendo y moviendo la cabeza.

—Ay Dios, Dios —repetía—, vaya si me enfadé.

Amy no podía pensar en nada que no fuera la boca de Mr. Robertson: en el contacto de su lengua tibia y húmeda, en el leve gruñido que había brotado de su garganta mientras le apretaba la nuca con la mano, en el crujido de su mandíbula cuando la boca se había abierto aún más, en la lengua clavada en el interior de su mejilla, como una cosa viva, tibia y desatada dentro de su boca. Se sintió

aliviada en parte cuando él había dicho con suavidad: «Amy, es mejor que entres».

Permaneció mucho tiempo en el sofá de la sala, hasta que su madre volvió. Era absolutamente increíble: Mr. Robertson le había dado un beso con lengua. Completamente increíble. De verdad lo había hecho. ¿Quería decir eso que la amaba? No había parecido un beso de amor. De algún modo, no parecía tener nada que ver con ella. Pero eso era estúpido, porque uno sólo besaba así a alguien a quien quería mucho. Sentada en medio del silencio de la sala, se sentía inquieta, casi triste.

Por la mañana ya no se sentía así. Despertó con un sentimiento de serena eficiencia, como si hubiese descifrado algo crucial para su vida. Se lavó el pelo con champú y se lo cepilló aún mojado, en contra de lo que solía aconsejarle Isabelle, y, una vez seco, su cabello estaba brillante y sedoso y ondulado, y quedaba muy bien con el jersey rosado que se había puesto encima del vestido azul claro.

—Caramba, estás preciosa —dijo Isabelle, sirviendo un plato de cereales Rice Crispies.

Pero, a media mañana, ya no se encontraba preciosa; en el espejo del lavabo de chicas, su cara estaba pálida. Su pelo, cepillado tan a fondo por la mañana, parecía ingrátido y flotaba tontamente en todas direcciones, como el de un niño recién levantado de la siesta. A este desaliño progresivo, se añadió el hecho inaudito de que Mr. Robertson no la miró ni una vez durante la clase.

No se lo esperaba. Ni una mirada cómplice, ni una sonrisa cálida y fugaz: ¿ningún guiño furtivo? Nada. No la miraba en absoluto. Elogió a Julie LaGuinn, la chica sosa y callada de la primera fila.

—Muy bien —dijo, asomándose por encima del hombro de Julie mientras Julie trabajaba—. Excelente. Esta chica sabe pensar.

Y cuando sonó el timbre, Mr. Robertson simplemente fue a su escritorio. Amy, aturdida, salió al pasillo, donde la empujaron unos chicos que iban camino del gimnasio.

Stacy no había ido a la escuela. No había aparecido a la hora de estudio, ni tampoco esperaba a Amy al lado de la taquilla a la hora de comer. Una vez, Amy se había quedado en casa con la garganta inflamada, y Stacy la había llamado a la hora de comer para darle el parte de los «putos imbéciles» con los que había tenido que comer; así que Amy, tras encontrar una moneda en el fondo de su cartera, fue al vestíbulo, donde estaba la cabina del teléfono.

El teléfono sonó cinco veces antes de que Stacy contestara.

—Elola —dijo con voz hosca.

—Soy yo —dijo Amy.

Vio que Karen Keane iba y venía por el vestíbulo, con las manos entrelazadas a la espalda, la cara ladeada hacia arriba, como esas chicas que acaban de salir de una piscina en un anuncio publicitario.

—Elola —dijo Stacy sin emoción.

—¿Estás enferma? —preguntó Amy, todavía observando a Karen Keane, que al mirar a Amy le indicó con una seña que esperaba para usar el teléfono.

Hubo una pausa, un vacío en el teléfono, y luego Stacy dijo:

—Tengo que ir al médico —gimoteó, y añadió débilmente—: Ay, mierda.

—¿Estás bien? —Amy se volvió hacia la pared, sujetando el teléfono con ambas manos—. Karen Keane está esperando para usar el teléfono —añadió con suavidad.

—Mi madre me va a llevar al médico —dijo Stacy.

—¿Estás enferma?

—Solamente tengo que ir al médico —repitió Stacy—. Dile a Karen Keane que se vaya a que le den por el culo con un asta. Dile a todos en la puta escuela que coman mierda y se mueran.

Después de terminar su café, Isabelle se inclinó para arrojar el vaso de plástico en la papelera de la oficina de Avery Clark, alisándose delicadamente la cadera con la mano. Y entonces Avery dijo:

—Oye, Isabelle.

Isabelle se volvió hacia él, sintiéndose guapa y elegante (la conversación sobre las preocupaciones de ser padre había sido agradable, en su opinión), y alzó las cejas con un gesto de interrogación, apretando los labios por si tenía corrido el pinta-labios.

—Estaba pensando. Se me ha ocurrido una idea.

Avery estaba inclinado hacia delante por encima del escritorio, e Isabelle comprendió que no quería que otras personas en la oficina escuchasen lo que estaba diciendo.

—¿Sí?

Ella se sentó en el borde de la silla, inclinada hacia delante, haciéndole saber

con su expresión que guardaría cualquier secreto.

—Bueno, es sólo una idea —dijo Avery—, pero tal vez podría emplear a Amy aquí en verano.

Las cejas de Isabelle se enarcaron otra vez; ladeó la cabeza, animándolo.

—Dottie Brown no quiere que nadie lo sepa a estas alturas del partido —dijo Avery en voz baja, todavía inclinado, y miró fugazmente a través del amplio vidrio a las mujeres sentadas en sus escritorios—, pero parece que va a tener que tomarse algún tiempo. Le van a someter a una operación. —Y articuló para que le leyera los labios—: Una molestia femenina.

—Vaya, ya veo. Dios mío, espero que se encuentre bien.

Avery asintió con un gesto.

—No es nada serio, parece. Pero puede que tenga que estar de baja durante el verano. Parece que el doctor le dijo que se tomara varias semanas y se recuperara tranquilamente. Le he dicho que no se dé prisa en volver.

—Qué amable de tu parte.

—Y se me ocurrió la idea de que podía emplear a alguien para que ayude un poco. Cosas sencillas, claro. Archivar. Revisar los pedidos. Cosas muy simples. Dime, ¿qué edad tiene exactamente Amy? Si viene a trabajar a tiempo completo tendría que haber cumplido dieciséis años.

—Los cumple dentro de tres semanas —dijo Isabelle—. Aunque te juro que no puedo creerlo.

—Bien —dijo Avery, recostándose en la silla con aire complacido—. Piénsalo. Pero creo que, si a ella le interesa trabajar aquí durante el verano, lo puedo arreglar.

—De verdad es muy amable de tu parte —respondió Isabelle—. Es casi demasiado bueno para ser cierto. El año pasado estuvo trabajando de canguro en la iglesia varias mañanas a la semana, pero ya tiene edad para hacer algo más, claro. Y sería estupendo que empezara a ahorrar dinero para la universidad.

—Magnífico. —Avery asintió con la cabeza—. Ya me dirás. Y mientras tanto no se lo cuentes a nadie, por favor. Creo que Dottie tiene pensado anunciarlo pronto.

Isabelle sostuvo en alto la mano.

—Por supuesto. —Se levantó para irse—. Gracias otra vez —dijo en un susurro, sintiendo dentro una oleada de tibieza, y pensó que si al día siguiente hacía buen tiempo se pondría su vestido de lino azul vincapervinca.

La casa estaba tranquila y silenciosa. Sentada en el sofá, Amy no sabía qué

hacer. Aunque había caminado de vuelta de la escuela bañada por un sol radiante, que levantaba de la carretera un olor tibio a alquitrán, la casa estaba fría y oscura porque había sido construida bajo árboles de hoja perenne, con las ventanas de delante mirando al norte.

Amy había recorrido las habitaciones sin luz. La cocina silenciosa, con las sillas arrimadas a la mesa, en posición de firmes todo el día, y la sala, que parecía lamentarse por su propia soledad, con la manta marrón de punto pulcramente tendida sobre el respaldo del sofá y el delgado pedestal negro del helecho: todo parecía agravar su pesadumbre. Se quedó en el sofá, sin saber qué hacer. El tapizado del sofá le picaba en los muslos. No alcanzaba a imaginar cómo, durante tantos años, había vuelto cada día a aquella casa, a aquella desolación que tenía delante. Cómo había conseguido atravesar la cocina, abrir y cerrar los armarios, prepararse el té, sentarse a la mesa a hacer los deberes. Si su vida volvía a ser como entonces, y parecía que sí, porque Mr. Robertson había hecho caso omiso de ella todo el día, no sabía qué podría hacer.

En medio del silencio, el teléfono sonó.

Amy se levantó del sofá. Debía de ser su madre, y no quería hablar con ella, pero fue rápidamente a la cocina y cogió el auricular a la mitad de un timbrazo.

Nada. Una pausa. Aire hueco.

—¿Hola? —repitió Amy.

—Hola —susurró un hombre.

El corazón de Amy empezó a latir tan rápido que podía oírlo dentro de su pecho.

—¿Quién es? —Y luego—: ¿quién llama, por favor?

—Hola —susurró otra vez el hombre—. ¿Te gusta el helado de vainilla?

Era una voz grave, muy ronca, con un leve acento sureño.

—Por favor —dijo Amy, casi llorando—. Por favor, ¿quién es?

El hombre susurró, con lenta, obscena suavidad:

—Quiero lamerte helado de vainilla del chocho.

Amy colgó como si el teléfono en su mano se hubiera transformado en una culebra.

—Ay, Dios —gimió—. Por favor, Dios mío.

Arrastró una silla de la cocina hasta la puerta delantera, atrancándola bajo la chapa como su madre había hecho en febrero tras la desaparición de Debby Kay Dorne.

Se le puso la carne de gallina en los brazos, en las piernas desnudas bajo el

vestido, y sintió de inmediato los labios resecos. Levantó el auricular y empezó a marcar el número de su madre, porque lo único que quería era estar con su madre. Y sin embargo, en el último instante, en la fracción de segundo antes de que el teléfono de su madre empezara a sonar en la oficina, colgó. A través del miedo, como una delgada estela de plata, se abrió paso en su mente la certeza de que, si llamaba, su madre se pondría histérica. (Amy ya era presa del pánico. Su brazo temblaba sobre la encimera de la cocina.) Y luego su madre querría saber a cada segundo dónde estaba ella, aún más que en aquel momento y ¿qué pasaría si Mr. Robertson volvía a tratarla bien?

No llamó a su madre.

Pero tenía miedo. Se obligó a subir la escalera, a mirar bajo las camas, a abrir los armarios. Las perchas metálicas en el armario de su madre oscilaron ligeramente cuando abrió la puerta, tintineando unas contra otras como una invocación siniestra.

¡Estaba tan asustada! La casa estaba oscura y callada, daba miedo. Tras bajar corriendo por las escaleras, registró también los armarios de la cocina, abrió incluso la puerta de la nevera. Tenía miedo de asomarse a la ventana, porque podía haber un hombre en el porche o en el camino de entrada a la casa. Se atragantó de terror al pensar que el hombre podía estar atisbando por la ventana, tratando de descubrir en la penumbra de las habitaciones dónde estaba escondida.

Se deslizó dentro del armario del pasillo, llorando en silencio, y se sentó encima de las botas, detrás del acolchado abrigo de invierno de su madre. Pensó en Debby Dorne; todo lo que había oído o leído volvió a su mente. Debby, una pequeña de doce años, vestida con pichi y calcetines amarillos hasta la rodilla, había estado esperando en casa a que llegara su madre. Había desaparecido en algún momento entre las dos y las cinco de la tarde, mientras esperaba en casa a que llegara su madre.

Amy estaba demasiado asustada para quedarse dentro del armario. Se levantó con dificultad de entre las botas y recorrió el pasillo con la mirada. Una vez más, registró la casa de arriba abajo, y se sentó luego a esperar en la mesa de la cocina. No sabía si esperaba a su madre o al secuestrador; dependía de quién llegara primero. O si debía salir enseguida. Estaría a salvo, pensó, si salía enseguida de la casa. Pero la carretera yerma, el tramo solitario de la carretera 22... Se quedó sentada, y sus manos dejaron marcas húmedas sobre la mesa de la cocina.

El teléfono sonó otra vez.

Amy lo miró, arrinconado en la mesa de la cocina: una culebra negra, otra vez, enroscada, alzándose con el sonido del cascabel. Estaba llorando cuando contestó.

—Adivina —dijo Stacy con júbilo, haciendo estallar un globo de chicle—, ya voy para siete meses. ¿Te puedes creer que estoy embarazada?

## Once

Los padres de Stacy fueron sin ella a la escuela y pasaron la mañana entrevistándose con el director, el subdirector y el psicólogo, al igual que con cada uno de los profesores. Su situación sería tratada abiertamente. Amy, enterada por una llamada de Stacy, vio a los Burrows en el despacho del psicólogo al pasar camino de la hora de estudio y se sorprendió ante la sonrisa animada de Mrs. Burrows, ante el entusiasmo con que aquellos adultos asentían con la cabeza, como si tuviesen algo que celebrar. Más tarde, al mirar por la ventana en clase de inglés, vio a los Burrows saliendo de la escuela: Mrs. Burrows, muy delgada, aún sonreía y asentía al cruzar el estacionamiento, Mr. Burrows le abrió la puerta con los hombros caídos y le tocó un momento la espalda antes de que entrara en el coche. «Mis padres se han portado muy bien conmigo —había dicho Stacy por teléfono—. Por Dios, se han portado muy bien».

Una avispa recorrió de un lado a otro el alféizar mientras la vieja Mrs. Wheelwright, con las arrugas de las mejillas surcadas de colorete, escribía en la pizarra: *Wordsworth, la belleza de la naturaleza*. De repente, se lanzó como un dardo hacia el interior del aula, se elevó y se estrelló con un débil chasquido contra el techo y al descender luego en espiral encontró la ventana y salió volando.

—¿No es bonito? —dijo Mrs. Wheelwright. Nadie escuchaba; era la última hora antes de comer, y en el aula, situada en la última planta, hacía calor—. Imaginarse que los narcisos inclinan sus pequeñas cabezas contra las rocas para descansar.

Amy la miró y tuvo que apartar la mirada. Se le ocurrieron dos pensamientos a la vez: nunca sería maestra, por más que su madre quisiera que lo fuese, e iría después de la escuela a ver a Mr. Robertson para rogarle que volvieran a ser



amigos, porque aquella mañana en clase había hecho de nuevo caso omiso de ella. A Amy le había entrado el pánico, y en aquel momento los detalles corrientes de la jornada cobraban un nuevo significado: Mrs. Wheelwright era un cadáver resucitado de entre los muertos; sus compañeros (Maryanne Barmble estaba escribiendo con mayúsculas en el pupitre de al lado woordsworth follaba con su HERMANA) pertenecían a otra especie. A Amy no parecía quedarle más que el temor, un temor que lo devoraba todo.

Sin embargo, había gente perfectamente feliz aquel día en Shirley Falls. Por ejemplo, la profesora de español, Miss Lanier, sonreía de oreja a oreja en el aula de profesores justo debajo del aula de Amy mientras llenaba su taza de café: el director, Lenny Mandel, la había invitado a cenar aquella noche con su madre. «Las dos sois buenas personas —había dicho—, estoy seguro de que os llevaréis bien». La esposa de Avery Clark, Emma, había recibido aquella mañana la noticia de que su hijo mayor había sido aceptado en un posgrado en Harvard, y, tras hacer las llamadas de rigor, yacía en su cama con los brazos extendidos, moviendo dentro de las medias los dedos de los pies. Mrs. Errin, la esposa del dentista, estaba feliz porque había encontrado unos zapatos de oferta, y porque su marido, tras entrevistarse con su contable, estaba de un humor espléndido.

La felicidad, grande y pequeña, recorría el pueblo. Incluía también una sonora carcajada de Dottie Brown y Fat Bev, sentadas en sus escritorios en la oficina, la clase de carcajada, ocasionada en este caso por la suegra de Dottie Brown, que comparten dos mujeres que se conocen desde hace años y que, una vez agotada la risa, entre las risitas esporádicas que aún vuelven y los pañuelos para secarse los ojos, sienten un rescoldo de calor humano: la certeza de que, después de todo, nadie está tan solo.

Fue al aula de Mr. Robertson después de acabar las clases y se encontró con Julie LaGuinn de pie ante la pizarra.

—Amy —dijo Mr. Robertson—. ¿Querías verme? —Ella no respondió—. Siéntate. Ya estamos terminando.

Cuando se marchó Julie LaGuinn, Mr. Robertson le lanzó a Amy una mirada impasible y suspiró profundamente antes de sentarse en una silla a su lado.

—Entonces —dijo, cruzándose de brazos y recostándose en el respaldo—, ¿cómo estás, Amy Goodrow?

—Bien.

Se quedaron sentados en silencio, sin mirarse. El gran reloj hacía tictac en la pared. Tras la ventana abierta, un autobús dejó escapar un gemido, y la brisa

llevó el olor de las lilas que florecían suntuosamente junto a la entrada de la escuela. Finalmente, Mr. Robertson dijo en un susurro:

—Vamos, te acompaño a casa.

Y cuando parecía que todo estaba perdido, que lo que fuera que había cambiado entre ellos iba a quedarse así, Mr. Robertson salió de la carretera y estacionó el coche bajo unos árboles.

—Demos un paseo —dijo.

Se adentraron por un viejo camino de leñadores, mirando los surcos de neumáticos cubiertos por la maleza, hasta que Mr. Robertson dijo:

—Besarte así no fue buena idea, Amy.

—¿Porque estás casado?

Amy había ido allí antes con su madre. Cuando era pequeña iban a recoger flores silvestres cada primavera: azucenas, ranúnculos, hierbas de Santiago. Una vez encontraron orquídeas silvestres, e Isabelle dijo que debían guardar el secreto para que nadie fuera a cogerlas: tan raras eran.

Mr. Robertson negó con la cabeza y le dio un puntapié a una pequeña piedra.

—Estoy separado. Mi esposa se ha ido a vivir con su familia.

Amy se pasó los dedos por los flancos del vestido. No iba a decir que ya estaba enterada.

—No —Mr. Robertson siguió andando, seguido de Amy—. Es porque, si la gente se enterase de que nos besamos, realmente no lo entendería.

—¿Y por qué iban a enterarse?

Él volvió la cabeza y la observó con cuidado.

—¿Cómo pueden enterarse? —dijo ella otra vez, mirándolo a través de sus largos rizos—. Yo nunca se lo diría a nadie.

—No sé —dijo él—. Puedes llegar a decirlo.

Se detuvieron. Amy esperó en silencio, escuchando la llamada de un chotacabras. Mr. Robertson se cruzó de brazos y miró con los ojos entrecerrados a su joven protegida.

Después llovió durante tres días. Una lluvia desagradable, persistente, que golpeaba los tejados, los coches y las aceras; en los aparcamientos se formaban charcos, donde el agua acibillaba sin cesar la superficie del agua, hasta que los charcos parecían estanques llenos de peces que lanzaban mordiscos frenéticos.

Un torrente de agua caía por el costado de uno de los edificios de la escuela, donde se había roto un bajante, y debajo ya no había hierba, ni siquiera barro; el color se había desvanecido del suelo, y no quedaba más que una humedad empantanada donde había estado aquel parche de césped.

Stacy salió corriendo del edificio, se detuvo, tocó la manga de Amy.

—Mierda. ¡A correr! —ordenó, y atravesaron corriendo el césped por entre los charcos, y luego el estacionamiento, empapándose los zapatos, la parte delantera de los muslos, los hombros, hasta llegar al coche que buscaban y tumbarse en el asiento de atrás en medio de carcajadas temerarias—. ¡Mierda, Dios mío, por Dios, estoy empapada!

El coche, un abollado Volkswagen amarillo, pertenecía a una estudiante de último año llamada Jane Monroe, que se lo prestaba para fumar en aquellos días lluviosos. Las chicas se juntaron en el centro del asiento para eludir las gotas de agua que resbalaban dentro por la ventanilla y encendieron sus cigarrillos. Los padres de Stacy le habían dado dinero para que se diera algún «capricho»: maquillaje, bisutería, lo que fuera, habían dicho, que la hiciera sentirse más a gusto consigo misma. Ella había comprado dos cartones de cigarrillos, uno para tener en la escuela y otro para guardarlo bajo la cama, y una bolsa enorme de caramelos. En aquel momento las chicas fumaban con una mano y comían caramelos con la otra, mientras la lluvia golpeaba contra el parabrisas.

—Estoy feliz —dijo Amy, y ambas sonrieron.

—Vaya, sí —dijo Stacy— esto es estupendo. Si este coche tuviese lavabo sería perfecto.

—¿Seguro que a Jane no le importa que se lo dejemos empapado y lleno de humo?

Amy buscó un caramelo dentro de la bolsa.

—No le importa un carajo —dijo Stacy—. Debe de estar metida en un camión colocándose con su novio.

Stacy se había hecho famosa. Su situación había sido expuesta con tanta franqueza que el personal de la escuela estaba ansioso por mostrarse moderno, ilustrado, complaciente. Aun los profesores desprovistos de estas cualidades compadecían de corazón a aquella chica tan joven (¡sólo quince años!), de quien alguien se había aprovechado; era la conclusión a la que habían llegado. En la sala de reuniones, los profesores más viejos, la amable Mrs. Wheelwright, comentaban que eso les pasaba siempre a las «chicas buenas», dando a entender que cualquier chica capaz de tomar precauciones a sangre fría era una puta.

Pero había algo más, un elemento de la situación que no se mencionaba pero que tenía un papel crucial en la actitud complaciente de la escuela. Y era el hecho de que Stacy Burrows vivía en la parte del pueblo conocida como Oyster Point. Stacy no vivía en el Basin, sus padres no trabajaban en la fábrica ni atendían una estación de servicio ni vivían en una granja. El padre de Stacy era psicólogo, profesor en la universidad; su padre y su madre eran «intelectuales», como lo demostraba su hogar, una casa nueva y con buhardilla. Desde luego, más de uno había alzado las cejas en diversas partes del pueblo, pero los hechos eran los hechos: el padre de Stacy tenía una cierta categoría, y si él y su esposa iban a tomarse el embarazo de su hija sin rehuirlo, con una actitud positiva, nadie quería que lo pescaran mirándolos por encima del hombro.

Este sentimiento se extendía a sus compañeros de clase. Lejos de tener que soportar susurros o burlas, Stacy era tratada como una heroína. Los chicos la miraban con simpatía en el pasillo y le cedían el paso cuando iba a su taquilla, diciendo: «Oye, Stacy, ¿qué tal estás estos días?». Las chicas mayores querían ser sus amigas, como Jane Monroe, tan generosa con su coche. Y una de las chicas más estiradas de último año, cuyo padre era archidiácono de la Iglesia congregacionista, había hablado con Stacy un buen rato una mañana en el lavabo, confesándole que ella misma se había sometido no a uno sino a dos abortos en Nueva York, por los que aún debía dinero.

Entre tanto, Stacy estaba radiante y beatífica. También se veía, de repente, absolutamente embarazada, como si el reconocimiento de su estado hubiese liberado por fin su cuerpo; su columna vertebral se arqueaba hacia atrás, para acomodarse a la protuberancia redonda como una pelota que asomaba bajo sus anchos jerséis.

Los jerséis eran de su padre. En los días calurosos, Stacy llevaba camisas de su padre, que le llegaban casi a las rodillas, de modo que a veces parecía una lechera inocente y pelirroja vestida con una bata de algodón. Bajo estas holgadas prendas, se ponía todos los días el mismo par de tejanos viejos y simplemente se abría la bragueta; aunque le habían dado dinero para un capricho, sus padres habían decidido no comprarle ropa de maternidad. Stacy no parecía extrañada, y caminaba alegremente en aquellos días lluviosos con los bajos de los tejanos empapados; eran tejanos de pata de elefante, y los dobladillos deshilaclados restallaban contra el pavimento húmedo.

En el coche, con la pierna de Stacy sobre la suya, Amy tiraba del grueso hilo mojado que colgaba de los tejanos, oyendo el informe de Stacy acerca de todas

las personas que aquel día habían sido amables con ella.

—Puddy se cayó tratando de abrirme la puerta del gimnasio. Se sonroja cada vez que me ve. —Stacy hizo una pausa para darle una calada a su cigarrillo—. Qué divertido lo de Sally, ¿no?

Sally era la hija del archidiácono con dos abortos auestas. Stacy se inclinó hacia delante para arrojar el cigarrillo por la ventanilla y abrió luego el cartón de leche que había empezado a beber a la hora de comer.

—Se porta como una niña scout y luego anda por ahí abriéndose de piernas.

Stacy echó la cabeza hacia atrás, bebiendo leche y riendo en silencio, hasta que la leche le escurrió por la barbilla.

—No te rías al beber, te va a salir por la nariz.

Stacy asintió con la cabeza.

—Una vez me estaba comiendo un pirulí acostada... —Amy indicó con los dedos que Stacy se lo había contado antes—. Me dolió un montón. —Stacy tragó un sorbo de leche y prosiguió—. Uno de los tíos que se tiró a Sally es un negro que conoció en la universidad, te lo conté, ¿no?

Amy asintió. Era alucinante, en realidad, el submundo secreto y agitado de la escuela. Se habría deprimido si su propia vida no incluyese a Mr. Robertson, pero lo incluía, y, aunque no se lo confiara a Stacy, este hecho era como un almohadón bajo su cabeza, en el asiento blando y tibio del coche, impregnado de olor a piel.

—El negro la llevó a Nueva York en un autobús Greyhound. Ella dijo a sus padres que estaba en casa de Denise, y luego tuvo calambres todo el viaje de vuelta. ¿Hay algún chicle por ahí?

Amy miró dentro de la bolsa de caramelos y negó con la cabeza. Stacy encendió otro cigarrillo y arrojó la cerilla por la ventana.

—¿Qué haría tu madre si estuvieras embarazada?

Amy la miró.

—¿Mi madre?

—No te vas a quedar embarazada. Pero digamos que lo estuvieras. Digamos. ¿Qué haría tu madre?

Stacy posó los dedos abiertos sobre la pelota de su vientre y apretó los labios para expulsar una estela plana de humo.

—Me echaría de casa.

—¿De verdad?

Stacy alzó una ceja.

—Me echaría —asintió Amy.

No podía explicar por qué estaba tan segura, pero sabía que semejante crimen la condenaría al destierro.

—Yo creo que no te echaría —dijo Stacy con desdén y evidentemente ya aburrida de la pregunta que había hecho, de lo improbable que era que Amy Goodrow se quedara embarazada—. Tengo sueño —añadió, y cerró suavemente los ojos, apoyando la cabeza contra el respaldo del asiento.

—Yo también.

Pero a través de la lluvia que golpeaba sobre el coche se oyó el resuelto taladro del timbre de la escuela.

—Mierda.

Stacy abrió los ojos y aspiró dos veces, intensamente, antes de tirar el cigarrillo por la abertura de la ventanilla. Se prepararon, subieron las ventanillas y corrieron de vuelta a través del estacionamiento lavado por la lluvia.

—¿Te he contado lo de las vitaminas que tengo que tomar? —gritó Stacy, avanzando contra una ráfaga de viento que arrojaba la lluvia en sus rostros. Amy negó con la cabeza—. ¡Son enormes —gritó Stacy— como pelotas de fútbol!

Estaba a punto de saltar por encima de un charco, pero lo pensó dos veces, y simplemente lo atravesó, arrastrando los bajos mojados de los vaqueros.

Por la tarde, Amy estaba sentada otra vez en un coche estacionado bajo la lluvia, mirando a través del agua que corría por el parabrisas el arbusto de lilas que oscilaba y rebotaba bajo el persistente aguacero al lado del porche de su casa. Las petunias nuevas de las jardineras de la ventana se veían irremediablemente apaleadas, y sus capullos de crespón estaban destrozados. Tan sólo las caléndulas se alzaban aún fuertes e imperturbables, flanqueando con sus sólidos botones amarillos el sendero hasta la casa.

—Como lluvia incesante la tristeza golpea en mi corazón —recitó despacio Amy.

—¿De verdad?

Mr. Robertson se había sentado con la espalda contra la puerta del coche para verla de frente.

—No —dijo Amy sonriendo, y él la miró con su lenta mirada, bajando los párpados, pues por supuesto sabía que no estaba triste.

El primer beso de la tarde apenas había concluido, y había empezado en cuanto Mr. Robertson apagó el motor del coche.

—Yo no quisiera verte triste —dijo Mr. Robertson, casi adormilado, aún dejando caer los párpados, con ese gesto suyo, cómplice e íntimo.

Amy se volvió para mirar otra vez la lluvia, preguntándose cómo podía vivir alguien sin un amor así. El día anterior él había examinado cada uno de sus dedos mientras ella le hablaba del hombre que quería lamerle helado de vainilla («del cuerpo», le había dicho a Mr. Robertson, porque no iba a decir la otra palabra), y Mr. Robertson le había pedido que se lo dijera si ocurría otra vez.

Apartó la cara de la ventanilla mojada, deseosa de que volviera a besarla, a acariciarle el pelo. Pero él permaneció en su sitio, con la cara soñolienta, la espalda contra la puerta del coche, recorriendo ociosamente con un dedo el borde del volante.

—Cuéntame algo de tu amiga Stacy —dijo él.

—¿Qué quieres saber?

Mr. Robertson observó el dedo que recorría el volante y dijo, tranquila y perezosamente:

—Le gusta la acción, ¿no?

Amy se encogió de hombros.

—¿Quién es el novio? —preguntó Mr. Robertson.

Ella le contó que Paul Bellows había sido una estrella de fútbol y que después ponía combustible en una estación de servicio Sunoco en Mill Road.

—Lloró cuando Stacy rompió con él —añadió, y enseguida deseó no haberlo hecho, porque haría pensar a Mr. Robertson que Stacy era muy atractiva.

—Se le escapó el tesoro escondido.

Mr. Robertson, sin sonreír, acarició el pelo de Amy, contemplándolo con los ojos entrecerrados.

—No tenía que haberte contado esa parte —dijo Amy—. No es que Stacy me haya pedido que no lo contara...

Él la cortó, tomándola por la muñeca.

—Puedes confiarme tus secretos —dijo.

Y metió en su boca un dedo de Amy, y ella ya no pensó más en Stacy ni en Paul.

## *Doce*

Miss Davinia Dayble, la profesora de matemáticas cuya caída por las escaleras había precipitado la contratación de Mr. Robertson, se había recuperado de su fractura de cráneo, y, después de pasar la primavera enjaulada en su casa, inquieta y aburrida, estaba deseando y planeando su retorno a la enseñanza secundaria en el otoño. Ese tal Robertson tendría que marcharse.

Pero cuando celebraba su cumpleaños en un día de viento de la primera semana de junio, Davinia Dayble se deslizó por el camino de su casa en un aparato que, en esencia, venía a ser un triciclo muy grande, y volcó en el asfalto, rompiéndose la cadera. Su hermano, un hombre pálido, de aire sobresaltado y de sesenta y tres años, estaba aterrado; la bicicleta (el triciclo, en realidad, pues tenía delante una rueda muy grande y dos más pequeñas atrás) había sido un regalo suyo; había pensado que ella podía pedalear en los días de verano hasta el pueblo y utilizar la cesta de paja sujeta al manillar para llevar a casa pequeñas cosas, como una barra de pan, o tal vez libros de la biblioteca. Pero allí yacía ella ahora, toda despatarrada en el camino, y sus zapatos habían aterrizado en el lecho de los jacintos morados.

Emma Clark, la esposa de Avery, fue a visitarla al hospital. Estaba en el Club Sunshine de la Iglesia congregacionista, y era su turno de visitar a los enfermos. Con aburrida cortesía, se quedó a los pies de la cama, haciendo comentarios sobre las flores y la comida del hospital, mientras un olor desagradable llenaba poco a poco la habitación.

Davinia Dayble parecía congestionada; tenía la frente encendida y las mejillas rojas. Sin embargo, hablaba sin pausa lo mucho que había echado de menos la escuela aquel año, y Emma Clark decidió contarle que una chica estaba asistiendo a la escuela con bastantes meses de embarazo, la hija del psicólogo, por lo que sabía Emma, y que en la escuela la situación no había causado mayor



alboroto.

Davinia negó con la cabeza. Ya lo había oído; ¿quién podía creer semejante cosa? Pero que fuera la hija del psicólogo era interesante, ¿no creía Emma? Emma asintió. Lo creía. Era increíble, decía Davinia, cuánto habían cambiado los tiempos: todo le parecía repugnante.

Emma Clark, cansada de asentir, se preparó para marcharse.

—Vaya, entonces... —Davinia preguntó si, al salir, Emma podía buscarle una enfermera, y asintió con gesto triunfal—: Ya he acabado con el orinal.

De camino a casa, Emma Clark no conseguía apartar de su mente ciertas imágenes desagradables relacionadas con el hecho, ahora evidente, de que Davinia Dayble había estado utilizando el orinal con todas sus fuerzas a lo largo de la conversación. Emma frunció el entrecejo bajo la luz clara de junio; la irritaba tener que hacer todas esas cosas de la Iglesia para complacer a Avery. Cuando llegara a casa le dejaría muy claro que prefería irse al infierno antes que volver al Club Sunshine.

Sin embargo, hacía un tiempo perfecto. «Un tiempo perfecto», comentaba la gente, y todos asentían. El cielo era vasto y azul, y los prados vibraban con los brotes tiernos de la hierba. Se sacaban las barbacoas de los garajes, y las familias cenaban fuera en el porche; los hielos tintineaban y las mosquiteras se cerraban de golpe, trayendo sonidos del verano, y en la calzada los niños zigzagueaban en bicicleta gritando a lo lejos.

Isabelle, en su pequeña casa bajo los pinos, oía croar las ranas en el pantano cercano y disfrutaba del largo atardecer. Mientras escarbaba en las jardineras de la ventana, al agacharse pensativamente para ocuparse de las caléndulas que flanqueaban el sendero de la entrada, se descubría a menudo pensando en la boca larga y un poco torcida de Avery Clark, en lo que sentiría al posar sobre ella un tierno beso. Estaba segura de que Emma Clark no besaba a su esposo con ternura desde hacía años. (La gente madura no lo hace, pensó; y en aquel momento Amy gritó por la ventana: «Mamá, ¿has visto mi blusa amarilla? La que tiene botones atrás».) Quizás, imaginó Isabelle sin mayor compasión, Emma usaba dentadura postiza y tenía un aliento fatal. Por no mencionar que, simplemente, era una mujer fría. («En la cesta de planchar —contestó—. Por Dios, no grites».) Se incorporó y se apartó de la cara algunos mechones sueltos de pelo, escuchando a

las ranas, aspirando la fragancia de las caléndulas aplastadas aún entre sus dedos. Regalos de Dios, pensó, imaginando la tierna boca de Avery: cuántos regalos de Dios.

Sin embargo, aquella noche tuvo una pesadilla. Soñó que Amy se quitaba la ropa en un campo lleno de *hippies* y se metía en una charca embarrada, donde la abrazaba riendo un hombre de pelo largo y mugriento. En el sueño, Isabelle corría a través del campo, llamando a su hija con gritos frenéticos.

Despertó todavía llamándola, y encontró a Amy en camisón al lado de su cama.

—Cariño —dijo Isabelle, confundida, avergonzada, consternada todavía.

—Mamá, estás soñando —dijo Amy, y a la luz del pasillo Isabelle vio la cara de su hija, su largo cuerpo inclinado sobre la cama en el pálido camisón—. Me has asustado.

Isabelle se sentó.

—He tenido una pesadilla terrible.

Amy se portó bien; fue al cuarto de baño y le llevó un vaso de agua.

Isabelle se arropó con la sábana, y pensó que era un alivio saber que Amy era una buena chica y no la sucia *hippy* del sueño. Y saber que Avery estaba acostado durmiendo a un kilómetro y medio de camino. Sin embargo, le costó volver a dormirse. Le había quedado una sensación rara, desagradable, como si tuviera algo por digerir debajo de las costillas.

También Amy tardó en dormirse otra vez, pero en su caso era grato, pues sonreía ligeramente en la oscuridad pensando en Mr. Robertson. Entonces iban todos los días al bosque, tras dejar el coche estacionado bajo los árboles en el viejo camino de leñadores. Después de la parte en que caminaban por el sendero, a veces cogidos de la mano, y después de la parte en que Mr. Robertson hablaba, se sentaban apoyados en una gran roca gris y él le besaba la cara, o a veces después de estudiar sus labios la besaba con fuerza directamente en la boca, y luego, más bien pronto, porque nunca llegaban a quitarse la ropa, se tendían en el suelo, él moviéndose encima de ella, con la ropa arrugada y revuelta, y ella sintiendo que un canto la llenaba por dentro, con la entrepierna húmeda y las raíces del largo pelo también húmedas, mirando el cielo surcado de azul por encima de las copas de los pinos; o, si su cabeza yacía de costado, las manchas amarillas y movedizas de los ranúnculos.

Todo esto era la felicidad: pasar la boca abierta por su cara, mientras su pelo oscuro y rizado se confundía con el suyo, meterle los dedos entre los labios y

presionar con las yemas contra sus encías; sí, era una dicha del cielo, tener a aquel hombre tan cerca.

Al cabo de algunas noches, empezó a hacer bochorno, y una mañana amaneció haciendo mucho calor. El día siguiente fue aún más caluroso y bochornoso. Y el siguiente peor. En pocos días el río empezó a oler mal. El cielo palideció, blanco e indiferente. Las avispas se quedaban suspendidas en la bruma por encima de los cubos de basura, como si estuvieran demasiado aturcidas para aterrizar. Comenzaba el que sería uno de los veranos más calurosos en la historia de Shirley Falls, pero entonces nadie lo sabía. Nadie pensaba mucho al respecto, al decir sacudiéndose la camisa: «Lo peor es la humedad, digo yo». La estación estaba empezando, y la gente estaba ocupada en otras cosas.

Dottie Brown, por ejemplo, acostada en su cama del hospital, una planta por encima de Miss Dayble, miraba con aire ausente el televisor colgado del techo y se sentía agradecida, pues íntimamente había tenido miedo de morir. Pero también se sentía rara. A su lado yacía la bandeja con su cena: la lata tibia de Seven-Up, la bola de helado de limón medio derretido, el tazón de plástico lleno de ese caldo de carne que parecía agua sucia del fregadero y olía tan mal que a la pobre Dottie le daban arcadas. Se preguntaba dónde estaría su esposo. El doctor había dicho que podría irse a casa en pocos días, tan pronto como le hicieran el análisis.

Y Barbara Rawley, la esposa del diácono, que había ofendido a Isabelle en la iglesia y más tarde en el A&P, estaba ofendida. Su mejor amiga, Peg Dunlap, casada con otro diácono, tenía una aventura repugnante con el psicólogo Gerald Burrows, y Barbara se veía forzada a enterarse de más y más detalles. Aquella tarde, por teléfono, la mujer había llegado al extremo de insinuar que sus encuentros adúlteros eran aún mejores con el calor. «Cuando su hija quedó embarazada me dio miedo de que quisiera romper conmigo. Pero no —suspiraba, feliz—; todo lo contrario, si entiendes lo que quiero decir».

Barbara dijo que tenía que descongelar un pollo y colgó el teléfono. Estaba profundamente ofendida. Sabía que el matrimonio nunca era perfecto; la vida nunca era perfecta. Pero quería que lo fueran.

El 25 de junio, un jueves, fue el último día de clase. Como saldrían temprano y hacía un calor terrible, los estudiantes tenían permiso de llevar shorts si querían, y una ansiedad festiva reinaba en la escuela; los adolescentes andaban por los corredores en camisetas largas y monos recortados, muchos con gorras de béisbol, alguno con una gorra de tela vaquera caída sobre un ojo. El efecto era extraño; parecía que fuese sábado y que el edificio de la escuela hubiera abierto sus puertas a la exuberante juventud que desbordaba el pueblo. Algunos estudiantes salían del edificio y se echaban en los escalones delanteros, o se recostaban sobre los codos en la hierba, de cara al sol, que calentaba a través del cielo blanco.

Amy no llevaba shorts, porque Isabelle no la había dejado salir aquella mañana de casa con unos vaqueros recortados. Solamente un par de shorts azul marino de Sears merecían su aprobación, y Amy se había negado a ponérselos. Llevaba una blusa blanca sencilla y una falda color lavanda, y se sentía absolutamente tonta, mientras que sus compañeros parecían más seguros de sí mismos que nunca, incluso insolentes. Cuando la vieja Mrs. Wheelwright deseó a la clase un buen verano, pocos se molestaron en responder. Los estudiantes hacían globos de chicle con abandono y se llamaban a gritos unos a otros. A Amy le parecía que todos tenían previsto ir a una fiesta en cuanto los dejaran marcharse, y sintió por lo tanto un alivio cuando Mr. Robertson le preguntó en un susurro, a la salida de su última clase: «¿Te veré después de la escuela?».

A la hora de comer fue al bosque con Stacy, la cual, escrutando dentro de su bolso en busca del paquete de cigarrillos, dijo:

—Mierda, cómo me alegra que se haya acabado el año. Qué estúpida es la escuela, joder.

Amy sostuvo el cigarrillo entre los labios y se recogió el pelo por encima de la nuca acalorada.

—Probablemente es mejor que trabajar todo el día con esas viejas pedorras del molino —dijo—. Empiezo el lunes, ya sabes.

—Ah, sí —dijo Stacy—. Qué lata.

Pero Stacy no parecía particularmente preocupada por Amy y sus perspectivas para el verano. Echó hacia atrás la cabeza, para expulsar una gran estela de humo, y dijo:

—Mi padre anda haciendo el capullo otra vez. Durante unos días se portó bien, pero ahora está otra vez de lo más capullo.

—¿Y por qué?

El aire estaba quieto, caliente como un horno.

—Porque nació así. Quién sabe. —Stacy, tras alzar los hombros, trató de abanicarse con el paquete de cigarrillos—. Cuando estás embarazada la temperatura del cuerpo sube medio grado. —Se pasó la otra mano por la cara—. Siempre está escribiendo artículos para esas revistas estúpidas y demás.

Amy asintió aunque no sabía de qué revistas ni de qué artículos estaba hablando Stacy.

—Debería escribir uno llamado «¿Por qué soy un capullo?: Un estudio psicológico por Gerald Burrows, Capullo, Ph.D.». —Stacy se levantó el pelo de la nuca—. Qué calor hace, joder. Tienes suerte porque a ti el pelo se te ve bien con el calor. El mío parece la cola de un caballo de circo.

Amy quería poder invitar a Stacy a su casa algún sábado en verano, pero ¿qué podían hacer en su casita estúpida? ¿Mirar las caléndulas de su madre?

Stacy abrió su cartón de leche y echó la cabeza hacia atrás. Bebió varios sorbos, antes de decir:

—Vi a Maryanne Barmble el otro día en la tienda con su madre. ¿Has visto a su madre?

Amy negó con la cabeza.

—Idéntica a Maryanne. Distraída, simpática. Saluda moviendo la mano por delante de la cara igual que Maryanne.

—Qué raro.

—Sí, fue raro. Esta leche está caliente. —Stacy hizo una mueca.

Amy siguió fumando, y la vio derramar la leche en el suelo, un charco blanco, que se disgregaba en ríos diminutos entre el polvo y las hojas, oscureciéndose a medida que la tierra se lo tragaba. Ya echaba de menos a Stacy. Stacy ya parecía haberse ido.

—Me pregunto si me parezco a mi madre verdadera. —Stacy fumaba con expresión pensativa—. Porque si todo el mundo es igual a su madre, ¿de qué sirve toda esta chorrada?

Cuando Amy estuvo en el coche con Mr. Robertson todo pareció más normal, aunque era más temprano que de costumbre porque se había acortado la jornada escolar. El sol se elevaba abrasador en el cielo blanco.

—¿Vamos a vernos este verano? —soltó Amy por fin, poco después de dejar

el estacionamiento de la escuela.

Mr. Robertson la miró, como sorprendido.

—Desde luego, espero que sí —dijo.

—Porque el lunes empieza mi estúpido trabajo en el molino, lo sabes, ¿no?

Él asintió, y se detuvo en una señal de stop.

—Ya encontraremos una solución —dijo, tocándole el brazo un momento.

Ella volvió el rostro y dejó que le acariciara el cuello el aire de la ventana abierta; llevaba el pelo a medio recoger en una coleta, y las puntas golpeaban suavemente contra el marco. Por primera vez, sintió que estaban a punto de pelearse. Antes parecía imposible.

Y entonces tampoco era posible, porque no encontraba las palabras, sólo se sentía malhumorada y deprimida mirando por la ventana del coche en movimiento, y pensaba que, en todas las semanas que llevaban besándose en el bosque, él no le había contado nada más acerca de su esposa, ni de sí mismo, de hecho, tan sólo historias de su pasado, pensó con rabia, ni le había dicho nada acerca de lo que sentía sobre las cosas, sobre sus planes, sus deseos para el futuro.

—¿Te encuentras bien? —dijo Amy, después de que doblaron para dejar la carretera 22 y aparcaron bajo unos árboles al comienzo del camino de leñadores.

—Estoy bien —dijo él, tocándole la mano tras sacar la llave del contacto.

Pero estaba callado y distraído, y las cosas no fueron como de costumbre. Cuando la besó, Amy apenas percibió con cansada lucidez las agujas de los pinos bajo sus piernas desnudas, los jadeos de aquel hombre que la empujaba rítmicamente contra el suelo. Estaba acalorada, y él también; aferrándose a su espalda, Amy sentía húmeda su camisa arrugada.

Él se echó por fin a un lado, y miró al cielo.

—Supongo que ambos sabíamos que hoy probablemente no era el día —dijo.

Ella no dijo nada. Al cabo de un rato él la cogió de la mano y la ayudó a ponerse en pie. Caminaron de vuelta hasta el coche.

—Deberías ir a la universidad en Boston —dijo él de pronto.

Ella se sacudió algunas agujas de pino de la pierna y subió al coche sin responder.

El examinó un rasguño que había en la puerta y subió luego también al coche; se recostó contra la ventana abierta, con un codo apoyado en el volante. Con la otra mano, le acarició la cara interna del brazo y sonrió al ver que se le ponía la carne de gallina.

—Estás temblando —dijo—. Con este calor.

Amy pensó que él casi no le gustaba. Bajó la mirada, encogiéndose de hombros. La luz lechosa revelaba el polvo del salpicadero. Amy sentía la piel grasienta, poco limpia.

—Amy —dijo él—, sabes que no te faltará amor, ¿verdad?

Ella lo miró. Se quedó callada durante un buen rato, pero al ver luego la expresión de sus ojos tristes y bondadosos, dijo:

—Ay, Dios, eso suena a despedida.

—No, no, no —susurró Mr. Robertson; la acercó hacia él y acarició el pelo que caía sobre un lado de la cara de Amy—. Ya encontraremos una solución, mi pequeña Amy Goodrow.

Amy se enderezó dispuesta a besarlo, pero él parecía satisfecho con mirarla, así que ella se sentó tímidamente, mirándose las manos sobre el regazo.

—Amy —dijo él en un susurro—, quítate la blusa.

Ella levantó la vista sorprendida. El la observaba impasible, con los ojos entrecerrados.

Se desabrochó despacio los botones, planos, brillantes; un botón resplandeció bajo el sol mudo.

—Quítatela toda —dijo él, cuando ella vaciló tras desabrocharse.

Amy se inclinó hacia delante, alzando primero un hombro y luego el otro, y se quitó la blusa arrugada, que tenía clavadas dos agujas de pino. El cogió la blusa y sacó las agujas, la dobló luego con mucho cuidado, antes de volverse y ponerla en el asiento de atrás.

Amy esperó allí sentada, con su sujetador de Sears, sencillo y blanco, con un aplique diminuto de una margarita entre las copas puntiagudas. Estaba sudando, y, cuando él la miró, ella se pasó el dorso de la mano por la boca y apartó los ojos.

—Quítate eso también —dijo él muy bajo, con su voz grave, cavernosa.

Ella se sonrojó, en medio del calor del coche. Sintió los párpados sudorosos, los ojos casi hinchados. Vaciló, y luego se inclinó hacia delante y se desabrochó el sujetador; tenía las yemas de los dedos frías. Él extendió la mano y cogió el sujetador. Con los ojos aún fijos en su rostro, lo dejó caer en el asiento de atrás.

Amy desvió la mirada hacia el cambio de marchas, que alzaba entre ellos la negra protuberancia de su pomo de cuero. Él debía de estar mirándola. Ella parpadeó, mirando la palanca, y empezó a levantar una mano para llevarse un dedo a la boca, pero se detuvo y en cambio apretó los labios. Inclinó la cabeza

hacia delante, para que el pelo le escondiera la cara, y, entre las redondeces de sus pechos, en los que los pálidos pezones rosados se exhibían penosamente como una criatura recién nacida, vio resbalar un hilo de sudor a través de su vientre hasta la falda lavanda.

—Qué guapa eres —dijo Mr. Robertson, en tono despreocupado, pero muy bajo—. De verdad, Amy, eres hermosa.

Y entonces todo estuvo bien. Un atisbo de sonrisa atravesó el rostro de Amy, y miró a Mr. Robertson, pero él seguía mirándola, allí.

—¿Te molestaría hacer ciertas cosas?

Ella se quedó callada, sin saber lo que quería decir.

Por ejemplo, ¿le molestaría tomar con la mano uno de sus pechos y sostenerlo hacia él? Ella se sonrojó y dejó escapar una risita, entornó avergonzada los ojos, pero hizo lo que le pedía. Y él pareció tan complacido que a ella ya no le molestó. Y tampoco le molestó hacer otras cosas; como juntar sus pechos con las manos, y dejar caer luego el pelo sobre ellos para que asomaran los pezones. Él le preguntó si le molestaría mojarse los dedos con saliva y tocarse luego los pezones, y ella se sorprendió, pero también lo hizo.

Él le pidió que se volviera hacia un lado, y luego hacia el otro. Le pidió que levantara el brazo y se sostuviera el pelo en alto, y ladeara la cabeza. Cuanto más la miraba, Amy se sentía más y más a gusto. Con el brazo levantado, olió su propio sudor, el olor a lilas del desodorante mezclado con el de su cuerpo. Sintió un picor en la nariz, y, al frotársela contra el brazo, olió también el olor de su brazo.

—Tócatelos otra vez —ordenó él, y ella obedeció.

Él hizo reclinar entonces el asiento, de modo que ella quedó acostada. Sus pechos yacían planos, y se desbordaban hacia sus brazos. En el coche hacía calor.

—Cierra los ojos —dijo él.

Una brisa exigua e inesperada entró por la ventana, y ella los abrió un instante.

—¿Tienes miedo? —preguntó él suavemente—. No voy a hacerte daño.

Ella dijo que no con la cabeza.

—No quiero que estés asustada.

—No estoy asustada. Pero los ojos se me abren solos.

—No importa. Levántate la falda, cariño. Hasta la cintura.

Ella sintió de nuevo vergüenza y sonrió levemente, sonrojándose, tiró luego



obedientemente de la falda lavanda hasta que quedó arrebujaada alrededor de su cintura, revelando las bragas Carter de algodón blanco y la suave cuesta del pubis.

—No vayas a quitarte las bragas —dijo él—, ¿me oyes?

Ella asintió con la cabeza, mirándolo, y su boca se entreabrió con profunda emoción al oír su voz suave y ronca diciendo la palabra *bragas*. La cara de él pareció aflojarse; le estaba mirando ahí abajo.

—Quedémonos un rato así—dijo él—. Disfrutemos de este día caluroso de verano.

Una gota de sudor resbaló por su mejilla y se perdió en su barba; otra resbaló detrás.

—Recuéstate —dijo él—. Trata de cerrar los ojos. Disfruta del día de verano.

Él le sonrió, recostando su cabeza contra el marco de la ventana, y cerró los ojos. Ella cerró también los suyos.

—Una chica muy hermosa —lo oyó susurrar, y sonrió un poco, todavía con los ojos cerrados.

Y de pronto sintió la boca de él en su pecho, chupándose, y al abrir los ojos observó asombrada su boca peluda en acción, chupándola primero despacio pero luego con más urgencia, de modo que al cabo de unos momentos él no sólo movía dentro de su boca el pezón endurecido, sino que le daba pequeños mordiscos y tiraba de él con los dientes. Amy dejó escapar un suave gemido, y luego pareció que estaba llorando porque emitía un sonido constante, como el de un sollozo tras otro, pero no eran sollozos, era un extraño llanto de súplica, y cuanto más lloraba más fervorosamente le chupaba él el pezón duro, y el túnel que la atravesaba por en medio se arremolinaba, la tiraba hacia abajo, cada apretón de su boca le hacía doler tanto allá abajo que sus caderas empezaron a moverse, su vientre se arqueó y el sonido de la súplica llenó el aire.

Y entonces él se detuvo, volvió a sentarse. Tenía la frente colorada, las mejillas teñidas de rojo oscuro por encima de la barba. Se quitó las gafas casi con severidad y las tiró sobre el salpicadero. Ella pensó que estaba enfadado, pero él dijo:

—Joder, eres increíble.

Y ella cerró los ojos, con el dolor ahí abajo, la boca seca de jadear entre un gemido y otro.

—Bájate las bragas —dijo él, en un susurro—. Bájate las bragas hasta las rodillas. —Ella dudó—. Hazlo.

Y ella lo hizo, sintiendo los pezones magullados y rígidos en medio del calor, la falda arrebujaada todavía alrededor de la cintura.

—Están mojadas —murmuró, sonrojándose profundamente, a punto de llorar de vergüenza.

—Se supone que debes estar mojada —dijo él suavemente y con bondad, inclinándose hacia ella para tocar las bragas mojadas—. Porque eres magnífica. Eres la fantasía de cualquier hombre. Una chica caliente.

Mientras hablaba, recorrió con los dedos la humedad pegajosa de las bragas, y después, para sorpresa de Amy, le metió de repente los dedos en la boca, y ella probó el sabor extraño, salado y profundo de su cuerpo.

—Cómo estás de caliente, joder —repitió él, y susurró luego—: te quiero poner todavía más caliente.

Una vez más, cuando podía haberla abrumado una vergüenza terrible, ella se estremeció de pensar en complacerlo, en que él la incitara y casi le ordenara ir más allá; esto era justo lo que él quería, que ella se sintiera así. Él le chupó de nuevo los pechos con avidez. Con el vientre desnudo y expuesto ahí abajo, el vello pálido y rizado al aire, las piernas juntas y brillantes, la humedad de las bragas rozándole las rodillas, ella murmuró con voz quebrada:

—No quiero quedar embarazada.

—Eso no va a ocurrir —dijo él, con un pecho aún en la boca, y siguió chupando, y entre tanto Amy sintió una caricia leve, muy leve en el muslo, y sintió luego que él la tocaba ahí con la mano; al principio, la palma extendida cubrió el vello rozándolo apenas, como una débil brisa; luego, con deliberada, delicada lentitud, las yemas de los dedos la tocaron, y se escurrieron dentro sólo lo justo, y, ah, era tan dulce, y él era tan dulce, tan dulce y tan bueno.

Él dejó de chuparle el pecho y le sonrió. Amy se metió los dedos en la boca, y le acarició la oreja con los dedos húmedos.

—Tú no te preocupes —susurró él, con los párpados caídos, sus dedos aún moviéndose, lentos y delicados, y de pronto un dedo se introdujo un poco más adentro con tierna audacia, con pericia. Estiró el cuello, para ver lo que él mismo le estaba haciendo ahí abajo, y entonces Amy entrevio un atisbo de su propio cuerpo desatado: los pechos desnudos y mojados, todavía relucientes de saliva, el vientre desnudo, y justo allí, su mano tan grande: ah, ¡era terrible cómo era de estupendo, aquel hombre estupendo, estupendo!

Tras haber ido al dentista, Avery Clark conducía hacia casa para recoger algunos documentos que necesitaría aquella tarde en una reunión, cuando se le ocurrió volver la cabeza al pasar por los bosques de la carretera 22 y vio centellear al sol el guardabarros de un coche, aparcado bajo unos árboles en el viejo camino de leñadores. Lo inquietó; recordó los robos del invierno.

Tal como había previsto, Emma no estaba. Ella misma le había dicho aquella mañana que saldría de compras con una amiga. Encontró los papeles que necesitaba y garabateó una nota en la cocina para contarle que tenían que hacerle un puente (¡qué fastidio!) y que la vería a las cinco. Tenía la costumbre de dejarle una nota siempre que iba a casa a deshora. Una vez más, pensó en el coche aparcado en el bosque. Podía ser de Hiram Crane; corría el rumor de que estaba planeando vender algunas tierras. Los impuestos eran demasiado altos. Pero si el coche seguía allí cuando fuera camino al trabajo llamaría a Hiram por si las moscas.

El coche seguía allí. Avery Clark aparcó un poco más lejos y luego caminó de regreso. Lo más posible era que fuera Hiram, dando una vuelta con un topógrafo. Si no era así, al menos copiaría el número de la matrícula y le contaría lo que había visto a Hiram. Dio algunos pasos cautos por el camino de leñadores. No parecía haber nadie dentro del coche. Se secó la frente con el pañuelo, y sus grandes zapatos avanzaron entre los ranúnculos centelleantes, aplastando las delicadas floreabas azules que se amontonaban entre la hierba.

Isabelle, sentada en su escritorio y hambrienta a esas alturas del día, acababa de ordenar sus clips y de soltar un hondo suspiro, cuando al mirar por encima del reloj vio que Avery Clark entraba en la habitación dando grandes zancadas y pensó: «Ha muerto alguien importante».

# *Trece*

A lo largo de los caminos que corrían alrededor de Shirley Falls crecían margaritas y tréboles rosados. Había también guisantes silvestres, enredados entre los pastos y las espigas, zarzas de frambuesas y zarzamoras; las grandes hojas de las enredaderas se enroscaban en los muros de piedra y, en los campos, crecían manojos de zanahoria silvestre. Pero aquel verano todo estaba apagado y descolorido, como la vegetación que crece polvorienta junto a los caminos de tierra; era culpa del tiempo, de ese bochorno y ese calor terrible, del cielo que se desperezaba en lo alto, blanco e implacable, resuelto a negarle al mundo sus colores habituales.

Era junio, y se suponía que todo debía ser verde, firme y vigoroso, pero ese junio faltaba algo, como si Dios hubiese olvidado aquel año abonar su gran jardinera de Nueva Inglaterra, pensó un día la esposa del lechero, Mrs. Edna Thompson, mientras colgaba la ropa en el patio de atrás; las margaritas se erguían enclenques, y no daban mucho de qué hablar; los pétalos se deshacían en cuanto los arrancaban los niños, jugando a «me quiere, no me quiere». Los pastos extendían sus limbos verde pálido y se agachaban enseguida cansados, con las puntas de color marrón. Y los manojos de zanahoria silvestre que proliferaban en los prados eran grises como telarañas, o ni siquiera se veían, formando un armonioso conjunto con la blancura del cielo.

Los granjeros, que habían labrado aquella tierra durante años, nacidos con el don de soportar estoicamente en cada estación los caprichos de la Madre Naturaleza, hacían un alto en sus campos para acariciar las judías encogidas en los tallos y mirar con preocupación los sembrados de maíz, medio metro menos altos de lo normal; ni el forraje era capaz de crecer, y para los granjeros esto era lo más inquietante: el ímpetu natural del crecimiento parecía ausente, o por lo menos atrofiado. La tierra parecía hallarse en dificultades.

Pero detrás de los temores de los granjeros había generaciones enteras de penuria y supervivencia. Lo atestiguaban las viejas lápidas junto al río, que se remontaban al siglo diecisiete: entonces las madres perdían un bebé tras otro, y enterraban algunos sin siquiera bautizarlos, pero otros sobrevivían, e iban por la vida con nombres como Confianza, Experiencia, Paciencia. Los antepasados de algunas familias de Shirley Falls habían sido degollados por los indios. Mrs. Edna Thompson, por ejemplo, tenía una tatarabuela remota llamada Molly, que en 1756 había sido raptada y llevada a pie por los indios hasta Canadá, donde se la habían vendido a un francés antes de que su hermano acudiera a rescatarla. Las granjas y las cosechas habían sido incendiadas una y otra vez durante los primeros años de la colonización. Semejante capacidad de aguante (había una lápida junto al río, Aguante Tibbetts) había generado hombres y mujeres que conservaban los rasgos de los puritanos y sus ojos azul pálido; no eran unos alarmistas.

Sin embargo, aquel verano la gente estaba preocupada, y cuando corrió el rumor de que se habían avistado ovnis al norte del estado (el gobierno hasta había enviado agentes a investigar), algunos en el pueblo se negaron a tocar el tema, y sólo fruncieron aún más el entrecejo y prosiguieron con su trabajo. La asistencia a la iglesia aumentó; sin querer reconocerlo del todo, la gente rezaba para que se apaciguara Dios. Una mirada al río bastaba para imaginar un disgusto en las alturas, porque el río yacía en medio del pueblo como una cosa muerta, amontonando espuma amarilla y pútrida en las orillas, como una culebra aplastada que derramaba las entrañas en la carretera, infecta y repugnante bajo el sol desvaído. Sólo los lirios parecían indiferentes. Como siempre, florecían a la orilla del río; se erguían al pie de las casas y de los establos, a lo largo de los muros de piedra, y abrían sus moteados pétalos anaranjados como bocas, altivos en comparación con todo lo demás.

La gente seguía a la espera. A pesar de sus recelos, los granjeros tenían antepasados con nombres como Paciencia y sabían qué era la paciencia. También los trabajadores del molino habían aprendido tiempo atrás a tolerar los períodos menos tolerables de la vida. En realidad, fue en la universidad donde se alzaron más voces de lamento. Muchos profesores, la mayoría, no se habían criado en Shirley Falls; muchos ni siquiera eran de Nueva Inglaterra. Bajo la suave nieve del invierno, en medio del fervor de la primavera, creían hallarse en un rincón pintoresco de provincias, pero entonces, en medio de aquel verano estancado y caluroso, el lugar resultaba ser sólo un pueblo pobre de Nueva Inglaterra, con

edificios de ladrillo descoloridos, un antiguo molino y un río maloliente. En algunas partes de Oyster Point empezó a reinar la impaciencia. Pero en el Basin y en los alrededores de Shirley Falls apenas se instaló una apatía inquieta.

En la oficina de la fábrica se respiraba un ambiente inconfundible de abandono. Los grandes ventiladores chirriaban en las ventanas; se separaban despacio los pedidos, se escribían despacio las direcciones en los sobres. El aire era denso, y los pedidos, con sus cuatro hojas de papel satinado, yacían casi mojados sobre los escritorios. Alguna silla rayaba cansinamente el suelo de madera; alguien vaciaba una caja de clips en el archivador metálico. Sentada en su escritorio con las piernas separadas, Fat Bev le sacó punta a un lápiz, sopló la punta para limpiarla, se cruzó luego de brazos y se durmió.

Al cabo de unos momentos la despertaron sus propios ronquidos y echó la cabeza hacia atrás con un espasmo.

—¡Virgen Santa! —dijo, con ojos nublados y sorprendidos—. Puede uno desnucarse trabajando aquí.

Pero la chica sentada enfrente en el sitio de Dottie Brown apenas le echó una mirada antes de teclear un número en la calculadora. Fat Bev, estreñida desde hacía nada menos que setenta y dos horas, sopesó el hecho y decidió que era una falta de educación. La chica había estado trabajando allí tres días y no le había dicho una palabra.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —dijo Bev en voz alta, y la chica se sonrojó tanto que se le humedecieron los ojos.

—Disculpa —susurró la chica—. Nunca sé qué decirle a nadie.

Miró a Bev con ojos dolidos, enrojecidos y a punto de llorar. Bev se alarmó.

—Vaya, no pasa nada. —Bev se metió un cigarrillo en la boca y encendió una cerilla—. Si no tienes nada que decir no hay por qué sentirse mal. —El cigarrillo se balanceaba entre sus labios—. Yo misma estaría de mejor humor —añadió— si pudiera cagar.

La chica se sonrojó otra vez, y Fat Bev la observó entonces con atención. Qué cuello tan largo, qué ojos tan grandes tenía la criatura; parecía un pajarraco, ahí sentada, con el pelo cortado por debajo de las orejas y todos aquellos mechones desiguales.

—Mientras no te moleste que yo hable como una cotorra —dijo Fat Bev—. No puedo estar callada cinco minutos a menos que sea dormida.

—Pero me gusta que hables —dijo la chica con tanta espontaneidad que se sorprendió ella misma y otra vez se sonrojó.

—Qué bien, entonces todo resuelto.

Y de algún modo quedó dicho que ya eran amigas.

Isabelle, de regreso del archivador metálico, miró a su hija sin querer, y vio las sonrisas de Amy y Fat Bev. Apartó la vista, pero no lo bastante rápido; Amy, todavía sonriendo, le lanzó una mirada y sus ojos se apagaron.

A la hora de comer, Rosie Tanguay dijo que tenía que llevar a la óptica la receta de las gafas para planchar que le había dado el médico, pero que con aquel condenado calor no se podía ni mover.

Fat Bev soltó un hipo y apartó los tallos de apio que había llevado de casa envueltos en papel de cocina, confiando en que nadie le respondiera a Rosie, que había hablado con aquel tono engreído. A Bev le importaba un rábano que el médico le hubiera recetado a Rosie gafas o pastillas para caballo, pero Arlene Tucker dijo:

—¿Cómo es eso de gafas para planchar, Rosie?

Así que Rosie explicó que cada vez que se ponía a planchar le daba una jaqueca terrible a los cinco minutos, que se lo había contado al médico y él había dicho que conocía otros casos y, aunque era muy poco común, su malestar tenía nombre. Era una enfermedad de los ojos, según decía Rosie asintiendo con la cabeza y arqueando las cejas con gesto resignado, conocida como «reacomodación espasmódica».

Fat Bev soltó un gruñido cuando Arlene Tucker preguntó:

—¿Cómo?

—Reacomodación espasmódica; ocurre cuando las personas pasan de la miopía a la hipermetropía cada tres segundos más o menos.

Algunas mujeres se miraron intrigadas. Leonora Snibbens entornó los ojos y no miró a nadie.

—Y ¿para qué se ponen a hacer eso? —dijo Arlene.

—No se ponen a hacerlo —dijo Rosie—, los ojos lo hacen; pasan de ver de cerca a ver de lejos de ese modo.

Todas perdieron interés. Isabelle sonrió con ese gesto suyo, vago y peculiar, y le dio un mordisquito a su sándwich con cara de bochorno, como avergonzada de que la pillaran comiendo. Arlene Tucker (Rosie había confiado en que siguiera interesada) buscó cambio dentro del bolso, con la intención evidente de

ir a las máquinas expendedoras, y Fat Bev hizo girar un tallo de apio entre los dedos, como decidiendo si valía la pena comer algo así.

—Yo siempre he tenido una visión perfecta —continuó Rosie—. Así que fue una sorpresa —concluyó, dirigiéndose a la chica Goodrow, que la miraba con grandes ojos, pero enseguida la chica apartó la vista y agachó la cabeza.

*Cronch. Cronch.* Un sonido estruendoso: Fat Bev estaba devorando su tallo de apio. *Cronch, cronch.* Lo masticó despacio y se lo tragó con determinación.

—No lo entiendo —dijo finalmente.

Arlene seguía husmeando dentro de su bolso.

—¿Alguien tiene cambio de un dólar?

—La máquina da cambio.

Leonora Snibbens bostezó sonoramente y parpadeó varias veces.

—Se supone, pero no da.

—Hace cinco minutos —dijo Leonora— me ha dado cambio.

—Pues debes de saberte el truco. Yo no. Las máquinas expendedoras me odian y yo las odio. —Arlene le echó un vistazo al artefacto silencioso al pie de la pared—. Si me oye hablando así, verás como no me da nada.

—Yo tengo cambio. —Rosie se volvió para coger su bolso, que colgaba del respaldo de la silla—. ¿Cuánto necesitas?

—No lo entiendo —dijo otra vez Fat Bev—. No entiendo por qué los ojos se te ponen a dar volteretas por la tabla de planchar, si no te pasa aquí en el trabajo.

—Probablemente me pasa —dijo Rosie, ruborizándose ligeramente y mirando dentro del bolso—. Pero tiene que ver con la distancia a la que los ojos ven las cosas. Si están cerca, leyendo o lo que sea, creo que no hay problema. Cuando uno plancha está un poco más lejos y los ojos se ponen como locos. Por eso el doctor me recetó las gafas para planchar. No me mires a mí, que no sé más.

Rosie le dio unas monedas a Arlene y se pasó una servilleta de papel por la frente.

—Hace demasiado calor para planchar —dijo Fat Bev, un poco arrepentida de su malevolencia una vez que, tal como lo pretendía, había conseguido hacer enfadar a Rosie—. ¿Qué haces planchando con este calor? Es tan estúpido como que yo coma tallos de apio.

—Son muy saludables —dijo Rosie.

—Carne —dijo Bev—. Dios mío, lo que yo necesito es carne.

Hizo un guiño significativo y dejó caer el contenido de su bolsa del almuerzo



en el linóleo rayado de la mesa. Justo en aquel momento Arlene Tucker dio una palmada en la máquina expendedora y gritó:

—¡Maldita sea, vete al diablo!

Todas las mujeres se volvieron hacia ella.

—Oye —la amonestó alguna, arqueando las cejas hacia la chica Goodrow.

Arlene sostuvo en alto una mano en dirección a Amy.

—Perdona la vulgaridad—dijo.

Hacía calor, y más calor. El cielo seguía blanco. Cuando julio llegó parecía que habían estado desde siempre en julio y que sería julio para siempre. Aun la barbacoa anual del Cuatro de Julio en casa de Fat Bev, a la que Isabelle no asistió por primera vez en años, careció de su bullicioso esplendor habitual; los asistentes bebieron cerveza tibia toda la tarde, a pesar de que las cervezas estaban metidas en dos enormes bidones llenos de hielo, y se fueron a casa con jaqueca. Al día siguiente, en la oficina, había ambiente de resaca, y hasta Rosie Tanguay, que sólo había bebido Pepsi, estaba exhausta, casi mareada, por culpa del bochorno y del calor.

La misma Isabelle estaba aturdida. Siguió sintiéndose así a medida que pasaban los días incoloros. El bochorno del ambiente parecía haberse metido en su cabeza; se sentía suspendida en el aire, irreal, intangible. A veces, mientras masticaban sin entusiasmo sus sandwiches en el comedor, las otras mujeres creían notar que un espasmo de dolor le contraía el rostro, endurecía sus finos rasgos y la dejaba temblando («¿Estás bien?», quería preguntarle Arlene Tucker, pero se contenía; ese tipo de preguntas no se le hacían a Isabelle Goodrow), y era que un detalle más, otra más de las mentiras que aquella primavera le había dicho la hipócrita de su hija, había encajado repentinamente en su lugar.

Isabelle se sentía como haciendo un rompecabezas. Su madre solía disfrutar mucho con los rompecabezas, y cuando era niña tenía una mesa de juegos en la esquina de la sala, sobre la cual había casi siempre un rompecabezas a medio hacer. Su madre trabajaba con lentitud; a veces, el esqueleto caótico del rompecabezas duraba meses sobre la mesa, y, aunque no sentía el mismo interés que su madre por el pasatiempo, Isabelle se acercaba de vez en cuando a la mesa y sostenía en alto ociosamente una pieza: parte del cielo azul, la punta de la oreja de un perro, un pétalo de margarita (su madre sentía predilección por las escenas

bucólicas); y a veces la ponía en el lugar preciso.

A pesar de su escaso entusiasmo, el hallazgo la llenaba de placer. Y le interesaba que las cosas a menudo no fueran lo que parecían. Por ejemplo, durante largo tiempo, la punta de la oreja del perro parecía ser parte del tronco de un árbol. Pero, una vez colocada correctamente en el otro extremo del rompecabezas a la izquierda de la cara del perro, una vez dentro de su contexto, todo cobraba sentido. Era evidente que no correspondía en absoluto al tronco del árbol, que, de hecho, ni siquiera era del mismo color.

Pero aquel verano, Isabelle no hallaba ningún placer en reconstruir el rompecabezas de sus recuerdos. La sensación era más bien de asfixia. Aquellas cenas con su hija en la cocina, cuando los días habían comenzado a alargarse...

—¿Qué hay de nuevo? —le había preguntado con una sonrisa a su hija uno de esos días, mientras desdoblaba la servilleta en el regazo.

—Nada especial. Algunos de la clase nos quedamos después de la escuela para un repaso de matemáticas. —El gesto indiferente—. El profesor nos está enseñando cosas nuevas.

El rostro dulce, los ojos encendidos.

«Ay, Dios mío». Isabelle sentía deseos de llorar.

En realidad, si lo pensaba, Isabelle tenía bastante que asimilar. A medida que esclarecía en su mente las escenas de lo que había estado ocurriendo en la primavera, todos sus recuerdos felices de aquella época se tornaban falsos y perniciosos. Pero, además, esos recuerdos la perseguían sin descanso. Al sacar la ropa de la lavadora, por ejemplo, contemplaba vacilante las prendas íntimas de su hija: ¿habría tocado aquel sujetador el miserable?, ¿el par de bragas rosadas que tenía en la mano? ¿Habría apoyado la cabeza contra aquella blusa mientras paseaba los dedos por los botones? Si pudiera saber qué prendas exactamente había tocado aquel monstruo, las habría tirado enseguida. Pero no había manera de saberlo, y las prendas, las bragas, seguían ahí, contaminadas, en la cesta de la ropa sucia y dentro de los cajones de la cómoda; su casa estaba invadida.

Pero todo lo demás también se hallaba invadido: ésa era la cosa. Su trabajo lo estaba, sin duda. Isabelle estaba atrapada en la oficina con su hija, cada minuto del día sentía la presencia de Amy en el escritorio de Dottie Brown, y Avery Clark, el único fragmento de su vida que solía ser exclusiva y dulcemente

suyo, ya no lo era, porque Avery no se atrevía a mirarla de vergüenza.

Sabía que al menos él sería discreto. Era esa clase de hombre. Y se sentía muy agradecida de que sus compañeras de trabajo, que en aquel mismo momento comían sentadas a su lado, no estuvieran al tanto de los sucesos. Mordisqueó un melocotón. Pero la comida concluyó para ella cuando Fat Bev dijo mirando una revista de cosméticos Avon:

—Dos pintalabios y una crema para la cara; necesito un bolígrafo para esto. Siempre he sido una burra para las matemáticas.

No pudo tragar otro bocado. «Una burra para las matemáticas»: con eso había bastado. Isabelle, a la que la sola palabra *matemáticas* le daba una patada en el estómago, empezó a recordar la noche de invierno en que encontró la casa vacía y corrió de arriba abajo pensando que su hija había sido raptada como Debby Kay Dorne. ¡Pensar que su hija le había estado mintiendo! ¿No había dicho acaso Amy: «Algunos nos quedamos después de la escuela porque somos buenos en matemáticas»? ¿Y no había dicho ella misma, en otra ocasión, parlotando como una idiota: «Mi padre era bueno para las matemáticas, tal vez lo has heredado de él»? ¡Pensar que Amy le había mentado, no esa vez, sino muchas más! Era apabullante. E Isabelle se sentía apabullada. Puso el melocotón dentro de la bolsa del almuerzo y la tiró a la basura.

—Oye —le dijo Leonora Snibbens a Arlene, mientras todas miraban sus relojes y empezaban con desgana a recoger sus cosas—, ¿cómo va el chico de tu prima? El que vendía marihuana. ¿Todavía está yendo a hablar con el cura?

—Por lo que sé, sí —respondió Arlene.

Isabelle se levantó sin ruido y se escurrió por detrás de la silla de Arlene con una sonrisa de disculpa. Recordaba muy bien el día que Arlene las había informado acerca del hijo de su prima. Isabelle había dicho entonces que esas cosas no surgían de la nada. Recordaba la seguridad con que lo había dicho, y el recuerdo chapoteaba dentro de su estómago como una ola oscura y aceitosa.

Se sentó en el escritorio y se estiró el pelo, retornando algunas hebras caídas al aplanado moño a la francesa. Era verdad. Si Arlene hubiese dicho masticando una zanahoria: «¿Sabes?, una prima mía allá en Orono tiene una hija de dieciséis años que por lo visto llevaba meses enredada con uno de sus profesores», Isabelle se habría dicho: «¿Y dónde estaba la madre de esa chica? ¿Cómo no se ha enterado?». Todas habrían pensado lo mismo, seguramente. Todas las mujeres de la oficina habrían sorbido sus refrescos, habrían negado con la cabeza y habrían dicho con suspicacia: «Esas cosas no surgen de la nada, desde luego, si

la madre hubiese querido verlo...».

Isabelle sentía ganas de correr de vuelta al comedor y gritar: ¡Es verdad que uno puede no saber!

¿Y quién la creería? Se había convertido en una mujer que daba lástima, y a veces se sentía desfallecer. Cada pequeña pieza que encajaba en el rompecabezas la dejaba estremecida, pero ¿qué importaba ya todo? El pulcro rompecabezas de su vida yacía abatido en el suelo. Quería bloquear la parte de su mente donde guardaba todas las piezas ocultas acerca de Amy. Quería dejar de imaginar ciertas cosas. En ocasiones, sentada ante la máquina de escribir, cerraba los ojos y se ponía a rezar.

Sentía, y era algo muy real (también extraño, desconcertante, no habría podido explicárselo a nadie aunque se hubiera permitido intentarlo), que había muerto. Por supuesto, su cuerpo seguía viviendo estúpidamente, porque comía (no mucho) y dormía (a veces curiosamente bien) y se levantaba todos los días para ir a la fábrica. Su «vida» proseguía. Pero no se sentía ligada a nada que no fuera aquel mareo de pánico y dolor. Y era cada vez más consciente de que, en la raíz de aquel «incidente», yacía algo que se remontaba a años atrás, a una doblez en lo profundo de su ser. A veces, pensaba que en realidad estaba enfrentándose a una crisis casi espiritual, que la cogía completamente desprevenida.

Sentada al escritorio de Dottie Brown, Amy batallaba con las lágrimas. Era una lucha física agotadora, como tratar de no vomitar en el asiento trasero del coche, conteniendo una oleada de náuseas tan sólo para sacudirse bruscamente con el coche en otra curva y sentir otra oleada en camino; o como tratar de no toser en la iglesia, apretándose la garganta para alejar aquel cosquilleo diabólico.

Se había levantado ya un par de veces para ir al lavabo, pero se sentía atrozmente cohibida en cuanto abandonaba el escritorio. ¿Debía anunciarle a Fat Bev que iba al lavabo? Con un susurro, se levantó de la silla y se sonrojó. Al atravesar la gran habitación por entre las dos hileras de escritorios, percibió las miradas de las mujeres y se sintió desnuda, como si midiera tres metros.

Una vez dentro del excusado, se sentó en la taza del inodoro y lloró en silencio, con el temor de que alguien entrase en cualquier momento. Oyó el *clic, clic, clic* de los zapatos beis de Rosie Tanguay, la puerta vecina, la pausa momentánea antes del chorro de orina. Se sonaría con fuerza la nariz, volvería al

escritorio, y, al cabo de unos minutos, se revolverían en su interior las ganas de llorar, de berrear a gritos.

Su mano, por un reflejo propio y tenaz, se levantaba para tocarle el pelo una y otra vez. En cada ocasión, el desconcierto la sobrecogía ante aquella cosa abrupta que acababa debajo de sus orejas. Se sentía espantosa. Y en el lavabo había confirmado que lo estaba, a pesar de que había apartado enseguida los ojos del espejo. Quería rasguñarse las mejillas, desfigurarse por completo. Se imaginaba cortándose con una navaja largos surcos hasta que su cara quedaba bañada en sangre, mutilada.

Pero, si hacías cosas así, te enviaban a Augusta. Al manicomio. Su madre solía hablar de una mujer mayor, llamada Lillian, que había sido enviada al manicomio; los empleados allí cobraban poco y por lo tanto no eran demasiado amables, e Isabelle decía que a veces Lillian se quedaba sentada en medio de sus propias heces porque a nadie le apetecía limpiarla. Que se quedaba sentada allí, mirando a la pared.

—¡Yujuu! La tierra llamando a Amy. ¡Yujuu!

Amy miró rápidamente a Fat Bev.

—¿Estás bien? —preguntó Bev—. Tienes cara de que se te ha fundido la batería.

—¿Cómo sabe uno si está loco? —soltó Amy, inclinándose sobre su escritorio.

—No lo estás —respondió Bev con calma, como si la pregunta fuera de esperar— mientras pienses que puedes estarlo.

Amy se lo planteó, mordiéndose despacio la piel tierna del interior de la mejilla.

—¿O sea que los locos creen que son normales?

—Eso es lo que dicen. —Fat Bev le ofreció a Amy un tubo de Life Savers—. Pero, te diré... —suspiró Fat Bev, alzando las cejas con una especie de agotamiento enternecido y absoluto—, yo a veces pienso que estoy loca. O muy cerca.

—A mí no me lo parece —dijo Amy—. Me pareces totalmente normal.

Fat Bev sonrió, pero casi con tristeza.

—Qué buena chica eres. —Y luego—: Bah, lo más probable es que todos estemos locos.

Amy masticó ruidosamente un Life Saver; Isabelle no podía soportar aquel ruido y, al recordarlo, Amy se detuvo, llevándose la mano a la boca con un gesto

de disculpa. Pero Fat Bev no dio muestras de haber oído nada.

—Excepto que si estamos todos locos —insistió Amy, todavía inclinada sobre su escritorio, sobre el escritorio de Dottie Brown—, ¿cómo es que a algunas personas se las llevan al manicomio y a otras no?

Fat Bev asintió con la cabeza como si hubiese reflexionado también al respecto.

—Porque se comportan como locos —asintió otra vez—. No importa que te sientas loca. Mientras no te comportes como si lo estuvieras. —Tamborileó con sus uñas rosa sobre el escritorio, a modo de puntuación—. No hables sola en público; date una ducha de vez en cuando. Levántate por las mañanas y vístete. Así lo veo yo. Si uno sigue pasando por el aro, todo bien. Nadie va a encerrarte mientras sigas pasando por el aro como se supone que debes hacer.

Amy asintió despacio. Y se le ocurrió que durante algunos días tenía que evitar mirarse en el espejo. Se vio a sí misma en el aparcamiento después del trabajo, esperando al lado del coche a que su madre le quitara el seguro a las puertas; tendría que volver la cabeza y alzar la vista por encima del río moribundo de agua marrón, en vez de mirarse en la ventanilla del coche. Por la mañana, se levantaría, se vestiría e iría otra vez al trabajo. Lo haría cada día, hasta que pasara el tiempo y todo fuera diferente. Hasta que ella y Mr. Robertson estuvieran juntos otra vez. Le dirigió una sonrisa vacilante a Fat Bev.

—Otra cosa —dijo Bev, levantando brevemente una mano pedagógica, antes de volverse hacia su máquina de escribir—. Nunca te pongas pintalabios en los dientes. Cada vez que veo a una mujer con los dientes pintados, me digo: «Seguramente está loca. Chiflada».

Amy asintió con expresión seria.

—Bueno —dijo por fin, con un suspiro—, no es que yo use mucho lápiz de labios.

—Deberías usar —dijo Bev, tecleando tranquilamente en la máquina con las coloridas uñas de sus dedos—. Te quedaría estupendo, te lo digo yo.

A Avery Clark no le gustaba ir a trabajar desde que Amy Goodrow estaba allí. Era embarazoso. Por ejemplo, aquella mañana, cuando iba por el pasillo hacia el ascensor para bajar a Envíos, Amy había salido del lavabo de mujeres y se habían encontrado, solos en el pasillo, caminando frente a frente en silencio.

Podía haber sentido lástima; de hecho había sentido un poco de lástima al verla sonrojarse y agachar la cabeza (el pelo le quedaba raro, en su opinión, casi parecía enferma); salvo que cuando ella se acercó, levantando la vista y pronunciando un «hola» casi inaudible, él vio o creyó ver un parpadeo de sorna en medio de su malestar, y esto lo enfureció.

—Hola —dijo con frialdad, y al llegar al ascensor le dio un puñetazo al botón.

«Asquerosa. Sucia».

Cuando pensaba en ella, en lo que había visto aquel día (trataba de no recordarlo, pero el recuerdo volvía una y otra vez), sentía la misma furia. A veces, cuando estaba en la cama con su esposa también la sentía. Se sentía viejo, y le parecía que la vida le negaba demasiado.

A su mente acudían palabras vulgares, y sabía que de haber sido otra clase de hombre habría contado a sus amigos lo que había visto aquel día en el coche aparcado en el bosque. «Un par de melones increíbles —habría dicho—. Qué par de tetas». Pero no era esa clase de hombre, y no le decía esas cosas a nadie.

Cuando se lo había contado a su esposa, había descrito la escena con cautela, a grandes rasgos. Ambos habían renegado en silencio hasta la hora de dormir, asombrados, comentando lo poco que sabían de la vida de Isabelle. «Por el bien de Isabelle, no vamos a contárselo a nadie», Avery le había advertido a Emma, y Emma había dicho que por supuesto, y que realmente era una pena.

# *Catorce*

Así, para Amy e Isabelle, la vida había cambiado por completo. Cuando hablaban, las palabras parecían bloques de madera que se negaban a atravesar el aire. Si sus miradas se cruzaban por casualidad al bajar del coche o al salir del comedor, apartaban enseguida la vista. En la casita, se cedían el paso como si estar cerca una de otra fuera peligroso. Pero esto sólo las hacía más conscientes la una de la otra, las unía en una intimidad perversa, siempre vigilante, en la que reconocían con más precisión los ruidos que cada una hacía al masticar, y registraban con más perspicacia el olor húmedo que cada una dejaba en el lavabo, y sabían incluso cuando la otra dormía, por las vueltas sigilosas que ambas daban en la cama de noche, separadas por la delgada placa de yeso del tabique.

Isabelle no sabía cuánto tiempo podrían seguir así. Era ridículo que tuvieran que cenar frente a frente cada noche, que vivieran juntas, que trabajaran juntas, que fueran juntas a la iglesia el domingo y se sentaran en el mismo banco, tan cerca que, al levantarse para cantar los himnos, se olían el aliento. Por la mente de Isabelle había cruzado la idea de mandar a la niña a vivir río arriba con su prima, Cindy Ray, pero semejante decisión requeriría explicaciones y no estaba preparada para dárselas a nadie; y, sobre todo, ella misma no estaba preparada para separarse de su hija.

Así que tenían que aguantarse mutuamente. Cada una sentía que sufría más que la otra. En realidad, a veces pensaban que sufrían más que nadie, hasta tal punto que cuando las noticias informaron una noche de que un perro de granja había recuperado en el campo un calcetín de Debby Kay Dorne, y la niña fue dada por muerta oficialmente, tanto Amy como Isabelle, sin mirarse, viendo en silencio la televisión, se permitieron el lujo de pensar que sus situaciones respectivas eran de algún modo peores.



Amy pensó: «Por lo menos la madre de Debby la quería. Por lo menos todos lo lamentan. Por lo menos ella está muerta y ya no siente nada». (Y todos lo lamentaban.)

Isabelle, que tenía edad para ser más sensata, para saber que, en realidad, no había peor sufrimiento que el de aquella madre, no podía dejar de pensar que, por lo menos, la chica había sido un primor. Por lo menos no había estado mintiéndole a sangre fría a su madre durante semanas y semanas.

Isabelle se levantó y apagó el televisor.

—Me voy a dormir —dijo.

Amy estiró las piernas y se puso las manos detrás de la cabeza.

—Buenas noches —respondió, mirando al frente.

Isabelle, acostada en su cama en medio de la oscuridad del verano, de aquella oscuridad tan blanda y porosa que casi se palpaba con los dedos, sintió la necesidad de repasar todo en su mente una vez más, como le ocurría las últimas noches, como si esa repetición temible fuese la única manera de asimilar su situación y la de su hija.

El día que Avery Clark descubrió a Amy y a Mr. Robertson dentro del coche en el bosque, Isabelle salió del molino convencida de que no era verdad. Estaba extrañamente lúcida, pero su cuerpo manifestaba síntomas de crisis inminente: la barbilla y las yemas de los dedos le hormigueaban, las piernas le temblaban tanto que apenas podía conducir, tenía entrecortada la respiración. Tenía que haber un error, y no era verdad.

Pero, tras cruzar el umbral, gritando «Amy», al encontrar a su hija sentada en el borde del sofá de la sala con las rodillas apretadas una contra otra, se dio cuenta, por la palidez del rostro de Amy, sobre todo por sus labios absolutamente lívidos de que lo que Avery tan inesperadamente le había contado, en efecto, era cierto.

Aun así, Isabelle no lo comprendió de inmediato. No lo comprendió todo de inmediato. En su cabeza, a Amy le había ocurrido algo terrible aquel día. No alcanzaba a registrar del todo las implicaciones de lo que tenía que haber estado ocurriendo en el pasado, ni a pensar en lo que todavía podía pasar en un futuro; la desbordaba el vértigo del momento.

La luz de media tarde que entraba por la ventana parecía suspendida en

medio de una sala apenas vagamente familiar: nunca estaban juntas a esa hora, salvo los fines de semana, y eso era muy diferente. Desde el principio, el ambiente se hizo opresivo, como si estuvieran en el cuarto de un enfermo; las cuatro de la tarde siempre había sido la hora más triste del día para Isabelle, incluso en primavera, o más bien sobre todo en primavera.

Se acercó a Amy despacio y se arrodilló para mirar el rostro pálido de la niña.

—Amy —le dijo—. Esto es grave. Lo que Avery Clark acaba de contarme es muy, muy grave.

Amy miraba hacia delante, los ojos ausentes, casi muertos.

—Cuando un hombre lleva a una chica en coche al bosque y la obliga... cuando la obliga a hacer ciertas cosas...

—No fue así.

Amy se volvió rápidamente hacia su madre y apartó la cara. Isabelle se puso en pie.

—Avery no dice... —Vio que los ojos de su hija se desplazaban hacia un lado y miraban al vacío otra vez—. ¿Quieres decir que no te obligó? —dijo.

Amy no respondió, no se movió.

—¿Es eso lo que estás diciendo?

Amy levantó un poco la cara.

—Contéstame, Amy.

—No, no me obligó, mamá.

Isabelle se sentó en el brazo del sofá, síntoma de que se hallaban en una auténtica emergencia; nunca se sentaba en los brazos de los muebles.

—Amy.

Pero, después, al cabo de semanas, ya no podía recordarlo, no lo recordaba todo: sólo conservaba algunas imágenes sueltas: ella sentada un rato en el brazo del sofá, esa luz mórbida de cuarto de enfermo, la palidez espantosa de Amy, su expresión hermética, el terror que se sentía en el aire.

Isabelle, sin embargo, reaccionó al principio con mucha calma. Si podía hablarse de calma, pues tenía la boca reseca, y una pierna le temblaba tanto que tuvo que dejar el sofá y caminar por la habitación. Pero, en su interior, al principio, afloró cierta grandeza, de modo que al evocarlos más tarde entendía mejor la frase: «estar a la altura de las circunstancias»; pues algo en su interior se había elevado y se había puesto a la altura. Algo, que la sorprendía y la admiraba, se había apoderado de ella, como si durante años hubiese estado

preparándose para una crisis de esa naturaleza.

Así que, al dirigirse a Amy, le habló con cariño y trató de enterarse de cuanto pudo, y aunque Amy seguía sin mirarla a los ojos y con los labios muy pálidos, respondió con suficiente desdén («No, claro que no»), con el suficiente sarcasmo para que la respuesta fuera creíble, cuando ella le preguntó, con voz especialmente tranquila y cariñosa, si había realizado el acto sexual.

—Eres muy inocente —dijo Isabelle, arrodillándose de nuevo en busca del rostro pálido de Amy. Amy giró la cabeza hacia arriba y volvió la cara, con una mueca muda como la que hacía de niña montada en su cochecito, cuando Isabelle se agachaba para limpiarle restos de comida de la boca—. Y pueden haberse aprovechado de ti —continuó Isabelle, como si le hablara de hecho a esa niña pequeña— sin que te hayas dado cuenta de lo que pasaba exactamente.

Entonces fue cuando por primera vez Isabelle sintió que había perdido a su hija y que todo era mucho más tenebroso de lo que había imaginado; la expresión de la cara de su hija, la chispa de mudo desprecio que había encendido sus palabras, la mueca pasajera en la que Isabelle había reconocido una muestra de condescendencia, la sumieron en una tormenta enfermiza de aprensión. La calma que la había acompañado hasta allí empezó a ceder.

Se levantó y retrocedió hasta la ventana, y se apoyó contra la pared.

—Hoy en el coche no ha sido la primera vez —afirmó, y Amy pareció admitir con su silencio que era verdad—. ¿No es cierto?

Amy negó con la cabeza.

—¿Cuándo empezó?

Sin lugar a dudas, Isabelle había entrado en estado de shock desde que Avery Clark la había llamado a su despacho. Sin embargo, sólo en aquel punto de su conversación con Amy la habitación pareció cambiar de tamaño; le costaba un extraño esfuerzo calcular las distancias, y tenía que entrecerrar los ojos para enfocar a su hija.

La chica hizo el amago de encogerse de hombros.

—No lo sé.

—Amy, no hagas eso.

Amy le echó una mirada rápida; Isabelle vio sus ojos estremecidos de miedo y comprendió por este miedo cuánto más permanecía oculto. Una certeza inasible afloró en su mente, en cuanto asimiló el gesto de superioridad que había cruzado la cara de Amy segundos antes, cuando la había tratado como a una niña.

—¿Cuándo empezó esto? —repitió Isabelle.

Se apoyó en el alféizar, porque su pierna se sacudía sin control, y la plantó con firmeza contra el suelo.

Amy bajó la vista hacia la alfombra. En un gesto de timidez que había adquirido de pequeña, se llevó una mano a la boca («Sácate la mano de la boca», le ordenaba sin tregua Isabelle) y dijo:

—Empezamos a hacernos amigos en el invierno.

—¿Desde el invierno?

—No, o sea...

—O sea ¿qué?

La chica parecía incapaz de responder y, detrás de su mano, sus labios se abrieron y se cerraron a medias.

Y así habían proseguido. Isabelle interrogaba a Amy, sintiéndose cada vez más al borde de la histeria... En un momento, corrió hacia Amy, se sentó a su lado en el sofá y tomó sus manos entre las suyas.

—Amy, corazón. Un hombre así... Ay, Amy. Un hombre así es un enfermo. Dios mío, si te pones a pensar...

Pero Amy, negando con la cabeza, sacó las manos de entre las de su madre.

—No es así, mamá. No es lo que tú piensas.

El color había vuelto a sus labios.

—Entonces dime qué es, Amy.

Que Amy hubiese retirado las manos cuando se las cogía con tanto amor le pareció no sólo un rechazo, sino algo profundamente injusto. Se puso de nuevo de pie y recorrió la habitación hasta caer en la silla tapizada de verde, donde durante más inviernos de los que podía recordar se había sentado las tardes de los fines de semana a ver a los pájaros que iban a comer en el alféizar.

—No es un buen hombre, Amy —dijo, intentándolo otra vez—. Tú no le importas. Esos hombres son así. Dice que le interesas porque quiere lo que quiere.

Amy dejó de mirar la alfombra y le clavó los ojos con expresión de alarma.

—Él me quiere —dijo de golpe, entre lágrimas rebeldes e infantiles—. Yo le gusto, sí que le gusto.

Isabelle murmuró, cerrando los ojos:

—Dios mío. Esto me pone enferma.

Y de verdad se sentía enferma: sentía un ardor en el estómago, la boca sucia, como si no se hubiera lavado los dientes en una semana. Cuando abrió los ojos,

Amy miraba la alfombra, esta vez con la cara crispada por el llanto, y una mucosidad reluciente goteaba de su nariz.

—Tú no sabes cómo es el mundo —le dijo Isabelle con suavidad, también casi llorando, inclinada hacia delante en la silla tapizada de verde.

—¡No! —Amy habló de repente, a gritos, plantándole cara a su madre—. ¡Tú sí que no sabes cómo es el mundo! ¡Nunca vas a ninguna parte, nunca hablas con nadie! No lees nada... —Titubeó, pero dio un manotazo hacia un lado como para darse impulso y continuó—: ¡excepto las estupideces del *Reader's Digest*!

Se sostuvieron la mirada hasta que Amy apartó los ojos.

—Ni siquiera vas al cine —añadió, aún con lágrimas de rabia—. ¿Cómo vas a saber cómo es el mundo?

Eso lo cambiaba todo. Para Isabelle, lo cambiaba todo. Al recordarlo semanas después, en la suave oscuridad de la noche, una estela de intenso dolor le crispaba el pecho, como cuando lo había oído la primera vez; sentía que se tambaleaba, aunque no estaba moviéndose, y el corazón le palpitaba a un ritmo absurdo. Porque la humillación había sido espantosa. Pronunciar mal el nombre de aquel poeta podía no ser un defecto moral, pero tampoco importaba en el fondo. La verdad era que Amy había dado en el blanco y le había asestado un golpe más potente del que quizás había tenido en mente o incluso del que imaginaba que podía asestar.

Isabelle, que había recibido el mazazo sentada en la silla verde (pasaría un año antes de que se sentara en esa silla otra vez), se había quedado callada un buen rato, como si para asimilarlo tuviese que permanecer en silencio, y había dicho finalmente en voz baja:

—No tienes ni idea de lo que ha sido criar sola a una hija.

Lo que no hizo, y tenía tantas ganas de hacerlo que casi podía sentir la forma de las palabras en su boca, fue gritar: «¡Se suponía que tú ni siquiera debías nacer!».

Cada vez que repasaba en la mente aquella escena pavorosa, como entonces en las tinieblas de su habitación, se concedía un gesto de aprobación, porque, en realidad, había sido muy bondadoso por su parte no decir algo semejante.

Pero estaba dolida. El recuerdo hacía revivir el dolor, y aunque no recordaba todo lo que había pasado aquella tarde, recordaba muy bien la sensación enfermiza y creciente de que vivía con una hija que apenas conocía. Recordaba que habían estado sentadas en silencio, hasta que ella, Isabelle, se había levantado y había abierto la ventana; fuera, el aire estaba igual de tibio y

estancado que dentro de la habitación, y ella se había recostado en el alféizar.

—En todo caso, ¿quién es ese hombre horrible, ese tal Robertson? —dijo por fin—. ¿De dónde ha salido?

—Él no es horrible.

Estas palabras enardecieron a Isabelle.

—Para empezar —le dijo a su hija con voz cortante—, lo que hizo es ilegal.

Amy entornó los ojos, como si ése fuera otro indicio de lo ignorante y provinciana que era su madre.

—No hace falta que hagas muecas, jovencita —dijo Isabelle, a punto de estallar de cólera—. ¡Anda, piensa si quieres que tu madre es una imbécil analfabeta y que es demasiado estúpida para entender la verdadera vida, pero déjame decirte que eres tú la que no entiende nada!

Y ya entonces todo fueron gritos terribles e insensatos, acerca de cuál de las dos era más estúpida.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Amy.

—Mamá —suplicó—, yo sólo estaba diciendo que no sabes nada sobre Mr. Robertson. Es un hombre bueno. Nunca quiso...

—Nunca quiso ¿qué?

Amy se mordió la piel en torno a la uña del pulgar.

—Nunca quiso ¿qué? ¡Contéstame!

Amy se estranguló el pulgar con el puño y miró angustiada al techo.

—Fui yo la que lo besó primero —dijo, pálida otra vez—. Él no quería. Dijo que no lo hiciéramos otra vez, pero yo seguí.

—¿Cuándo? —A Isabelle le palpitaba el corazón.

—¿Qué?

—¿Cuándo? ¿Cuándo pasó?

Amy alzó los hombros en un ademán vacilante.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—No me acuerdo.

Mientras miraba la pálida cara de su hija, sus ojos elusivos, Isabelle sintió que una certeza calaba trabajosamente en su interior: la chica había estado viviendo una doble vida; era muy distinta de como ella creía que era, y ella ni siquiera le agradaba. («No lees nada excepto las estupideces del *Reader's Digest*».)

Isabelle sólo contó el final de la escena una vez, años más tarde, cuando su

vida había cambiado mucho. Amy, de mayor, se lo contó a varias personas, antes de darse cuenta de que, a la larga, era una historia de tantas que no significaba nada para nadie más.

Pero significaba mucho para ellas, para Amy y para Isabelle, y aunque con el tiempo olvidarían algunos pormenores y otros los recordarían de modos distintos, ambas recordarían siempre ciertos apartes de la escena. Por ejemplo, cómo Isabelle había arrojado por la habitación los cojines del sofá, gritando que ese engendro de Mr. Robertson no era más que un chulo. Uno de los cojines arrastró una lámpara, y la bombilla se hizo añicos contra el suelo, y Amy, como una niña aterrorizada, empezó a gritar: «¡Mamá!».

El grito trajo consigo una imagen de cuando Amy era pequeña, una pequeña niña de rizos rubios, sentada al lado de Isabelle cuando iban en el coche por las mañanas a la casa de Esther Hatch. «Mamá», decía a veces Amy con voz dolida, tratando de coger su mano.

El recuerdo era angustioso en aquel momento, y aunque Isabelle sentía deseos de correr hacia aquella niña pálida, alta, adolescente, dejó caer en cambio un puñetazo sobre el respaldo del sofá, y le dolió, y gritó: «¡Maldita sea!». Vio sacudirse de miedo los hombros delgados de su hija, y el hecho de que su hija tuviera miedo sólo enardeció su ira; sintió que en su interior se había desatado algo enorme, algo que debía remontarse a través de generaciones y que había estado tomando impulso durante años, no sabía qué, pero algo terrible que había sido liberado.

Salió a buscar a Mr. Robertson.

El nombre no aparecía en la guía de teléfonos, así que Isabelle cogió el auricular y, con una voz singularmente jovial, consiguió en Información el número de teléfono y la dirección de Thomas Robertson.

Mientras conducía, era extrañamente consciente del coche, del traqueteo que producía la estructura metálica al remontar las cuestas y al tomar las curvas, del brevísimo instante que transcurría desde que ella hacía girar el volante hasta que el coche respondía con un movimiento que recordaba a un ser vivo, desconcertado y viejo pero obediente. Entre temblores, saltos, ligeros chillidos de las ruedas, el coche obedecía sus órdenes.

El hombre vivía en el tipo de edificio de apartamentos que Isabelle

despreciaba; de materiales baratos, pintado de gris, era una farsa del encanto de Nueva Inglaterra, que incluía dos cercas blancas inservibles (de plástico, rígidas) a los lados del sendero de la entrada. El vestíbulo olía como un hotel, y, al tocar en la puerta del apartamento, Isabelle oyó un estrépito de ollas y sartenes del otro lado del pasillo: debía abstenerse a toda costa de levantar la voz.

Al parecer, Mr. Robertson estaba esperándola. Ella lo comprendió días después, cuando, al reconstruir la escena, recordó la hostil complacencia con que había abierto la puerta y concluyó que Amy debía de haber llamado para advertirle de su visita. De lo que se dio cuenta enseguida fue de que entre aquel hombre y su hija existía una conspiración.

Era pequeño, y estaba descalzo.

—Soy la madre de Amy Goodrow —dijo Isabelle, y, al oír su propia voz recia y cortante, percibió que de algún modo todo era un error—. Quiero hablar con usted. Por favor.

Lo dijo con calma, tratando de parecer superior e indiferente, lo cual era desde luego ridículo; se sentía absolutamente desesperada.

—¿Sería tan amable de pasar?

El hombre se inclinó ligeramente y dejó caer los párpados como burlándose de ella. Más tarde cayó en la cuenta de que probablemente se burlaba. Parecía cansado, como sonámbulo; sus pies descalzos, planos y blancos al final de los vaqueros, la ofendieron con su desnudez.

Isabelle pasó a su lado y entró en una sala cuadrada y vacía, en las paredes no había cuadros, un televisor pequeño reposaba sobre una caja; antes de volverse hacia el hombre, echó una mirada a través de una ventana entreabierta. Fuera, había sólo un árbol. Parte de un árbol, un arce, que crecía muy cerca del edificio, de modo que las hojas verdes y abundantes, moteadas por el sol vespertino, se agolpaban contra la ventana como si quisieran llegar hasta ella. Escuchó su suave murmullo durante un momento.

La visión fugaz del árbol al anochecer le produjo una sensación de pérdida absoluta, una tristeza como ninguna otra en su vida, y, sin acabar de entender por qué, creyó que iba a desmoronarse en el suelo. Sin embargo, se volvió hacia el hombre y dijo con suavidad:

—¿Usted es Mr. Robertson?

El parpadeó despacio, sin acabar de cerrar los ojos.

—Sí. ¿Le apetece sentarse?

La barba poblada le cubría la boca. Al hablar, movía la mandíbula como una



marioneta.

—No. No, gracias.

La fatiga casi la hizo sonreír. De hecho, sintió que las comisuras de su boca se curvaban tenuemente hacia arriba, y, durante un momento singular, tuvo la sensación de que estaban trabajando juntos, unidos por algún acuerdo ante la catástrofe.

Pero en cuanto lo pensó se dio cuenta de que era falso: por parte de él no había el menor atisbo de sonrisa. Isabelle vio, en cambio, que la miraba con atención, como quien investiga los puntos débiles del contrario.

—Pero, por favor —dijo Isabelle—, si usted quiere, siéntese.

El se sentó en el borde de un sofá de vinilo gris, todavía vigilante, con el cuello echado hacia delante y los antebrazos sobre las rodillas.

—Déjeme decirle que estoy al tanto de ciertas leyes —dijo ella, y procedió a recitar con prisa cuanto sabía.

Entonces pensó que lo había impresionado, pero al evocarlo más tarde (era tanto lo que no podía recordar), le parecía que había cometido un error tremendo, que no tendría que haberse delatado de ese modo.

Porque al final Mr. Robertson había «ganado». Al final, había conservado su dignidad y había conseguido destruir la suya. No había aflorado en palabras, pero ambos lo sabían. Isabelle no podía recordar ni descifrar exactamente cómo había ocurrido.

Ella expuso su caso con concisión: lo quería fuera del pueblo.

—Desde luego preferiría llamar a la policía —dijo suavemente—, pero mi preocupación central es Amy, y no quiero hacerla pasar por eso.

El hombre se quedó callado, observándola con curiosa indiferencia. Se deslizó hacia atrás en el sofá de vinilo y cruzó las piernas, audazmente cómodo.

—¿He sido clara? —preguntó Isabelle—. ¿Hay algo que no entienda?

—Absolutamente. Veo muy claro el cuadro.

El aspecto de la sala hacía pensar a Isabelle cada vez más en la habitación temporal de un universitario; había unas cintas sobre un estante junto a la puerta, y casi todas las hojas estaban marrones y dobladas por la mitad. Mr. Robertson se pasó la mano despacio por la frente, levantándose el pelo castaño con un gesto que a ella le produjo escalofríos, y dijo que, si le parecía bien, podía abandonar el pueblo al día siguiente.

—¿Así nada más?

—Sí. —Mr. Robertson se levantó y dio unos pasos hacia la puerta, como

para indicar que había concluido la entrevista—. No tengo razones para quedarme —añadió, con la palma en alto, como si las palabras y el ademán fuera garantía de que decía la verdad.

Sin embargo, el comentario implicaba que Amy le era indiferente; y aunque Isabelle se habría ofendido muchísimo si él hubiese insinuado que Amy le importaba, se sintió todavía más ofendida de que no fuera así.

—¿Tiene alguna idea —dijo, dando un paso hacia él y achicando los ojos— del daño que le ha hecho a mi hija?

El hombre parpadeó rápidamente y luego ladeó la cabeza.

—¿Perdón?

Isabelle podría haberlo atacado, podría haberle arrancado el pelo de la cabeza para estrujarlo entre los dedos con trozos de piel todavía colgando de las raíces, podría haberle retorcido el brazo a través de la camisa de algodón hasta oírlo quebrarse dentro de la piel, habría podido matarlo, fácilmente. Se le nublaron los ojos, los objetos cambiaron de lugar.

—Se ha apoderado de una niña inocente y la ha marcado para siempre —dijo, y, con horror, vio que dos gotas de saliva salían disparadas de su boca y aterrizaban en la manga de la camisa de algodón.

El se miró el brazo, haciéndole saber con un gesto que se consideraba escupido, lo cual era increíblemente injusto, pensaba Isabelle, y rugía mentalmente cada vez que lo recordaba. Puso su mano en el pomo de la puerta.

—Mrs. Goodrow —dijo él, y ladeó la cabeza—. ¿Es Mrs. Goodrow, «señora»? Me temo que nunca lo he sabido con certeza.

Ella sintió la cara encendida.

—Es Mrs. Goodrow —murmuró, porque su voz se había agotado.

—Bien, Mrs. Goodrow. Me temo que tiene usted una visión muy poco clara de la situación. Amy bien puede ser menor de edad, y en este sentido hasta respetaría su posición, pero me temo que se engaña en lo que respecta al temperamento de su hija, que no sólo es notablemente atractiva sino también bastante apasionada.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Isabelle, mientras el corazón le daba un vuelco tras otro.

El hombre hizo una pausa y recorrió con la vista la habitación.

—Digamos que Amy no tenía demasiado que aprender, Mrs. Goodrow.

—Vaya —dijo Isabelle—, es usted un monstruo. Realmente es un monstruo. Lo voy a denunciar. Es despreciable... ¿lo sabía? —Dio un paso adelante,

escrutándolo, con los ojos bañados en lágrimas, la voz enronquecida—. Un ser despreciable. Voy a llamar al superintendente, al director, a la policía.

Él se mostró más que dispuesto a sostenerle la mirada. Sus ojos castaños, impenetrables detrás de los cristales de las gafas, no delataron ninguna indicación de que lo intimidase la amenaza. Fue Isabelle quien apartó los ojos (nunca, ni siquiera de niña, había podido enfrentarse a alguien mirándolo a los ojos más de dos segundos) y fue entonces cuando vio los libros en el estante, bajo las cintas moribundas. *La obra de Platón*, leyó, y vio al lado un libro blanco con una mancha circular de café encima del título, *El ser y la nada*. Antes de volverse leyó: *Yeats: Obras Completas*.

Thomas Robertson la vio mirando los libros. Al encararlo, Isabelle leyó en sus ojos que él había obtenido la victoria definitiva. Y, al cabo de un momento, el hombre dijo:

—Creo que es mejor que no denuncie nada. Me iré mañana.

Ella se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—Usted me parece abominable.

Él asintió tenuemente.

—Entiendo que se sienta así.

La puerta se cerró despacio, con un chasquido.

De camino a casa, Isabelle pensó que no tendría que estar conduciendo un automóvil. Éstas fueron las palabras que acudieron a su mente, como sacadas del rótulo de una caja de comprimidos para la gripe (*No conducir vehículos automóviles*), porque su habilidad para calcular las distancias y sortear las curvas y las señales de stop se hallaba seriamente afectada. No sentía, como en el viaje de ida, que dominaba y controlaba el coche. Apenas era consciente de que iba en él. Sólo existía para ella la imagen de Thomas Robertson, parpadeando despacio, y el eco hiriente de sus palabras: «Entiendo que se sienta así».

Lo odiaba porque era listo. Era más listo que ella, y lo odiaba por eso. Era una especie de *hippy* listo, porque sin duda que había sido *hippy*, y probablemente había vivido en una comuna, fumando marihuana, llevándose a la cama a quien le apetecía.

Claro que lo peor era lo que había dicho sobre Amy, lo que había insinuado sobre Amy.

Y habían estado hablando de ella. Comprendió, camino a casa, que habían hablado de ella en sus abominables encuentros. Era perceptible en la manera en que él bajaba despacio los ojos (¿Es Mrs. Goodrow?). Sabía algo sobre ella. Pero ¿qué podía saber? ¿Que era estricta? ¿Que tenía pocos amigos? ¿Que trabajaba en la fábrica? ¿Que había pronunciado Yits en lugar de Yeats? Sí, eso probablemente lo sabía, e Isabelle sintió la cara en llamas.

Al doblar en la entrada de casa, la furia y el dolor eran tan profundos que no podía creer que nadie pudiera sentirse así y seguir con vida. En los escalones del porche, se preguntó con toda seriedad si moriría allí mismo, al abrir la puerta de la cocina. Tal vez la muerte era así, así eran los instantes finales en que a uno lo arrastraba la gran ola, sin que le importara ya, porque ya nada importaba: todo había acabado y el final estaba allí.

Excepto que no iba a morir. La cotidianidad de su vida revivió cuando las llaves cayeron sobre la mesa de la cocina. Eso era lo que tenía que padecer. Sintió que no podía soportarlo, y la ira la sacudió por dentro. Las piernas le temblaron al subir las escaleras.

# Quince

Como Isabelle conjeturó más tarde, Amy llamó por teléfono a Mr. Robertson después de salir su madre. Se asomó primero a la ventana de la cocina para cerciorarse de que el coche no regresaba de repente. El coche no regresó, y, en cuanto Mr. Robertson contestó el teléfono, Amy se echó a llorar y le contó lo que había pasado desde que Isabelle había vuelto a casa.

—La odio —concluyó—, cómo la odio.

Se sonó la nariz húmeda con los dedos.

Hubo una pausa larga del otro lado del teléfono, y, tras sonarse de nuevo, Amy preguntó:

—¿Todavía estás ahí?

—Aquí estoy —dijo Mr. Robertson, pero para sorpresa de Amy no dijo nada más.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Amy—. O sea, ¿qué le vamos a decir?

Apartó el auricular del teléfono para que no la oyera llorar; las lágrimas resbalaban por su cara.

—No le cuentes nada más —aconsejó Mr. Robertson—. Déjame el resto a mí. Yo me encargaré de todo. Cuando vuelva a casa no le cuentes nada más. — Su voz, sin embargo, sonaba extrañamente inexpresiva; podría estar hablando dormido. Incluso cuando dijo—: Amy, todo saldrá bien. Al final todo saldrá bien.

Un nuevo temor la recorrió al colgar. En su mente, vislumbró un mar negro e inmenso; ella y Mr. Roberson se alejaban flotando entre las olas negras, bajo la negra noche.

Pero no. Si él decía que todo saldría bien, quería decir que la amaba. Se lo había dicho justo aquel día «Sabes que nunca te faltará amor, ¿verdad?». Él la amaba. Se lo había dicho. Ella tendría que habérselo dicho a su madre, porque su

madre no lo entendía.

Amy subió las escaleras. Tal vez, Mr. Robertson le diría a su madre: «Amo a su hija y queremos estar juntos». ¿Le diría eso a Isabelle? Y ¿cómo lo diría exactamente? Después de todo, era un adulto y sabría qué hacer, razonó Amy, antes de tropezar de improviso en el último escalón; había pensado que todavía faltaba otro escalón y había puesto demasiado pronto el pie en el suelo. Se apoyó en la pared para recobrar el equilibrio y entró en su cuarto.

Se sentó a esperar a que volviera su madre. Se sentó en el banquito forrado de tela frente al espejo, y, al cabo de un rato empezó a cepillarse el pelo, y se le ocurrió que su madre podía volver con Mr. Robertson. El sol del final de la tarde, que en aquellos días de junio se demoraba algunos minutos detrás de su ventana, derramaba una bruma de luz pálida sobre su pelo, que parecía tejido de hilos de oro como en los cuentos de hadas. Esto fue lo que pensó al verse en el reflejo. Pero se sentía enferma. Se sentía como si hubiera acabado de vomitar, y todavía tuviera ganas de vomitar otra vez.

Y todo era tan extraño: el cepillo que tenía en la mano, el cuaderno de la escuela tirado encima de la cama, pertenecían a una vida que apenas podía recordar. Desde que Isabelle había descubierto que un hombre la amaba, todo era diferente.

Porque la amaba. Había dicho: «Sabes que nunca te faltará amor, ¿verdad?». Ella lo había sabido, cuando entraba en el aula después de la escuela y él sonreía, pero sobre todo aquel día, cuando la había tocado en el coche. Había sido todo indescriptiblemente íntimo. Cuando dos personas hacían algo así... era increíble cuánto se amaban. Después de eso tenían que estar juntas.

Mr. Robertson se lo diría a su madre: no había remedio, la gente se enamoraba. Tal vez le diría incluso que al cabo de unos años (después de todo, su esposa lo había dejado) quería casarse con Amy. Se imaginó viviendo con él, se lo imaginó vaciando los cajones de una cómoda para que ella pusiera dentro su ropa, entregándole el primer día una toalla limpia y una esponja antes de decir: «Ven, Amy. Estas son las tuyas».

La puerta de la cocina se cerró de golpe, y las llaves cayeron en la mesa; luego se oyeron los pasos de su madre en la escalera.

Amy puso el cepillo en el suelo sin ruido, como si tenerlo en la mano fuera algo malo. El sol, que abandonaba la habitación, cayó por última vez sobre su pelo cuando se volvía hacia su madre, que apareció en el umbral sin aliento.

—Se marcha del pueblo mañana —dijo Isabelle, con el pecho agitado por los

jadeos—. Deberían meterlo en la cárcel.

Amy abrió la boca. Se sostuvieron la mirada hasta que su madre se dio la vuelta y cruzó el pasillo hacia su cuarto.

Amy miró alrededor, confusa. Debía correr escaleras abajo y salir a la carretera, para alcanzar a Mr. Robertson. Se vio dando traspiés por la carretera a lo largo del pantano, bajo los pinos, divisando el coche que se acercaba en su dirección, haciéndole señales desesperadas con los brazos. La idea de que él se marchara la llenaba de pánico. Pero no se marcharía sin ella.

—Vaya, mírate. —Su madre estaba otra vez en el umbral. Tenía en la mano las tijeras de costura de mango negro—. Mírate ahí sentada —dijo, en un susurro, adentrándose en el cuarto.

Amy pensó que su madre iba a matarla. Pensó que iba a clavarle las tijeras, porque parecía enloquecida, otra persona. Se acercó con el brazo en alto, la cara ausente y pálida de ira, y Amy también levantó el brazo y agachó la cabeza («Mami, no»), pero su madre le apartó de un golpe el brazo, un puño la agarró por el pelo, las tijeras chasquearon al cortar, un manojo de pelo, una sacudida de su cabeza, y otro manojo más. Una avalancha de terror se abatió sobre Amy, arrastrando en un remolino olores olvidados tiempo atrás, el sofá de la casa de Esther Elatch, el viaje en coche hasta allí, los corazones podridos de las manzanas y la arena en los ojos, la dureza invencible de la cabeza de plástico de su muñeca, el calor rancio de un radiador, los lápices de colores derretidos.

Inclinada hacia delante, casi de pie, sacudiéndose cada vez que su madre la agarraba por el pelo, con el cuero cabelludo doliéndole como si lo tuviera en carne viva, Amy se oyó gritar medio ahogada:

—¡Mami, no! ¡Por favor, mami! —Y oyó luego un ruido repentino, gutural—: ¡No lo hagas!

Las tijeras siguieron chasqueando una y otra vez, recordaría el sonido a la perfección, lo oiría años después en sueños, y sus aspas metálicas centellearon en el espejo bajo el último rayo de sol, y luego Amy tuvo la peculiar sensación de que estaba torcida, de que su cabeza pesaba menos.

—A recoger. —Su madre retrocedió jadeando. Y de pronto chilló—: ¡Recoge este desorden!

Sollozando, Amy bajó a tropezones la escalera y cogió una de las bolsas de papel de estraza que había dobladas bajo el fregadero de la cocina. Regresó a su cuarto, subió a cuatro patas las escaleras como un animal intoxicado, arrastrando la bolsa de papel, que rasguñaba las paredes, y empezó a meter el pelo en la

bolsa, y al hacerlo empezó a gritar, porque coger con sus propios dedos los largos rizos era como alzar una pierna amputada que todavía llevaba puesto el zapato: aquello ya no era ella, gritó todavía más fuerte; ¿o era ella todavía?

Sentada en su cama del otro lado del pasillo, meciéndose con un puño contra el estómago, Isabelle repetía:

—No hagas tanto ruido, ¿vale?

Su habitación estaba casi a oscuras, pues el sol se había marchado. La penumbra se amontonaba en las esquinas, más y más espesa, hasta borrar la fina silueta de los pájaros azules del papel pintado, llevando consigo algo peligroso y definitivo.

Isabelle sintió luego ganas de coger las tijeras y cortarse el pelo. Quería cortar la colcha sobre la que estaba sentada, y toda la ropa que había en el armario. Quería entrar en el cuarto de baño y cortar las toallas, coser a tijeretazos el tapizado de los muebles del piso de abajo. Quería estar muerta y quería que su hija estuviera muerta para que ninguna de las dos tuviera que afrontar el deber insufrible de seguir viviendo. Incluso se le ocurrió encender el horno y dejar toda la noche el gas encendido mientras sostenía a Amy entre sus brazos en el piso de arriba, meciéndola para que se durmiera.

¿Quién era Amy? ¿Quién era la persona sobre la que ese hombre, ese extraño, había hecho tantas insinuaciones? ¿Quién era esa chica que Isabelle había hallado esa noche sentada ante el espejo, con las manos en el regazo como una niña burlescamente obediente, pero llena de vida, llena de luz, con los cabellos rubios relucientes y desordenados, tapándole parte de la cara y cayéndole sobre los hombros, con esa mirada, esa expresión de malicia en el rostro? ¿Quién era su hija? ¿Quién había sido?

—Por favor, Dios mío —suplicó en un susurro Isabelle, pasándose los dedos por la cara—. Ay Dios, por favor...

¿Por favor qué? Odiaba a Dios. Lo odiaba. En la oscuridad, lanzó incluso un puñetazo al aire, ah, estaba totalmente harta de Dios. Durante años había jugado con Él un juego de adivinanzas. ¿Esto está bien, Dios? ¿Estoy haciendo lo correcto? Había tomado cada decisión pensando en complacer a Dios, y mira adonde había llegado: a ningún lado. Peor todavía.

—Dios, te odio —murmuró rechinando los dientes a las tinieblas de su cuarto.



Temprano por la mañana, cuando el cielo se aclaraba detrás de la ventana y empezaban a cantar los pájaros, Amy despertó donde había caído tendida en el suelo, con la mano húmeda por la saliva que había estado escurriéndosele de la boca. Se sentó y casi enseguida empezó a llorar, pero se detuvo muy pronto, porque lo que sentía era mucho peor; las lágrimas que le crispaban la cara parecían vanas e insignificantes.

—Amy. —Su madre estaba de pie en umbral.

Pero allí acabó todo. Amy no miró a su madre. Apenas miró en su dirección, y alcanzó a ver que todavía llevaba la ropa de la víspera. No le importó. No le importó que a su madre quizá se le atragantaran las palabras, porque sus palabras serían tan vanas e ínfimas como las lágrimas que ella misma acababa de derramar. Ni ella ni Isabelle podían escapar una de la otra, y estaban ambas exhaustas y hartas de sus vidas estúpidas.

El lunes Amy empezó a trabajar en el molino.

## *Dieciséis*

Estaban en la pausa de la mañana, y Arlene Tucker decía:

—En el pastel había una fuente.

—En el de Charlene había un puente —intervino otra mujer, aludiendo a su hija, cuyo matrimonio y posterior divorcio habían sido tema de debate en el comedor durante años—. Yo se lo dije: «Charlene, ¿estás segura?». Pero ella se empeñó en lo del puente.

—El que yo he visto también tenía un puente —señaló Arlene—. Encima estaban las figuritas de los novios. Y la novia llevaba una sombrilla. Me ha encantado.

—¿De quién hablas?

Leonora Snibbens sacó una polvera y se examinó una marca en la barbilla.

—De una prima. Una de las hijas de Danny allá en Hebron.

—Más primas —dijo Leonora, empolvándose la punta colorada de la nariz.

—¿Os habéis fijado —dijo Fat Bev, entrando en el comedor— en cómo apesta el río?

—Apesta —confirmó Leonora, corriendo la silla para dejar pasar a Amy Goodrow, que había aparecido por el comedor y contemplaba con expresión ausente los caramelos de la máquina expendedora.

—De verdad parece que huele peor este año —dijo Isabelle, desde el extremo de la mesa, removiendo el café con una palita de plástico. Miró a Leonora, y negó con la cabeza—. De verdad lo parece —repitió, y siguió con los ojos a Amy, que, después de mirar la máquina, salió otra vez del comedor.

—Es demasiado.

Leonora soltó un breve suspiro.

—Sí que lo es.

El comentario exigía que Isabelle asintiera cuando todavía estaba negando

con la cabeza, y la alternancia de movimientos la hizo sentirse idiota, fuera de lugar. No le agradaba la pausa de la mañana, desde que había dejado de compartirla dentro de la pecera con Avery Clark. Y no le importaba que el río apestara; ni siquiera lo notaba. Lo que notaba era que Avery ya no levantaba la vista del escritorio cuando el timbre gemía a través del edificio anunciando la pausa de la mañana. Notaba que él ya no la miraba al pasar junto a su escritorio, y se preguntaba si lo notaban las demás.

—Yo nunca le he encontrado sentido —dijo la madre de la controvertida Charlene— a gastar tanto dinero en una boda.

—Qué sé yo, vaya —Arlene se encogió de hombros con un mohín—, yo le encuentro sentido.

—¿Cuál?

La madre de Charlene parpadeó, como un sapo, con sus párpados sin pestañas.

—Es el día más importante de la vida de una chica —dijo Arlene—. Ése es el sentido que tiene. —Y, aunque no hacía falta, según coincidieron luego casi todas las presentes, añadió—: Se supone que dura para toda la vida.

—¿Se supone que el marido de Charlene tenía que tratarla a golpes? ¿Se supone que ella tenía que aguantarlo?

La pobre madre de Charlene se había puesto colorada y batía frenéticamente los párpados sin pestañas. Claramente, se sentía agraviada.

—Cálmate, por favor.

Arlene Tucker parecía resentida y avergonzada a la vez, por verse en el punto de mira de tan cargadas afirmaciones.

Desde hacía un tiempo, el ambiente venía caldeándose. Todas, excepto Isabelle, lo habían ido notando. Desde luego, era a causa del calor, de ese calor terrible, estancado, pegajoso. Sin embargo, no parecía haber remedio, porque al cabo de un momento Arlene Tucker dijo:

—Vaya, el Papa diría que Charlene sigue casada a los ojos de Dios.

—Pues maldito sea el Papa.

Era inaudito. Rosie Tanguay, que volvía del lavabo, tuvo que santiguarse. Para agravar la situación, tras maldecir al Papa, la madre de Charlene se echó a reír. Se rió y se carcajeó, con la cara colorada, y cuando parecía que iba a parar empezó otra vez, se le saltaron lágrimas y tuvo que sonarse la nariz, y siguió riéndose.

Las mujeres se miraron preocupadas, y Leonora Snibbens dijo finalmente:

—Hay que echarle agua fría en la cara.

Rosie Tanguay, con aire vanidoso, fue al pasillo a llenar de agua su taza de café, pero la sofocada madre de Charlene levantó la mano.

—No —dijo, ya sin cuerda, secándose la cara—, ya me encuentro bien.

—No es gracioso, y lo sabes —dijo categóricamente Arlene Tucker.

—Ay, cállate, Arlene —dijo Lat Bev, tamborileando en la mesa con las uñas, y al ver que Arlene abría indignada la boca, la interrumpió—: Cierra la boca, Arlene. Por una vez en tu vida.

Arlene se levantó.

—Podéis iros todas al infierno —dijo, dirigiéndose a Lat Bev, aunque sus ojos se torcieron para incluir a la madre de Charlene—. Y al infierno os vais a ir, ya lo sabéis —añadió, saliendo de la habitación.

Lat Bev agitó en el aire una mano perezosa.

—Al infierno. Si ya estoy en el infierno —dijo, y la madre de Charlene se echó otra vez a reír.

Rosie Tanguay cogió la taza llena de agua, pero Lat Bev le hizo un gesto negativo; la mujer estaba ya sin batería y esta vez no rió mucho más. Cuando se calmó, un silencio incómodo se apoderó de la habitación: las mujeres se miraron con recelo, sin acabar de entender dónde se había cavado una trinchera ni en qué bando estaban.

—Vaya —dijo Fat Bev, y dio una palmada en la mesa—. Qué día más alegre.

—¿Y tú, Isabelle? —preguntó de pronto Leonora Snibbens—. ¿Fue mucha gente a tu boda?

Isabelle negó con la cabeza de una forma rápida y terminante.

—Fue una boda pequeña. Sólo con la familia.

Se levantó y caminó hasta la puerta, fingiendo que tenía que tirar la palita de plástico en el cubo de la basura, para comprobar si Amy la había oído desde lejos. Pero su hija estaba en el otro extremo de la oficina, pasando una mano por el alféizar.

Amy no creía que Mr. Robertson se hubiera ido del pueblo. Sabía que aún estaba allí. Lo sentía. Había llegado a la conclusión de que estaba ganando tiempo, aguardando una oportunidad adecuada para ponerse en contacto con ella. Y por lo tanto esperaba una señal suya. Incluso en aquel momento, de pie en la oficina,

recorría con los ojos el aparcamiento bajo la ventana, y esperaba encontrarlo sentado en su coche rojo, detrás de unas gafas oscuras, buscándola desde lejos en el edificio.

Pero no estaba allí.

El ventilador le soplaba aire caliente en la cara. Había pensado que tal vez la llamaría a la fábrica. Que incluso la llamaría a casa: ella podía fingir que se habían equivocado de número si su madre estaba por ahí. Por supuesto, si no había llamado, era porque no podía. No había manera de que le enviara un mensaje sin que su madre se enterara. Tendría que esperar, y ella también esperaría.

¿Hasta cuándo? Pensaba en él a todas horas: a ella le habría crecido el pelo apenas lo justo, y parecería otra vez la misma, y Mr. Robertson le pasaría la mano por el pelo, diciendo: «Mi pobre Amy, cómo has sufrido». La besaría, y ella se desnudaría, y la tibieza la inundaría cuando su boca húmeda le chupara los pechos. De pie, en medio del sopor de la oficina, Amy cerró los ojos y casi revivió esa sensación que la recorría de abajo arriba, al recordar cómo la había mirado al doblarse sobre su vientre el último día en el coche.

El timbre bramó a través de la oficina, y Amy abrió al instante los ojos. Miró por encima del hombro hacia la pecera y vio a Avery Clark inclinado sobre su escritorio; había un claro en medio del peinado que se hacía para disimular la calva, y el pelo le caía por un lado de la cabeza.

Él alzó la vista y la vio. Durante algunos segundos, se sostuvieron la mirada sobresaltados, y fue luego Avery Clark quien apartó los ojos.

—Bueno, bueno —dijo Fat Bev, tomando asiento—. Sopla el viento.

—¿Qué quieres decir?

Amy se sentó.

—Que se avecina la tormenta —dijo Fat Bev, inclinándose, y torció la cabeza hacia las mujeres que entraban a la oficina—. La discordia ha entrado en nuestra pequeña familia feliz. —Bev golpeó con el puño su escritorio—. Olvidé mi refresco.

Entornó los ojos en dirección a Amy, se levantó otra vez y se arrastró hacia el comedor, con su enorme trasero en forma de corazón rebotando, de abajo arriba, de abajo arriba, a lo largo del pasillo entre los escritorios. Amy sintió un acceso de cariño al contemplar sus grandes dimensiones. Pensó que los hombres y los niños debían de querer abrazar a aquella mujer, apretar la cabeza contra la mole maciza de su cuerpo.

Y también se preguntó dónde compraría su ropa íntima Fat Bev. Amy nunca había visto en las tiendas nada para alguien de ese tamaño. En el pasado, se lo habría preguntado a su madre, porque era el tipo de cosas que sabía Isabelle. Pero en aquel momento ni siquiera quería mirar hacia el escritorio de su madre. Se puso a teclear números en la calculadora, y su mente retornó a Mr. Robertson. «Estoy pensando en ti», pensó, apretando los párpados durante varios segundos, con la mano tendida sobre la calculadora. «Estoy esperándote».

Estaba cerca, allí. Lo sentía, sentía cuando iba y venía, cuando se sentaba solo a cenar. Sabía que por la noche se desperezaba en la cama y se quitaba los calcetines, y las gafas, y yacía en la oscuridad, pensando en ella. Estaba segura de eso, y con el paso de los días lo estaría aún más.

La pobre Isabelle, en cambio, no estaba segura de nada. Ni siquiera se reconocía a sí misma. No percibía nada, más allá del aura de incredulidad que la envolvía con el paso de los días. Había agarrado a Amy por el pelo y se lo había cortado, ni más ni menos.

Era como si hubiera cometido un asesinato: así se sentía.

De vez en cuando se sabía que un ciudadano corriente había matado a alguien. Un hombre normal y agradable, que iba a la iglesia, hería de improviso a su esposa en el pecho, clavándole el cuchillo una y otra vez; el cuchillo golpeaba en el hueso, la sangre brotaba a chorros, se oía romperse los tendones, y el cuchillo seguía entrando y saliendo; y luego el hombre se quedaba ahí de pie: todo parecía inverosímil. Pero era verdad, lo acababa de hacer.

Sólo que, en el caso de Isabelle, el cadáver se levantaba, andaba por ahí, iba con ella cada mañana en el coche al trabajo, se sentaba a cenar frente a ella cada noche, y las manchas de sangre seguían allí, en aquel pelo deforme, en aquella cara cambiada, tan pálida y angulosa, en aquellos ojos aturcidos, tan desnudos. Había desfigurado a su hija. Y, ¿acaso no había sido ésa su intención cuando había entrado con las tijeras en el dormitorio?

No podía ser. ¿Quién era Isabelle Goodrow? Isabelle Goodrow no era una asesina. No era una de esas madres abominables de las que se oía hablar, que desfiguraban a sus hijos metiéndolos en agua hirviendo en la bañera, quemándoles las manitas con cigarrillos y con planchas calientes. Y sin embargo había agarrado por el pelo a Amy aquella noche, había cogido los rizos rubios de

su propia hija, desbordada por un impulso incontenible de destrucción.

No se reconocía a sí misma. No podía pensar que ésa había sido Isabelle Goodrow.

Los días calurosos iban pasando. Cuando miraba a su hija a través de la fatiga de la oficina (la joven solía estar encorvada encima de la calculadora, con su cuello delgado, tan largo, pálido como el papel), sus ojos se llenaban abruptamente de lágrimas ardientes y quería cruzar corriendo la habitación y echarle los brazos al cuello, apretar contra su rostro ese rostro pálido y decir: «Amy, lo siento. Lo siento, Amy».

No, Amy no se lo permitiría. Ni entonces ni nunca. No señor. En su mirada ausente, implacable, se advertía que las tijeras habían segado irrevocablemente algo más; el pelo volvería a crecer, pero eso otro se había perdido, porque Amy lo había clausurado para siempre. «Olvídalo», decían los ojos de Amy, ausentes, sin mirarla nunca del todo: «Olvídalo, tú ya no existes».

El pelo en efecto estaba creciendo otra vez, y, al cabo de pocas semanas, ya no le quedaba tan mal ni parecía tan salvaje como al principio. Sin embargo, hacía falta despuntarlo y darle forma. Pero Isabelle no se atrevía a decirlo, no podía ni imaginarse pronunciando la palabra *pelo* delante de Amy. Arlene Tucker lo hizo por ella.

—Este calor —dijo un día en el comedor— es pésimo para el pelo. Estamos todas hechas un asco.

Sus ojos, con o sin intención, se detuvieron en la cabeza agachada de Amy Goodrow, que estaba sentada al otro lado de la mesa, a punto de morder un sándwich de mantequilla de cacahuete.

—Por el amor de Dios —respondió Fat Bev—. Habla por ti.

Le lanzó una mirada a Arlene. Isabelle se puso colorada.

—Por el amor de Dios, hablo por mí—replicó Arlene, hundiendo los dedos en su pelo oscuro y entresacando mechones—. He ido a teñirme las raíces y el color ha quedado mal.

Era bastante cierto, como podía verlo cualquiera. En la coronilla, el pelo de Arlene era naranja oscuro, pero en el resto de la cabeza seguía siendo color chocolate.

—Y la peluquera me ha dicho que le hizo una permanente a una mujer y que le quedó fatal por el calor. La clienta parecía una loca, con el pelo desgreñado en todas direcciones...

—Leí que abrieron un salón de belleza en Hennecock —intervino Isabelle,

deseosa de dejar atrás el tema particular del pelo—. Están ofreciendo gratis una sesión completa durante el mes de julio. Me imagino que para ganar clientes. — Y luego dijo, temerariamente—: Puede ser divertido. Entrás siendo una persona, sales convertida en otra.

Creyó ver que los ojos de Amy se abatían con un gesto de repulsión.

—Esas cosas nunca funcionan —dijo Arlene con desdén—. Te pintarrajean como un cadáver sólo para venderte todos los productos.

—Muy bien —dijo Isabelle—, entonces ni una palabra más. Como si no hubiera dicho nada.

En el centro de la sala de actividades de la iglesia había un ventilador de pie, pero parecía no servir de nada. La habitación era agobiante y olía a rancio, como si el calor estuviese liberando años enteros de sudor humano, aposentado hasta entonces en los listones del suelo, en las paredes y en los alféizares de madera, a lo largo de las innumerables reuniones que habían tenido lugar allí: reuniones de niñas scouts, impúberes, ruidosas y ansiosas, como la pequeña Pammy Matthews, que un día había jurado con la mano en alto solemne lealtad a Dios y a la patria mientras los orines resbalaban por su pierna hasta el zapato rojo; incontables horas del café a la salida de la iglesia, que los diáconos de pantalón gris oscuro sobrellevaban educadamente de pie, comiendo donuts mientras sus esposas charlaban entre sí; tantas sesiones de la Sociedad Histórica (Davinia Dayble había dado una vez una charla sobre el primer retrete de agua corriente de Shirley Falls, situado según sus investigaciones en la propiedad del honorable juez Crane): todas estas actividades del pasado de la sala, con el calor, exhalaban sus propias reminiscencias de ansiedad, y el efecto era pegajoso, nostálgico, sofocado.

Isabelle caminó hasta el fondo de la habitación, oyendo crujir el suelo bajo sus zapatos negros. Tomó una silla plegable de metal y se detuvo sin saber dónde sentarse.

Ya habían llegado algunas mujeres. Permanecían de pie al lado de la mesa con el termo enorme marcado en rotulador con la palabra limonada y la columna inclinada de vasos de plástico. Saludaron a Isabelle agitando la mano, pero siguieron absortas en la conversación y ninguna dijo: «Oye, Isabelle, ven a servirte un refresco».



Isabelle desplegó su silla, se sentó a cierta distancia y trató de mostrar una sonrisa agradable, pero ella misma la sintió forzada, y tuvo miedo de que se le resaltarán las arrugas y de parecer tonta.

Había acudido allí a cambiar su vida. Tenía la intención de mostrarse abierta y amistosa, de abrirse paso dentro del mundo de la Iglesia congregacionista; se le había ocurrido, en los últimos días, que en el pasado no se había esforzado lo suficiente. Para tener amigos había que ser agradable, como solía decir su padre.

Sin embargo, allí sentada en la silla de metal, pensaba que nadie veía su animosa sonrisa, que debía de resultar hasta ridícula en medio de aquel calor espantoso, y se sentía afectada por una especie de tara, porque, si pudiera deslizarse ahora Peg Dunlap y decirle con toda tranquilidad: «Qué calor, ¿no, Peg?», aquellas mujeres verían que ella era agradable e igual que las demás.

Pero no era igual que las demás. Para empezar, trabajaba en la fábrica. Y vivía en una casita de alquiler, y no tenía marido.

Isabelle cruzó discretamente los tobillos. Tampoco encajaba en la fábrica: ésa era la cosa. Dottie Brown, Fat Bev, Arlene Tucker, Leonora Snibbens, eran desde luego todas católicas, porque sus familias provenían de la parte francesa de Canadá, y, simplemente, eran harina de otro costal. No tenía nada en su contra, pero no eran personas que quisiera frecuentar fuera del trabajo. Cada verano, excepto aquél (había dicho que estaba enferma, lo cual era bastante cierto: enferma de vivir), asistía a la barbacoa del Cuatro de Julio en casa de Fat Bev, donde había visto a los hombres beber y limpiarse la boca con la mano y había escuchado los chistes que contaban. «¿Qué pasa si pones cabeza abajo a una rubia teñida?».

«Venga, no te pongas asqueroso», podía decirle Arlene Tucker entre risas a su marido, pero nadie parecía sentirse asqueado excepto Isabelle. Intentaba mostrarse complaciente; no quería ser una aguafiestas, pero sencillamente no era gracioso. «Sale una morena con mal aliento». No, no era gracioso. Había otro chiste sobre las flatulencias y las medias que todavía la hacía sonrojarse como cuando lo había oído, tensa y ansiosa, comiendo de pie en un plato de cartón la ensaladilla de patatas de Bea Brown.

Estaba absolutamente segura de que las otras mujeres, Clara Wilcox, Peg Dunlap y las demás, nunca, ni en un millón de años, encontrarían gracioso un chiste así. Pensó, y no por primera vez, que si se hubiera hecho maestra tal como tenía planeado, todo habría sido diferente. Entonces, aquellas mujeres habrían sabido que ella era una más. La habrían llamado por teléfono, la habrían invitado

a cenar, a hablar de libros.

Aunque Isabelle notó que no hablaban de libros. Estaban hablando de alguien más, de eso estaba bastante segura, porque se tapaban la boca con la mano y susurraban en tono confidencial. Peg Dunlap advirtió su mirada e interrumpió a mitad de una frase la conversación con Clara Wilcox.

—Isabelle, ¿te apetece un vaso de limonada? —dijo.

Isabelle se puso de pie, agradecida.

—Es demasiado, ¿no? —dijo, tocándose la frente sudorosa—. Qué calor.

—Sí, es demasiado.

Cogió su vaso de plástico y las mujeres sonrieron, distantes, sin reanudar la conversación. Bebió un sorbo de limonada y mantuvo el vaso delante de sus labios, mirándolas con tímida expectación. Pero ellas siguieron eludiendo su mirada, e Isabelle retornó, incómoda, a su silla.

Peg Dunlap le dijo algo a Clara Wilcox e Isabelle oyó las palabras «una mamografía enseguida», y sintió tal alivio al enterarse de que no habían estado hablando de ella que casi se levantó para unirse al grupo y decir que la persona que iba a hacerse enseguida la mamografía no debía preocuparse demasiado porque nueve de cada diez tumores eran benignos. Al menos eso era lo que creía haber leído en el *Reader's Digest*. Recordó de repente la voz de Amy: «Nunca lees nada excepto las estupideces del *Reader's Digest*».

Bebió un sorbo largo de limonada. Tal vez, si se terminaba la limonada podría volver a la mesa a servirse más y mencionar entonces los nueve casos de cada diez. Pero no quería portarse como una glotona con la limonada, porque el termo tampoco era tan grande. Mientras se planteaba este dilema, Barbara Rawley, la mujer que había hecho los comentarios desagradables el último otoño acerca de la dulcamara y las hojas de colores que Isabelle había elegido para decorar el altar, entró en la habitación y empezó a aplaudir.

—Muy bien, chicas. Vamos a empezar.

En realidad, era ridículo planear la tómbola de Navidad en medio de semejante calor. Pero, como les recordaba Peg Dunlap, la tómbola era el acontecimiento más importante del año, y nunca era demasiado pronto para empezar. Las mujeres asentían con la cabeza mientras se secaban la frente con pañuelitos de papel y se abanicaban con folletos de la iglesia abandonados el domingo anterior junto a las ventanas. Hacían falta voluntarias para el puesto de pasteles, e Isabelle levantó la mano; copiaron su número de teléfono en una lista.

—Me encantaría hacer unos pasteles de chocolate —dijo Isabelle, sonriendo

—. Tengo una receta buenísima de mi madre. Con nata agria, ¿no?

Nadie le devolvió la sonrisa. Clara Wilcox asintió vagamente, y Peg Dunlap, a cargo de la lista, tan sólo dijo:

—Isabelle Goodrow, dos pasteles.

Isabelle fingió buscar algo en su bolso y lo cerró luego de golpe. Se sacudió una mota de la falda, meciendo un pie.

—Servilletas y platos de cartón —dijo Barbara Rawley, que parecía menos guapa de lo habitual en medio del calor, algo ojerosa y cenicienta—. El año pasado se nos olvidaron completamente.

Ella y Peg Dunlap comentaron en voz baja que había que formar subcomités.

—Ah —dijo Clara Wilcox, extendiendo la mano hacia ellas—, he hablado con Emma Clark. No puede venir esta noche, pero está dispuesta a hacerse cargo otra vez de las guirnaldas.

Peg Dunlap asintió.

—Yo también he hablado con ella —dijo, e Isabelle, que había experimentado cierta agitación al oír el nombre de Emma Clark, vio que Peg Dunlap alzaba la vista, la miraba a los ojos (una mirada involuntaria) y apartaba enseguida la mirada.

Peg Dunlap estaba enterada. Isabelle lo comprendió al instante: en aquella mirada instintiva, fugaz, vio que Peg Dunlap estaba enterada.

Cuando salió para su casa, era de noche. El canto de los grillos se oía a través de las ventanillas abiertas del coche. Al pasar por el puente de madera, oyó una rana toro, ronca y grave. El aire de la noche que entraba en el coche apenas empezaba a refrescar, y, al pasar junto a una granja, el olor de un campo segado le produjo estremecimientos casi eróticos, en los que se confundían los anhelos; se le saltaron las lágrimas, corrieron por su cara, y ella las dejó correr, con las dos manos en el volante, conduciendo despacio en la oscuridad.

Pensó que, después de todo, Avery Clark le había contado a su esposa lo que había visto en el bosque, aunque había prometido no contárselo a nadie. Pensó en su hija, y en su madre, que estaba muerta, y en su padre, muerto cuando ella era una niña, y en Jake Cunningham, el amigo de su padre, que también estaba muerto. Se preguntó en qué momento había quedado establecido el curso de su vida.

«Belle, Belle, nuestro milagro», solía decir su padre, abriendo los brazos cuando se sentaba en el sofá. Y lo decía en serio: los médicos habían dicho que su madre no tendría hijos, Isabelle nunca había sabido por qué, pero la había dado a luz a ella, y por lo tanto había ocurrido un milagro. Pero ser un milagro acarreaba responsabilidades, y, muy pronto, en su interior, había aparecido una pequeña piedra, pulida, oscura, pesada para su tamaño. Nunca le había dado el nombre de miedo, pero no era más que miedo. Porque toda la alegría de sus padres parecía hallarse en sus manos, y, en consecuencia, ella podía herirlos con terrible facilidad; y, sin darse cuenta, ellos le exigían la misma adoración que le prodigaban.

Cuando Isabelle tenía doce años, su padre había muerto sentado al volante mientras le llenaban el depósito una mañana en una gasolinera. Después de eso, su madre lloraba por cualquier cosa. A veces, lloraba cuando se quemaba una tostada, e Isabelle se sentía culpable mientras raspaba con un cuchillo los bordes quemados. Cada vez que había goteras, su madre lloraba, e Isabelle iba de un lado para otro con los cubos por la sala, mirando por la ventana con la esperanza de que parara de llover.

Amaba a su madre. La adoraba. Sus amigas empezaban a fumar a escondidas y salían a pasear en coche con chicos después de las clases, pero Isabelle no. Salía de la escuela directamente a casa, para estar con su madre. No soportaba la idea de que estuviese triste, sola.

Sin embargo, estaban las dos solas, vivían como dos huérfanas. Así que aquel día de mayo, cuando ya la magnolia florecía junto al porche y las primeras abejas se estrellaban contra las rejillas de las ventanas, no dejaban de maravillarse al ver a Jake Cunningham en la puerta. El mejor amigo de su padre, y no le habían visto desde el funeral. La madre de Isabelle, llevándolo de la mano hasta la sala, le dijo que tenía que quedarse a cenar. Siéntate, siéntate. ¿Cómo están Evelyn y los niños?

Estaban todos bien. Jake Cunningham tenía los ojos grises, tan amables. Y le sonreía a Isabelle.

Jake reparó el tejado. Fue al almacén de materiales, compró tejas y tela asfáltica, subió al tejado y lo reparó. Esperó luego sentado en la cocina, mientras Isabelle y su madre cocinaban. Era corpulento, encantador; tenía arremangada la camisa y los antebrazos descansaban encima de la mesa. Y sonreía cada vez que Isabelle lo miraba.

Por lo demás, ella y su madre estaban siempre solas, y pasaban las noches

tranquilas en casa. Su madre estaba orgullosa, realmente orgullosa, porque Isabelle iba a ser maestra, porque era la mejor de su promoción. Le había cosido un vestido de lino blanco para ese caluroso día de junio en que debía pronunciar el discurso de graduación por ser la primera del curso. Al llegar a casa, Isabelle había vomitado, había echado a perder el vestido para siempre.

Conduciendo ya a oscuras por la carretera 22, Isabelle lloraba sin parar. Balanceaba hacia delante y hacia atrás la cabeza y se secaba los ojos con el antebrazo.

Había pensado que estaba educando bien a Amy. Eso era lo asombroso. A decir verdad, había pensado que era más fuerte que su madre. Giró en la entrada de casa y se quedó sentada en la oscuridad, con las manos en el volante y la cabeza sobre las manos, y levantó la cabeza y la dejó caer otra vez. ¿Cómo había podido pensar algo así? Tan sólo el último invierno, cuando la nieve se había derretido y habían aparecido las goteras, había enviado a Amy a llevar el bol amarillo a la cocina al borde de la histeria, retorciéndose las manos. ¿Cómo no se había percatado de que su reacción era desproporcionada? ¿Cómo no había notado que los ojos de Amy se ensombrecían?

Isabelle se frotó la cara y gimió suavemente en la oscuridad. Recordó lo que Amy le había espetado hacía sólo unas semanas: «No sabes nada sobre el mundo». Ella habría podido acusar de lo mismo a su madre. Salvo que no lo habría hecho, a causa de aquella piedra de temor, pulida y pesada.

Pero era cierto. Su madre no sabía mucho acerca del mundo. Casi nunca se sentía cómoda con nada. Por ejemplo, nunca había dicho nada a Isabelle acerca de los misterios de su cuerpo. El día de su primera menstruación, Isabelle había dado por sentado que iba a morir.

Ella lo había hecho de otra manera. Le había comprado a Amy un folleto rosado y le había dicho: «Si tienes alguna pregunta, dimelo».

Bajó del coche y subió corriendo los escalones del porche. En la sala, había una luz encendida. Su corazón palpitaba por la urgencia de hablar con su hija y besar su rostro.

Pero Amy se había ido a dormir; no había señal de ella en la sala. Isabelle subió las escaleras y se detuvo ante la puerta cerrada del dormitorio. Las lágrimas corrían de nuevo por su cara.

—Amy —susurró—, ¿estás dormida?

Creyó oír a Amy volviéndose en la cama.

—Amy —susurró otra vez; sufría de pensar que la niña pudiera estar

haciéndose la dormida.

Isabelle llamó suavemente a la puerta y, como no hubo respuesta, la empujó, y la puerta se deslizó por encima de la alfombra. Bajo la luz opaca del pasillo, vio a su hija acostada en la cama con la cara vuelta hacia la pared.

—Amy —dijo—. Amy, necesito hablar contigo.

La voz callada de Amy se oyó desde la cama.

—Pero yo no quiero hablar contigo. No quiero volver a hablar contigo nunca.

## *Diecisiete*

Aquella noche, la infelicidad recorría Shirley Falls. Si Isabelle Goodrow hubiera podido levantar los techos de varias casas y espiar sus secretos domésticos, se habría encontrado ante un repertorio de las desdichas humanas. Barbara Rawley, para empezar, se había descubierto un pequeño bulto en el pecho izquierdo la semana anterior en la ducha, y mientras esperaba a que en Boston dispusieran lo que se haría se hallaba en un estado de pánico de proporciones nunca imaginadas; aparte del sombrío terror que le causaba pensar en el futuro (¿iba realmente a morir?), se había dado cuenta de que estaba casada con el hombre equivocado: su marido, acostado junto a ella en la oscuridad, había tenido la audacia de quedarse dormido mientras ella hablaba entre susurros de sus temores.

Y Len Mandel, el director de la escuela de Amy (los estudiantes le llamaban *Puddy*, porque tenía la cara picada de viruelas), se sentía absolutamente desgraciado, sentado en medio de la penumbra en la sala de Linda Lanier, la profesora de español. Tras invitar a Linda a cenar hacía varias semanas, su madre había postergado una y otra vez la invitación. El acontecimiento había tenido finalmente lugar, y no había ido bien. Linda se presentó con un vestido demasiado rosado y demasiado corto, que a su madre no le había gustado. Se le había notado en la cara, en cuanto había llegado Linda. En aquel momento, después de llevar a Linda en coche a su casa, Len sabía que en medio de sus sonrisas ansiosas ella estaba esperando un beso. Y sabía que su madre también esperaba, arreglando la cocina, mirando el reloj, imaginando que había sucumbido como un colegial. Tocó en un hombro a Linda antes de la despedida, pero su imagen permaneció ante sus ojos todo el camino de regreso: de pie en el umbral, con su vestido rosa chillón, sonriendo animosa pese a la sorpresa y la decepción, parpadeando con sus ojos pequeños y fatigados por las lentillas.

Y había más: del otro lado del río, en una casa destartada en las afueras del Basin, Dottie Brown fumaba sentada a oscuras en la cocina, escuchando el goteo intermitente de un grifo desajustado. Tenía una mano sobre el abdomen; la cicatriz de la histerectomía ya no le dolía, pero la piel alrededor seguía como adormecida; la notaba bajo el pijama de algodón, y se sentía rara. Los cigarrillos eran un consuelo. La sorprendía recordar cuánto aliviaba las penas fumar. Cuando lo había dejado, hacía siete años, no podía concebir ningún motivo para volver a empezar. Pero lo había encontrado. La guinda del pastel, pensaba, la sal en la herida.

A un kilómetro más o menos, el río discurría despacio, inadvertido; sobre la superficie del agua lánguida y marrón, flotaban en lentos círculos palos y ramas muertas. En las partes más hondas, el agua corría más rápido, y entre las rocas invisibles se arremolinaban corrientes oscuras. La luna, difuminada por las nubes nocturnas, esparcía su vaga claridad a través del cielo mugriento, y esta vaga luz entraba por la ventana del cuarto, donde la pobre Amy yacía despierta en la cama.

Nunca había creído que él fuera a marcharse. Nunca.

En cuanto Isabelle había salido por la tarde para la reunión de la iglesia, ella había ido al teléfono a marcar el número de Mr. Robertson. Una grabación le comunicó que el número había sido desconectado, y ocurrió lo mismo cuando marcó otra vez, y otra vez. Finalmente, buscó el número del profesor de educación física de la escuela porque él y Mr. Robertson se habían hecho amigos. Le dijo que tenía un libro de Mr. Robertson y quería devolvérselo, pero el profesor respondió que no sabía dónde podía estar. Por lo que sabía, había vuelto a Massachusetts. ¿Cuándo?, preguntó Amy. Allá por junio, vaya, justo después de que acabara el curso.

Amy no podía creerlo. No podía creer que Mr. Robertson se hubiera ido del pueblo sin despedirse.

Caminó a través de la sala y volvió luego a la cocina. Subió las escaleras y se metió en la cama con la ropa puesta. La culpa era de su madre. Lo veía con repentina claridad. «Se marcha del pueblo mañana —había dicho su madre—. Debería estar en la cárcel». Y lo había dicho en serio. ¿Cómo podía haber pensado ella nada distinto? ¿Cómo no se había percatado de que su madre era más poderosa que Mr. Robertson?



Por la mañana, cuando Isabelle se aventuró a ir al cuarto de baño, se cruzó con Amy y vio en su rostro el gesto invariable de cada día, el velo de cólera y desdén que se alargaba como un rastro tras sus pasos, y comprendió que no podía aludir a las palabras de la víspera: «No quiero hablar contigo nunca más». Las cosas habían cambiado tanto que ya no podía decirle a su hija: «Amy, tendrías que disculparte por hablarme de ese modo».

Se vistieron en silencio para ir al trabajo, y ninguna de las dos desayunó.

En el coche, Amy dijo:

—Stacy Burrows quiere saber si puedo ir a su casa el sábado.

Estaban entrando en el aparcamiento de la fábrica.

—Muy bien —dijo Isabelle simplemente. Y añadió, cohibida—: ¿cuándo va a tener el bebé?

—Dentro de poco.

Amy, que preveía la oposición de su madre, se había preparado para discutir, para decirle que iría a casa de Stacy aunque no le diese permiso. Isabelle dobló despacio en un lugar para aparcar y preguntó:

—¿Va a darlo en adopción?

Amy asintió con la cabeza.

—¿Sí?

Isabelle apagó el coche y la miró.

—¿Y qué otra cosa va a hacer? —dijo su hija, poniendo mala cara.

Isabelle no hizo ningún gesto; se quedó inmóvil, tocando con la mano la llave en el encendido.

—Nada —dijo finalmente, y el tono de franqueza sorprendió a Amy—. Pero me pregunto si no se arrepentirá algún día.

—No va a arrepentirse. —Amy abrió la puerta y bajó del coche. Mientras cruzaba el aparcamiento con su madre, se sintió obligada a añadir—: La asistente social ha dicho que hay una pareja muy buena esperándolo. Les gusta salir al campo. Ir de excursión.

—¿De excursión?

Isabelle miró a Amy como si nunca hubiera oído la palabra.

—Ir a escalar montañas y esas cosas —dijo Amy, irritada. Había tenido un extraño acceso de celos cuando Stacy se lo había dicho; había imaginado a un hombre parecido a Mr. Robertson, a un hombre y a una mujer dinámicos, que tenían un niño, que no vivían aislados como Isabelle y ella—. Están locos por un bebé —añadió Amy—. Así que van a ser muy buenos con él.

Al llegar a la puerta, Amy se adelantó y tropezó inesperadamente en el vidrio de la puerta con el reflejo de su madre. Isabelle tenía tan mal aspecto (su cara parecía la de una vieja) que, por un instante, Amy se preguntó si no estaría gravemente enferma.

Pero aquel día las cosas estaban alborotadas en la oficina. El anuncio de Avery Clark había causado conmoción: Dottie Brown volvía a trabajar. Las mujeres lo comentaban con detalle en el comedor, repasando las noticias que habían aportado Fat Bev y Rosie Brown, que habían hablado aquella mañana por teléfono con Dottie. Avery Clark, como todo el mundo sabía, le había concedido generosamente a Dottie todo el verano para recuperarse de su histerectomía, pero ella quería volver antes de lo previsto. De hecho, quería volver la semana siguiente. Ya no quería estar sola en casa mientras su esposo trabajaba. Había visto un ovni.

Una auténtica tormenta se había desatado entre las mujeres, que muy pronto se habían dividido entre las que creían y las que no creían a Dottie. Nadie sabía por qué esta discrepancia había de causar una polémica tan amarga, ni a nadie le interesaba saber, pero Fat Bev se encontraba en una posición difícil. Era la mejor amiga de Dottie Brown desde hacía treinta años, y tenía que defenderla con vehemencia. Pero creía que la historia era un embuste incomprensible.

La cosa iba así: Dottie Brown, harta de ver telenovelas, se había tendido en la hamaca del porche detrás de su casa. Era media tarde, y tenía consigo un vaso de limonada de color rosa, que sostenía lánguidamente sobre el estómago. Tal vez se había dormido. Estaba bastante segura, en realidad, de que se había dormido a causa del calor, pero, al despertar, la limonada estaba temblando dentro del vaso y eso la había intrigado. No entendía por qué la limonada bailaba así cuando el vaso permanecía absolutamente quieto sobre su estómago.

Y el vaso se había roto de pronto. Ella no lo había tirado; simplemente, se había roto. Se había sentado, desde luego confundida, y asustada además, y había visto entonces aquella cosa en el cielo. La «cosa» era plateada, enorme, y tenía la forma de un platillo volador, y se había acercado a través del campo detrás de su casa, hasta detenerse en el jardín. Y qué estaba haciendo ella mientras tanto, preguntaron varias mujeres. Ella sólo estaba mirando, incapaz de moverse, entre sentada y acostada, en la hamaca que su esposo le había

comprado aquel mismo verano, bañada en refresco rosa y cubierta de vidrios rotos, con el corazón latiéndole tan rápido que daba por hecho que iba a morir.

Cuando aterrizó la nave espacial, ocupando de punta a punta el jardín, se abrió una compuerta y una figura de cabeza grande y piel verdosa (sin pelo, ni ropa) bajó a tierra y se dirigió hacia ella. Él, o ella, o lo que fuera, no dijo nada, pero «puso pensamientos en su cabeza». Como por ejemplo, que no querían herirla, sino estudiarla, y que provenían de un planeta lejano a investigar qué estaba pasando en la Tierra.

Después de eso no recordaba nada más. «Qué oportuno, vaya», decían las incrédulas, y miraban con desprecio a Fat Bev, como si fuera la culpable. Al volver del trabajo, a las cinco y media, su esposo la había encontrado tendida allí en la hamaca, bañada todavía en limonada. Pero: su reloj, un pequeño Timex muy bonito comprado en las rebajas de Navidad de Sears, se había detenido exactamente a las tres y media, que era más o menos la hora en que ella había despertado y había visto la limonada bamboleándose dentro del vaso.

—Tal vez —dijo Leonora Snibbens, hablando fuerte y claro, no precisamente con amabilidad— se olvidó de darle cuerda.

—Eso fue lo que ella pensó, claro —replicó Rosie Tanguay—. Pero le había dado cuerda al despertar por la mañana. Es lo que hace todas las mañanas. Y eso no es todo —prosiguió Rosie, colorada, convertida, quién sabe por qué, en ardiente defensora de la causa de Dottie Brown—: el reloj ya no funciona. Se quedó parado.

—Por Dios —dijo Leonora, entornando los ojos—. Nunca he oído una patraña semejante.

—¿Tú qué crees, Isabelle? —preguntó Rosie Tanguay.

Isabelle, alarmada, se percató de que estaba ante una especie de encuesta y los bandos tomaban posiciones.

—Cielos —tartamudeó, tratando de ganar tiempo—. Pues, caray. Me imagino que todo es posible.

—Pero ¿tú crees a Dottie? —dijo Rosie Tanguay, e Isabelle sintió que la miraban todas, incluida Amy, lo que era aún peor: la contrariaba sobremanera que su hija fuera testigo de sus vacilaciones.

—Que yo sepa, Dottie no es una mentirosa —dijo.

—La gente dice mentiras a todas horas —dijo Arlene Tucker—. De verdad, Isabelle. ¿En qué mundo vives?

Isabelle sintió la cara encendida; debía de estar poniéndose roja.

—No creo que la gente diga mentiras a todas horas —replicó—. Pero si lo que queréis es que tome partido —le tembló la voz y acabó hablando bastante fuerte para tratar de disimular—, yo respaldo a Dottie. —Era la afirmación más terminante que había pronunciado en todos sus años en la oficina y el esfuerzo que le había costado se advertía en su rostro, todavía ruborizado—. Ahora, con perdón —dijo—, tengo cosas que hacer.

Tuvo miedo de tropezar al salir del comedor. En el último momento, mientras sorteaba la nebulosa de mujeres y sillas, su mirada se encontró con la de Fat Bev, y en medio del caos sintió una sacudida, porque en la cara de aquella mujer a la que había conocido durante años había una mirada tan franca y tan comprensiva que, por primera vez en mucho tiempo, Isahelle pensó: «Tengo una amiga».

## *Dieciocho*

A Avery Clark le preocupaba más mantener la paz en la oficina que averiguar si un ovni había visitado Shirley Falls. Tendía a pensar que no, pero no dejaba de sentir al respecto cierta aprensión, porque en diecisiete años Dottie Brown nunca había dado señales de ser una histérica. Sin embargo, y ésta era la cuestión, si Dottie quería volver, por supuesto que debía volver. La chica Goodrow tendría que irse. Para Avery, de hecho, era un alivio, porque la presencia de la chica había sido una espina clavada en el costado todo el verano. Pero no le hacía ninguna gracia decírselo a Isabelle, y, en un rincón de su corazón, como se percataba en aquel momento al invitarla a pasar a su oficina, sentía bastante pena por ella.

Isabelle había perdido peso. Al cederle el paso en el umbral, Avery Clark observó impresionado que tenía los brazos como astillas. Notó, al sentarse frente a ella, que tenía manchas coloradas en la cara; sus ojos parecían desnudos, indefensos, confusamente avergonzados de parpadear.

Con cortesía, hablando despacio, le expuso inclinado sobre el escritorio la situación relativa a Dottie Brown y a Amy.

Ella se lo tomó por las buenas, tal como él debía de haber sabido que ocurriría.

—Por supuesto —dijo simplemente—. Lo entiendo.

Al parecer, no tenía más que decir, y a Avery lo cogió desprevenido lo fácil que había resultado la misión. Pero Isabelle añadió luego con amabilidad:

—Te agradezco lo que has hecho por ella al dejarla trabajar aquí.

—No tiene importancia. —Le hacía poner muy nervioso pensar que quería aludir de algún modo a lo que él había visto aquel día.

—El dinero le ha venido muy bien —decía Isabelle—. Los cheques han ido directamente al banco, y podrá usarlo para la universidad cuando llegue el

momento.

—Qué bien. Me alegro.

Avery asintió, vacilante, mirando a la mujer pequeña y sumisa que tenía delante, sentada con las pálidas manos en el regazo. Parecía estar ahí sólo a medias, como una pelota de playa que se desinfla despacio a través de un agujero invisible. Estaba menguada. Sus ojos, pequeños, algo brillantes, se cruzaron con los suyos, y Avery vio que, pese a su inalterable cortesía, ella no le prestaba toda su atención.

—¿Vas sobreviviendo a este verano caluroso, Isabelle?

Ella pareció sorprendida por la pregunta, y parpadeó dos veces al mirarlo de nuevo, como si acabara de salir de un cuarto oscuro a la luz del día. Él la sintió vacilar y deseó de nuevo que no fuera a mencionar el asunto de Amy.

Pero ella apenas dijo:

—Estoy cansada, Avery. Me siento muy cansada.

—Claro —se apresuró a decir él—. Hace un tiempo absolutamente horrible. Y parece que no va a cambiar pronto, por lo que dice la televisión.

—Todo el mundo está enfadado —susurró Isabelle, casi con indiferencia, y señaló con un leve gesto de la cabeza a las mujeres de la oficina.

—Sí.

Avery suspiró por la nariz, asintiendo con una sonrisa desalentada en la que había cierta camaradería: los dos eran una pareja de padres a cargo de una habitación repleta de crios irascibles y revoltosos y tendrían que arreglárselas como pudieran.

—Supongo que ya pasará. —Avery puso las manos sobre el escritorio, como siempre que quería concluir—. Pero escucha, Isabelle. Te agradezco tu cooperación. De verdad que te la agradezco.

Ella asintió con la cabeza y se puso de pie, y regresó en silencio a su escritorio en medio del sopor de la oficina.

El coche olía mal. Aparcado todo el día con las ventanillas cerradas, se convertía en una especie de invernadero maloliente en un hervidero asqueroso de hongos y bacterias invisibles, e Isabelle solía dejar abiertas todas las puertas y ventanillas durante varios minutos, antes de subirse y acomodarse en el asiento del conductor; a Amy el procedimiento la hacía morir de vergüenza. No entendía

por qué su madre no podía hacer lo mismo que los demás y dejar simplemente el coche sin seguro y con las ventanillas abiertas. Pero para Isabelle, que se había criado en un pueblo pequeño, Shirley Falls era una ciudad, de modo que cada día lo dejaba cerrado y cada día tenía que dejarlo ventilar; el coche parecía un pájaro metálico posado con las alas extendidas en el asfalto, mientras ella lo abanicaba inútilmente con el bolso y Amy esperaba hundida en su asiento, con una mano sobre la frente.

Isabelle estaba sin ánimos aquel día y tan sólo abrió un momento la puerta de atrás, antes de emprender el camino a casa.

—Tú no crees en lo del ovni, ¿o sí? —dijo Amy.

Isabelle le lanzó una mirada.

—No.

Viajaron en silencio hasta dejar atrás el aparcamiento de caravanas, el pantano, el viejo camino de leñadores donde Amy había sido descubierta con Mr. Robertson.

—Pero puede ser verdad —dijo Amy, con el codo fuera de la ventanilla; bizqueaba un poco por el calor y se tiraba compulsivamente del pelo. Como su madre no respondió, añadió—: Yo creo que es verdad.

Isabelle siguió sin responder.

—¿Por qué no va a ser verdad? —insistió Amy—. Sólo somos un pequeño planeta estúpido, y hay otros.

Isabelle continuó conduciendo.

—¿Por qué no va a haber vida en otros planetas?

—Supongo que puede haberla —respondió Isabelle.

—¿Pero es que ni te importa? Lo dices como si ni siquiera te importara.

Isabelle no parecía dispuesta a responder, pero, al cabo de un momento, dijo con voz inexpresiva:

—Tengo otras cosas en qué pensar.

Amy se hundió aún más en el asiento y puso los ojos en blanco con desagrado.

Espantoso, pensaba Isabelle, sintiéndose aturdida: todo es espantoso.

—En fin. —Conducía con ambas manos en el volante, mirando al frente a través del parabrisas—. Dottie Brown vuelve el lunes a trabajar, así que estás sin trabajo. —Se volvió a mirar a su hija, que por lo visto no tenía nada que decir al respecto. Y añadió—: Avery me lo ha dicho esta tarde. Como Dottie vuelve, no hay suficiente trabajo para mantenerte ocupada. Ni tampoco suficiente dinero

para pagarte. O eso parece.

Amy se quedó callada y volvió el rostro hacia la ventana abierta. Isabelle, al mirarla de nuevo, no pudo ver su cara.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Amy al cabo de un rato.

La pregunta parecía sincera; Isabelle no alcanzaba a adivinar los pensamientos de su hija. ¿Tenía miedo de aburrirse, de sentirse sola? (¿Estaba pensando en huir de casa?)

—No lo sé.

—Tal vez tenga suerte y me rapte un ovni —sugirió Amy, en tono grosero, cuando llegaron a la casa.

Isabelle apagó el motor y simplemente cerró los ojos.

—Quién sabe —dijo—. Puede que pase.

Sin embargo, tenían cosas de que hablar. Si no podían resolver de inmediato qué haría Amy el resto del verano, Isabelle necesitaba al menos saber a qué hora la esperaban el sábado en casa de Stacy Burrows, si iba a cenar allí o no, y cómo iba a regresar.

Amy respondió a todas las preguntas que no sabía. Isabelle lo encontró irritante, lo cual irritó a Amy, y el resultado fue que Amy, hacia el mediodía del sábado, se marchó a pie, después de decirle a Isabelle que llamaría si pensaba quedarse después de las cinco.

—Te puedo llevar en coche con mucho gusto —ofreció Isabelle una vez más tras seguirla hasta la puerta.

—No —gritó Amy, sin volverse.

Al ir hacia el pueblo tenía que pasar por el camino de leñadores adonde había ido con Mr. Robertson. Como cada vez que pasaba por allí, volvió la cara hacia el otro lado. En el coche, con su madre, simplemente cerraba los ojos. En su imaginación, le había contado esto a Mr. Robertson. Imaginaba que él la observaba con sus ojos bondadosos. Salvo que entonces todo era un poco diferente, puesto que había descubierto que su teléfono había sido desconectado, que él se había marchado: temblaba por dentro y no lo podía evitar.

Se sintió aliviada al llegar al centro del pueblo, lleno de coches, y tiendas, y gente en las aceras. Cruzó la calle Mayor y tomó un atajo a través del aparcamiento de la oficina de Correos para llegar a la calle que conducía al barrio de Stacy. Allí, los nombres de las calles eran increíbles: Maple Street, Valentine Road, Harmony Drive, Appleby's Circle. Ninguno era feo ni corriente, como carretera 22. Las casas eran bonitas y se veían limpias; algunas eran grises,



otras blancas, unas cuantas de color marrón. Tenían ventanas francesas en la sala, y cortinas en los dormitorios. El césped crecía delante del porche, y en ocasiones había alrededor una cerca de estacas blancas.

La casa de Stacy era diferente. Quedaba en una urbanización nueva al lado de Oyster Point, donde las casas eran más grandes que en el resto del pueblo. Stacy vivía en la más grande. La casa tenía ventanales inmensos y una buhardilla. Amy se acercó haciendo crujir la grava blanca y brillante de la entrada. Nunca antes había ido a casa de Stacy. Aunque no quería admitirlo, compartía la antipatía de su madre por la arquitectura moderna; le gustaban las casas de aspecto tradicional. Y, además de la inclinación absurda del techo, ésta tenía la puerta pintada de amarillo brillante; el color la hizo sentirse intranquila, y lo asoció fugazmente con el hecho de que el padre de Stacy era psicólogo. Pero estaba intranquila de todos modos: Stacy la había invitado para que vieran una cinta sobre el parto que su padre había conseguido en la universidad. No se lo había contado a Isabelle.

Vaciló antes de llamar a la puerta.

Dentro, se oyeron pasos amortiguados y luego la voz de Stacy, que se acercaba. «Fuera, jodidos enanos, largo de aquí». La puerta se abrió, y ahí estaba Stacy, guapa y pelirroja, muy, pero que muy embarazada.

—¡Hola! —dijo, levantando las manos como para cogerle la cara a Amy. Y luego—: Jesús, ¿qué le ha pasado a tu pelo?

Amy, al cruzar el umbral, miró la alfombra y trató de sonreír pero sólo consiguió esbozar la sonrisa; las comisuras de su boca se contrajeron hacia abajo.

Un niño se asomó detrás de la puerta de un armario y la miró. Amy se dio la vuelta y se limpió rápidamente la nariz con el antebrazo.

—Fuera de ahí, enanos de mierda —dijo Stacy.

Amy oyó un correteo detrás del armario y luego un quejido.

—¡Mamá! —gritó el niño, mientras se alejaba corriendo por el pasillo—, Stacy me ha pegado y me ha llamado mierda.

Otro niño salió corriendo detrás:

—¡Stacy nos ha pegado!

—¡Cucarachas! —les gritó Stacy—. Sois unos enanos de mierda. La próxima vez que os pongáis a espiar a mis amigos os voy a matar. —Tomó a Amy por el brazo—. Vamos.

Amy la siguió escaleras arriba hacia su dormitorio. Nunca se había

imaginado que la gente pudiera hablarse así en una casa. La extrañeza que había sentido ante la puerta amarilla aumentó cuando entraron en el dormitorio y Stacy dio un portazo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Stacy con discreción, cuando estuvieron sentadas en la cama.

Era una cama doble, con cuatro pilares de madera oscura, y las sábanas floreadas estaban revueltas. A Amy le pareció enorme.

—¡Qué cuarto tan estupendo! —dijo mirando alrededor.

Al lado de la cama había una ventana que llegaba casi hasta el suelo; cuesta abajo, se veían las copas de los árboles hasta el arroyo de Oyster Point.

—No está mal —dijo Stacy, indiferente.

Amy tiró de su pelo y se encogió, avergonzada.

—Ha sido mi madre. Se ha puesto furiosa conmigo.

Dejó caer los ojos, acariciando las sábanas floreadas. Tenía miedo de verse obligada a dar una explicación, pero Stacy sólo dijo al cabo de un rato:

—¿A que los padres son insoportables?

Amy alzó la vista, y Stacy abrió los brazos.

—Te quiero —dijo tan sólo Stacy, y Amy, demasiado avergonzada para responder, cerró los ojos envuelta en la suave tibieza del pelo de su amiga.

Mr. Burrows se lió durante un buen rato con el proyector.

—Me va a llevar un par de minutos —le dijo a su esposa, y el entrecejo fruncido le llenó la frente de arrugas.

Mrs. Burrows, al notar que la destreza de su esposo estaba en juego (era la clase de persona a la que le gustaba llevar la voz cantante) fue a la cocina e hizo palomitas de maíz, y el olor de las palomitas llegó pronto a la sala, donde Amy y Stacy, también algo ansiosas, esperaban sentadas en el sofá.

El sofá era de piel marrón, inmenso. Amy quedó casi acostada al inclinarse contra el respaldo. Sentada derecha, sin embargo, parecería una idiota que nunca había sido invitada antes a casa de nadie. Stacy, con su abultada tripa delante, tenía las piernas cruzadas, y torcía los ojos con rabia hacia sus hermanitos cada vez que los niños entraban en la sala.

—Estáis advertidos, par de ratas —murmuraba.

Costó algún esfuerzo ponerlo todo a punto. Stacy quería más sal en las

palomitas, y Mrs. Burrows corrió a llevársela, los niños fueron enviados al primer piso, se cerraron las enormes persianas del ventanal. Pero finalmente Mrs. Burrows se acomodó en el sofá al lado de Amy, y la cinta echó a rodar, en blanco y negro, borrosa al principio; una mujer embarazada apareció entrando en un hospital, mientras un narrador masculino hablaba del milagro de la vida.

A Amy no le gustaban las palomitas de maíz. Una vez, años atrás, había contraído un virus estomacal y había descubierto que el vómito tenía un sabor muy parecido al de las palomitas. Incluso sus eructos sabían igual. Esta vez, hundida en el océano del sofá de piel, con un bol grande de palomitas en el regazo, reconocía dentro de su boca las secreciones acuosas que solían preceder la irrupción del vómito. Le sudaban las manos de pensar en vomitar en el sofá de piel de los Burrows.

—Tratad de no manchar de mantequilla la piel —había dicho Mrs. Burrows hacía un momento, entregándole a cada una una servilleta.

En la pantalla aparecía un diagrama; una especie de renacuajos se movían hacia un «huevo» de cara sonriente que batía coquetamente las pestañas.

—¿Qué tal están las palomitas? —preguntó Mrs. Burrows.

—Muy buenas.

Amy se sonrojó y, vacilando, se metió una palomita en la boca.

—¿Más sal?

—No, gracias.

Sin mover la cabeza, Amy intentó pasar revista a la sala. El techo era tan alto como el de una iglesia, y de las paredes colgaban varias máscaras talladas, de aspecto extranjero y expresión feroz. A Amy la sorprendió que alguien quisiera tener aquellas caras en sus paredes.

En aquel momento, la mujer embarazada estaba acostada y su estómago se alzaba como un monte ominoso bajo la sábana del hospital; Amy vio que sus ojos brillaban de terror, mientras la voz docta y serena del narrador describía la dilatación cervical.

Amy cerró los ojos, rezando para contener el vómito. Pensó en narcisos, en prados de narcisos. Un cielo azul, la hierba verde, narcisos amarillos.

—¡Qué asco! —exclamó Stacy—. Por Dios.

Amy abrió los ojos. La mujer había roto aguas. Una cabeza oscura y mojada emergía a través de una abertura inimaginable entre sus piernas. La cámara se desplazaba hacia su cara, contraída, sudorosa, espantosa; a Amy le daba más vergüenza ver su cara que mirar entre sus piernas, de donde, según mostraba la

cámara, emergían unos hombros, un cuerpo, con brazos y piernas minúsculos, contraído como los pavos envueltos en plástico que vendían en el supermercado.

—Qué feo —dijo Stacy—. Dios mío, qué bebé tan feo.

—Todos los bebés son así al principio —dijo animosamente Mrs. Burrows—. Hay que limpiarlos. Como las gatas limpian a los gatitos. Les lamen la sangre y todas las mucosidades... la placenta, se llama eso.

Una ola de náusea se levantó desde el fondo de la garganta de Amy. Narcisos, pensó. Cielo azul. Dejó el bol de palomitas en el suelo al lado de sus pies.

—Menos mal que no voy a tener que limpiar al bebé a lengüetazos —dijo Stacy, y se acomodó en el sofá, con una pierna debajo, metiéndose en la boca un puñado de palomitas.

—Parece que la placenta tiene muchas proteínas, ¿no, Gerald?

La madre de Stacy le dirigió la pregunta al padre, que le fruncía el entrecejo otra vez al proyector. La cinta estaba a punto de terminar; el bebé estaba en brazos de su madre.

—Sí. Muchas proteínas. Una paciente que tengo hizo una sopa con la placenta de su hijo, y se la comió luego con el marido y los amigos. Creo que lo veían como una especie de celebración.

Amy apretó los labios.

—Ah, qué asco —dijo Stacy—. Joder, qué asqueroso. Tus pacientes son unos pirados, papá.

Mr. Burrows estaba tratando de rebobinar la cinta sin rasgarla; no conseguía encarrilar el carrete y sentía que todos lo observaban.

—Stacy —dijo—, tienes que dejar de usar ese lenguaje. Tienes que dejarlo. Es totalmente inapropiado calificar de «pirado» a una persona neurótica. Ya hemos hablado de esto.

Stacy miró a Amy y entornó los ojos.

—Bien —estaba diciendo entre tanto Mrs. Burrows—, ha sido muy interesante ver esta cinta. Y muy útil. Ahora ya sabes lo que puedes esperar, Stacy.

—Espero morirme —respondió Stacy—. ¿No viste la cara de esa mujer?

—Por favor, dale las gracias a tu padre por la cinta. No ha sido fácil traer a casa el proyector de la universidad.

Mrs. Burrows se puso de pie sonriendo; recogió el bol de palomitas de Amy del suelo y se lo llevó a la cocina sin hacer comentarios, aunque todavía estaba

lleno. Amy, aliviada, se atrevió a decir:

—Gracias por invitarme.

—De nada. Ha sido un placer.

Mr. Burrows habló sin levantar los ojos, con el entrecejo aún fruncido, la cabeza agachada sobre el proyector. De hecho, Amy no recordaba que, desde su llegada, la hubiese mirado una sola vez. Parecía un hombre nervioso, y tenía un trasero ancho y plano. Amy lo miró con íntimo desagrado, recordando que Stacy había dicho que el culo de su padre era «blanco y gordo y se veía estúpido». Amy no se sentía mal por no tener padre, cuando conocía padres así.

—Sí, gracias, papá —Stacy parecía aliviada—. Tengo miedo —dijo por fin.

Las náuseas de Amy se apaciguaban.

—Todo irá bien —le dijo a Stacy sin convicción—. Me imagino.

—No habrá ningún problema —dijo Mrs. Burrows, de vuelta de la cocina—. Te van a poner una epidural, cariño. No vas a sentir nada.

—¿Qué es eso?

Stacy parecía confundida.

—Una inyección en la columna —contestó Mr. Burrows, sin poder disimular la impaciencia—. Acaba de salir en la cinta.

Amy fue andando hacia su casa a través del bosque, junto al río. Hacía un bochorno horrible; se sentía envuelta en una telaraña: nada parecido a las imágenes salvadoras que había evocado en el sofá de piel de Stacy. No había cielo azul, ni hierba verde, ni tampoco narcisos. Las agujas de los pinos parecían gastadas y porosas, y el cielo, o lo que se alcanzaba a ver de cielo a través de los árboles, seguía inmutablemente blanco. Se sentó sobre un viejo muro de piedra que se levantaba gradualmente entre las agujas de pino y desaparecía otra vez al cabo de unos pasos.

El bosque estaba lleno de esos muros, que se caían a pedazos bajo el musgo, que desaparecían aquí y allá bajo un tronco derribado por las tormentas, ya podrido y cubierto de enredaderas; más allá, volvía a aparecer la hilera de piedras que había sido un día el lindero de una casa, pero que entonces era tan sólo un borroso vestigio de otra época, en la que otras personas (no Amy, ni Stacy) habían vivido allí, en la que la vida debía de haber sido tan difícil que sobrevivir a un parto o soportar las estaciones ya era todo un triunfo.

Nada de esto pasó por la mente de Amy. De pequeña, solía caminar por el bosque imaginándose a los indios y a sus hijas, y a los colonizadores blancos, que se encerraban por la noche atemorizados detrás de los gruesos postigos de sus cabañas de madera; entonces le había interesado averiguar cómo vivían las mujeres de aquella época, con sus faldas tan largas, sin inodoro ni agua corriente, cómo hacían el pan en sus grandes hornos de piedra. Pero ya no pensaba en esas cosas. Sólo quería fumar un cigarrillo para librarse del mareo de las palomitas, que había acabado por oprimirle el corazón. Stacy, su tripa hinchada, su sofá de piel, sus padres raros... Sentía que Stacy estaba muy lejos.

Y también Mr. Robertson estaba muy lejos. Esto, por supuesto, era lo que la hacía sentirse peor; era como un dolor sordo, que llevaba consigo a todas partes. ¿Adonde se había marchado?

Más tarde, al cruzar la calle Mayor, oyó a alguien gritar su nombre. No estaba acostumbrada a que la llamaran por la calle, y, puesto que quien gritaba era un chico guapo, que parecía muy contento de verla, tardó un momento en convencerse de que no la confundía con otra.

Era Paul Bellows, el ex novio de Stacy.

## *Diecinueve*

Sola.

Sentada en el sillón junto a la ventana de la sala, Isabelle observaba a los gorriones que revoloteaban en torno al platito de las migas, con aleteos y brincos diestros, precisos y deliberados, pero también siempre sobresaltados. Debían de llevar una existencia tensa, reflexionó Isabelle. Pero se tenían los unos a los otros. ¿No había oído decir que los pájaros tenían la misma pareja toda la vida? Siguió con la vista a un gorrión, que abandonó el platito de un brinco y se posó en una rama delgada del abeto; al momento, otro gorrión lo alcanzó, y la rama se meció suavemente bajo el peso de los dos cuerpos delicados. Dios los criaba, y ellos se juntaban.

También la gente vivía juntándose; quién sabe cuánta gente se hacía compañía en aquel mismo instante. Su propia hija estaba de visita donde su amiga embarazada. Isabelle cerró los ojos un momento. Las mujeres de la iglesia: Barbara Rawley, Peg Dunlap. Quizás estaban juntas de compras. Del otro lado del río, cruzando el pueblo, Fat Bev debía de estar sentada en el porche de Dottie Brown, riéndose de Arlene Tucker. Tal para cual. «¿Por qué yo estoy sola?».

Y sin embargo existía Avery Clark. Isabelle se acomodó en la silla y apoyó la barbilla en la mano, como para sumergirse en una larga contemplación. ¿Estaba también solo Avery Clark? Quería creer que sí, pero Avery tenía una esposa; había que tener eso en cuenta. Tal vez Avery trabajara en aquel momento en el jardín trasero de su casa, mientras Emma daba golpecitos en la ventana, para indicarle que lo que hacía estaba mal hecho.

Sí, ése era el lugar al que la transportaban sus pensamientos. Vio a Avery Clark en su jardín trasero, con guantes de jardinero, con un sombrero de paja arrugado en la cabeza. Tal vez estaba quitando malas hierbas: arrancándolas de

entre las piedras del jardín japonés (no sabía ni remotamente si tenían un jardín japonés) y juntándolas luego con el rastrillo. Lo vio apoyado en el rastrillo, secándose la frente... Ah, Isabelle sentía tal deseo de tomarle una mano y de acariciarse con esa mano la mejilla. Pero él no pudo verla, ni se dio cuenta de que estaba allí, y pasó de largo a su lado al regresar a la casa, en la quietud de la tarde, a los muebles macizos del comedor, a la escalera alfombrada, a los cojines mullidos del sofá de la sala. Iba a la cocina, a servirse una bebida fresca. Luego se quedaría con la bebida ante la ventana, mirando a lo lejos.

Sentada en el sillón, Isabelle exhaló un suspiro. La sorprendía a veces lo mucho que podía dejarse absorber por algo que no estaba pasando en la realidad. ¿Qué estaba pasando? Nada. Estaba sentada en su sillón, en su casa silenciosa, y ya llevaba sentada un buen rato. Y, sin embargo, el otro día en la oficina él había sido tan amable, la había mirado con tanta preocupación desde el otro lado del escritorio. «¿Vas sobreviviendo a este verano caluroso, Isabelle?». Así que se dejó llevar, y lo vio de nuevo frente a la ventana, con su bebida. Se quedaría otro rato allí de pie, mirando más allá del rastrillo clavado en el suelo junto al muro, llevaría el vaso a la cocina, y luego subiría las escaleras, porque, después de trabajar en el jardín, tendría que tomar una ducha.

Qué privadas, qué secretas le parecían sus partes íntimas, tibias y húmedas en lo alto de la entrepierna. A veces, se imaginaba a Avery excitado; en aquel momento, sin embargo, lo veía en un estado de total placidez, con el miembro pálido, tibio y húmedo, allí metido dentro de los calzoncillos. Estaba enamorada de Avery. Y la conmovía que llevase a todos lados esa parte de sí mismo, secreta e íntima.

Era terrible, e irónico, que una mujer en el mundo, ella, Isabelle Goodrow, quisiera acariciar con tanta delicadeza y tanto amor el miembro envejecido de aquel hombre que se hacía viejo. Todos los hombres debían anhelar que los acariciaran así, con ternura, con tierno amor; por supuesto, la estirada de Emma, que iba por ahí como si todo le oliera mal, sin respetar la intimidad de las penas ajenas, chismorreando con Peg Dunlap sobre Amy, no era una mujer capaz de amar a nadie con delicadeza y con ternura.

Tal como debería, tal como Isabelle amaría a Avery.

Así era la vida. Durante años, vivías a la vuelta de la esquina de un hombre, trabajabas cada día con él, te sentabas en la iglesia detrás de él, lo amabas con un amor casi perfecto... Y nada. Nada, nada, nada.

Más allá de los árboles, algo se movió: alguien caminaba por la carretera.



Isabelle reconoció a la chica, era Amy, avanzando despacio y con la cabeza baja, y luego la vio acercarse por el camino de grava de la entrada. Solamente verla la hacía sufrir. La llenaba de dolor; pero ¿por qué?

Porque parecía infeliz. Tenía los hombros caídos y el cuello estirado hacia delante y caminaba despacio, casi arrastrando los pies. Aquélla era su hija; estaba así por su culpa. Ella había fracasado como madre, y la joven desolada que se acercaba por el camino era la prueba. Pero, entonces Amy se enderezó tras lanzar una mirada desconfiada hacia la casa, e Isabelle de pronto la vio transformada en una presencia con la que había que vérselas. Su cuerpo era largo y proporcionado, y, bajo la camiseta, sus pechos asomaban redondos, ni pequeños ni grandes, apenas piezas de una grata simetría. Su cara tenía una expresión inteligente, penetrante. Isabelle, inmóvil en el sillón, sintió miedo.

Y también rabia. Un arrebato de rabia, veloz como una estocada. Era el cuerpo de su hija lo que la hacía rabiar. No que fuera grosera, ni que le hubiese estado mintiendo durante meses. Tampoco odiaba a Amy por haber usurpado todos los espacios de su vida. Odiaba a Amy porque había estado disfrutando de los favores sexuales de un hombre. Y ella no.

Era terrible la forma en que se le iluminaba la mente. Recordó otra vez el día de junio en que Avery, eludiendo su mirada, le había contado que había hallado en el bosque a su hija «medio desnuda». Se había puesto tan colorado al añadir: «Por completo, de la cintura para arriba. Más abajo ya no miré». Era falso, pues Avery Clark había visto la falda arrebujada, la carne pálida de los muslos esbeltos, el parche de vello, y había visto, en el momento del descubrimiento, la mano presurosa cubriendo la entrepierna: a menudo recordaba esos detalles, que no le había mencionado a Isabelle, ni mucho menos a su esposa. Y le había dicho luego a Isabelle: «El sujeto estaba gozando de ella ahí, por encima de la cintura, quiero decir».

¡Pobre Avery! Se había puesto escarlata al tartamudear esas palabras.

Pero a Isabelle la ponía enferma. Le entraban ganas de vomitar. Amy, exhibiéndose así, ofreciendo sus pechos... disfrutándolo. Daría igual que no lo hubiese disfrutado. Pero no había sido así. Sin saber por qué, Isabelle tenía la certeza de que Amy había participado activa y felizmente, y la idea la hacía sentir ganas de llorar.

Arlene Tucker había comentado hacía varios años con gran autoridad (¿cómo podía saberlo Arlene?) que las chicas adolescentes que tenían relaciones no las disfrutaban porque no estaban maduras sexualmente, e Isabelle nunca lo había

olvidado, pero sabía que era falso.

Lo sabía, porque, años atrás, las caricias de Jake Cunningham le habían provocado sensaciones desesperadas. Lo sabía porque, tantos años después, aún recordaba exactamente la emoción, el extraordinario placer. Se levantó agitada de la silla, y de repente tuvo una revelación: desde entonces, ella había vivido todo el tiempo tratando de aplacar, de ahogar dentro de sí un incontenible arrebatado de deseo; había estado deseando, y deseando, y deseando a un hombre que le produjera de nuevo aquellas sensaciones desquiciadas, desesperadas.

Y, en cambio, Amy las había experimentado. Isabelle se apresuró escaleras arriba, huyendo de los pasos de su hija que se oían en el porche. Amy había defendido a aquel hombre con ardor. Nadie defendía así a alguien, a menos que hubiera ansiado desesperadamente sus caricias. Y, además, estaban las insinuaciones sucias que él había hecho acerca de que Amy no tenía mucho que aprender, o lo que fuera que había dicho aquel día espantoso en su miserable apartamento vacío. ¿Qué insinuaba? ¿Qué había estado insinuando? ¿Que Amy tenía un talento innato?

¡Ah, cuánto la odiaba! Cerró la puerta de su dormitorio y se sentó en el borde de la cama. ¡Era injusto!

Y también era injusto tener que oír hablar todos los días del amor libre, de que los chicos se iban a vivir juntos antes de casarse y cambiaban de pareja en cuanto se aburrían, de esas chicas *hippies*, sucias, mugrientas, que llevaban flores en el pelo. Isabelle había leído que en los campus de algunas universidades el médico daba la píldora a todo aquel que la pedía. Todas aquellas chicas usaban sus cuerpos como si fueran meros juguetes.

Todo eso la hacía sufrir.

Sufría al ver las vallas, los anuncios de televisión, toda la publicidad que utilizaba la seducción de las mujeres jóvenes. Y toda la publicidad lo hacía. No importaba qué se anunciara, todo se reducía en el fondo al sexo. Todo el mundo estaba haciendo el amor: estaba al alcance de cualquiera.

En el piso de abajo, la puerta de la cocina se abrió y se cerró.

—¿Mamá?

Isabelle, sentada en la cama, oyó los lentos pasos de Amy subiendo las escaleras.

—¿Mamá?

—Estoy descansando —dijo, a través de la puerta cerrada.

Oyó que Amy se detenía en el pasillo.

—No sabía si estabas en casa —dijo Amy.

—Estoy en casa. —En medio del silencio, Isabelle podía oír a Amy aún ahí—. ¿Te lo has pasado bien? —preguntó al cabo de un rato, y, en la intimidad de su cuarto, su cara se crispó de rabia.

—No ha estado mal.

De nuevo, un silencio en el pasillo. Y otro silencio en el cuarto de Isabelle. Ambas estaban esperando, agazapadas. Amy cruzó el pasillo y entró en su habitación.

Dentro hacía un calor terrible. Amy cerró la puerta y encendió el ventilador tras orientarlo hacia la cama; se acostó, con una pierna tendida sobre el borde, apoyando un pie en el suelo. De algún modo, había deseado hablar con su madre. Tras las rarezas de la casa de Stacy, casi había sido un alivio acercarse por el camino de la entrada y ver a su madre, volver a casa.

Excepto que no lo había sido. Olvídalo. Su madre seguía siendo detestable. ¿Qué esperaba acaso? ¿Que saliera a la puerta a saludarla y le dijera: «Cariño, te quiero, ven a darme un beso»? Esa no era su madre. Incluso cuando era niña y venía llorando con un rasguño en la rodilla, Isabelle tan sólo le decía que parara de llorar. «Aprieta los dientes y aguanta», solía decir. Y en aquel momento su madre estaba en su cuarto, «descansando», lo cual era una pura mentira, porque Amy la había visto muy poco antes detrás de la ventana de la sala.

No era ninguna alegría estar en casa. Ella no sentía ninguna alegría. Y sin embargo esto la hizo pensar en Debby Kay Dorne, se preguntó por qué la niña simplemente se había esfumado de casa aquel día, por qué seguía desaparecida y no la habían encontrado. Los diarios ya ni se molestaban en mencionarla. La semana anterior, el hombre de la televisión solamente había dicho: «Continúa la búsqueda de Debby Kay Dorne»; y nada más. Amy se volvió boca abajo. Era bastante aterrador, de verdad que sí.

Y demostraba lo estúpida que era Isabelle. Cualquiera madre estaría feliz de tener ahí a su hija, de poder sentarse con ella a hablar, en vez de escabullirse escaleras arriba para «descansar». Habría podido quedarse un rato más con Paul Bellows. O donde Stacy. Excepto que en casa de Stacy se había sentido deprimida, especialmente después de la película, cuando las dos habían bajado de regreso al dormitorio y Stacy le había enseñado el libro sobre sexo que le

había comprado su nuevo novio. Amy ni siquiera estaba enterada de que Stacy tenía un novio nuevo, pero sí que lo tenía: un tío llamado Joshua que iba a empezar el último año. Y le había regalado el libro sobre sexo. Ante los dibujos del libro, que mostraban distintas maneras de hacer el amor, había echado de menos con toda el alma a Mr. Robertson. El hombre que aparecía en el libro también tenía barba, y la mujer con la que estaba haciéndolo tenía el pelo largo y liso. Mientras miraba los dibujos, Amy se había sentido espantosamente sola. Y había sentido también una ansiosa curiosidad, porque era así como debía de ser el cuerpo de Mr. Robertson: con la punta abultada y más abajo los saquitos, con el vello. Le había dicho a Stacy que tenía que volver a casa antes de que se enfadara su madre, pero en realidad quería marcharse y fumar sus cigarrillos en el bosque, sola y sentada en el muro de piedra.

Y entonces se había encontrado con Paul Bellows. Había sido raro, porque apenas lo conocía, pero él se había comportado como si fueran amigos. Quería saber de la vida de Stacy, desde luego, porque a Stacy ni siquiera le permitían hablar por teléfono con él. Amy no mencionó al nuevo novio; dijo tan sólo que Stacy estaba bien.

—Qué bien —asintió Paul—. Yo la quiero de verdad, ¿sabes?

—Claro —respondió Amy—. O sea, claro que sí.

Y él la llevó en su coche nuevo de paseo.

—¿Te gusta?

Paul sonreía. Tenía los ojos grandes, brillantes, y los dientes relucientes, y acariciaba con su enorme mano el cambio de marchas al conducir.

—Estupendo —dijo Amy—. Está muy bien. —En realidad, no sabía qué había que decir acerca de un coche nuevo. El coche era pequeño, un deportivo; azul por fuera, y por dentro gris—. Me gusta el color —añadió con voz vacilante, y acarició el tapizado de vinilo gris al lado de su pierna.

—Ronronea como un gatito, ¿no? —dijo Paul.

Ella asintió con la cabeza y observó que la boca de Paul era igual que la de Stacy: gruesa, con los labios desbordados, con las tersas mejillas coloreadas por un oscuro brillo interior, los dientes muy blancos y relucientes.

Paul la llevó hasta la carretera 4 para mostrarle que el coche tenía buen «agarre», lo cual por lo visto significaba que podía ir muy rápido: él le indicaba el velocímetro a medida que iban a cien kilómetros por hora, a ciento veinte, ya a ciento cuarenta. Amy, aterrorizada, veía moverse el asfalto detrás del parabrisas, como una cinta transportadora desbocada, deslizándose a su paso a

toda velocidad.

—Allá vamos —dijo Paul, sonriéndole al velocímetro, en el que la aguja temblaba en aquel momento por encima del número ciento sesenta—. Es una preciosidad este nene.

Aminoró luego la velocidad.

—¿Alguna vez habías ido tan rápido en un coche?

Amy negó con la cabeza.

—¿Te has asustado?

Amy asintió.

—No lo volveré a hacer. —Paul parecía arrepentido de verdad—. Sólo estaba fardando —dijo, y sus mejillas coloradas se tornaron más oscuras.

—No pasa nada —dijo Amy, sintiéndose locuaz, al comprobar con alivio que iban más despacio—. Es tu coche nuevo y todo eso. Cuando yo estreno algo, siempre me gusta mirarlo por todos lados.

El le lanzó una mirada cuando salían de la autopista por la rampa del pueblo.

—Me caes bien —dijo simplemente—. Quiero comprarte algo.

—No te molestes —dijo, ella avergonzada—. No hace falta.

Pero se veía que lo deseaba de verdad, y al cabo de un momento entraron en una droguería, donde le compró un rímel y un brillo para los labios. El brillo era de los caros.

—Caray —dijo ella—, gracias.

Permaneció cohibida en la acera, pidiendo a Dios que su madre no pasara en el coche echando miradas.

—Voy a ir andando el resto del camino —dijo—. Necesito hacer ejercicio.

Pero Paul estaba contento, animado.

—Espera un minuto —le dijo, y entró en la floristería al lado de la droguería. Al momento, salió con un ramo de margaritas envuelto en un gran cono de papel—. Son para ti —dijo, y sonrió con sus blancos dientes—. Porque has sido muy buena con Stacy. Y conmigo. Eres muy buena persona, Amy.

Amy, en casa, se sentó para situarse frente al ventilador. Era agradable que a una le dijeran que era buena persona. De verdad que sí. No sabía por qué, de algún modo, se sentía triste. Cerró los ojos, con la cara al ventilador. Su cuarto olía como un ático recalentado. Un leve escalofrío le recorrió el cuero cabelludo, las raíces húmedas del pelo.

Había ido hasta la escuela. Había hallado abierta la puerta del gimnasio y se había deslizado por el pasillo silencioso, para dejar las margaritas ante la puerta

de Mr. Robertson.

Llegó agosto. La cúpula pálida del cielo, cada día más lejana, parecía cada vez más una membrana hinchada por su propio agotamiento.

Peg Dunlap, la mujer del comité de Navidad que tenía un romance con el padre de Stacy, se refugió del calor una tarde en el A&P, para espiar a la desprevenida Mrs. Burrows, que empujaba su carrito por los pasillos. Con sus gafas oscuras puestas, merodeó alrededor de las lechugas, mientras la esposa de su amante estudiaba los frascos de mermeladas y conservas. No sabía por qué sentía tanta excitación y un dolor tan atroz.

En la última planta de un edificio situado a pocos kilómetros de allí, Linda Lanier, la profesora de español, estaba entre tanto en la cama con Lenny Mandel bajo el calor monstruoso de la tarde de agosto. Ambos gruñían y sudaban a chorros, al contorsionarse entre las sábanas retorcidas. Las margaritas que Lenny Mandel había descubierto sorprendido en el pasillo de la escuela temblaban en una jarrita al lado de la cama. (Mrs. Mandel había llamado a la escuela para que su hijo le llevara un bote de mostaza de camino a casa, y le habían dicho que él se había tomado el resto del día libre).

Del otro lado del río, en la oficina, Fat Bev padecía problemas digestivos. Los retortijones le empezaban en cuanto entraba a trabajar, y luego tenía unos gases terribles. A veces, cuando cruzaba discretamente la oficina, apretando el esfínter para salvar la vida, sentía que su bajo vientre entero estaba a punto de explotar; pero, al aterrizar sana y salva en la taza del inodoro, no evacuaba más que un sonoro estallido de aire. Absolutamente nada más.

Por lo menos, podía hablar del tema con Dottie. Porque, sin lugar a dudas, no iba a hablarle de ovnis.

—Por el amor de Dios —dijo cuando volvió a su escritorio—. Cómo me están sonando las tripas.

Dottie Brown alzó la vista, con la frente arrugada.

—¿De veras? —preguntó, y Bev notó que Dottie no había registrado sus palabras.

Algo se interponía entre Dottie y el mundo, una cierta lejanía brillaba en sus ojos, que no acababan de enfocar a Bev, y alcanzaba a escucharse en el tono demasiado emotivo de la respuesta: «¿De veras?».

Era como si Bev tuviese que rescatar a nado a alguien, como si tuviese que hablar más fuerte, más rápido, con más ímpetu, para mantener a flote a Dottie. Se sentía fatigada. Observó por el rabillo del ojo a su amiga, mientras tecleaba en la máquina de escribir. En el rostro de Dottie había un gesto de dolor físico; fue esto lo que Bev notó, mientras la observaba sin dejar de teclear. A su mente acudió una imagen del pasado: una tía suya que había muerto de cáncer solía hacer el gesto que Dottie hacía en aquel momento, como si estuviera reteniendo algo detrás de los ojos, mordiendo una especie de freno, algo así... Bev se alarmó.

—Dottie —dijo.

Paró de teclear y le clavó la mirada.

Dottie levantó la vista, sorprendida.

—Dottie Brown, ¿te encuentras bien?

El rostro de Dottie delató cierta irritación.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque te encuentro cambiada —dijo Bev con sinceridad—. Hace tiempo que te conozco, y te encuentro cambiada.

—Santo cielo —dijo Dottie con suavidad—. Si hubiera aterrizado una nave espacial en tu jardín también tú te encontrarías cambiada.

Eran aguas pantanosas. Bev sintió un retortijón. No creía en la historia del ovni de Dottie y pensaba que Dottie probablemente lo sabía. Sin embargo, cuando se enfrentaba con alguna incrédula (Leonora Snibbens era la peor, y no cesaba de proclamar su incredulidad), a Dottie se le llenaban los ojos de lágrimas indignadas y susurraba que nadie podía comprender nada en este mundo a menos que lo hubiese experimentado. «Eso es bastante cierto», solía respaldarla Bev, y hasta ahí llegaba el asunto.

—Quiero decir, físicamente —dijo ahora Bev—. ¿Estás bien físicamente? ¿Todavía sangras de vez en cuando? ¿Te duele la cicatriz?

—Sigue sensible —dijo Dottie, y encendió un cigarrillo.

—No me gusta verte fumando otra vez —añadió Bev, encendiendo uno, y Dottie le lanzó una mirada desdeñosa que cuestionaba abiertamente su autoridad en la materia—. Tú eras mi inspiración —explicó Bev—. Siempre he imaginado que si un día tenía que dejarlo, podría porque tú habías podido.

—Vaya, no quiero servirle de inspiración a nadie —dijo Dottie, colocando delicadamente el cigarrillo en el cenicero de cristal, y se humedeció luego un dedo con la lengua para revisar una pila de pedidos—. Mil gracias, pero no.

Fat Bev expulsó el humo despacio y se examinó las uñas.

—¿Cómo está Wally? ¿Se está portando bien con todo esto?

—¿Con qué?

—Con la histerectomía y lo demás. Dicen que algunos hombres se ponen raros. Sé de un hombre que lloró cuando el médico le dijo que le había sacado los ovarios a su mujer. Un hombretón como una pared, y perdió el control y se echó a llorar. Nunca volvió a dormir con ella.

—Los hombres son unos niños.

Dottie estiró el brazo y cogió el cigarrillo.

—Bah, eso sí que es cierto. —Tenía que decirle abiertamente a Dottie que no conseguía creerse la historia del ovni y que se sentía mal. Habían sido amigas durante el tiempo suficiente para poder hablar del tema—. Pfiuu —silbó, inclinándose hacia Dottie por encima del escritorio—. Mi estómago se está volviendo loco. —Empujó la silla, arañando el suelo, y se puso de pie—. Disculpa —dijo—, voy a tratar de cagar esta sandía y vuelvo.

Los ojos de Dottie se llenaron de lágrimas. Si no hubiera tenido tanto miedo a que explotara la sandía, Bev se habría vuelto a sentar.

—Stacy ha tenido el niño —dijo Amy.

Isabelle alzó la vista del plato y la miró boquiabierta.

—¿Ya lo ha tenido?

Amy asintió con la cabeza.

—¿Lo ha tenido? —repitió Isabelle—. ¿Ha tenido el bebé?

—Sí. Ha tenido el bebé. Me ha llamado su madre.

Amy se levantó y empezó a recoger la mesa.

—Cuéntame cómo ha sido.

Isabelle, pálida, seguía a Amy con ojos insistentes.

—No hay nada que contar —respondió Amy, encogiendo los hombros. Sus hombros, descubiertos bajo la blusa sin mangas, brillaron desnudos y juveniles cuando se inclinó hacia delante—. Ha tenido el bebé. Fin.

Era extraño hablarle a su madre como a veces le hablaba en aquellos días, sin disimular la rudeza ni el desprecio. Antes del verano no se habría atrevido.

—Difícilmente es el fin —dijo Isabelle—. Difícilmente.

Amy no respondió. Le desagradaban esos pronunciamientos que hacía su



madre, esos comentarios sabihondos y petulantes que dejaba caer en el aire húmedo de la cocina. «Yo sé un par de cosas que tú no sabes», solía decirle Isabelle cuando ella estaba creciendo, y luego ya no decía más. Como si, por aventajarla en experiencia y sabiduría, pensara que no valía la pena explicarle nada.

—¿No te ha hablado de eso Stacy? —preguntó con voz vacilante Isabelle, y retorció una servilleta de papel hasta hacer un rollito compacto. Miró de reojo a Amy, que seguía recogiendo la mesa.

—De qué.

—De dar en adopción el bebé.

Amy se quedó con la mente en blanco, como si no pudiera recordar si Stacy había dicho algo.

—Creo que tenía miedo de la parte del nacimiento —admitió, al depositar los platos en el fregadero—. No me lo ha dicho exactamente, pero creo que tenía miedo de que le fuera a doler. Pero su madre me ha dicho que le ha ido bien. — Amy recordó a la mujer que aparecía en la cinta que había llevado a casa el padre de Stacy; vio otra vez sus muecas feroces, en medio de los hondos gruñidos de dolor—. ¿Duele mucho?

Se dio la vuelta, dirigiéndose a su madre con repentina sinceridad.

—Es incómodo, desde luego.

Isabelle dejó de retorcer la servilleta y miró hacia la ventana. En su rostro había un gesto turbado, de extrema fragilidad, y Amy, después de mirarla, se volvió hacia el fregadero. Sintió una punzada de ansiedad, porque su madre estaba reprimiendo el llanto.

Durante un rato, no se oyó nada aparte del sonido de los platos, del agua que corría en el fregadero. El grifo chirrió al cerrarse, y los cubiertos cayeron en el escurridor.

Isabelle habló. Amy, de pie ante el fregadero, dedujo por el sonido de su voz que su madre aún miraba por la ventana.

—¿Stacy nunca te dijo nada acerca de lo que sentía? ¿Acerca de regalar al niño?

—No. —Amy no se volvió. Aclaró una taza bajo el grifo y la puso en el escurridor—. Pero yo lo he pensado a veces —añadió con franqueza—. O sea, un día puede pasar al lado de su hijo en la calle, cuando tenga cuarenta y cinco años, y ni siquiera se va a enterar. Me parece muy raro. Pero nunca le he preguntado qué piensa ella.

Isabelle no respondió.

—He pensado que no debía preguntárselo, ¿sabes?

Amy se dio la vuelta, con las manos jabonosas aún dentro del agua. Su madre seguía mirando por la ventana; a aquella hora del día, el aplanado moño a la francesa empezaba a deshacerse, y los cabellos desordenados resbalaban por su largo cuello blanco.

—¿Mamá?

—No. Creo que has hecho bien en no preguntar. —Isabelle se volvió, con una sonrisa de disculpa, pues de hecho las lágrimas corrían por sus mejillas. Se tocó la cara con la servilleta que aún tenía entre las manos—. Has hecho muy bien —repitió—. No hay que hacer preguntas innecesarias que hagan sufrir a la gente.

Parecía reanimada. Se sonó la nariz, se levantó de la mesa y dejó caer la servilleta en el cubo de la basura.

—Deberías ir a visitarla —afirmó, quitando las cosas que quedaban en la mesa—. ¿En qué hospital está?

—¿Qué dices?, ¿que vaya a visitarla al hospital?

—Pues, sí. Yo creo que sí. De verdad.

—Está en Arundy. No en Hennecock.

Amy aclaró otra taza y se apartó cuando su madre puso más cubiertos en el fregadero.

—Llama para averiguar cuál es el horario de visitas —dijo Isabelle en tono diligente, pasando una esponja por la encimera—. Te puedo llevar esta noche. No te preocupes —añadió, como si estuviera leyéndole a Amy el pensamiento—, no voy a entrar contigo. Me quedaré en el coche.

—¿Estás segura? —preguntó Amy—. ¿No te molestaría?

—Anda —le ordenó su madre con la cabeza—. Ponte otra blusa, ésa está un poco sucia. —En realidad, revelaba los hombros espléndidos y juveniles de su hija, y hacía sentirse incómoda a Isabelle—. Ya llamaré yo al hospital.

Cuando Amy bajó las escaleras al cabo de unos minutos, con una blusa limpia y el pelo recién peinado (había crecido lo suficiente para rizársele por debajo de las orejas), encontró a Isabelle registrando los armarios de la cocina.

—Hay visitas hasta las ocho —dijo Isabelle—. Pero tienes que llevarle algo.

—¿Como qué? —dijo Amy—. No sé qué llevarle.

—Aquí está. —Isabelle sacó una pequeña cesta de un armario—. Vamos a coger unas flores del jardín para llevárselas en esta cesta.

Trabajaron juntas durante algunos minutos. O, más bien, Isabelle trabajó, bajo la mirada de Amy. Cubrió el interior de la cesta con papel de aluminio, y bajó luego los escalones del jardín de atrás; se arrodilló, desenterró con una palita un pequeño macizo de caléndulas y campanillas, y apretujó la tierra dentro de la cesta. Trabajaba con cierto fervor, y el sudor le asomaba por encima de los labios y en las bolsas bajo los ojos; Amy, al ver su cara, tuvo que apartar la mirada.

—Así durarán más —dijo Isabelle, enderezándose, y se secó la cara con el dorso de la mano—, más que si simplemente las hubiéramos cogido.

—Además, queda más bonito.

Amy contemplaba la cesta, impresionada.

—Sí que queda bonito, ¿no?

Isabelle escrutó la cesta y la hizo girar despacio en su mano. Tras entrar de nuevo en la casa, encontró una cinta blanca y la ató alrededor del asa de la cesta. Luego, con las tijeras de costura (ni ella ni Amy recordaron entonces que ésas eran las tijeras con las que le había cortado el pelo a Amy) rizó las puntas de la cinta, de modo que dos bucles blancos y saltarines colgaran por encima de las flores azules y amarillas.

Era un hospital privado, bastante nuevo. Más que un hospital, parecía un discreto edificio de oficinas. Las instalaciones se extendían a espaldas de la carretera, y las hileras de ventaneas atravesaban en línea recta las paredes de cemento. Amy miró ansiosamente a través del parabrisas, hacia las ominosas puertas de cristal ahumado. Isabelle paró el coche en una esquina del aparcamiento.

—¿Qué hago? —le preguntó Amy, con la cesta de caléndulas y campanillas en el regazo; empezaba a sentir la humedad de la cesta sobre sus muslos—. Nunca he entrado en un hospital.

—Sólo di que has venido a ver a Stacy, ¿cuál es su apellido?

—Burrows. ¿Dejan entrar a menores?

—Tú ya tienes dieciséis años —dijo Isabelle, y miró a Amy como calculándole la edad—. Pero, si te preguntan, supongo que puedes decir que tienes dieciocho. Podrías tenerlos.

Amy miró a su madre; era inusitado que Isabelle le sugiriese que mintiera. Empezó a abrir la puerta, y luego vaciló.

—¿Qué pasa si a Stacy no la dejan recibir visitas, quiero decir, por eso de que tuvo el niño y no tenía que haberlo tenido?

Isabelle no hizo gesto alguno.

—Estaría mal hecho —dijo.

—Sí, pero ¿qué pasa si es así?

—Entonces di que eres de la familia. Si no hay más remedio.

—Está bien. —Amy vaciló otra vez—. ¿Qué vas a hacer tú? ¿No tienes nada para leer?

Isabelle negó con la cabeza.

—Anda.

Isabelle observó mientras Amy cruzaba el aparcamiento (los shorts azul marino de Sears le quedaban muy bien con aquella blusa blanca) y reconoció en sus pasos aquella vacilación con la que su hija caminaba desde niña. Las piernas de Amy se alejaban con un balanceo simétrico, agradable, pero ahí estaba su pie derecho, curvándose hacia dentro, en un ángulo que a Isabelle le resultaba familiar. Este defecto, apenas visible, delataba una vez más un susurro de timidez, como si la niña estuviera siempre diciendo con voz tenue, inaudible: «Tengo miedo». Isabelle sintió un escalofrío al contemplar las dos imágenes extrañamente superpuestas: la silueta de una mujer adulta con una cesta de flores en la mano y la pequeña niña de pelo rizado que se alejaba por el camino de la casa de Esther Elatch, estrujando entre sus dedos la cabeza de una muñeca de plástico.

Nadie le preguntó nada. En los pasillos silenciosos, las enfermeras parecían adormiladas, indiferentes, y agitaban vagamente la mano para indicarle adonde tenía que ir.

Stacy se encontraba sola. Estaba sentada en la cama, con expresión ausente, expectante, que se transformó en asombro cuando entró Amy.

—Hola —dijo—, Dios mío, hola.

Estiró los brazos, como un niño que quiere que lo cojan, y la cesta de flores estuvo a punto de sucumbir aplastada en medio de risas nerviosas y besos y abrazos, pero en el último minuto aterrizó sana y salva en el regazo de Stacy. Stacy la examinó con ojos resplandecientes.

—Amy, ¡qué bonito!

Las chicas miraron el pequeño jardín que reposaba en su regazo, las caléndulas altivas, las campanillas reticentes, que empezaban a desfallecer.

—Mi madre lo ha hecho para ti —dijo Stacy.

—¿Tu madre?

Amy asintió con la cabeza.

—Qué raro.

Amy asintió otra vez.

—Los padres son muy raros —Stacy sacudió despacio la cabeza y puso la cesta en la mesa de noche—. Mis padres se portaron muy bien cuando me llevaban a la sala de partos, pero, esta tarde, cuando empezaba a aburrirme (los capullos de los médicos te obligan a quedarte aquí tres días) les he preguntado si podía alquilar un televisor del hospital y me han dicho que no, que no estaban de acuerdo.

—Y ¿por qué?

—¿Quién sabe? Mira, me han vendado los pechos —Stacy se abrió la bata de hospital para enseñarle a Amy que tenía los pechos vendados con tiras de tela blanca—. Duele un montón.

—¿Te lo han hecho tus padres?

—No, las enfermeras. Porque me va a subir la leche o algo así.

Amy se volvió para mirar la habitación, y la encontró desnuda, estéril, decepcionante. Se sentó vacilando en el borde de una silla de vinilo azul que había contra la pared.

—No, no. Siéntate aquí —dijo Stacy, dando una palmadita en la cama, y movió las piernas.

Amy se levantó y se sentó en la cama.

—Yo te veo igual —dijo, tras estudiar a su amiga—. Pero todavía pareces embarazada.

El abdomen de Stacy se alzaba bajo la sábana.

—Ya lo sé. El útero tarda un tiempo en bajar otra vez, o algo así. Tengo unos cólicos jodidamente increíbles. Hace dos horas tenía que orinar y me trajeron un orinal, y me salió una masa llena de sangre del tamaño de una naranja. Pensé que iba a morirme, pero la enfermera dijo que era sólo la placenta. Supongo que eso es lo que se comen los gatos. O sea, que me lo comería si fuera gato, vaya.

Se quedaron un momento calladas. Y luego Amy dijo:

—Pues menos mal que no eres un gato.

—De verdad. —Stacy tenía un mando en la mano, y el mando zumbó cuando oprimió un botón para levantar la cabecera de la cama; quedó casi sentada—. Ya está —dijo, haciéndose a un lado para que Amy cupiese también sentada (medio

acostada) a su lado en la cama.

—Déjame a mí —Amy oprimió el botón y la cama se reclinó bajo la espalda de ambas. Lo oprimió otra vez y volvieron a subir—. ¿Dónde están tus padres? —preguntó.

—En casa. Creo que mi madre ha estado bebiendo todo el día. —Stacy miró los pies de Amy encima de las sábanas—. Estaba muy divertida, y luego se quedó dormida en esa silla. Mi padre la sacó a rastras para llevársela a casa. Creo que estaba realmente borracha.

Amy oprimió el botón y los pies de ambas se elevaron despacio.

—No sabía que tu madre bebía. La madre de Mr. Robertson bebía.

—¿Cuál Mr. Rob...? Ah, sí, el sustituto ese. Mi madre bebe en ocasiones especiales.

Amy hizo bajar los cuatro pies y miró al techo; parecía hecho de cartón blanco, y estaba lleno de pequeños agujeros.

—¿Alguien se lo ha dicho a Paul?

—Mamá se lo ha dicho. Quería venir al hospital, pero le hemos dicho que ni lo sueñe.

—Lo vi el otro día —dijo Amy—. Me llevó de paseo en su coche nuevo.

Stacy agitó una mano con hastío.

—Paul —dijo—. No quiero pensar en Paul.

—Está bien —Amy miraba todavía al techo—. Ya no trabajo en la fábrica. El jefe es un gilipollas que se llama Avery Clark, y me odia, así que ha dicho que ya no tenían dinero. Tienes que verlo, Stacy. Es el tío más aburrido del mundo. Se nota que solamente lo ha hecho unas dos veces en toda la vida, y eso para tener hijos.

—Puede que te sorprendas —dijo Stacy—. La gente es rara. Tienen un montón de secretos que nunca te imaginarías. Mi padre tuvo un paciente, no aquí en Shirley Falls, que era algo así como Mr. Decente, Mr. Normal. Era dueño de un banco, o algo así. Y le pagaba a una puta carísima sólo para que se desvistiera y le llevara rodando un huevo por el pasillo.

Amy volvió la cara hacia Stacy.

—Raro, ¿eh? —dijo Stacy—. Nada de sexo, lo único que ella hacía era llevarle un huevo rodando. Oí a mi padre contándoselo una noche a mi madre.

—Yo pensaba que los psiquiatras no le podían contar a nadie lo que les contaban a ellos.

—Chorradas —dijo Stacy—. Nunca hay que confiar en un loquero. Me

gustan tus sandalias. Siempre me han gustado esas sandalias.

Ambas miraron los pies de Amy.

—A mí siempre me han desagradado —dijo Amy—. Toda mi ropa me desagrada. Como por ejemplo estos shorts anormales de Sears, que me tengo que poner porque mi madre no me deja usar vaqueros recortados.

—Ropa —divagó Stacy—. Dentro de poco tiempo ya me podré poner ropa normal.

—Odio a mi madre —dijo Amy, sintiendo una antipatía intensa y repentina por sus shorts—. O sea, se portó bien haciéndote esta cesta de flores, pero de verdad que es una anormal. La odio.

—Sí—dijo Stacy con despreocupación—. Yo también odio a mi madre —volvió la cara hacia Amy—. ¿Sabes? —susurró—. Una de las enfermeras me ha dejado ver al bebé. Se suponía que yo no tenía permiso, pero una de las enfermeras de por la noche lo ha traído un rato esta mañana temprano y me ha dejado tenerlo en brazos.

Los ojos azules de Stacy se clavaron en los de Amy.

—Es precioso —susurró—. Cuando salgas, echa una ojeada a través del vidrio en la sala de maternidad. Está en la hilera de atrás, en la esquina de la derecha. La enfermera me lo ha dicho. Lo vas a reconocer, porque tiene una cabeza grandota y es pelirrojo —Stacy negó con la cabeza—. De verdad que es precioso.

Regresaron en silencio en el coche.

—Stacy se encuentra bien —dijo Amy al subir al coche.

Nada más.

Después mantuvo la cara vuelta hacia la ventana. Isabelle abrió la boca una o dos veces para hacer una pregunta y la volvió a cerrar. Ya estaba oscuro. Veían pasar casas, jardines, piscinas construidas por encima del suelo, apenas entrevistas bajo el resplandor brumoso de los postes de la luz y de las farolas de los coches, de las ventanas iluminadas de las casas.

¿Dónde estaría Mr. Robertson?

El coche que había delante encendió el intermitente y dobló en la siguiente salida. La lucecita roja continuó titilando mientras se alejaba por la rampa. Durante un rato, solamente hubo árboles, piceas y pinos, que quedaban atrás en

la oscuridad. Sentada en silencio al lado de su madre, en medio de la oscuridad lechosa de la noche, Amy se vio desnuda, empujando un huevo por un largo corredor en madera de pino, como los diáconos que pasaban el platillo de la colecta en la iglesia, hacia un hombre de aspecto normal, en traje de negocios que se doblaba sobre sí mismo con una mueca desesperada de deseo. «Uno más —le susurraría él con voz suplicante—, trae uno más». Y ella lo haría. Y lo haría bien, tomándose su tiempo, devolviéndole la mirada con indiferencia. Sintió entonces el olor del río; estaban entrando en Shirley Falls.

—He visto al bebé —le contó a Isabelle—. No tenía que haberlo visto, pero Stacy me dijo dónde estaba y le eché una ojeada a la salida.

No le contó a su madre que se había quedado de pie en el pasillo del hospital, susurrando una oración a través del vidrio, enviándole a aquel niño pelirrojo una bendición de la que él nunca se enteraría, contándole que lo había visto crecer dentro del vientre de su madre en su escondite del bosque a la hora de comer y jurándole que lo amaría para siempre.

Isabelle no dijo nada. Entraron en silencio por el camino oscuro de la casa.



## *Veinte*

Avery Clark se tomó una semana de vacaciones. Cada año se tomaba una semana en agosto, y siempre alquilaba la misma cabaña en las montañas, en el lago Nantucket, donde pescaba con sus hijos, nadaba junto a un pequeño muelle con Emma, asaba perritos calientes y reposaba en una hamaca de cañamazo tendida entre dos pinos escoceses. En cada ocasión, estos momentos felices quedaban registrados en una pila de fotografías que Avery le enseñaba a Isabelle con entusiasmo contenido tras recogerlas a la hora de comer en la tienda del otro lado de la calle.

A Isabelle se le rompía el corazón. Examinaba las fotografías de pie, al lado del escritorio de Avery, las sostenía con cuidado, para no dejar una huella en el trasero de Emma que salía subiéndose a una canoa, y decía siempre en algún momento: «Ay, Avery, ésta es la mejor, ésta es la que sales tú», y le sonreía a la imagen de Avery encorvado dentro de una barca, sacando un pez del agua. Una vez había sacado una perca. Isabelle había asentido mientras él contaba cuánto tiempo habían estado pescando aquel día, prácticamente dos horas, sin que nada mordiera el anzuelo. «Vaya —le había dicho a Avery—, figúrate».

Entonces, en aquel agosto particularmente caluroso y horrible, con el hedor del río muerto y el cielo descolorido, cuando su hija apenas le hablaba y el propio Avery estaba poco locuaz («Defiende el fuerte, Isabelle», era todo lo que se le había ocurrido decir al marcharse el viernes), Isabelle se preguntaba si le mostraría alguna foto del lago al regreso de las vacaciones. Sabía, porque había oído a Avery hablando con Fat Bev, que se encontraría en el lago con sus hijos, aunque ya iban a la universidad.

—Por supuesto —dijo Avery—. Espero ir después con mis nietos. El lago Nantucket es una tradición familiar.

—Qué bien —replicó Bev con desgana, e Isabelle había envidiado su

indiferencia.

Para ella no había habido más que aquel animoso: «Defiende el fuerte, Isabelle». Sin embargo, había entrevisto en la mirada de Avery que entendía que no era una tarea fácil, porque la oficina era en aquellos días un hervidero de rencillas viejas y nuevas, en el que las alianzas se disolvían y se recomponían sin cesar. Leonora Snibbens y Rosie Tanguay, que no se hablaban desde hacía un año, en principio porque Leonora había soñado una noche que Rosie hacía *strip-tease* en la oficina de Correos (el auténtico agravio no había sido que Leonora contase el sueño, sino que lo contase con tales muestras de hilaridad), habían dado señales de querer enterrar el hacha a comienzos del verano y un día hasta habían comentado en tono cordial y sosegado que a ambas les daba sueño el calor. Pero el ovni de Dottie Brown había resucitado la vieja inquina.

Y Leonora no estaba dispuesta a enfrentarse solamente con Rosie. Por quién sabe qué motivos, no toleraba un ovni entre ellas, ni podía tolerar que ninguna creyera en su existencia. En el comedor, si alguna miraba fatigada alrededor y preguntaba: «¿Dónde he puesto mi Pepsi?», Leonora se veía en el deber de responder con voz sarcástica: «Un extraterrestre se la habrá llevado».

Ni Fat Bev ni Isabelle se sentían inclinadas a creer en la historia, pero ambas habían «cerrado filas» con Dottie. Y las afligía que Leonora se dedicara a agitar sin descanso las aguas turbulentas.

—¿Por qué no puede quedarse callada? —le susurró un día Bev a Isabelle al salir del comedor.

Leonora, en medio del sofoco de la comida, había aprovechado un silencio para decir sin levantar la vista:

—¿Has visto más naves espaciales, Dottie?

Era una crueldad inexplicable. Y también innecesaria. Se lo habrían esperado de Arlene, que, en opinión de algunas, disimulaba cierta vena de maldad detrás de sus cejas pintadas; pero Leonora, en general, era una buena chica, habladora, de dientes torcidos, y su insistencia en torno al asunto resultaba sorprendente.

Dottie se había puesto colorada. Luego, su cara se había crispado y se había echado a llorar.

—Venga, Dottie, por Dios. —Leonora había tamborileado con impaciencia los dedos en el linóleo de la mesa. Tal vez, no se esperaba semejante reacción, pero desafortunadamente añadió en medio de su incomodidad—: Date por vencida, Dottie.

Dottie se puso de pie y salió del comedor. Fue entonces cuando, al salir, Fat

Bev le susurró bastante fuerte a Isabelle, volviendo la cabeza hacia Leonora:

—¿Por qué no puede quedarse callada?

Era verdad. Leonora tendría que haber permanecido en silencio. Si a Dottie Brown o, para el efecto, a cualquiera le daba la gana decir en la oficina que acababa de ver una docena de canguros blancos cruzando el puente, era asunto suyo. Podías pensar que se habían vuelto locos, pero una persona decente simplemente se quedaba callada.

Isabelle se acomodó en su escritorio.

—De acuerdo, Bev. Completamente de acuerdo.

Bev se encaminó al lavabo en busca de su amiga. Isabelle se puso a mecanografiar una carta y cometió varios errores en el proceso. Un cierto pánico le aleteaba en el pecho, como si fuera una profesora sustituyendo a la que la clase se le iba de las manos en ausencia del director de la escuela. ¿Y si todas se volvían locas? Por qué no, pensó Isabelle, con el pulso tembloroso; estaba haciendo un calor espantoso, espantoso. ¿Y si perdían la cabeza y Avery encontraba a la vuelta el lugar sumido en el caos? «Defiende el fuerte, Isabelle».

¡No era su responsabilidad, por Dios! A Avery le pagaban un sueldo por mantener el orden, no a ella. Sacó la hoja de papel de la máquina de escribir y empezó otra vez la carta.

Entre tanto, en el lavabo, ocurrió algo inconcebible. Leonora, que había seguido a Dottie con la vaga intención de pedir disculpas, se quedó de piedra cuando Dottie se dio la vuelta en el lavabo y le pegó en el brazo desnudo. Fue un golpe bastante inaudible, con el dorso de la mano, pero Leonora enseguida soltó un chillido, retrocedió, y de pronto dio un paso adelante y escupió a Dottie en la cara. El escupitajo no fue gran cosa. Leonora estaba demasiado alterada para juntar saliva en la boca, pero el gesto fue nítido: unas cuantas gotas volaron por el aire y aterrizaron en la mejilla de Dottie, que, restregándose de inmediato con vigor, sollozó:

—¡Gorda sebosa, asquerosa!

La alusión a su aspecto poco agraciado motivó a Leonora a escupir otra vez, pero apenas consiguió, en medio del furor, apretar ferozmente los labios y emitir un grosero sonido aninado.

Fat Bev, que presenciaba la escena aterrada, se interpuso entre de las dos y bramó en un tono que no había empleado desde la adolescencia de sus hijas:

—¡Quietas, las dos!

Momentos después, Fat Bev se agachaba junto al escritorio de Isabelle para informarla de que acompañaría a casa a Dottie y quizá no volvería a trabajar aquella tarde.

—Claro, claro —dijo Isabelle, alarmada, sin adivinar qué había precipitado tales medidas—. Por supuesto, Bev.

Leonora Snibbens volvió a su escritorio, se sentó llorando y se negó a hablar. Sobre la oficina cayó un silencio. Los ventiladores seguían chirriando en las ventanas, pero el chirrido sonaba apagado, como si incluso los ventiladores se mostraran cautelosos. De vez en cuando una silla crujía; se cerraba un cajón del archivador. Leonora se sonó dos veces la nariz.

Isabelle levantó la vista y vio a Bev haciéndole señas desde el pasillo. Cogió su bolso del cajón y salió con calma, como si fuera para el lavabo.

El coche de Bev no quería arrancar. Bev creía que era a causa del calor, porque lo había dejado asándose al sol todo el día en el aparcamiento. Por costumbre, aparcaba bajo el árbol de la esquina, pero el lugar estaba ocupado aquel día. No habría importado, le explicó a Isabelle, secándose con su gorda mano la boca sudorosa, de no ser porque Dottie estaba sentada en el coche, y ella tenía que llevarla a casa. Bev, personalmente, creía que Dottie tenía un ataque de nervios, pero de momento lo único que podían hacer era llevarla a casa. Porque, cuando le había dicho que iba a llamar a Wally al trabajo...

Isabelle levantó una mano.

—Venga —dijo—. Nos vamos.

El calor hacía reverberar el suelo delante de ellas cuando salieron del aparcamiento. Dottie iba sentada al lado de Isabelle, dócil e inexpresiva, y Fat Bev estiraba las piernas en el asiento de atrás, fumando y echando el humo por la ventana. Isabelle, cohibida, conducía como si estuviera en un examen de conducir. Se acordaba de las pocas ocasiones en que se había ofrecido a conducir en una excursión de la escuela cuando Amy era pequeña; era monstruoso lo que podía cortarse al volante de un coche repleto de niños recelosos y malévolos.

—Le he pegado —dijo Dottie en tono apagado, sin acabar de volverse hacia Isabelle.

—¿Perdón?

Isabelle puso el intermitente. El coche de atrás se le acercaba demasiado; le

molestaba que un coche se le acercara así.

—He pegado a Leonora. En el servicio. ¿Te lo ha dicho Bev?

—No. Cielos —Isabelle atisbo por el retrovisor, y Bev le respondió con una lacónica mueca de derrota—. ¿Le has pegado? ¿De verdad?

Isabelle se volvió hacia Dottie, y Dottie asintió con la cabeza.

—Le he dado una palmada en el brazo.

Dottie se tocó el brazo, en el lugar exacto, y buscó luego un cigarrillo en su bolso.

—Vaya. —Isabelle contempló la situación en la siguiente señal de stop. Dobló a la derecha—. Una tiene sus límites —dijo generosa, inesperadamente.

—Leonora le ha escupido —señaló Fat Bev desde atrás, como alentada por su actitud comprensiva.

—Señor mío.

—No la culpo —dijo Dottie, suspirando—. Yo le he pegado.

—Es distinto —contestó Isabelle, aún más insegura al conducir; la noción de que dos mujeres adultas se pegaran y se escupieran la tenía conmocionada. «Santo Dios», pensó—. Pegarle a alguien es un poco distinto. Claro que está mal —añadió, y se sintió conduciendo de nuevo un coche lleno de niños, al doblar en la carretera que iba a la casa de Dottie—. Por lo menos... —vaciló, buscando las palabras—, un golpe es limpio. Pero escupir. Madre mía.

—Dottie le dijo que era una sebosa —informó Fat Bev desde atrás, y Dottie, sin mirar a Isabelle, lo confirmó asintiendo con desánimo.

—Dije que era una «gorda sebosa asquerosa» —dijo, como para dejar constancia exacta, y le dio una honda calada al cigarrillo.

—Ay Dios —dijo Isabelle—. Caramba —dijo, sorteando la estrecha carretera rural—. Caramba —repitió.

—En la próxima a la izquierda —indicó Dottie.

El camino era largo y se deslizaba sinuosamente hacia el río. La casa estaba muy bien, en medio del campo, y unos arcos daban sombra a la fachada. Isabelle sabía que era una herencia de familia; Dottie no podría permitirse una casa así. Al acercarse a la fachada, notó que necesitaba algunas reparaciones. La baranda del porche se estaba cayendo a pedazos, y la pintura gris había empezado a pelarse desde mucho antes del verano. Esos detalles la inquietaron, al igual que la presencia de un camión que parecía haber estado aparcado durante años entre los matorrales de detrás de la casa.

—¿Nos quedamos aquí sentadas un momento? —dijo Dottie, e interrogó con

una mirada tímida a Isabelle.

—Claro que sí —dijo Isabelle.

Y apagó el coche.

Se quedaron sentadas en silencio, asándose bajo el sol descolorido. Dottie tenía la cara perlada de sudor, e Isabelle, tras mirarla discretamente, dijo de repente:

—Dottie, has perdido peso.

En realidad, se lo decía a sí misma. El brazo de Dottie apenas ocupaba espacio dentro de la manga de su blusa, e Isabelle había notado lo mismo del suyo hacía algunos días, en el reflejo de la ventana del A&P.

Dottie asintió con la cabeza, indiferente.

—Yo creía que engordabas después de la histerectomía —dijo Fat Bev, desde los confines del asiento trasero—. Cuando a Chippie la esterilizaron se puso como un tonel.

Dottie dejó caer la cabeza sobre el respaldo, como si se abandonase en la silla del dentista.

—Me esterilizaron —dijo—. Ay Dios —empezó a balancear despacio la cabeza, hacia delante y hacia atrás.

—Dottie. Lo siento. —Bev dejó caer el cigarrillo por la ventana y se inclinó para tocar el hombro de su amiga—. Mierda —dijo—, cuántas estupideces dice la gente. —Y luego a Isabelle—: Perdona la vulgaridad.

Isabelle negó con la cabeza y frunció los labios, como diciéndole a Bev: «No seas tonta, Bev, por todos los santos, habla como te apetezca». Aunque, por algún motivo, realmente no le gustaba la palabra *mierda*.

Pero Dottie estaba llorando.

—Estoy bien, de verdad —dijo, con las lágrimas resbalándole por la nariz—. De verdad, no me importa.

—Ay, Dios, quiero morirme —dijo Bev, francamente agobiada por haber usado la palabra *esterilizar*, el sudor le corría por la cara, a lo largo del cuello. Se echó hacia atrás de nuevo, ventilándose el escote—. Tú necesitabas esa operación, Dottie Brown. No podías seguir desangrándote cada mes. El quiste que tenías era como un melón.

Dottie cabeceó apoyada sobre el respaldo.

—No es por eso —dijo—. No es sólo por eso.

Bev e Isabelle se miraron y atisbaron luego por las ventanillas, se examinaron las uñas antes de echarle otro vistazo a Dottie; esperaron con

paciencia. Bev, sudando ya a chorros, no se atrevía a abrir la puerta por miedo a interrumpir lo que Dottie fuera a decir, pero sentía las piernas empapadas dentro de los pantalones y temía que al bajar del coche pareciera que se había orinado.

—Tal vez ha sido un sueño —dijo finalmente Dottie—. No sé si lo he visto. Acababa de leer que en Hennecock alguien había visto un ovni, y me quedé dormida. Aquel día, en la hamaca. Puede que fuera un sueño.

Bev se inclinó de nuevo hacia delante.

—Pero si no pasa nada —dijo—. Los sueños parecen a veces muy reales.

Sentía un alivio enorme ante aquella confesión. Pero Isabelle, que podía ver mejor desde su puesto la cara de Dottie, tuvo un mal presentimiento.

—Todo está bien —dijo Fat Bev, de corazón, dándole a Dottie palmaditas en el hombro.

Dottie cerró los ojos. Isabelle, al ver sus párpados, tuvo la sensación de que estaban en carne viva, expuestos, de que aquellas frágiles membranas eran una parte íntima de su cuerpo. Y entonces Dottie dijo:

—No. Nada está bien.

—Ya pasará —le aseguró Bev—. Todas estamos susceptibles a causa del calor. Dentro de un par de semanas nadie se acordará. Ya encontrarán algo más esas pajarracas de la oficina...

Isabelle levantó la mano y contuvo a Bev con una seña de la cabeza. Dottie, con los ojos aún cerrados, se mecía despacio en el asiento, hacia delante y hacia atrás. Isabelle miró a Bev; luego, se acercó y tomó la delgada muñeca de Dottie.

—¿Qué pasa, Dottie? —lo dijo en un murmullo.

Dottie abrió los ojos y miró a Isabelle a la cara. Abrió la boca y la volvió a cerrar, con dos gotas pastosas de saliva blanca adheridas a los labios. Abrió otra vez la boca, la cerró, y negó de nuevo con la cabeza. Isabelle acarició el brazo de la acongojada mujer.

—Todo va bien, Dottie —estaba otra vez murmurando—. No estás sola. Estamos aquí.

Lo decía porque su peor temor era enfrentarse sola a una pena. Sin embargo, ni siquiera sabía por qué estaba hablando, por qué, al cabo de años de guardar con Dottie Brown distancias corteses e inalterables, había sucumbido a semejante intimidad, a acariciar el brazo de esa pobre mujer dentro de un coche que parecía un horno a media tarde de un día laborable. Las palabras surtieron cierto efecto. Un nudo se deshizo, y Dottie empezó a sollozar, asintiendo, en lugar de negar con la cabeza. Al cabo de un minuto, se pasó la mano por la cara

y se secó las lágrimas como una niña.

—¿Tenéis una hoja de papel? —preguntó—. ¿Y un bolígrafo?

Bev e Isabelle rebuscaron de inmediato dentro de sus bolsos. Al cabo de un momento, Dottie sostenía en su mano húmeda un sobre viejo, un bolígrafo y un pañuelo.

Mientras Dottie escribía, Isabelle le lanzó una mirada furtiva a Bev, y Bev asintió para indicar que era un buen síntoma; esa terrible angustia, esos dolores de parto, iban finalmente a liberar... ¿qué iban a liberar?

Dottie acabó de escribir y encendió un cigarrillo, y luego le entregó el sobre a Isabelle, quien, sin deseo alguno de usurpar la función de «amiga íntima» de Bev, lo sostuvo de modo que Bev pudiera leer. No tardaron mucho en leerlo.

Bev se quedó sin aliento, helada, a pesar del sudor que le bañaba el cuerpo. Isabelle, con el corazón sobresaltado, dobló el sobre por la mitad y lo volvió a doblar, como para ocultar las palabras ofensivas. A Bev se le saltaron las lágrimas.

—Le odio —dijo, en un susurro—. Perdóname, Dottie, pero le odio.

Dottieladeó la cabeza para mirar a Bev.

—Perdóname —repitió Bev, al ver que Dottie la estaba mirando—. Es tu marido, y lo conozco desde hace años, y como eres mi mejor amiga no tengo derecho a decirlo, ni es asunto mío, pero voy a decirlo otra vez. Le odio.

—No te preocupes —dijo Dottie—. Yo también le odio. —Se volvió de nuevo hacia delante—. Sólo que no le odio.

Isabelle permaneció callada. Observó el salpicadero, el dial de la radio. Sabía que Dottie tenía tres hijos. Ya debían de andar por los veinte años, y no vivían en casa. Recordó que uno de ellos se había marchado a Boston e iba a casarse pronto. A través del parabrisas miró la casa que se alzaba delante y vio a Dottie, años atrás, convertida en una madre joven, en medio de un hogar lleno de ruido y actividad, donde el día de Navidad se reunían los cinco (los seis, en realidad, porque Bea Brown debía de estar a menudo presente) y Dottie estaba ocupada todo el tiempo y tenía siempre algo por hacer.

—Es tu vida entera —le dijo a Dottie.

Dottie la miró con tristeza, y un destello de lucidez asomó a sus húmedos ojos azules.

—Así es —dijo.

—Y mientras estabas en el hospital —dijo Bev, aterrada, en voz baja—. Ay, Dottie. Qué horror.



—Sí.

La voz de Dottie se oía vaga, solemne, aunque quizás era simplemente por la fatiga.

Bev se sintió enferma.

—Vamos adentro —dijo, abriendo la puerta del coche (¡por fin!)—. Este calor nos puede matar.

Lo decía en serio. Estaba perfectamente al tanto de que ciertos factores afectaban su salud: era gorda, fumaba, jamás hacía ejercicio, ya no era precisamente joven, y acababa de sufrir un shock bajo aquel calor espantoso. Nadie en el universo se sorprendería si de repente se tambaleaba y caía muerta, y, si ocurría, pensó con rencor mientras salía del coche con esfuerzo, con los ojos nublados por una marea de puntitos negros (sí que tenía mojados los pantalones), Wally sería el absoluto y único culpable.

Ah, qué mal se sentía.

—No me importaría morirme —dijo Dottie, con la misma voz solemne, sentada todavía dentro del coche.

—Ya lo sé. —Bev abrió la puerta de Dottie y la tomó del brazo—. Pero puede llegar a importarte luego. Y además...

—Los ojos de Bev se llenaron de lágrimas, cuando percibió la ingravidez del cuerpo de Dottie, la delgadez extrema de su brazo, cuando vio enrojecidos los ojos azules de aquella mujer a la que había conocido durante tanto tiempo y comprendió que, mucho más que ella, Dottie podía estar próxima a morir—, la vida sin ti sería una mierda, Dottie Brown.

Isabelle se sentía incómoda. No sabía si debía entrar en la casa, o si, como era más probable, de ahí en adelante Bev se haría cargo. Sin embargo, no parecía de buena educación simplemente marcharse en el coche, después de haber presenciado algo tan personal.

—Isabelle —dijo Dottie, ya fuera del coche, de pie al lado de Lat Bev y mirándola a través de la ventanilla abierta—. Me gustaría que entraras en casa.

La voz de Bev ahogó la de Dottie.

—Sí, Isabelle. No faltaba más, ven tú también.

La cocina la desconcertó. Todo en un primer momento la desconcertó. Era una habitación encantadora: encima del fregadero había una ventana grande; se veían a lo lejos los campos pálidos, y más cerca unos geranios en el alféizar. Había un juego de tazas pintadas a mano encima de una repisa, y una mecedora al lado de una estantería llena de libros, sobre la que se desparramaban las hojas

de una enredadera. El ambiente era hogareño y acogedor. El gato gris adormilado en la mecedora encajaba en la escena. Y, sin embargo, Isabelle no conseguía sentirse a gusto. La habitación le olía «a gato», y la caja de arena higiénica estaba allí mismo, registró de un vistazo los bultos color marrón que asomaban entre las piedrecitas: ¿quién podía vivir con algo así en la cocina? Las paredes de yeso estaban llenas de agujeros igualmente inquietantes, y el papel pintado había sido arrancado a tiras. Isabelle, mirando alrededor con discreción, pensó que seguramente estaban restaurando la habitación, pero ni Dottie ni Bev mencionaron nada al respecto.

Dottie fue directamente a la mecedora, echó fuera al gato y se sentó con gesto decidido. Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla en una de las macetas de geranios.

—Hay té helado en la nevera —murmuró, y echó el humo con los ojos cerrados.

Fat Bev, que ostensiblemente se encontraba como en su casa (Isabelle echó de menos una amistad tan íntima, que le permitiera andar por una cocina ajena como si estuviera en la suya), sirvió un vaso de té helado y se lo dio a Dottie.

—Bebe —ordenó—. Necesitas tomar líquidos, Dot. Tienes que hidratarte.

Dottie abrió los ojos y cogió el vaso con desgana.

—Me dice que piense en los momentos buenos que pasamos juntos —Dottie parecía confundida—. Pero no entiende. Ya no hay momentos buenos. Ya no tengo buenos recuerdos.

—Claro —dijo Bev, y se interrumpió para darle un vaso de té helado a Isabelle y advertirle con un breve gesto autoritario que también necesitaba líquidos—. Ya lo entiendo. Es típico de los hombres no entenderlo. Son unos idiotas, eso es lo que son.

Isabelle sorbió su té. Le hacía falta azúcar, pero no se atrevía a pedirlo. Al cabo de un momento, dijo despacio:

—Yo también entiendo que esto te eche a perder los buenos recuerdos.

Y de verdad lo entendía. Sin ningún esfuerzo. Dios era testigo de que ella sabía cómo toda una vida podía hacerse añicos, como ocurría con la de Dottie, prácticamente delante de sus ojos. Eso era lo que había intentado decir en el coche. «Es tu vida entera». Y por eso los ojos azules de Dottie habían brillado con tanta lucidez: porque era cierto. Toda una vida, en compañía de un hombre, subiendo cada año un nuevo escalón... ¿hacia dónde?

—Debes de sentirte abandonada —susurró, y Dottie se lo agradeció

sinceramente con la mirada, pero Isabelle pensaba en alguien más, imaginaba una escena que nunca había imaginado en realidad: veía a una mujer, a una madre, un día de verano en su cocina en California, haciendo planes para el fin de semana o tal vez horneando un pastel para su marido, en un día como tantos que había vivido durante años: de repente sonaba el teléfono, y toda su vida se venía abajo.

Isabelle se acarició la boca. El sudor brotaba de su rostro, de sus axilas. Vio a Dottie abrumada en la mecedora, y se sintió contemplando un desastre, una casa en ruinas, sacudida por un terremoto.

Pero no se trataba de un terremoto. No era ningún «acto divino». No, no se podía culpar de esas cosas a Dios. Las personas, comunes y corrientes, se hacían esas cosas. Unas echaban a perder la vida de las otras. Sencillamente tomaban lo que querían, como esa tal Althea, de la Compañía de Neumáticos Acmé, había tomado a Wally Brown porque quería.

Isabelle, que tenía las piernas cruzadas, las descruzó tan bruscamente que estuvo a punto de tirar una silla. Se lanzó a cogerla al vuelo y la plantó en el suelo con ambas manos, ofreciendo miradas de disculpa. Se dijo que Althea tenía veintiocho años: era una mujer adulta, que tenía edad para saber el perjuicio que podían causar sus actos. ¿No era distinta la situación?

—Wally y yo éramos amigos —decía Dottie, perpleja—. Yo se lo dije. Le dije: «Wally, sé que hemos tenido nuestras discusiones, pero siempre pensé que éramos amigos».

—¿Qué ha dicho? —quería saber Bev.

Estaba bebiendo una cerveza directamente de la lata. Echó la cabeza hacia atrás para beber, puso luego la lata en la mesa, y la hizo rotar despacio en su mano.

—Dice que yo tengo razón, que *éramos* amigos —Dottie miró con cara de súplica a Isabelle y a Bev—. Pero los amigos no se hacen esas cosas.

—No —dijo Bev.

—No —dijo Isabelle, en voz más baja.

—Así que no éramos amigos.

—No lo sé —dijo Isabelle—. No entiendo nada.

—Yo tampoco entiendo nada —dijo Dottie.

«Pues sois bastante estúpidas», quería decirles Bev. Porque no había ningún misterio. Algunos hombres, y algunas mujeres (se imaginó a Althea, flaca, de cara cetrina) simplemente eran una mierda. Pero no lo dijo. Se terminó su

cerveza y encendió un cigarrillo.

## *Veintiuno*

Aún hacía calor, y nada tenía color, o al menos nada era del color que debía ser. A lo largo de la carretera crecía oro silvestre en espigas sucias y encorvadas, y los granos alicaídos no eran dorados sino naranja desteñido. Los girasoles no se habían abierto, o desplegaban apenas sus pétalos, y los campos de tallos peludos coronados de botones marrones parecían asolados por la peste. En la carretera, había puestos rivales de hortalizas con carteles pintados a mano que anunciaban: «¡TENEMOS MAÍZ!», pero las mazorcas amontonadas en los cestos parecían enjutas cabezas de ajo, y los clientes que habían aparcado esperanzados las acariciaban con inquietud. Había algo inquietante, vagamente obsceno, en aquellas mazorcas enanas, envueltas en sus farfollas verde pálido, que no habían sido capaces de madurar. La gente compraba o no compraba; las esposas de los granjeros hacían comentarios o no hacían comentarios; la vida iba a seguir o se iba a acabar; todo el mundo estaba ya harto de vivir. Harto y sofocado.

Sin embargo, a veces, a través de las ventanillas abiertas, la brisa se colaba en el asiento delantero del coche nuevo de Paul Bellows, por una carretera estrecha y solitaria, flanqueada de pinos y piceas frondosas, y el aroma fresco y de humedad, el penetrante olor pasajero de la tierra cubierta de agujas de pino estremecía a Amy alrededor de la cintura. Por supuesto, añoraba a Mr. Robertson.

Pero le atraía la libertad que sentía con Paul, la manera como conducía sin ningún rumbo. Y Paul era bueno con ella.

—¿Te gustan los donuts? —le preguntó un día.

—Me encantan —dijo Amy.

Paul tenía una sonrisa franca, de niño, que aparecía siempre a destiempo, como si sonriera una fracción de segundo tarde. Ocurría lo mismo con todas sus reacciones, una brecha ínfima, una pausa momentánea: era esto lo que impedía

la intimidad. Sin embargo, se hacían compañía, y ambos reconocían tácitamente que estaban interesados en otras personas.

En aquel momento, Paul bebía un café y fumaba un Marlboro en la tienda de donuts que había a la salida del pueblo, observando con su sonrisa desfasada a Amy, que estaba acabando su segundo donut. Como los Marlboro eran demasiado fuertes para ella (cuando inhalaba empezaba a temblar), Paul fue a la registradora y compró un paquete de los que Amy solía fumar en el bosque con Stacy, y dijo que podían guardarlos en la guantera del coche si Amy tenía miedo de que Isabelle los encontrara en casa.

—Puedo pagártelos —dijo ella.

—No hace falta.

Paul le tocó levemente la espalda, cuando cruzaban el aparcamiento.

Ya dentro del coche, metió la llave en el encendido y, agachándose, sacó una caja de debajo del asiento; era una vieja caja de cigarros con un resorte que levantaba la tapa.

—Mira —dijo, y ella se inclinó para mirar.

Dentro había joyas y monedas extranjeras. Amy se fijó en un par de pendientes alargados, de oro, con incrustaciones de perlas y piedras verde pálido; una pequeña piedra roja, debajo de cada uno, completaba un exquisito signo de exclamación.

—Qué preciosidad —dijo Amy; sacó los pendientes de la caja y los hizo girar entre los dedos.

—¿Los quieres? —preguntó Paul—. Quédatelos.

Ella negó con la cabeza, y los dejó caer otra vez en la caja.

—¿De dónde has sacado estas cosas?

El sonrió a medias, sin responder, bajando la vista hasta la caja, y ella comprendió que las había robado.

—¿Sabes algo de monedas antiguas? —dijo Paul, mostrándole una moneda—. O lo que sean estas cosas.

Ella tomó la moneda para no ser descortés y le dio la vuelta en la palma de la mano.

—No, no tengo ni idea.

Él tomó otra vez la moneda, la miró con indiferencia y la dejó caer en la caja.

—He pensado que podría venderlas, pero ¿quién compraría esta mierda?

—Llévalas a Boston —sugirió Amy—. Tal vez allí haya algún sitio.

Él observó con expresión fatigada la caja de cigarros en su regazo, como si el

contenido fuese una pesada carga.

—¿Estás segura de que no quieres los pendientes? —le preguntó otra vez—. Te quedarían muy bien.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—No tengo agujeros en las orejas —explicó—. Y para éstos necesitas agujeros.

—Ah, vaya —Paul miró el pendiente, y le miró luego el lóbulo—. ¿Y por qué no te los has hecho? ¿Tienes miedo de que te duela?

Era una pregunta sincera, sin prejuicios.

—Mi madre no me deja.

—Ah.

Paul puso otra vez la caja bajo el asiento y arrancó el coche. Empujó hasta el fondo el mechero y sacó un Marlboro dándole un golpecito al paquete. Amy abrió entonces la guantera y tomó un cigarrillo del paquete nuevo. Esperaron a que saliera el mechero con los cigarrillos en la mano. Amy estaba encantada. Podía fumar cuando le diera la gana.

Él le encendió el cigarrillo, como siempre, y condujo fuera del aparcamiento con el suyo colgándole de los labios. En la autopista, pisó el acelerador.

—Mi madre cree que hacerse un agujero en la oreja es como hacérselo en la nariz —dijo Amy, hablando casi a gritos de cara al viento—. Algo así... no estoy segura. —Le dio una calada al cigarrillo, expulsó y el humo y éste salió volando de su boca—. Es una gilipollas —concluyó—. ¿Tu madre es una gilipollas?

Paul se encogió de hombros.

—No. —Apoyó el codo en la ventanilla abierta y sostuvo el cigarrillo entre el índice y el pulgar—. Pero me saca de quicio.

Amy sostuvo el cigarrillo como lo sostenía Paul y sacó también el codo por la ventanilla.

Se quedaron callados durante un buen rato, hasta que Paul dijo:

—Stacy tiene agujeros en las orejas.

Cuando la besó, Amy no se sintió mal. Paul había doblado en la entrada para dejarla en casa, y, cuando se inclinó hacia ella (con la sonrisa bondadosa, incongruente con sus gruesos labios), Amy fue consciente de que allí exactamente era donde solía besar a Mr. Robertson. Durante un momento, se sintió orgullosa, como cuando años atrás obtenía una chapa nueva de niña scout: aliviada, tras la ansiedad, por haber conseguido una más.

Se había convertido en una mujer a la que los hombres deseaban. No un solo

hombre, porque ya había otro: ahí estaban los gruesos labios de Paul Bellows, besándola. Y allí estaba ella, también, que ya sabía qué hacer. Había que verla cerrando los ojos y acogiendo en su boca la lengua de Paul. Un par de veteranos, los dos.

Pero había diferencias. Paul tenía la boca más carnosa, más blanda que la de Mr. Robertson. Y el beso carecía de urgencias acuciantes, de exploraciones desesperadas; era mucho más relajado, un amistoso «intercambio de saliva». Mientras se besaban, las palabras cruzaron su mente y se preguntó dónde había oído la frase. Probablemente en el pasillo de la escuela, pensó, y vio entonces el pasillo, flanqueado por las taquillas metálicas color beige; se le ocurrió que era singular besar a alguien pensando en una hilera de taquillas metálicas color beige. Paul cambió de ángulo, y ella se acomodó en un gesto acogedor. Y entonces pensó otra vez en esas palabras, «intercambio de saliva», y se vio en la silla del dentista, con la boca llena de saliva, esperando a que el dentista se la drenara con la manguerilla. La lengua de Paul regresó a su boca, y ambos se recostaron contra los respaldos.

—¿Estás segura de que no quieres los pendientes? —preguntó Paul—. A lo mejor un día te haces los agujeros.

—Está bien.

Se sentía mal por haber estado pensando en el dentista mientras se besaban.

Por la noche, se sentó a ver la televisión en el sofá esperando a que llegara la hora de irse a dormir. Había pensado que besar a otro hombre sería igual que besar a Mr. Robertson. Que sentiría lo mismo. Había pensado que el contacto de otra boca y otros dientes y otra lengua la haría sentir el mismo vértigo, y que sería igual de estupendo. Aunque Mr. Robertson no estuviera allí, había pensado que besarse con alguien sería divertido.

Miró por la ventana. Ya casi estaba oscuro; el parpadeo del televisor se reflejaba en el cristal de la ventana.

—Francamente —dijo Isabelle, tirando de un ovillo de hilo en el sillón—, nunca había visto cosas tan desagradables en la oficina.

Amy le lanzó una mirada incrédula. Empezó a pensar en la oficina. Echaba de menos a Fat Bev. Echaba de menos el tono bromista, perezoso con que se hablaban las mujeres en el trabajo.



—¿Hasta qué punto desagradables? —preguntó, en tono desagradable.

En la pantalla, empezó otro programa; Isabelle la dejaba ver cada vez más televisión. Cuando terminaban las noticias, en vez de apagar como antes el aparato, miraría cualquier cosa que emitieran. Amy se sentaría normalmente en un extremo del sofá, como en aquel momento, poniendo mala cara y sentada sobre las rodillas. («Por favor, baja los pies del sofá», le decía Isabelle, y ella movía los pies unos centímetros.)

Isabelle estaba tejiendo, en medio de un revuelo de agujas, con las gafas clavadas en la punta de la nariz para mirar las instrucciones del chal de punto. Tenía cruzadas las piernas, y mecía sin parar un pie. Sus ojos se deslizaban del chal a la revista de las instrucciones y se detenían de reojo en la pantalla.

Amy no podía aguantarlo: las gafas estúpidas, el pie que no paraba de mecerse, el desdén fingido con que su madre miraba la televisión.

—Pues bastante desagradables —respondió Isabelle—; Dottie Brown y Leonora Snibbens han tenido una pelea en el servicio. Y eso es bastante desagradable, diría yo.

Amy miró con incredulidad a su madre, rascándose los dedos de los pies.

—¿Qué clase de pelea?

—Han llegado a las manos.

Amy levantó la cabeza.

—Estás de broma.

—No, no lo estoy.

—¿Se pegaron en el lavabo?

—Me temo que sí.

—¿Tirándose del pelo y eso?

Isabelle frunció el entrecejo.

—Por el amor de Dios, Amy, no.

—Entonces ¿qué hicieron? Cuéntame.

—Fue simplemente desagradable. Ya está.

—Ay, mamá, por favor. —Amy evocó las caras de las mujeres de la oficina. Y luego dijo—: No puedo imaginar a Leonora dándole un tortazo a nadie.

—Nadie le dio un tortazo a nadie —replicó Isabelle—. Dottie sintió que Leonora la había insultado. Leonora se ha puesto muy grosera con el asunto del ovni. Así que aparentemente Dottie perdió el control en el servicio y le dio una palmada en el brazo a Leonora.

—¿Una palmadita?

Amy se sentía decepcionada.

—Y luego Leonora la ha escupido.

—¿De verdad?

Isabelle arqueó una ceja.

—Eso es lo que me han contado. Yo no lo he visto.

Amy lo meditó.

—Qué raro —concluyó—; una mujer dándole palmadas a otra en el trabajo.  
¿Sabes qué creo yo?

—¿Qué crees tú? —dijo Isabelle, con voz de hastío; el tono maquinal de la pregunta ofendió a Amy.

—Nada —dijo Amy.

La lluvia empezó durante la noche. Al principio fue una llovizna tan leve que parecía que no caía del cielo sino que sólo se manifestaba en la oscuridad. En la puerta del bar de un hotel en Mill Road, un hombre que había salido tambaleándose dio varios manotazos, como tratando de librarse de una telaraña. Hacia la madrugada, las tiernas gotas tamborileaban sin cesar en las hojas de los arces, de los abedules y de las encinas, y los ancianos, los ansiosos, todos los que solían despertar a las tres de la mañana y aguardar despiertos el alba se encontraron preguntándose qué era aquel ruido. Se apoyaban en un codo o se recostaban contra la cabecera, y lo descubrían, claro, estaba lloviendo, y volvían a tenderse complacidos y esperanzados, algunos temerosos, dependiendo de si les gustaban las tormentas, porque en el aire parecía cernirse una tormenta formidable, inmensa, una catarsis climática después de aquel verano húmedo y embrutecedor. El cielo se resquebrajaría y se partiría en dos, y el estrépito de los truenos desplazaría enormes masas de aire, como si todo el universo estuviera sumido en un vasto temblor.

Sin embargo, la lluvia simplemente siguió cayendo, repicando con más regularidad sobre los tejados y los coches y el pavimento, y los madrugadores que habían despertado en medio de la noche volvieron a dormirse y durmieron profundamente, porque el cielo no aclaró como otros días, sino que permaneció oscuro, como al final de la tarde. Por la mañana, había charcos debajo de los bajantes, y los caminos de grava estaban empantanados. Los goterones, gruesos y oscuros, golpeteaban en las barandas y en los escalones de los porches. La

gente desayunaba a la luz de una lámpara o bajo los tubos fluorescentes de las cocinas. Algunos evocaban un día en que habían madrugado para emprender un viaje largo: en el aire, flotaba la misma expectación, sólo que no salían de viaje sino a trabajar en aquella tenebrosa mañana de agosto.

Isabelle, tras despertar durante la noche, había caído otra vez en un sueño profundo y reparador. Después, en la cocina, en medio de los vidrios mojados y oscurecidos de las ventanas, se encontraba despierta, pero estaba carrasposa y embotada, como si hubiera tomado píldoras para dormir y el efecto aún no hubiera pasado. Sentada a la mesa, con la taza de café en la mano, pensaba que era extraño que hubiese dormido tan bien cuando se había ido a la cama con la cabeza llena de inquietudes. También había sido extraño estar sentada el día anterior en el coche sofocante con Dottie y con Bev, y luego en la cocina de Dottie: qué extraño. Qué extraño pensar que Avery Clark debía de estar despertándose en una cabaña en el lago Nantucket. Qué extraño, por cierto, pensar que sus padres estaban muertos, que esa misma lluvia quizás aporreaba sus tumbas a dos horas de viaje, y que desde hacía años otra familia era dueña de la granja donde había crecido.

Qué extraño pensar que su hija dormía en el piso de arriba, que su largo cuerpo yacía desplegado sobre las sábanas, cuando, a lo largo de tantas mañanas, Amy había despertado primero y había atravesado el pasillo con su pijama de suelas de goma, con el elástico del pantalón húmedo, el pañal empapado, escurrido. Era tan pequeña, entonces, apenas más alta que la cama, y esperaba pacientemente hasta que Isabelle abría los ojos. Qué extraño, no ser guapa, y tener una hija guapa.

Bebió deprisa el café. Necesitaba acabar de despertarse e ir al trabajo. Al llevar la taza al fregadero, vio los troncos oscuros de los pinos relucientes de lluvia detrás de la ventana y presintió que un anhelo incierto se abría paso por entre la «extrañeza», anómala, hueca, que la había invadido al despertar.

¿Qué podía ser?, se preguntó. Depositó la taza en el fregadero y se ajustó el cinturón del albornoz. No era que anhelase ir a trabajar: ¿cómo podía anhelarlo, cuando todas estaban perdiendo la cabeza y Avery todavía no iba a volver? Pero algo sentía (vaya, «deseo» era demasiado fuerte), un cierto afán de ducharse y vestirse y salir de la casa, como si su lugar estuviera esperándola en otra parte.

Y no había duda: Bev y Dottie se habían convertido en sus amigas. Cuando pasaba junto a su escritorio, Dottie se inclinaba y le tocaba el brazo. Bev le reservó un sitio a la hora de comer y le indicó con un gesto que debía sentarse en esa silla en particular; una vez sentada, con Bev a un lado y Dottie al otro, Isabelle se descubrió ante un impresionante surtido de alimentos.

—Tenéis que engordar ambas —susurró Fat Bev—, así que vamos a hacer como si estuviésemos de picnic.

Y desplegó en la mesa una selección de huevos duros, pepinillos, trozos de zanahoria y piezas de pollo frito, además de dos paquetes pequeños de galletas dulces y una bolsa de papel con tres pastelitos de chocolate.

Isabelle miró la comida y luego a Bev.

—Come —dijo Bev.

Isabelle tomó un muslo de pollo y un pepinillo. Dottie echó una ojeada y dijo que tal vez podría con un huevo duro.

—Estaría bien que pudieras —dijo Fat Bev, y procedió a quitarle la cáscara al huevo.

—Es verdad —confirmó Isabelle, limpiándose la boca engrasada por el pollo—. Los huevos son una fuente estupenda de proteínas. Ponle un poco de sal, Dottie, y verás cómo te lo comes en tres bocados.

Pero, a la mitad del huevo, a Dottie le empezó a entrar el pánico. Isabelle, que se dio cuenta, sabía con qué rapidez podía llenársele a uno el estómago, cómo podía cerrársele para siempre el gaznate, y al ver a Dottie mirando con cierto horror el huevo entre sus dedos (en la yema apelmazada y verdosa había huellas de mordiscos), le dio un golpecito en la muñeca con un trozo de zanahoria y dijo en un susurro:

—Mejor cómete esto.

La zanahoria se abrió paso, e Isabelle, que vigilaba atentamente, le pasó otro trocito a Dottie, que logró comérselo también. Fat Bev observaba con cara de aprobación. Cuando Dottie se comió luego una galleta de chocolate y comentó que cuando comía chocolate le daban ganas de beber leche, Bev miró a Isabelle y caminó pesadamente hasta las máquinas para oprimir el botón del cartón de leche. Dottie se sintió llena al cabo de medio cartón, e Isabelle, que se había comido también una galleta y tenía también ganas de leche, se bebió el resto en un vaso de plástico, pese a su aversión a compartir de ese modo las bebidas.

Bev estaba encantada.

—Os voy a mantener vivas, par de flacas, aunque muera en el intento —dijo,

y encendió luego un cigarrillo, aspirando con satisfacción. Algo en la manera en que lo había dicho las hizo reír a las tres.

—¿De qué va la broma? —quiso saber Arlene Tucker, sentada en el otro extremo de la habitación.

—No es ninguna broma —dijo Bev.

Una risita final agitó su vasto pecho, y se sacudió del escote las migas del pastel de chocolate.

—Esta vida —dijo Dottie, encendiendo también un cigarrillo—; esta vida es la broma.

Se rieron otra vez aunque no tan fuerte como antes.

En casa, mientras la lluvia batía sin cesar contra las ventanas, Amy miraba con ojos apagados los concursos de la televisión.

A un kilómetro y medio de camino, Emma Clark hablaba por teléfono en el pasillo, indicándole con la mano libre a Avery que llevase la bolsa de la ropa sucia directamente al sótano; tuvo que chasquear los dedos y señalar para hacerse entender.

—Claro que no les importa —dijo Emma al teléfono, diciéndole con un gesto a su esposo que podía llevar la maleta marrón al piso de arriba—. Sólo piensan en el dinero —dijo, e hizo una mueca de dolor, porque estaba hablando con Carolyn Errin, la esposa del dentista, que en su opinión sólo pensaba en el dinero.

Pero, por lo visto, Carolyn Errin no se ofendió por el comentario sobre las compañías de seguros, pues al cabo de un momento confirmó con voz sorda e irritada que sus pendientes no tenían precio porque se los había dado su padre la noche antes de morir y eso nadie podía valorarlo («Nadie», dijo Emma, que tenía jaqueca, y se sentía contrariada porque lloviera cuando ella volvía a casa de vacaciones), y que en la aseguradora les decían ahora que esos objetos no los cubría la póliza cuando los pendientes habían sido robados en marzo.

—Qué incompetencia —dijo Emma, sentándose en la silla negra junto al teléfono, y pensó que Avery, como ella, estaba algo apagado por culpa de la novia que John había llevado a la cabaña, de esa tal Maureen de ojos castaños, delgada e inteligente, que ya iba por la mitad de sus estudios de medicina.

Todo bastante admirable, pero había algo que no encajaba.

—No te puedes fiar de los de las aseguradoras —dijo a la esposa del dentista—. Pero voy a tener que volverte a llamar. Avery está deshaciendo el equipaje y tengo que supervisar.

Pero Carolyn Errin quería hacerle una pregunta antes de colgar: ¿cómo había ido la visita de la novia de John?

—Estupendamente —dijo Emma, poniéndose de pie, y se inclinó hacia el teléfono para colgar—. Es una chica encantadora. Estudia medicina, ¿sabes?

—Pues si se casaran tendrían unos ingresos bastante altos, ¿no?

—Estoy segura de que falta mucho para eso —contestó Emma—. Adiós, adiós.

No estaba nada segura de que faltara mucho. Y Maureen no era lo que tenía en mente para su hijo. Abrió la puerta del armario y colgó dentro una camisa. Uno suponía que una mujer que estudiaba medicina aspiraba a ser pediatra o a hacerse comadrona y recibir bebés. Pero Maureen tenía previsto ser gastroenteróloga. Emma se sentó en la cama. Esa clase de médicos se pasaban todo el día mirando traseros. Y no sólo los miraban, pensó Emma, haciendo a un lado una maleta.

—Dime, Avery —dijo, cuando su esposo entró en el dormitorio—, como hombre.

Avery la miró con recelo.

—¿Irías a que te viera una gastroenteróloga? ¿Una mujer? O sea, suponiendo que tuvieras que ir al gastroenterólogo.

—Ay, Señor —dijo él, con cara de vergüenza, y se sentó a su lado en la cama.

Emma suspiró, y los dos se quedaron mirando un rato la lluvia que resbalaba por la ventana.

—¿Quién puede querer ser esa clase de médico? —preguntó Emma, pensando que a ambos los asaltaba aquella destemplanza, aquella inquietud, que de algún modo todo su futuro peligraba por culpa de aquella Maureen, tan esbelta y tan dinámica.

Pero entonces Avery dijo que tal vez había alguna lata de cocido que podían calentar para la cena, porque con la lluvia sería engorroso ir a la tienda. Y que estaban preocupándose demasiado a causa de Maureen; era una buena chica. Además, ¿quién decía que John fuera a casarse con ella?

Emma se puso de pie.

—Pues se va a casar con ella —dijo—. Tú espera y ya lo verás.

No añadió que un ama de llaves criaría a los niños, que por lo tanto se volverían ansiosos, ni que el propio John se sentiría abandonado con los años. No, no iba a decir una palabra más. Avery podía esperar, y ya lo vería.

Al otro lado del pueblo, Barbara Rawley, la esposa del diácono, estaba sentada en la cama. La lluvia tamborileaba insistentemente en la ventana. De la sala llegaba el ruido de la televisión y los silbidos de su hijo Flip, que veía un partido de baloncesto.

Lo que no podía aceptar era que ya no estuviera ahí su pecho. En un momento, había ocurrido. Y ya no estaba.

Oyó que su esposo le hablaba a Flip, y luego oyó chirriar el reposapiés del sillón reclinable. He ahí todo lo que importaba: la felicidad de su familia.

Y sin embargo, ya no estaba su pecho. Se sentía incapaz de aceptarlo, de creerlo. Se abrió el albornoz despacio y miró. Miró y miró. No estaba su pecho.

En su lugar, había una larga protuberancia roja. El pecho, simplemente, no estaba allí.

Por la mañana, la lluvia amainó un poco, pero no paró de llover. Los conductores cruzaban el puente con los limpiaparabrisas funcionando; los limpiaparabrisas chirriaban rítmicamente, moviéndose de un lado al otro, ensuciando el parabrisas y limpiándolo otra vez; el puente tronaba bajo las ruedas; más abajo, el río marrón serpenteaba por entre las rocas, recio e infatigable, como si los días de lluvia le devolvieran una arrogancia olvidada tiempo atrás.

El cielo, estancado desde el alba en un impasible gris plomo, se oscureció aún más, y la lluvia siguió cayendo sin tregua, más rápido. Al dejar atrás el último tramo del puente y enfilar por Mill Road, parecía que el mundo se había hundido bajo el agua; los coches se asomaban a las esquinas y entraban en los aparcamientos como peces parsimoniosos; las alcantarillas atascadas formaban charcos poco profundos, grandes como estanques; los camiones levantaban cortinas de agua al pasar. En el aparcamiento de la fábrica, la gente corría con paraguas y gorros de plástico, y contraía los hombros al colarse por la puerta.

En la oficina, los suelos de madera despedían un fulgor amarillento bajo las

luces encendidas. Con las ventanas cerradas a causa de la lluvia, parecía invierno, y la sensación era peculiar, después de aquel verano interminable que, de hecho, seguía vigente.

Avery Clark no le enseñó a Isabelle ninguna foto de su semana en las montañas a la orilla del lago Nantucket. Tampoco comentó nada acerca de sus vacaciones familiares, aparte de admitir con cierto desdén que, en efecto, sí, también había estado lloviendo allí.

—Vaya, qué pena —dijo Isabelle, de pie en el umbral de la pecera.

—¿Todo en orden, por aquí? —dijo Avery. Estaba buscando algo en un cajón del escritorio. Levantó un instante la vista—. Espero que no hayas tenido ningún problema.

—Bien... no —Isabelle habló en voz baja y cruzó el umbral.

Estaba a punto de susurrarle que se habían presentado algunas dificultades con Leonora, cuando vio, o más bien sintió, que a él no le interesaba. No sólo no le interesaba: no quería saber.

—Muy bien. Me alegra oír eso —golpeó unas hojas contra el escritorio para alinear los bordes y paseó la mirada por su agenda—. Estoy seguro de que todo el mundo está más tranquilo con este tiempo.

—Creo que sí. En general. Ya sabes.

A través de la pared de vidrio del despacho, Isabelle divisó a Dottie Brown sentada en su escritorio. No estaba trabajando ni conversando, ni era consciente de que la observaban, y en su rostro había un gesto frágil, desnudo, como el de un niño que se ha quedado asustado para siempre, y a Isabelle se le helaron los huesos.



# *Veintidós*

Durante dos días más, lloviznó y, al atardecer, el cielo se despejó de pronto, descubriendo una franja luminosa de arboles en el horizonte donde ya se había ocultado el sol. Por la noche, se veían todas las estrellas: el Cinturón de Orion, la Osa Mayor y la Osa Menor, las nebulosas de la Vía Láctea, todas estaban allí, serenas y tutelares, en el vasto océano del cielo silencioso.

Por la mañana temprano, las nubes planeaban blancas y ligeras en lo alto del cielo, como una fina capa de glaseado en el fondo de un bol de cerámica azul. Se escuchaba el arrullo lastimero de las palomas, invisibles bajo la luz diáfana; los paros y los tordos se llamaban de árbol en árbol. Mrs. Emma Thompson, la esposa del lechero, se detuvo en los escalones de atrás de su casa y dijo sin dirigirse a nadie: «Cómo cantan esos pájaros»; y, en realidad, las charlas matutinas de los pájaros se oían mejor, a través de aquel aire sutil, inesperado.

Pero, con todo, al cabo de un verano de quejas constantes, la gente apenas mencionó el cambio en el tiempo. Tal vez, las cosas parecían otra vez normales; tras una semana y media de lluvias, el verde asomaba otra vez en los prados marrones y fatigados, e incluso la corteza de los abedules parecía fresca, tierna y limpia bajo las hojas que pendían al sol.

Por las tardes, las madres se sentaban en los escalones del porche mientras sus hijos corrían por las aceras con las piernas desnudas. Los maridos volvían a casa otra vez con ganas de hacer una barbacoa, y la barbacoa seguía humeando en el porche hasta la noche. Las tradiciones del verano habían vuelto y durante algunos días restauraron los elementos del sosiego, junto con los olores pastosos de la tierra, el humo de la carne asada y la nostalgia siempre anhelante que cierne el perfume del césped recién cortado.

Mientras su esposo regresaba al garaje con la cortadora de césped, Barbara Rawley, observándolo desde la ventana de la cocina, respiró el aire fresco y

pensó en todas las mujeres valientes que, en distintas partes de ese gran país, se enfrentaban cada día a la vida llevando una prótesis gelatinosa dentro del sujetador; pensó que también ella, quizá, podía acostumbrarse a vivir así.

Al pasar por la calle Mayor hacia el piso donde Linda Lamer continuaba recibéndolo con tanta hospitalidad, Lenny Mandel se sentía capaz de creer en la decencia y en la bondad, y se veía paseando en el futuro por los pasillos, con imponente presencia y pelo gris, al frente de una escuela que haría grandes progresos bajo su dedicada y diestra dirección.

En verdad, era el aire, aquel aire nítido y luminoso que empezaba a refrescar las noches, como en otoño, trayendo consigo el sutil reflujo de nostalgias y promesas que el otoño suele traer. Y no fue más, aparte de la seguridad que le brindaba su amistad cada vez más cercana con Fat Bev y Dottie Brown, lo que inspiró a Isabelle la idea de invitar a Avery Clark y a Emma a tomar el postre después de cenar.

Se le ocurrió una noche, lavando los platos en el fregadero, al reparar sorprendida y satisfecha en lo bonita que estaba la cocina con los geranios en el alféizar y el lecho de caléndulas asomado tras la ventana bajo el último rayo del atardecer. Luego, la idea cobró vida, se hizo cada vez más tangible y se apoderó de sus pensamientos. En realidad, lo que quería era que Avery Clark volviera a mirarla con «buenos ojos», y por eso la idea se le había ocurrido al observar lo encantadora que era su cocina; deseaba abrirle su corazón, su vida, incluso su casa, someterlos a su inspección y decirle entonces: «Avery, ¿ves lo limpia que soy? ¿Ves cómo he superado todos mis problemas?». Pero tenía que plantearse antes otra pregunta: ¿era apropiado invitar a los Clark a su casa? A veces, creía que sí; eran vecinos; iban a la misma iglesia; sería tan sólo un gesto amistoso. Absolutamente correcto.

Pero otras veces le parecía ridículo. ¿Era ridículo invitar a casa al jefe? Pensó en llamar por teléfono a su prima Cindy Rae, que vivía a dos horas de distancia, pero para exponerle sinceramente la situación habría tenido que incluir la exigua y sórdida porción de la historia que afectaba a Avery y a Amy, al igual que el chismorreo consecuente de Emma, y por supuesto no deseaba hacerlo. No, tendría que afrontar sola la situación. Mientras escribía a máquina, sentada en su puesto en la oficina, se sentía insegura, luego recobraba la seguridad, y la volvía a perder.

Una tarde al salir del servicio, se encontró inesperadamente a solas en el pasillo con Avery Clark, que estaba agachado bebiendo agua, y le soltó en un

susurro:

—Avery, ¿os apetecería a Emma y a ti venir a tomar el postre una de estas noches?

Avery se enderezó y se quedó mirándola. Una gota de agua resbaló de su boca torcida y alargada.

—Era sólo una idea —dijo Isabelle, retrocediendo—. Sólo pensé que...

Levantó la mano, como para impedir que la conversación o sus propios pensamientos siguieran adelante.

—Vaya, no, no. No. —Con un gesto breve, nervioso, Avery se secó la boca con la mano—. Es muy hospitalario por tu parte —dijo, asintiendo, e Isabelle vio claramente que lo había cogido desprevenido y sintió con horror la cara encendida—. Es una idea muy agradable —dijo él—. Vamos a ver, ¿tenías alguna noche particular en mente?

—El sábado. Si no estáis comprometidos. A eso de las siete. No será nada muy elaborado, por supuesto.

—A las siete —dijo Avery—. Me parece bien. Voy a preguntarle a Emma, claro, pero me suena bien. —Asintieron con la cabeza, casi en exceso, hasta que Avery echó a andar—. Muchas gracias —añadió.

Y ya estaba.

Isabelle a duras penas levantó la vista del escritorio durante el resto del día.

Del otro lado del río, en Oyster Point, la escuela se ponía a punto para el nuevo curso; los suelos estaban encerados y les habían sacado brillo; los del gimnasio, de color dorado miel, estaban relucientes; los grafitos de los servicios habían desaparecido, las paredes estaban recién pintadas y se había reparado el grifo que goteaba en el lavabo de chicas del segundo piso. El armario que había al lado de la sala de profesores estaba repleto de cajas de toallas de papel marrón, papel higiénico, tiza y borradores. Mrs. Eldridge, la enfermera de la escuela, se había pasado por allí para revisar sus archivos y cerrar la lista de suministros: alcohol, yodo y vendas; había dejado una planta en el alféizar.

El ambiente era grato: sin el caos de la ansiosa masa estudiantil, el edificio era un acogedor centro de enseñanza en manos de adultos diligentes, dispuestos a hacer realidad el propósito para el que había sido creado. El director, *Puddy* Mandel, trabajaba sin pausa para arreglar los problemas de última hora que

surgían con el horario, y, según comentaba su secretaria en la cafetería, estaba más simpático que antes.

Ed Gaines, el conserje, que había trabajado durante veintiocho años para el sistema educativo de Shirley Falls, se asomó a la puerta norte para fumar un cigarrillo y vio a una chica caminando despacio delante de la escuela. Volvía la cabeza una y otra vez, y miraba hacia los ventanales de un aula del primer piso. Aunque estaba cambiada, la reconoció enseguida. Era la chica que había visto salir a menudo del edificio con Robertson. El conserje expulsó el humo, sacudiendo la cabeza, y tiró la ceniza del cigarrillo. A lo largo de los años, había sido testigo en la escuela de bastantes cosas, pero se reservaba sus opiniones. Era un hombre solitario, taciturno, y prefería pensar lo mejor de los demás, aunque quizá por eso mismo nadie lo tomaba demasiado en cuenta. Los profesores, más que los alumnos, tendían a no verlo, y hacían a menudo en su presencia comentarios lascivos y chocantes. Y Ed Gaines también había visto cosas: el profesor de biología, un hombre gordo, de unos cincuenta años, con gafas gruesas que le agrandaban y le distorsionaban las pupilas, le había levantado la falda a la bibliotecaria hasta más arriba del trasero una tarde en la escalera, hasta que Ed, debajo de ellos, había dado un escobazo y se habían asustado como pájaros. Tuvo la delicadeza de fingir que no los veía huir.

Sí, a lo largo de los años, había llegado a una conclusión: el comportamiento de los seres humanos era un misterio. Ed Gaines no recordaba haber visto reírse jamás al profesor de biología; el hecho de que la bibliotecaria, que era una mujer afable con cuatro hijos, permitiera o incluso deseara que aquel hombre en particular acariciara sus anchos muslos era un misterio para Ed Gaines. Los gustos no tenían explicación, decía siempre su hermana, y debía de estar en lo cierto.

La chica lo vio. Agachó la cabeza, avergonzada, al darse cuenta de que la miraban. Ed Gaines pensó que debía de ser tímida; se le notaba en la forma de caminar, con aquellas piernas largas y delgadas, aquellos grandes pies desnudos, con las puntas hacia dentro. Ella volvió a levantar la vista, como Ed se esperaba, y entonces la saludó amablemente con la mano.

Ella saludó, levantando una mano vacilante, e inesperadamente se dio la vuelta y atravesó el césped.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Ed Gaines, cuando aún estaban a varios metros de distancia.

Ella le dedicó una sonrisa lánguida, avergonzada; vista de cerca, se parecía

aún menos a como la recordaba.

—Te has cortado el pelo —dijo él, y, al ver que se turbaba, añadió—: Te queda bien, estás hecha toda una dama.

La sonrisa se hizo más amplia y relajada; la chica dejó caer los ojos. Así eran los chicos, pensó Ed, sólo había que tratarlos bien.

—¿Sabes adonde se ha marchado Mr. Robertson?

Ed Gaines asintió con la cabeza, dejó caer su cigarrillo en el escalón de cemento y lo aplastó firmemente con su bota negra.

—Creo que ha vuelto a Massachusetts. —Le dio un puntapié a la colilla aplastada, y la envió volando a más de medio metro sobre el césped—. Justo la semana pasada estuvo por aquí, para llevarse algunas cosas del aula.

—¿La semana pasada?

La cara de la chica lo puso en guardia.

—Creo que fue la semana pasada cuando lo vi en el edificio. Solamente tenía contrato de un año, ¿sabes?, porque Miss Dayble se rompió la cadera.

—Ah, claro —murmuró la chica, y bajó la vista, dándose la vuelta.

—¿O era el cráneo? Creo que se rompió primero el cráneo, y después la cadera.

Ed Gaines negó con la cabeza, como si no acabara de sorprenderse.

—Pero yo pensaba que él ya se había marchado. ¿Estuvo aquí la semana pasada?

La chica se volvió de nuevo hacia él; sus grandes ojos estaban levemente enrojecidos.

La noticia le había sentado mal, pensó Ed; quizá debía retractarse. Pero, por principios, no decía mentiras, de modo que le dijo con amabilidad:

—Si preguntas en la oficina, tal vez podrán darte su dirección para que le escribas una carta.

Ella negó con la cabeza, mirando de nuevo al suelo.

—No importa. Bueno —dijo, agitando ligeramente la mano—, nos veremos luego.

—Nos veremos. Aprovecha los últimos días del verano.

Ed la siguió con la mirada.

Isabelle, por supuesto, tenía algunas dudas. Pero se imaginó una conversación

con su prima Cindy Rae, en la que Cindy le decía que invitar a los Clark a casa era una idea excelente, que Isabelle había sido siempre demasiado tímida y que la gente respondía cuando uno se mostraba amable. Para ser franca, Isabelle no tenía constancia de ello, pero la timidez a menudo pasaba por antipatía, y quizá las mujeres de la iglesia, incluyendo a Emma Clark, habían pensado durante años que Isabelle las miraba por encima del hombro, mientras ella pensaba lo contrario.

Los convenientes consejos imaginarios le infundían ánimos. Sin embargo, esperó en vano a que Emma Clark llamase por teléfono para agradecerle la invitación que le había transmitido Avery.

No tenía importancia.

Por lo demás, Avery casi había vuelto a ser el de siempre en el trabajo, y le dedicaba cada mañana un emotivo saludo con la mano, aunque estaba ocupado tratando de ponerse al día tras las vacaciones y no tenía tiempo para largas charlas. Pero todo estaba en orden; pese a su sorpresa inicial en el pasillo aquel día, nada parecía indicar que hubiese metido la pata con la invitación.

Los preparativos ocupaban sus pensamientos. No le había contado a Fat Bev ni a Dottie que aquel fin de semana iba a invitar a Avery Clark, porque podían interpretarlo como una muestra de esnobismo. Además, resultaba desconsiderado esperar un acontecimiento feliz cuando Dottie todavía luchaba con su reciente tragedia; estaba flaca como un raíl y seguía chupando sus agónicos cigarrillos bajo la vigilancia de Fat Bev, que la colmaba de pastelillos y de frutas. Isabelle comprendía que debía hacer también de vigilante dentro de esta nueva cofradía, y la incomodaba sentir que estaba mintiendo, porque, a decir verdad, era terrible presenciar el sufrimiento de Dottie y tener que pensar en él. La perspectiva de caerle bien otra vez a Avery era mucho más agradable. Entonces, mientras cruzaba miradas de aprobación con Fat Bev porque Dottie se había comido sin comentarios un melocotón, se preguntaba si debía hornear un pastel de chocolate para los Clark o si tendría mejor suerte con unos melocotones con helado. Tal vez debería hacer ambas cosas. No, sería exagerado; pero un bonito plato de frutas podía quedar muy bien con el pastel.

—Me dan ganas de retorcerle el cuello a su marido —murmuró Fat Bev, mirando a Dottie, que, de camino hacia el comedor, se veía obligada a oír el último sermón de Arlene Tucker (Dottie asentía animosamente con la cabeza), e Isabelle, pensando aún si debía servirle fruta a los Clark, le hizo a Bev señas de que sí, y sintió una vez más que en cierto sentido estaba mintiendo. Sin embargo,

este sentimiento y sus variantes le eran familiares desde tiempo atrás, y se habría quedado pasmada si alguien le hubiera dicho que «no soltaba prenda»; prefería pensar que era «discreta».

El viernes por la tarde, a la hora de salir del trabajo, Avery estaba al teléfono. Isabelle esperaba hablarle, pero tras agotar los pretextos para quedarse merodeando (ordenó los papeles de su escritorio, se hizo un lío con el forro de plástico de la máquina de escribir), se asomó finalmente a la puerta de la pecera y dijo con suavidad:

—¿Todo en orden, Avery?

El asintió con la cabeza, apartando el teléfono de la boca.

—Todo en orden —le dijo, haciéndole un signo positivo con el pulgar.

Isabelle esperó casi hasta el final de la cena, antes de decirle a Amy:

—Avery Clark y Emma van a venir mañana a tomar el postre.

Amy, que había guardado silencio durante casi toda la cena, alzó los ojos sorprendida y dijo:

—¿Aquí? ¿Van a venir aquí?

—Sí —respondió Isabelle, incómoda ante el grado de sorpresa de su hija—. Tienes que saludarlos educadamente, y, si quieres, luego puedes subir a tu cuarto a leer.

—Olvidalo —dijo Amy con voz categórica, levantándose de la silla—. No quiero ni verlos.

Isabelle dijo:

—Te lo juro, Amy Goodrow. Vas a hacer lo que yo te diga.

Pero Amy, después de dejar los platos en el fregadero, dijo en tono conciliador:

—He quedado con Stacy mañana en la biblioteca. Quiere saber si puedo ir a cenar a su casa, y tal vez quedarme a dormir. Como estarás ocupada, creo que eso es lo que voy a hacer. —Se volvió hacia Isabelle—. Si no hay problema.

Isabelle vivía preocupada por el paradero de Amy desde que su hija ya no trabajaba en la fábrica. Sin embargo, había que reconocer que la chica tenía pocos lugares adonde ir, aparte de la biblioteca y de la casa de Stacy. No quería negarle esos permisos. Durante el verano, había hecho llamadas discretas a la escuela y a cierto edificio de apartamentos, y estaba suficientemente convencida de que Mr. Robertson se había marchado. Esa, obviamente, era su principal preocupación. Aunque no dejaba de inquietarse, ¿cómo no?, cuando Amy no estaba en casa. Sin embargo, el verano estaba a punto de terminar; Amy

regresaría pronto a la escuela.

—Ya veremos —le dijo a Amy—. Si Stacy te ha invitado a cenar, bien, sí, creo que puedes ir. No veo por qué no.

Isabelle se levantó avergonzada por haber pasado una mala noche. No creía que a Barbara Rawley (todavía podía verla en el A&P, sosteniendo el frasco de aceitunas: «¿Y qué tenéis planeado vosotras dos para esta noche?») le costara conciliar el sueño la víspera de una cena en su casa. Tendría que reservar un rato por la tarde para descansar. Había leído en una revista que cuando uno tenía invitados debía reservar un rato para hacer una siesta después de tomar el baño.

Primero horneó el pastel con la esperanza de que el tibio aroma impregnara la casa a lo largo del día y les diera la bienvenida a los Clark en el umbral.

Luego quitó el polvo. Quitó el polvo de todos los muebles, incluidas las patas de la mesa y las de las sillas. Quitó el polvo de los marcos de las ventanas, de las pantallas de las lámparas, incluso de las bombillas, de los rodapiés y de las barandas. Lavó los cristales de las ventanas, fregó los suelos (en cierto momento Amy se marchó y dijo que llamaría en cuanto supiera si iba a pasar la noche en casa de Stacy), aspiró las alfombras y dedicó una cantidad insólita de tiempo a pasarle la esponja al lavabo del diminuto servicio que había al lado de la cocina, porque allí era donde entraría Emma Clark en caso de que tuviera que ir al lavabo.

«Vaya, desde luego —diría Isabelle—, el lavabo está aquí mismo. Desafortunadamente es muy pequeño». Una pausa. «Pero está limpio». Pronunciaría esta última frase con cierto regocijo y, mostrándose más amable de lo que ella la había creído capaz, respondería: «Pues eso es lo único que importa, ¿no?». Se asomaría entonces al servicio: ¿y qué vería? Isabelle, varias veces, abrió y cerró la puerta tratando de imaginar que nunca había visto el servicio, para comprobar si causaba buena o mala impresión.

No conseguía decidirse. En aquel servicio faltaba algo. Y de pronto lo comprendió: faltaban flores.

Delante de la floristería se cruzó con Amy, que llamaba desde una cabina,



descalza y fumando un cigarrillo. No la vio. De haber levantado los ojos, de no haberse hallado tan entusiasmada y tan absorta en comprar las flores (no lo hacía nunca, y le producía un vago remordimiento) para embellecer el decorado de su invitación vespertina, habrían sido otros los acontecimientos. Porque su hija iba descalza y llevaba los labios pintados de púrpura escarchado, y tenía en la mano un cigarrillo manchado del mismo color; y el descubrimiento (Amy no estaba en la biblioteca, ni siquiera con Stacy) habría precipitado con seguridad una escena, tras la cual su hija se habría visto de regreso en casa, confinada prudentemente en su habitación.

Pero no ocurrió así. Isabelle entró en la floristería y una campanita tintineó a su espalda cuando se cerró la puerta, y, un segundo después, Amy salió bizqueando de la cabina, arrojó el cigarrillo a la calzada y echó a andar calle arriba, hacia el piso de Paul Bellows. Sus sandalias colgaban libremente de las correas entre sus dedos, pues no soportaba ir calzada cuando no era indispensable.

Había hecho la llamada en medio de un curioso acceso de ansiedad: no tenía nada más que hacer en todo el día. Nada en absoluto. Sabía que Stacy estaría en el campo durante dos semanas con sus padres, y, al decir que pasaría el día con Stacy y dormiría tal vez en su casa, simplemente había mentido, porque tenía pocas ganas de ver a su madre agobiada con los preparativos, y no tenía ninguna gana de estar allí cuando Avery Clark llegara con su esposa, que le parecía extraña y estúpida.

Así que había salido de casa con unos pocos dólares y sin ningún plan. Tras entrar en el pueblo, comprar los cigarrillos y coger en una tienda el pintalabios púrpura (nunca había robado, y le pareció sorprendentemente fácil), empezó a tener serias dudas acerca de qué hacer el resto del día. No sabía qué pensar de lo que había dicho el conserje acerca de que Mr. Robertson había estado en el pueblo la semana anterior. Sin lugar a dudas, Mr. Robertson la habría llamado. Y esto significaba (se angustiaba de sólo pensarlo) que el teléfono había estado sonando encima de la mesa de la cocina mientras ella estaba comiendo donuts y fumando con Paul Bellows. Mr. Robertson no tenía modo de saber que Dottie Brown había visto un ovni y había vuelto antes de tiempo a trabajar, y tal vez había intentado localizarla llamando a la fábrica. Pero eso parecía arriesgado e improbable.

No se detenía a pensar que quizá Mr. Robertson no la había buscado en el pueblo. Por el contrario, estaba cada vez más convencida de que aquel hombre

que la amaba («Sabes que no te faltará amor, ¿verdad?»), que había besado sus pechos inexplorados con exquisita y amorosa ternura, que había mirado su vientre desnudo con tanta seriedad, no había vuelto para recoger algo del aula (es absurdo, lo habría hecho antes), sino para buscarla. Puesto que pensaba en él a todas horas, y creía que a él le pasaba lo mismo, Amy suponía que había ido a la escuela esperando encontrarla por allí, así como ella rondaba la escuela compulsivamente desde que había dejado de trabajar en la fábrica, como se suele retornar una y otra vez al lugar de una vieja pasión.

Aquella misma mañana fue a la escuela tras comprar los cigarrillos y robar el pintalabios, y pasó discretamente por delante del edificio de ladrillo, pues no quería que la viera el amable Mr. Gaines. Pero era sábado, y Mr. Gaines no tenía que ir a trabajar. Cuando se dirigía hacia la puerta principal a través del césped, pensando que no habría nadie, *Puddy* Mandel cruzó el aparcamiento, obligándola a esconderse detrás de unos arbustos, desde donde atisbo hacia las ventanas del aula. No vio a nadie.

Finalmente entró otra vez en el pueblo y cruzó el puente hacia el Basin. En las aceras de Oyster Point se sentía observada y se refugiaba por instinto en las maltrechas aceras del Basin, más propicias al anonimato, donde además podía encontrarse con Paul Bellows, que tal vez tuviera tiempo de llevarla a pasear en coche. Tenía la certeza de que si caminaba por las callejuelas todo el día Mr. Robertson pasaría en el coche y la vería al pasar. Pero, a las cuatro de la tarde, ya cansada y hambrienta, se metió en la cabina a llamar a Paul.

Acertó. Paul estaba a punto de salir porque tenía que hablar de su coche con un asegurador en Hennecock, y la llevaría encantado.

—Tengo un poco de hambre —confesó Amy, apretando el cigarrillo contra el vidrio de la cabina; una espiral de humo azulado brotó del cigarrillo y se le metió justo en los ojos, de modo que volvió el rostro y, por un segundo, no vio pasar a Isabelle—. Pero no tengo mucho dinero.

—No hay ningún problema —dijo Paul—. Podemos parar en algún sitio por el camino.

Amy, después de colgar, pensó que Stacy tal vez se había precipitado al dejar a aquel chico.

Isabelle había resuelto ir a la floristería algo lóbrega de la calle Mayor en vez de

acudir al local mucho más bonito y aireado que había en Oyster Point, para no coincidir por casualidad con Emma Clark. Le daba pánico que Emma «presenciara» sus preparativos. Al fin y al cabo, era a Emma a quien debía conquistar. Era Emma quien, si todo iba bien, con la ayuda de Dios, diría esa noche de camino a casa: «Francamente, Avery, es una pena que no hayamos visto más a Isabelle en todos estos años». Era Emma quien se pondría al día siguiente al teléfono y le diría a las confidentes de sus chismes que habían juzgado mal a Isabelle, que había pasado en su casa una velada encantadora y se había dado cuenta de que era una mujer estupenda, y había que ver cómo tenía de preciosa la cabaña de los Crane, y...

¿Y qué? Isabelle había dormido mal y estaba cansada. Saludó con la cabeza al anciano que atendía la sombría floristería, pensando que exageraba, y que además en la floristería había poco donde escoger: flores de plástico, por Dios; simplemente debería haber cortado unas flores en el jardín. Pero, al lado de la registradora, había gran cantidad de tulipanes amarillos. Toda una sorpresa a esas alturas del verano. Isabelle extendió la mano; sí, deme seis de éstos. Carísimos. Esperó callada mientras el anciano los envolvía laboriosamente en dos pliegos de papel floreado, y los llevó con gran cuidado hasta el coche, como si se tratara de un recién nacido envuelto en una mantita.

Pero, ¡qué acierto! Cuando acabó de disponerlo todo, tras bajar de los armarios todos sus jarrones de peltre, de cristal y de porcelana, había que ver los tulipanes. Tres de ellos se empinaban alegremente en la mesa de la cocina, había otros dos en la sala sobre la chimenea, y, encima de la cómoda del servicio pequeño, en un delgado jarrón de peltre, se erguía el último tulipán, solo y amarillo.

El teléfono sonó. Tuvo miedo de que fuera Avery para decir que Emma no se sentía bien. ¡Intolerable!

—Hola, mamá —dijo Amy, haciendo estallar un globo de chicle.

—Amy, por favor —Isabelle dejó caer los párpados, presionándose con un dedo el puente de la nariz—, si mascas chicle, por lo menos hazlo con la boca cerrada.

—Lo siento.

Se oyó el claxon de un coche.

—¿Dónde estás?

—A la salida de la biblioteca. Con Stacy. ¿Hasta qué hora se quedan los Clark?

—No lo sé. Hasta las diez, o así. No te lo sabría decir.

Isabelle misma se había preguntado hasta qué hora se quedarían. ¿Hasta qué hora se quedaba la gente cuando iba a tomar el postre? Si se marchaban antes de las nueve, la velada podía considerarse un fracaso.

—En fin —dijo Amy—, voy a pasar la noche en casa de Stacy. Tal vez vayamos a ir al cine.

—¿Qué vais a ver?

—No lo sé. Me parece que una peli para niños que ponen en Hennecock, para que puedan verla sus hermanitos.

—Pero, Amy, no has llevado nada. Ni pijama, ni ropa íntima. ¿Y el cepillo de dientes?

—No me voy a morir, mamá —dijo Amy, evidentemente molesta—, por Dios. Mira, te llamaré por la mañana.

—Hazlo, por favor. —Isabelle volvió la cabeza, para admirar los tulipanes sobre la mesa. Los pétalos se habían abierto aún más con el calor de la cocina—. Y, Amy, hazme el favor de no hacer globos de chicle delante de los padres de Stacy.

Cuando colgó se sentía inquieta. Frunció los labios mientras espolvoreaba el azúcar para el glaseado del pastel. Tardaría un tiempo en volver a confiar en Amy. Eso era lo que pasaba cuando a uno le mentían; se destruía la confianza. Amy lo sabía, y por eso estaba molesta. Aunque, con toda sinceridad, era un alivio que no anduviera por allí cuando llegaran los Clark.

## *Veintitrés*

A la hora de cenar, en Hennecock, Paul Bellows se comió un plato entero de almejas fritas y dijo que ojalá no le entrara luego una de sus diarreas.

—No sería la primera vez —dijo, sin dar más explicaciones.

Amy se recostó contra el respaldo mientras la camarera le servía agua en un vaso. Se había terminado su perrito caliente y acariciaba el plato con un dedo. Paul hizo un ademán ofreciéndole almejas, pero ella las rechazó con un gesto de la cabeza.

—¿Te molesta si fumo mientras comes? —preguntó.

Había fumado toda la tarde y ya no lo disfrutaba, pero se sentía obligada a seguir.

—No.

Paul agitó sobre su plato el frasco de salsa de tomate. Se sirvió una montaña de salsa y lamió la boca del frasco antes de ponerle la tapa.

En la barra, repicaba la registradora. Las jarras de café humeaban y las camareras recogían los platos con estrépito. Paul hundía cada almeja en la montaña de salsa antes de metérsela en la boca, y masticaba con los labios pringosos. Alzó su vaso de coca-cola, y los cubitos de hielo chocaron dentro. Y siguió comiendo. Amy observaba cautivada la manera metódica y desapasionada con que despachaba la cena. Estiró una mano para tomar una almeja y la hundió en la salsa como él.

—Yo me casaría con Stacy, ¿sabes?

Amy masticó la almeja, blanda y desagradable bajo la capa de harina frita.

—Sus padres creen que soy un tonto.

Amy escupió dentro de la servilleta.

—Son un poco raros —comentó, y metió la servilleta debajo del borde del plato.

—Su padre es una rata; su madre es sólo despistada, extraña. —Paul acabó de comer y sacó de un golpecito un cigarrillo del paquete—. ¿Qué te apetece hacer?

—Pues pasear en coche, ¿no?

Paul asintió con la cabeza. Amy pensó que parecía ansioso y triste.

Isabelle, duchada y maquillada, estaba tendida en la cama con los ojos cerrados. Fuera, cantaban los pájaros. Abrió los ojos y los volvió a cerrar, y recordó que, cuando Amy era pequeña y no conseguía dormirse a la hora de la siesta, ella solía llevarla a su cuarto y se acostaba a su lado en aquella misma cama. «Mamá también se va a dormir», le decía, pero no conseguía engañarla nunca. Cuando abría los ojos, la niña estaba mirándola, tendida muy quieta en la cama. «Cierra los ojos», le decía Isabelle, y Amy siempre obedecía, y los párpados le temblaban a causa del esfuerzo. Al cabo de un momento, sus ojos se abrían, y madre e hija se descubrían mirándose en medio del silencio del cuarto.

En la última planta de un edificio de apartamentos de la calle Mayor, Lenny Mandel estaba desnudándose una vez más. No había tenido intención de ir aquel día, era sábado, y su madre contaba con él por la noche para jugar al bridge. Había ido a trabajar un rato a la escuela, y había pasado luego por allí a saludar. Pero, cuando Linda se había agachado delante de la nevera, el vestido rojo se le había levantado por debajo del trasero, revelando sus muslos pálidos, y el espectáculo lo había hecho gemir por dentro; al darse la vuelta, Linda había visto su cara, había sonreído con timidez y había avanzado a su encuentro.

La necesidad constante que sentía de introducirse en ella (el pene, los dedos, la lengua, no importaba qué) lo tenía confundido. Le habría metido los dedos en la garganta, si hubiera podido no hacerle daño. En aquel momento la estrujaba con los ojos cerrados, hundiendo la cara en su vientre, y ansiaba poder abrirla la piel, meter dentro el cuerpo entero y hacerle el amor así, desde dentro en vez de desde fuera. No creía que fuera normal desear a alguien hasta tal punto. El mundo le parecía sombrío y demencial, y vivía siempre al borde de la desesperación.

Linda se deslizó hasta la cama abrazada a él y abrió las piernas de par en par: cuánta franqueza, cuánta generosidad. Lenny contempló el regalo magnífico que yacía sobre las sábanas floreadas. Sentía ganas de partirla por la mitad, de cascar su vientre como si fuera una pata de langosta.

Más tarde, le pidió disculpas. Como siempre. Ella sacudió la cabeza con dulzura.

—Eres muy apasionado, Lenny —dijo ella—, eso es todo.

Él se preguntó por qué eso ya no lo hacía feliz, y por qué, sin embargo, sentía tales ansias de seguir haciéndolo.

A la misma hora, mientras Lenny Mandel se abotonaba los pantalones e Isabelle Goodrow bajaba la escalera de su casa para cenar algo ligero y no estar mareada ni tener dolor de cabeza cuando llegaran los Clark, Dottie Brown, al otro lado del río, seguía de habitación en habitación a su esposo, que metía cosas en una bolsa de viaje. Wally se detuvo en el pasillo y se volvió a mirarla, con un temblor en el párpado:

—Si quieres que me quede —dijo—; puedo marcharme por la mañana.

Aún había bastante luz en el cielo, pero ya el día empezaba a declinar. Habían estado paseando un buen rato sin hablar, oyendo la radio a todo volumen, cuando Paul estiró la mano para apagarla y dijo en medio del abrupto silencio:

—Me da rabia que sus padres crean que soy un tarado. —Amy volvió la cabeza hacia él—. Un día, tal vez mi tío me haga socio de su negocio —dijo, y le dio una honda calada al cigarrillo. Miró a Amy, y ella asintió con la cabeza—. Oye, que se vayan a hacer puñetas.

Paul arrojó su cigarrillo por la ventana.

El coche brincaba por un camino de tierra, bordeado por un lado de bosque y por el otro de campos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Amy.

—Eso me estaba preguntando —Paul atisbo por encima de Amy, que miraba por la ventana abierta—. Este campo debe de pertenecer a una de las granjas que había allá atrás. Pero parece que no están sembrando nada.

—Es que rotan los campos —dijo Amy—. La tierra se cansa. Por eso los granjeros tienen tantas hectáreas. La mitad de la tierra se deja descansando cada tantos años.

Paul la miró con una sonrisa burlona.

—¿Te va bien en la escuela?

—Sí. Nada del otro mundo.

—A mí me iba bien —dijo Paul—. Nunca he suspendido nada.

El camino se hacía más estrecho. De vez en cuando, una rama rasguñaba el coche o una piedra lo golpeaba por debajo. Paul aminoró la velocidad y luego paró.

—Tenemos que buscar un lugar para dar la vuelta. Este nene no es un jeep precisamente, ¿sabes?

Amy asintió y se asomó por la ventana.

—¿No puedes dar marcha atrás?

Paul se volvió para mirar.

—Pues no va a haber más remedio —dijo con hastío—. Santo Dios, estamos en mitad de la nada. —Se volvió de nuevo hacia delante y apagó el coche; luego miró a Amy, dejando caer hacia un lado la cabeza—. ¿Me das un besito?

Ella se inclinó hacia él, compadecida, sintiendo que compartían una pena sombría; eran como Hansel y Gretel, dos niños perdidos en el bosque.

Fue la respiración de Paul lo que la puso sobre aviso, la manera como empezó a retorcer el cuello, echándose encima de su boca. Quería ser amable.

Él se apartó y la miró con aquella sonrisa burlona, incomprensible. Ladeó la cabeza y bajó los ojos hacia la mano de Amy.

—Entonces, Amy —dijo—, ¿tienes ganas de...?

El corazón de Amy palpitaba apresuradamente. Por la ventanilla del coche entraba el olor del aire húmedo y otoñal. Se sentía culpable; había sido ella quien había sugerido pasear en coche, para matar el tiempo hasta que se fueran los Clark; tal vez podía volver a casa, ya tarde, y decirle a su madre que después de todo no se había quedado con Stacy. O tal vez, si Paul tenía un sofá, podía quedarse a dormir en casa de Paul. No lo había tenido muy claro, en realidad. Y en aquel momento él tenía ganas... de hacer cosas... Sintió de repente que tal vez había estado utilizándolo. El coche estaría lleno de arañazos por su culpa.

—Pues —dijo, titubeando—, mira, cómo te lo explico... Tú me caes bien y todo eso. Pero es raro, porque...

—No es raro —dijo él, y su sonrisa se ensanchó—, es bastante natural, si



quieres que te diga la verdad.

Se inclinó hacia delante y empezó a besarla otra vez.

Amy apartó el rostro.

—Mira —dijo—. Es que no me sentiría bien. O sea, yo soy amiga de Stacy y todo eso, ¿me entiendes? Ay Dios. De verdad, perdóname.

—No pasa nada. Vaya, no te preocupes. —Paul le tocó la cara, le pasó los dedos por el pelo—. Eres una buena persona, Amy. —Suspiró, levantando las cejas—. Es que me muero por... habría estado bien; pero no pasa nada. —Se echó hacia atrás y abrió la puerta—. Tengo muchas ganas de orinar. Oye —añadió, al salir del coche, y se asomó luego por la ventana—, ¿tú no tenías el pelo mucho más largo?

Amy asintió con la cabeza.

—Es lo que pensaba. Vuelvo en dos minutos... voy a buscar un sitio para orinar. —Echó a andar por el camino—. No salgas del coche —dijo desde lejos.

Ella lo vio agachar la cabeza y apartar algunas ramas para adentrarse entre los matorrales. Encendió un cigarrillo y se preguntó dónde estaría Mr. Robertson, y el ansia que sentía de verlo retumbó en su interior, como si todo su cuerpo fuera un vacío en el estómago. Cerró los ojos y recostó la cabeza en la silla, recordando sus pechos desnudos delante de él aquel día en el coche, sus piernas desnudas, la sensación que le producían las lentas caricias de sus dedos. El también debía de acordarse. Estaba segura. Sabía que había regresado para buscarla.

—¡Amy!

Abrió los ojos y miró hacia el bosque. La noche había caído en pocos minutos, refrescando, trayendo consigo olores del otoño.

—¡Amy! ¡Oye!

Salió de un salto del coche. Una espiga de oro silvestre quedó atrapada dentro de la puerta.

—¡Amy!

Paul apareció dando tumbos por entre las ramas con la cara encendida.

—Dios, Amy. —La tomó por la muñeca, con el brazo bronceado cubierto de pequeños rasguños—. Tienes que ver esto. Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, y lo siguió. Las zarzas le arañaban las piernas; una rama de abeto le golpeó la cara.

—Mierda —repitió Paul, y se agachó, aplastando con las zapatillas dos espigas que se erguían entre las agujas de pino—. He encontrado un coche... ven,

mira.

Señaló con el dedo. Habían llegado a un claro; había un pequeño coche azul aparcado en el campo al borde del bosque. Paul la tomó de nuevo por la muñeca y avanzó hacia el coche.

—Me dije, mira, un coche abandonado, a ver si tiene las ruedas o algún repuesto para vender, así que abrí el maletero y no me vas a creer qué coño encontré.

Amy se imaginó que había encontrado dinero, tal vez una maleta llena de dinero.

Al acercarse al coche, sintió de pronto un olor a podrido, como si hubiera pasado al lado de un cubo de basura expuesto al sol durante días.

—Apesta —dijo, y le hizo una mueca a Paul.

Él le hizo una seña, con la cara reluciente de sudor. Abrió el maletero.

—No te lo vas a creer, Amy. Mira.

Isabelle había terminado de lavar las frutas. Los platos estaban puestos, también las tazas para el té. La jarrita de porcelana Belleek de su madre, que Isabelle tanto quería (le dedicó una sonrisa íntima, como si desde el delicado lustre de la jarrita su madre le estuviera deseando buena suerte), reposaba plácidamente con el azucarero en una bandeja de plata. El pastel estaba en el centro de la mesa, al lado del bol de frutas, muy cerca de los tulipanes.

Precioso. Sencillamente precioso.

Los Clark estarían a punto de llegar. La gente de Oyster Town no llegaba con retraso. A las siete y cinco, Isabelle llenó la jarrita; había comprado crema de leche de verdad para poner en el té. O en el café, si preferían café. Iba a ofrecerles las dos cosas.

A las siete y cuarto, le dolía la cabeza. Se tomó dos aspirinas y se comió una galleta al lado del fregadero de la cocina. Luego, fue a la sala y se sentó en el borde del sofá a hojear una revista. En dos ocasiones, creyó oír un coche en la entrada y se levantó para atisbar discretamente desde la ventana de la cocina para que no pensarán que estaba al acecho. Nadie llegó.

Empezaba a oscurecer. Encendió otra lámpara en la sala. Pensó: «Voy a subir a encender la lámpara de mi mesa de noche, y cuando vuelva a bajar ya estarán aquí».

Nada. Al bajar la escalera, mientras recorría la sala, la cocina, tuvo la sensación de que su casa la observaba, como un niño obediente que anticipa el comienzo de la función. A las ocho menos cuarto, se lavó las manos, se las secó con parsimonia y marcó el número de la casa de Avery Clark. El teléfono sonó cuatro veces, y la sangre volvió a correrle por las piernas: ya estaban en camino, claro.

—¿Hola? —dijo Avery. De fondo, se escuchaba el ruido inconfundible de varias personas conversando.

—Sí, hola. Eh, soy Isabelle.

—Isabelle —dijo Avery—. Hola.

—Me preguntaba si había surgido algún inconveniente.

Isabelle miró la cocina, las tazas de té listas, la bandeja puesta, los tulipanes erguidos detrás del bol de frutas.

—¿Algún inconveniente? —dijo Avery.

—Tal vez me he confundido. —Isabelle cerró los ojos con fuerza—. He pensado que esta noche ibais a pasar por aquí...

—¿Esta noche? —dijo Avery—. Uy, Dios, ¿quedamos en que era hoy?

—Yo creía que sí —dijo Isabelle, con tono de disculpa—. Tal vez me he confundido.

—Ay, caray —dijo Avery—, ha sido culpa mía. Me temo que lo he olvidado por completo. Esta noche han venido unos amigos.

Isabelle abrió los ojos.

—Pues, otra vez será —dijo—. No tiene ninguna importancia.

—Disculpa —dijo Avery—. Vaya, cuánto lo siento. Hay tantas cosas últimamente. Reuniones de la iglesia, y no sé qué más.

—No tiene ninguna importancia —repitió Isabelle. No había oído hablar de ninguna reunión de la iglesia—. De verdad. Ningún problema. Ya lo haremos en otro momento.

—En otro momento —dijo Avery—. Por supuesto. Oye, Isabelle, lo siento mucho.

—No tiene importancia —dijo ella—. No te preocupes. No era gran cosa. Nada especial. —Hizo un ruido parecido a una risa, pero se sintió desorientada—. Que pases buena noche.

Guardó las tazas, los platos, los cubiertos. Tenía el rostro sudoroso, y el sudor parecía nublarle los ojos.

Los tulipanes se burlaban de ella.

Y todo lo demás también. El pastel se apelmazaba, abatido, en su pesada redondez, y el bol de frutas la observaba con distante superioridad. Cogió una de las bolsas de papel marrón que había debajo del fregadero, tiró el pastel, que embadurnó de glaseado un lado de la bolsa, y tiró luego las frutas. Retorció deprisa los tulipanes, hasta oír quebrarse los tallos, y despedazó también los cubitos del azucarero porque los había comprado para la ocasión.

Tenía que deshacerse de todo, todo tenía que desaparecer. Derramó la crema de leche en el fregadero y lavó luego la jarrita Belleek y el azucarero. Estaba secando la jarrita (con gestos impulsivos, atolondrados) cuando oyó acercarse un coche por el camino de la entrada; los faros iluminaron un momento el porche.

—Ay, no —dijo, creyendo que Emma y Avery, avergonzados, al final habían resuelto acudir, y que ella acababa de tirarlo todo a la basura. ¿Qué iba a explicarles? ¿Cómo iba a decirles: «Ay, lo siento, acabo de tirar el pastel»?

Las dos puertas del coche se cerraron de golpe, una después de la otra, e Isabelle comprendió de inmediato que no era Emma Clark quien estaba allí afuera, dando esos portazos. Su corazón latió aún más fuerte, porque se hacía realidad una de sus pesadillas: la atacarían, en su propia casa, en la oscuridad, lejos de cualquier vecino.

Corrió a atrancar una silla bajo el picaporte y, al pasar, tiró al suelo con el codo la jarrita Belleek, que se hizo pedazos con un solo clamor leve y fugaz. Los fragmentos parecían conchas rotas en el suelo de linóleo.

Los golpes en la puerta sacudieron la persiana que cubría los cristales. Isabelle gritó con voz estridente:

—¿Quién es? ¡Váyase! ¡Voy a llamar a la policía!

—Somos de la policía, señora —dijo desde fuera una voz firme y grave, investida de autoridad y también algo aburrida—. De la policía del estado. Estamos buscando a una chica llamada Amy Goodrow.

Para Amy, el resto de aquella noche fue, durante mucho tiempo, una oscura bola de sensaciones e imágenes fragmentarias.

Había tenido un sabor salado y amargo en la boca, y no conseguía librarse de él; recordaba incluso haberse agachado para escupir en el callejón detrás de la lavandería y haber reunido saliva para escupir otra vez. No, la acritud singular de esa especie de pus globular, eso le había parecido al vaciar la boca dentro de un

papel higiénico arrugado en el cuartito de baño de Paul, había reptado hasta la última rendija de las suaves membranas de su boca. No se había esperado eso, no, y, aunque luego había escupido detrás de la lavandería, aunque había fumado un cigarrillo, el sabor persistía dentro de su boca, y tampoco conseguía librarse de la imagen (había olvidado enseguida los detalles, salvo por el calcetín, y los dientes, y el pendiente de oro) que se confundía con el sabor, de aquel pequeño ser humano que había visto en el maletero y que tampoco era ya un ser humano: ella ni siquiera lo habría distinguido a primera vista, si Paul no le hubiera indicado la hilera de dientes. Y luego había ocurrido lo extraño, aquella silenciosa escalada... ¿de qué?

Al subir la escalera hacia el piso de Paul, viendo oscilar delante las pantorrillas oscuras de sus vaqueros, sabía ya que le pediría dinero, porque lo necesitaba: había comprendido de pronto que había algo que tenía que hacer. Paul se lo habría dado de todos modos, estaba casi segura. Pero ella necesitaba el dinero desesperadamente, y él, en medio de su extraña agitación, parecía necesitarla desesperadamente (no a ella, lo sabía, necesitaba su boca, sus manos), y, ¿cómo iba ella a decir que no y a pedirle luego dinero?

En la oscuridad, él se abrió la bragueta y la tomó por la cabeza, y a Amy le gustó sentir sus manos enormes a los lados de la cabeza, pero cuando la atrajo hacia su vientre, ella se dio cuenta de que estaba sucio y percibió un olor acre y recóndito, fétido, resudado. Reconoció con certeza el tenue aroma empalagoso de sus últimos excrementos (tal vez habían quedado pequeñas manchas, la última vez que se había limpiado) y fue esto lo que hizo que sintiera ganas de llorar, y sintió de repente contra la cara esa cosa con la que él hacía pis, tan dura luego dentro de su boca: no sabía exactamente qué tenía que hacer.

Pero, por lo visto, Paul no podía controlarse. Tenía que hacerlo, y Amy lo ayudaba puesto que estaba ahí. Paul se portó bien. Hasta le pidió disculpas después. Y empezó a decir entonces que si uno encontraba un cadáver tenía que llamar a la policía, que iba a llamar a la policía.

Pero ella sólo quería el dinero. Y se marchó cuando él se lo dio.

Había ido a la lavandería porque había una máquina que daba cambio, pero no recordaría después si había visto a otra gente allí; se veía de pie delante de la máquina, metiendo los billetes de dólar con las manos temblorosas, mientras la máquina emitía zumbidos, vacilaba, rechazaba el billete y volvía a cogerlo, hasta darle por fin las monedas. Y se veía escupiendo en el callejón, tratando de quitarse de la boca aquel sabor.

Luego había ocurrido la larga caminata agónica hasta la universidad, porque la biblioteca de la universidad tenía que estar abierta aquel sábado por la noche y ella tenía que llegar, y un coche había parado a recogerla en la carretera; dentro, entre las sombras, había distinguido a un viejo gordo que la miraba sin sonreír. No. Había negado con la cabeza. «No, gracias». El coche no se había marchado, sin embargo. Había seguido reptando despacio detrás de ella por el arcén. «¡No, gracias!», había dicho a gritos, y, un instante antes de empezar a correr, había visto la cara en sombras del hombre, nervioso a causa del grito: el coche había vuelto a la calzada y se había alejado.

Bajo el imponente techo de la biblioteca de la universidad, se sintió fuera de lugar. Detrás de las mesas de madera, las caras se alzaban mudas, mirándola con detenimiento, a lo largo de una ola de callada reprobación, obligándola a agachar la cabeza.

Con el mismo gesto prevenido, el hombre del mostrador le advirtió que la biblioteca estaba a punto de cerrar. Sin embargo, con una cortesía que Amy recordaría durante años, le llevó el inmenso atlas, abierto en un inmenso mapa de Massachusetts. Amy le dio las gracias tres veces seguidas. Pero necesitaba papel y lápiz. Se echó a llorar, y el hombre del mostrador la socorrió otra vez.

Finalmente, se metió en la cabina de teléfono del sótano.

Parecía un armario, y en las paredes había escritas vulgaridades. CHÚPAME LA POLLA, leyó, y empezó a llorar frente al panel de madera barnizada de la cabina, dorado por el reflejo de la luz, apretando en la mano la lista de todos los pueblos de Massachusetts que empezaban por pe, porque él era de un pueblo que empezaba así: eso recordaba. Llamó luego al servicio de información.

¿Cuántos números había marcado para preguntar por Mr. Robertson? ¿Cinco, tal vez? No, más. ¿Diez? Pero, entonces, una mujer mayor había dicho «hola», y a la pobre Amy, que estaba exhausta, casi enloquecida, le sonó antipática.

—¿Podría hablar con Thomas Robertson? —dijo Amy—. ¿Es su casa?

Cuando la mujer no respondió, en ese silencio fugaz, Amy supo que lo había encontrado.

—Por favor —dijo—. Es importante.

—¿De parte de quién?

—De una amiga. Es importante, necesito hablar con él.

Amy cerró los ojos. ¿Sería ésa la madre alcohólica?

—Espere un momento.

Un ruido ahogado, unos susurros, luego, la presencia de alguien que se

acercaba al teléfono, el murmullo de una voz de hombre muy grave: Amy lo reconoció. Por sus mejillas corrieron lágrimas de alivio y apoyó la cabeza contra el panel de madera de la cabina. Por fin, por fin lo había encontrado.

Una mano levantó el teléfono.

—¿Diga?

—Ay, Mr. Robertson... Soy yo, Amy Goodrow.

Una pausa.

—Disculpe —dijo Mr. Robertson, con su voz profunda, encantadora—. Me temo que se ha equivocado de número.

—No, no. Soy yo, Amy. De Shirley Falls. Tú me conoces.

—Me temo que no —dijo despacio Mr. Robertson—. Se ha equivocado de número. —Vaciló, antes de añadir con firmeza, en un tono ligeramente diferente, que tenía casi un eco sureño—: No sé quién es usted. Y no hace falta que vuelva a llamar aquí.

## *Veinticuatro*

Hacia la medianoche, la casa estaba en calma. Desde la mesa de la cocina, una pequeña lámpara alumbraba el pasillo de la entrada, pero la sala estaba a oscuras, y también el comedor, y la escalera estaba oscura, salvo por una franja de luz que caía sobre el descansillo. La débil luz, que teñía de verde las sombras alrededor, provenía del dormitorio de Isabelle, donde una toalla tendida sobre la pantalla de la lámpara atenuaba el resplandor de la bombilla. Bajo los pliegues de una manta, Amy yacía tendida boca arriba, como un bañista despreocupado, profundamente dormida. Su rostro, apenas iluminado, no delataba preocupaciones ni tampoco paz: una consecuencia, probablemente, del sedante que circulaba por su cuerpo. Aun así, la cara inclinada algo hacia arriba, con los labios entreabiertos, tenía una expresión de tierna franqueza.

Isabelle la sentía ajena. Ésta fue la palabra que cruzó su mente cuando le dio un tironcito a la manta por encima del cuello de Amy. Ajena, ajena a ella. A todo el mundo. Sentada en una silla al borde de la cama, estudió las sombras y los matices de aquel rostro que, en algún momento, durante los últimos años, había adquirido sus rasgos definitivos. ¿En quién se había convertido su hija?

«En una persona ajena», pensó otra vez, vacilando al acariciar un rizo que caía sobre la mejilla de Amy. Alguien que ni siquiera heredaría la jarrita de porcelana Belleek de su abuela. Se recostó contra el respaldo y lloró al recordar cómo se había hecho añicos la pálida jarrita de porcelana, que le recordaba tanto a su madre, tan delicada y poco práctica, tan mona. Ya no existía. Isabelle no acababa de absorber el vasto dolor que le producía esta pérdida combinada con el hecho de que Avery Clark hubiese olvidado ir a su casa; «Isabelle, me temo que lo he olvidado», habían sido sus palabras, y se encendían como crudos reflectores blancos, planeando en círculos en su cabeza.

Pero en el centro de todo estaba Amy. Esa desconocida que, de paseo por el



bosque con Paul Algo (Isabelle sentía el estómago revuelto, pese a que no había dudado cuando Amy le había dicho que entre los dos no había nada: «nada, nada, nada»), había tropezado con un cadáver dentro del maletero de un coche abandonado. ¡Qué espanto, descubrir el cadáver de otra chica! La pobre, pobrecita, había entrado en la casa aterrorizada y apagada, achicando los ojos como si atisbara desde lo profundo de una cueva. Se había quedado mirando como si los policías fueran a arrestarla (estaba irreconocible, de verdad), cuando tan sólo iban a confirmar la historia de Paul, a preguntarle, con toda corrección, si podía añadir algún detalle. Y luego había enterrado la cara entre los cojines del sofá, como un perro asustado en una tormenta, presa de un terror puro, animal. De su garganta habían brotado sonidos guturales, desgarradores. «No puede ser verdad», decía llorando, con la cara enterrada en el sofá. «No me lo puedo creer, no, no puedo».

Los policías fueron amables, sobre todo el más viejo. Fue él quien le sugirió a Isabelle que llamase al médico si Amy no se calmaba. También el médico fue amable, y llamó por teléfono para dictar la receta a la única farmacia abierta el sábado por la noche que quedaba en Hennecock, a media hora de camino. En la farmacia, Isabelle, abrazando a su hija, que no se apartaba de ella, dijo tan sólo: «Mi hija ha sufrido un pequeño trauma», y el farmacéutico, cansado, la miró con ojos amables y tan sólo asintió con la cabeza, sin que asomara a su rostro ningún juicio. Cuatro años después, cuando Isabelle volvió a encontrárselo, no lo recordaba en absoluto (pero él la recordaría, recordaría la conmovedora feminidad de aquella mujer menuda que estrechaba con un brazo a su hija alta y asustada); el mundo estaba desdibujado aquella noche, y la cabeza le daba vueltas.

Sonó el teléfono.

—¿Isabelle? —Era una voz de mujer, una voz conocida—. Isabelle, soy Bev. Disculpa que te despierte.

—Sí, no —dijo Isabelle, sin aliento, porque había bajado corriendo las escaleras—. Dime. No, no me has despertado.

—Isabelle, tenemos un problema —Fat Bev hablaba en susurros—. Estoy donde Dottie. Wally se ha ido con su novia. Se ha marchado.

—Señor mío —murmuró Isabelle, y dio un paso hacia la escalera para comprobar si el teléfono había despertado a Amy.

—Dottie no quería estar sola, así que he venido. Pero tampoco quiere quedarse aquí. Yo la llevaría a mi casa, pero hay dos amigos de Roxanne

durmiendo en la sala, y eso es lo último que le faltaría a Dottie.

—¿Se ha ido a vivir con su novia? —Fue lo único que se le ocurrió decir a Isabelle.

—Es un imbécil —dijo Bev—. Y está haciendo el imbécil. —Hubo una pausa—. Dottie lo está pasando mal, Isabelle. No quiere quedarse a dormir aquí esta noche.

Isabelle no se había percatado de que Bev le estaba pidiendo algo. Tenía la certeza, al oír el teléfono, de que se trataba otra vez de algo relacionado con Amy. Pero, entonces vio de nuevo a Dottie Brown sentada en su mecedora, en su cocina, con un cigarrillo en la mano y mirando al vacío.

—Bev, ¿me esperas un minuto, por favor? Un minuto nada más. Espera.

Colocó el auricular sobre la encimera de la cocina y subió las escaleras. Amy seguía dormida, en la misma posición. Isabelle se inclinó y miró atentamente el pecho de su hija, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Bajó de nuevo las escaleras.

—¿Bev?

—Sí, aquí estoy.

—¿Quieres traer a Dottie a dormir aquí esta noche?

Era ridículo, de verdad. Justo aquella noche, cuando en su cabeza titilaban como reflectores blancos las palabras de Avery Clark: «Isabelle, me temo que lo he olvidado». Y con Amy en ese estado...

—¿No te importaría, Isabelle? Si no hay inconveniente, yo también me quedo: Dottie se sentirá más cómoda. Y tal vez vosotras también. Podemos echarnos en un sofá. Sé que estáis un poco apretadas.

—Por favor —dijo Isabelle—. Venid.

Y qué raro fue luego todo. Qué raro, estar en la sala las tres, todas ya adultas, con el colchón de la cama de Amy con sábanas, manta y almohada, tendido en el suelo. Y también en el sofá había almohadas, mantas y sábanas tendidas. La situación al principio amenazaba ser embarazosa: Dottie, como una niña aturdida, se dejó guiar a través de la cocina por Isabelle, que le apretaba la mano y susurraba condolencias como si alguien hubiera muerto, con Fat Bev en la retaguardia arrastrando un enorme bolso marrón y con las mejillas flojas y caídas como las de un perro cansado. Se sentaron las tres en la sala, dubitativas,

inseguras. Pero entonces Isabelle dijo:

—Amy ha encontrado un cadáver esta noche. Está dormida arriba en mi cama.

Eso pareció romper el hielo.

—Madre de Dios —dijo Fat Bev—. ¿Qué estás diciendo?

Isabelle se lo contó. Claro que recordaban a la niña, a Debby Kay Dome, claro que sí. Recordaban su foto en la televisión, en los diarios.

—Un primor —dijo Fat Bev, negando con la cabeza, con las gordas mejillas camino del suelo.

—Un ángel —dijo Dottie. Y en sus ojos afloraron nuevas lágrimas.

—¿Cómo es eso de que Amy la ha encontrado? —preguntó Bev, y sacó de su enorme bolso de piel un rollo de papel higiénico, que le entregó a Dottie con toda naturalidad—. ¿Cómo la ha encontrado?

—Estaba paseando en coche con un amigo. ¿No quieres un kleenex, Dottie?

Isabelle empezó a levantarse, pero Fat Bev agitó la mano para que se sentara.

—Ya hemos gastado todos los kleenex que había en el pueblo, ¿no, Dottie? Tú sigue contando.

—Amy estaba paseando por ahí. Su amiga Stacy ha tenido hace poco un bebé, no sé si lo sabéis. Deja que te traiga un kleenex, Dottie, es menos áspero para la nariz.

Desde donde estaba sentada, podía ver la nariz de Dottie muy enrojecida.

Pero Dottie ya estaba negando con la cabeza.

—No me importa si se me cae la nariz, de verdad que no me importa. Por favor, vamos a lo del cadáver.

—Sí —dijo Fat Bev.

Isabelle repitió cuanto sabía acerca de lo ocurrido aquella noche (omitiendo a Avery y a Emma Clark) y habló al final del médico amable, del viaje hasta la farmacia para comprar los tranquilizantes.

—Amy estaba casi histérica —dijo—. Porque yo no estoy de acuerdo con darle tranquilizantes a los niños...

Bev la cortó.

—Isabelle. Amy ha encontrado una chica asesinada. Creo que es una buena ocasión para meterse una pastilla.

—Bueno, sí —dijo Isabelle—, eso fue lo que pensé.

—¿No podrías darme uno a mí, Isabelle? —preguntó Dottie, acostada ya a medias en el sofá—. ¿Un tranquilizante? Sólo para poder dormir esta noche.

—Qué buena idea —dijo Bev—. Por Dios, ¿podrías dejarnos una de esas pastillas?

—Desde luego —dijo Isabelle; se levantó, fue a la cocina y llevó el frasco de pastillas, en el que una pegatina prohibía por ley federal el consumo por parte de otras personas—. No serás alérgica, ¿no? —preguntó—. Yo sé que las personas que son alérgicas a la penicilina tienen que llevar al cuello una chapa como los perros.

—Esto no es penicilina. Es válium. —Bev había cogido el frasco y estaba examinando la etiqueta—. No van a arrestarte por darle un válium a una amiga.

Isabelle regresó con un vaso de agua, y Dottie se tragó la pastilla. Le tomó luego la mano a Isabelle. Sus ojos azules, enrojecidos, la miraban con patetismo.

—Gracias —dijo Dottie—. Gracias por dejarme venir aquí esta noche. Por no hacer ninguna pregunta.

—Es un placer —susurró Isabelle.

Pero lo dijo demasiado pronto, se apartó demasiado pronto, y la incomodidad se asentó otra vez como una niebla en la habitación. Isabelle se sentó en una silla. Se quedaron las tres calladas. Por momentos, miraba a Dottie, recostada en el sofá bajo el chal de punto, y tenía que volver los ojos; comprendía lo extraordinariamente fácil que era hacer daño a alguien, arruinar una vida. La vida era un tejido frágil y los tijeretazos caprichosos de un momento cualquiera de egoísmo podían cortarlo en pedazos. Una fiesta en la oficina de Neumáticos Acmé, algunos whiskys, un revolcón, y la vida de Wally Brown ya era otra, también la de Dottie, quizás hasta la de sus hijos ya adultos. Un tijeretazo aquí, y otro allá. Y todo deshecho.

Isabelle dijo:

—Tengo que contarte algo, Dottie.

Las dos mujeres se volvieron hacia ella, cautelosas, a la espera.

Isabelle quería llorar, como llora un enfermo, frustrado, simplemente cansado de sentirse mal durante tanto tiempo.

—Amy —empezó a decir. Pero no, no era eso.

Acarició con un dedo el brazo de la silla. Dottie había dejado caer la vista sobre el regazo; Bev seguía mirando a Isabelle.

—Cuando quedé embarazada de Amy tenía diecisiete años —dijo finalmente—. No estaba casada.

Dottie levantó la vista y la miró.

—Nunca he estado casada. Para empezar... —Tuvo que hacer una pausa. Sin

interés, se miró las manos, estrujándolas una contra otra y separándolas una y otra vez, y dijo casi demasiado fuerte—: Dottie, él estaba casado. Estaba casado y tenía tres hijos.

Isabelle miró muy seriamente a su amiga; en el rostro pálido y fatigado de Dottie había una expresión de sorpresa.

—Ojalá pudiera decirte que yo era una chica inocente —continuó Isabelle— que no sabía nada... de las cosas. Tal vez de algún modo lo era. No tenía experiencia, no había estado con nadie. Pero yo sabía qué estábamos haciendo. Y sabía que no estaba bien. Yo lo sabía, Dottie. —Isabelle miró al suelo—. Pero no me importó y lo hice, porque quería.

Nadie dijo nada durante un rato. Y, luego, Isabelle añadió, como si acabara de recordarlo:

—Era el mejor amigo de mi padre.

Fat Bev tomó aliento ruidosamente, recostándose en la silla, como si necesitara repartir su peso con más holgura para pensar.

—Vaya amigo —dijo.

Pero entonces Dottie se inclinó hacia delante y dijo en un susurro:

—Yo odio a Althea Tyson, Isabelle. No te odio a ti. Si eso es lo que te preocupa.

Era eso lo que de algún modo se temía Isabelle. Pero también algo más. Desde el día en que había llevado a casa a Dottie y se había sentado en su cocina, la perseguía el temor de que ella, Isabelle Goodrow, pudiera haberle causado a otra persona un dolor así.

Nunca antes se le había ocurrido.

No, en realidad. No había pensado demasiado en Evelyn Cunningham en todos aquellos años, o por lo menos no con compasión. En aquel momento lo encontraba insólito, inverosímil. ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo sin admitir lo que tal vez (sin duda) le había hecho a Evelyn Cunningham? ¿Cómo habían pasado los años, uno tras otro, sin que Evelyn Cunningham le pareciera más real que una foto en una revista?

Porque era una mujer real, de carne y hueso. Se levantaba a medianoche cuando los niños estaban enfermos, ponía la ropa sucia de su marido en la lavadora, preparaba comidas y cenas, y lavaba platos, y tenía que imaginarse, sin duda de noche, a su esposo abriéndose la bragueta para echársele encima a Isabelle Goodrow en un campo de patatas. Quizás había pensado en ello durante años. Su esposo había muerto, sus hijos habían crecido, y ella sabía todo el

tiempo que otra mujer estaba criando una hija del hombre que ella, Evelyn Cunningham, había amado, con el que había vivido día tras día durante años. ¿Cómo se habría sentido durante todo aquel tiempo?

—Sigue contándonos —dijo Dottie.

Pero Isabelle ya no quería decir nada más. ¿Qué palabras podía usar? Miró a Dottie, y luego a Bev, y se percató con sorpresa de que ambas la miraban con cordialidad.

—¿Amy lo sabe? —preguntó Bev, cuando se hizo evidente que Isabelle no iba a proseguir—. ¿Está enterada de algo?

Bev arqueó las cejas, se rascó la cabeza con un dedo rechoncho y se arrellanó otra vez en su silla.

Isabelle negó con la cabeza, exhausta, como si acabara de salir de una enfermedad, y sintió que no podría dar un paso si la casa empezaba a incendiarse. Los hombros le dolían, y el dolor se extendía a lo largo de sus brazos hasta las muñecas, hasta los nudillos; sus dedos yacían extendidos sobre su regazo.

—Si pudiera explicárselo... —vaciló, y las dos mujeres asintieron con la cabeza.

Sus padres eran gente de bien, empezó a decir, como hablando desde las profundidades de aquel dolor que le reseca la boca, de pronto deforme, ajena. No podía quejarse de su infancia. Quería enfatizar eso realmente, dijo, parpadeando de pronto entre lágrimas.

—Está bien —dijo Fat Bev amablemente—, sigue.

Sus padres eran trabajadores, e iban a la iglesia todos los domingos. Le habían enseñado qué estaba bien y qué estaba mal. Su madre era tímida, y no tenían muchos amigos, pero tenían algunos (Fat Bev la alentó con un gesto), como por ejemplo los Cunningham. Jake Cunningham, como había dicho, era el mejor amigo de su padre. Habían crecido juntos, en un pueblo llamado West Minot. Jake se había casado con Evelyn, que trabajaba en el hospital local. No era enfermera (tal vez sí, Isabelle no estaba segura de cuánto había estudiado) pero había seguido trabajando allí después de casarse y luego había renunciado y había tenido tres niños uno detrás de otro. Isabelle debía de rondar los diez años, o por ahí. A veces, los Cunningham iban en coche desde West Minot y aparecían por casa con sus tres hijos de la mano. Isabelle se preguntaba si su madre habría sentido envidia por no haber podido tener más hijos; no lo sabía; entonces no se lo había preguntado.

Los Cunningham se habían mudado a California. Jake se había hecho socio de una fábrica de tejas, y por lo visto le había ido bien. Isabelle, en realidad, no se acordaba. Recibían tarjetas en Navidades.

Luego, cuando ella tenía doce años, su padre había muerto («No me digas —murmuró Fat Bev—, no tenía ni idea»), sentado al volante mientras le llenaban el tanque una mañana en una estación de servicio. De niño, uno no entiende lo terribles que son las cosas, y tan sólo sigue viviendo, en medio del trauma inicial; el funeral había sido muy bonito, eso nunca lo olvidaría. Había ido mucha gente. Jake Cunningham había viajado desde California (Evelyn no había podido ir porque tenía que cuidar de los niños) y todo el mundo había sido muy amable con ella. Se había sentido especial, el día del funeral. Habían cantado «Gran amparo es el Señor», que todavía era su himno favorito, la letra la reconfortaba, pero se estaba yendo por las ramas; no había querido hablar tanto de su padre.

Y entonces. Respiró hondo. Entonces. Después del funeral, había empezado lo difícil. Al cabo de unos meses nadie había vuelto a llamar ni había vuelto a acordarse de ellas. («Sí —asintió Bev—, siempre es así, ¿no?».) Ella cuidaba de su madre, y su madre cuidaba de ella. Pero no salían mucho; a la iglesia, claro, y a visitar a sus primas, que vivían cerca por la carretera. Isabelle se esforzaba en la escuela y sacaba buenas notas. Quería ser maestra. Quería enseñar en primer grado, porque ése era el año en que los niños aprendían a leer, y con un buen maestro podían aprender más, ¿no? Su madre estaba orgullosa de ella. Ah, ella y su madre se querían tanto, dijo Isabelle alzando un poco la voz y parpadeando otra vez. La verdad, la triste verdad, era que en su memoria todos aquellos años se alargaban como una tediosa tarde de domingo, y no entendía por qué, puesto que habría dado cualquier cosa por estar de nuevo con su madre. No lo habría encontrado tedioso en absoluto.

Y aquella noche ella había roto la jarrita de porcelana Belleek de su madre, al tirarla sin querer de la encimera. («¿Qué dices, cariño? —Fat Bev se inclinó hacia delante—. ¿Que has roto qué cosa?».) Siempre había sentido que la jarrita era como una parte de su madre, que tenía muy bien guardada en el armario de la cocina, y ya no existía. Por sus mejillas, corrían las lágrimas.) Siempre había pensado que un día Amy tendría la jarrita en su propia casa, pero ya no existía.

—Vamos a pasar el papel higiénico —dijo Bev, estirando el brazo hacia Dottie, y Dottie obedeció y desenrolló una larga tira de papel para Isabelle.

Pero, en todo caso... Isabelle se sonó con fuerza, se secó los ojos. En todo

caso, había sacado buenas notas y había acabado por ser la primera del curso, y su madre estaba orgullosa. («No era para menos», dijo Dottie, generosamente, y le pasó otra tira de papel por si hacía falta.) Sólo había treinta y tres estudiantes en el curso, era una escuela pequeña.

—Eso no importa —dijo Bev con firmeza—. Todos sabemos lo lista que eres. Y deberías sentirte orgullosa.

A su madre le gustaba coser. Le había cosido un hermoso vestido de lino blanco para la ceremonia de graduación. Pero se estaba adelantando a la historia. Porque, seis semanas antes, un bonito día de mayo, recordaba la magnolia florecida junto al porche, las abejas que se estrellaban contra las rejillas de las ventanas, Jake Cunningham apareció de la nada. Había ido a la costa este en viaje de negocios y pasó a visitarlas, a ella y a su madre, y vaya, estaban encantadas de verlo. Pasa, pasa, dijo su madre. ¿Cómo están Evelyn y los niños? Bien, estaban todos bien. Jake Cunningham tenía los ojos grises, tan amables. Sonreía cada vez que ella lo miraba. Y reparó el tejado.

Fue al almacén de materiales, compró lo necesario, subió por una escalera al tejado y lo reparó. Era estupendo tener un hombre en casa.

Luego, mientras ella y su madre preparaban la cena, él esperó en la cocina con los brazos encima de la mesa, con aquellos brazos robustos, rizados de vello rubio. Y, al sacar unos panecillos del horno para ponerlos en una cesta, Isabelle descubrió que se sentía feliz. No se había dado cuenta hasta entonces de lo infeliz que había sido, y ya no se sentía infeliz, y pensaba que los ojos de Jake parecían un poco tristes, y que eran tan amables, pero tan amables. Y él aún sonreía cada vez que se miraban.

Su madre, cansada tras las emociones del día, se fue temprano a dormir. Isabelle y Jake se quedaron sentados en la sala. Jamás olvidaría aquellos momentos. Por aquella época del año, las tardes ya se hacían largas, y cuando su madre se fue a dormir apenas empezaba a oscurecer. «Podéis encender la lámpara», había dicho con inocencia al salir de la habitación.

Pero no la encendieron. Permanecieron sentados en el sofá, frente a frente, con los codos sobre el respaldo, hablando en voz baja, sonriendo, mirando al suelo, atisbando por la ventana, mientras caía sobre la habitación la tersa oscuridad de la primavera. Jake llevaba una camisa a rayas. No era un detalle importante, tal vez; pero no conseguía olvidarlo. Había luna llena, aquella noche, y, tras la ventana abierta de la sala, el cielo estaba envuelto en un resplandor difuso y mágico.



Y entonces.

Salieron a dar un paseo. Atravesaron el campo de patatas de los vecinos. Olía a tierra, a verde. La luna llena seguía baja, como si pesara demasiado para ascender a lo alto del cielo.

Ojalá pudiera decir que no sabía... pero no podía decirlo. Sabía que estaba mal hecho. Y ni siquiera le importaba: ésa era la cosa. Es decir, le importaba y no le importaba al mismo tiempo. ¡Se sentía tan feliz! ¡No le importaba cuál fuera el precio! Nunca se había sentido tan feliz.

A la noche siguiente salieron otra vez a pasear. Y, al final de todo, Jake le dio un beso en la frente y dijo que nadie debía enterarse nunca. Ella estaba enamorada. ¡Ay, Dios, cómo lo amaba! Quería decirle cuánto lo amaba, y había pensado decírselo por la mañana, pero por la mañana él ya se había ido.

El papel higiénico circuló, y las tres se sonaron la nariz.

No se lo contó a nadie. ¿A quién se lo iba a contar? Pero luego tuvo que pronunciar aquel discurso por ser la primera del curso, en medio del césped de la escuela, un caluroso día de junio, con el vestido de lino blanco puesto. Al llegar a casa vomitó, manchando el vestido entero, y lo echó a perder para siempre. Su madre pensó que eran los nervios, y no se enfadó a causa del vestido. Era muy buena su madre. Las mujeres le pasaron más papel higiénico.

Pero al día siguiente volvió a vomitar, y al siguiente, y, finalmente, le confesó a su madre el penoso asunto, y ambas lloraron tomadas de la mano en la sala. Al día siguiente por la tarde fueron a hablar con el pastor. Sentada en el sofá de cuadros del pastor, Isabelle vio una alfombra gris iluminada por el sol, que estaba notablemente sucia... ¿No eran curiosas las cosas que permanecían en el recuerdo? En medio de semejante situación, Isabelle se preguntó por qué nadie le había pasado la aspiradora a la alfombra del pastor. El pastor caminaba de un lado para el otro con las manos en los bolsillos de sus pantalones de hilo. Los caminos de Dios son misteriosos, había dicho, y se hará Su voluntad.

Su madre se había hecho cargo de la niña mientras Isabelle iba a la Facultad de Pedagogía en Gorham. Y también eso había sido raro, porque, si algún compañero le preguntaba después de clase si quería tomar un café, ella siempre decía que no y se apresuraba a volver a casa. En la facultad nadie sabía que tenía una niña.

—¿Jake Cunningham se enteró? —preguntó Bev.

—Eso —dijo Dottie, sentada totalmente derecha en el sofá—, ¿estaba enterado?

Estaba enterado. La madre de Isabelle lo llamó a California. Evelyn cogió el teléfono. Imagínate a Evelyn aquel día.

Pero, en realidad, ella nunca se lo había imaginado: ésa era la cosa. Imagínate, estar en tu cocina, pensando en qué hacer de cenar, revisando el refrigerador, cuando de pronto suena el teléfono. Un minuto antes, tenías una vida, y, al minuto siguiente, está en ruinas.

—Pero ¿qué dijo ese Jake? —preguntó Bev—. ¿Qué contestó ese sinvergüenza?

Lo sentía, claro. Cuánto lo sentía. Si hacía falta dinero, tenían que hacérselo saber. Pero por supuesto ellas no iban a aceptarle ningún dinero.

—Claro que no —dijo Dottie, que parecía ya despierta, lúcida, como si el sedante la hubiese reanimado en vez de sedarla.

—Chorradas —dijo Bev—. Yo habría aceptado hasta el último céntimo.

No. Era responsabilidad de Isabelle. Y de su madre, lo cual era injusto. Todo aquello era injusto con su madre, que no había hecho nada para merecérselo. («Bueno, la vida es injusta», comentó Dottie.) Pero, al siguiente enero, su madre murió. Una noche se fue a dormir con dolor de estómago, estaba mareada, según había dicho, y falleció de un ataque cardiaco durante el sueño. Isabelle creía que la había matado la preocupación.

—Hay gente con muchas más preocupaciones que llega a los cien años —le aseguró Fat Bev.

Así que ella abandonó la facultad. Le entró el pánico, eso era lo que había ocurrido. Tenía que cuidar del bebé, y realmente deseaba encontrar marido. Como no había maridos disponibles en su pequeño pueblo, vendió la casa de su madre y se mudó río abajo a Shirley Falls. Hasta el pastor le había dicho que no lo hiciera. Pero ella pensaba que tendría más oportunidades de encontrar marido en Shirley Falls.

Pero había sido un error. Estaba nerviosa y había comprado un anillo de bodas en los almacenes Woolworth's; lo había hecho sin pensar, pero había acabado llevando el anillo durante más de un año: cuando le hacían preguntas, decía que era viuda. (Dottie y Bev asintieron. Lo recordaban.) En verdad, había sido un error terrible mentir así. Pero, una vez dentro de una mentira, es difícil salir, aunque se quiera. (Dottie asintió esta vez más rápidamente.) De niña, había soñado con casarse y tener una bonita familia. A veces todavía la sorprendía que no hubiera ocurrido así.

Pero eso era todo.

Esa era su historia.

Se quedaron las tres pensativas, intercambiando miradas fugaces y asintiendo en dirección al suelo. Un coche que pasaba por la carretera 22 se oyó a lo lejos.

—Jake murió justo antes de que me mudara a Shirley Falls —añadió Isabelle, al cabo de un rato.

—No de otro ataque cardiaco, espero —dijo Fat Bev.

Isabelle le indicó que sí con la cabeza.

—En un campo de golf.

—Por el amor de Dios —dijo Dottie—, ¿no conoces a nadie que haya muerto atropellado por un coche? ¿O envenenado? ¿O ahogado?

Se miraron todas. Bev abrió más los ojos.

—Pero yo nunca pensé en Evelyn —continuó Isabelle, y le dedicó a Dottie una mirada de disculpa—. Yo nunca pensé en ella en realidad.

—Bien —dijo Fat Bev, encendiendo por fin un cigarrillo—; ahora lo que tienes que hacer es pensar en Amy.

Isabelle, al final, fue la única que no tomó v<sup>á</sup>lium aquella noche en su casa. En el último minuto, Bev decidió que habían ocurrido demasiadas cosas en una noche y que estaba demasiado confundida para conciliar el sueño por su cuenta, sobre todo en aquella salita diminuta, y, cuando Isabelle les deseó finalmente buenas noches con las mejillas coloradas, porque ambas le habían dado un beso, y dejó el frasco de pastillas al lado del sofá donde estaba sentada Dottie, Bev se tomó una. Luego, pensó que Dottie y ella hablarían un momento (susurrando, claro) acerca de lo que Isabelle acababa de contarles, pero cuando salió del servicio encontró a Dottie profundamente dormida, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Se había dormido sentada, de hecho, y ni siquiera entreabrió los ojos cuando Fat Bev la acomodó con delicadeza en el sofá, poniéndole la almohada bajo la cabeza y cubriéndola con el chal de punto.

Bev se tendió en medio de la sala, en el colchón que Isabelle había bajado del cuarto de Amy. Para su propia sorpresa, se encontró bastante a gusto. Al cabo de pocos minutos, creyó sentir el efecto adormecedor del v<sup>á</sup>lium; por Dios, qué suerte era no tener siempre a mano esas pastillas. Pero te daban indigestión. Quién se habría imaginado a Isabelle Goodrow. Era curioso. Después de tantos años, Wally Brown. Haciendo el idiota.

En el segundo piso, Isabelle yacía tendida al lado de Amy, escuchando su respiración. El olor a tabaco que ascendía desde la sala le recordaba las cenas de la iglesia a las que asistía de niña con sus padres; después de cenar en las mesas plegables del sótano de la iglesia, los hombres se reunían para fumar y hablaban de las cosechas y de tractores, mientras las mujeres servían el café en las grandes tazas de plata y ponían en las bandejas galletas y pasteles. Tras el entierro de su padre, las mismas mujeres habían llevado a casa fuentes de comida. Qué amables, pensó Isabelle. (¿Qué ruido era ése? Fat Bev roncando.) La amabilidad debía ser uno de los mayores dones de Dios: el hecho de que, en el fondo de su ser, tantas personas quisieran ser amables era verdaderamente obra de Dios. ¡Qué amables habían sido aquellas dos mujeres esa noche! Qué amable había sido el policía, y el médico por el teléfono, y el farmacéutico silencioso (apenas recordaba una figura grande enfundada en una bata blanca). Sí, qué amable podía ser la gente.

No se permitiría pensar en Avery, ni en su esposa Emma. No podría soportar la dolorosa aspereza de esos pensamientos. Pensaría en sus amigas, que estaban abajo, que habían llorado con ella al oír la historia de su amor por Jake Cunningham. Habían llorado con ella, y no dejaba de sorprenderse. Habían escuchado la historia de una vida de falsedad, que había perjudicado a otras personas, y le habían dado un beso de buenas noches lleno de bondad y de dulzura.

No, no se lo merecía. Después de todo, durante años, había guardado distancias con Bev y Dottie, creyéndose más, pensando que sus semejantes eran mujeres como Barbara Rawley y Peg Dunlap y Emma Clark. «¿Quién me he creído que soy? —se preguntaba, asombrada—. ¿Quién?».

Durmió un sueño ligero, pero apacible, como si no estuviera acostada sino flotando en el aire tibio, absorbiendo por una osmosis singular los restos del válium que recorrían los demás cuerpos dormidos bajo su techo. Varias veces, Amy se sacudió o dio una patada, o un grito, e Isabelle despertó con la sensación de haber estado dormida. «Aquí estoy», decía cada vez al tocar el brazo de su hija. «Aquí estoy, Amy. Todo va bien».

En cierto momento, abrió los ojos y ya era de día, porque la luz del alba entraba en la habitación. Amy estaba mirándola tendida sobre el costado, y sus ojos, grandes y lúcidos, tenían una expresión indescifrable. Era igual que cuando era niña e Isabelle se acostaba con ella en esa cama para hacerla dormir la siesta por la tarde. En aquel momento el cuerpo de Amy era más largo que el de

Isabelle, tenía espinillas en el mentón y en las aletas de la nariz, un grano inflamado se había abierto paso en lo alto de su barbilla. Pero sus ojos aún encerraban el enigma que solía intrigarla al verlos cuando la niña aún no tenía dos años. «Amy —quería decir Isabelle— ¿quién eres?». Pero, en cambio, dijo muy bajo:

—Duerme.

Y la niña se durmió. Cerró los ojos y entreabrió los labios, y cayó de nuevo dormida.

La sala parecía arrasada. Había un colchón cubierto a medias por una sábana en el suelo, una avalancha de mantas y de sábanas en el sofá, las almohadas rodaban por ahí, la lámpara tenía la pantalla torcida, un platito de colillas estaba a punto de resbalar encima del televisor, y la ceniza se había derramado en el suelo. Desde el extremo del sofá hasta la mesita del café, se extendía una larga tira de papel higiénico, y, sobre la mesita, un vaso de agua lleno hasta la mitad estaba manchando el acabado de caoba.

En el lavabo de la cocina, se oyó el ruido de la cisterna y luego la voz de Fat Bev, cantando: «Eres los donuts de ayer, cariño, y yo sigo mi camiiiiino...». La puerta del lavabo se abrió, y Bev saludó a Isabelle con un amplio movimiento del brazo, indicándole el desorden.

—Menuda fiesta la de anoche.

Isabelle asintió con la cabeza y quitó un paquete de cigarrillos de una silla antes de sentarse.

—Disculpa que hayamos hecho tanto desorden —dijo Dottie, sentada en el extremo del sofá, con las rodillas bajo la barbilla. El humo del cigarrillo le pasaba por la cara, y se dispersaba en una neblina gris camino del techo.

—¿Y Amy? ¿Se encuentra bien?

Fat Bev recogió una tira de papel higiénico y la enrolló en una bola antes de ponerla en la mesita del café.

—Ha dormido —Isabelle asintió—. Bajaré dentro de un minuto. Creo que ha tenido pesadillas.

—Pues claro. Dottie, ¿tú has tenido algún sueño?

Dottie negó con un movimiento desgano de la cabeza.

—Pero todo es una pesadilla. Todo parece una pesadilla.

Bev se sentó en el sofá y le tomó la mano.

—Tú tómatelo con calma, Dottie, paso a paso.

—Mi prima Cindy Ray —dijo Isabelle desde el sillón— decía que un elefante hay que comérselo de bocado en bocado.

Bev encendió un cigarrillo, con el de Dottie.

—Eso me gusta. De bocado en bocado.

A Isabelle le dolía la cabeza. Lo que fuera que la había resguardado de Avery Clark durante la noche ya no estaba allí. Avery Clark, una vez más, era de verdad: un hombre real, que vivía a la vuelta de la esquina, que junto con su esposa había olvidado ir a su casa. Vio su cara apacible en medio de la oficina, y la embargó una añoranza abismal; sintió que lo odiaba, también, al evocar su boca torcida, su larga delgadez («alto y malvado», pensó de pronto.) Estaba dolida.

Amy estaba en el umbral, con la cabeza baja, y observaba la habitación con cierto asombro vacilante.

Fat Bev no pudo reprimirse. Dijo:

—Amy Goodrow, ven aquí a darle un abrazo a esta gorda.

Pero la chica sólo la miró; su expresión no cambió.

—Venga —la instó Bev—. Hazlo por mí. Apuesto a que no me crees, pero te echo de menos. —Extendió los brazos, agitando las manos, y miró a Dottie en busca de apoyo—. ¿No es así, Dot? ¿No te digo cada día, Dottie, me alegra que estés de vuelta, pero esa pequeña Amy Goodrow era un amor?

—Es verdad —corroboró Dottie.

La chica sonrió, con una sonrisa tímida, que tiraba cohibida de sus labios.

—Venga, entonces.

Se acercó a Fat Bev y se encorvó torpemente mientras Fat Bev la estrujaba con sus brazos grandes y blandos. Isabelle se crispó por dentro en el sillón, a causa de la torpeza de su hija, pero sobre todo porque le había oído el aliento en la cama y sabía que aquella mañana Amy tenía un aliento fatal: un tufo anómalo, penetrante, acre, en el que se acumulaban los terrores de la noche.

—Gracias —dijo Bev, soltando finalmente a Amy—. Mis hijas creen que ya son demasiado mayores para abrazos —era mentira— y todavía me faltan algunos años para tener nietos. O espero que me falten, por Dios. Me da miedo que Roxie se case con el primer tonto que aparezca.

—No —dijo Dottie—, Roxanne tiene cabeza. —Apartó el manto de punto, para que Amy se sentara en el sofá—. Apuesto a que estás preguntándote por

qué tu casa está llena de gente esta mañana —añadió con tono de disculpa—. Tengo algunos problemas en casa, y tu madre nos dejó hacer anoche una fiesta de pijamas aquí.

Amy asintió con la cabeza, vacilante. Cuando había despertado por segunda vez, su madre le había contado en un susurro el drama de Dottie. En medio de sus quebradizas angustias, Amy se había sentido reconfortada al saber que no era la única persona en el mundo que tenía el corazón magullado, roto, hecho pedazos.

—Tu madre ha sido muy amable —coincidió Bev, rescatando una almohada del suelo.

—No —dijo Isabelle—. En realidad, vosotras dos habéis sido muy amables conmigo.

La amabilidad había visitado aquella habitación de mujeres destrozadas, sí, y todavía estaba ahí, pero también perduraban entre ellas secretos que tendrían que sobrellevar a solas. Para Amy, se trataba de las palabras inconcebibles de Mr. Robertson: «No sé quién es usted». Isabelle debía desalojar a Avery Clark de una posición que nadie, ni él mismo, había sabido que ocupaba en su corazón. Ni siquiera Dottie había compartido todos los detalles de su pena con Fat Bev (imaginaba una y otra vez la vagina de Althea, bajo las caricias de ciertos dedos, el túnel húmedo y oscuro que conducía a sus entrañas en vez de acabar en un tajo de carnicero y una costura, como ocurría dentro de su cuerpo). Y Fat Bev ahogaba también bajo un manto de pavor íntimas preocupaciones que ni siquiera podía convertir en palabras.

Pero ¿qué podían hacer? Seguir adelante, nada más. La gente seguía adelante, y había seguido adelante durante milenios. Uno aceptaba los dones de la amabilidad, dejaba que lo calaran hasta el fondo, y con el resto seguía viviendo, cargaba con las heridas que permanecían en tinieblas a sabiendas de que con el tiempo se volverían casi soportables. Dottie, Bev, Isabelle, lo sabían a su manera. Pero Amy era demasiado joven. Aún no sabía qué podía y qué no podía soportar y, como una niña aturdida, se aferraba a las tres madres que había en la habitación.

—Te hemos destrozado la sala —le dijo Fat Bev a Isabelle—. Así que igual podemos hacer unas crepes y destrozarte la cocina.

—Pues destrozadla —dijo Isabelle—. No tiene importancia.

Y no la tenía. En la cama, al lado de Amy, bajo el sol radiante que se colaba por entre las persianas, Isabelle había sentido aquella mañana que algo dentro de

ella empezaba a ceder, a renunciar, a desatarse... ¿cómo decirlo? Para empezar, le había descrito la situación de Dottie a Amy con una franqueza de la que antes habría sido incapaz, en vez de andarse por las ramas (no se trataba de «problemas personales»), hablándole de Wally Brown y de Althea Tyson. Y debería hablarle también de lavarse los dientes, pensó, mirando a la niña arrinconada en el extremo del sofá; pero no dijo nada. La mañana le había deparado un insólito aliento de libertad, en cuanto había comprendido que no haría la cama aquel día ni tampoco iría a la iglesia. Y al siguiente tampoco iría a trabajar. Llamaría a Avery Clark y le diría que necesitaba una semana de vacaciones porque Amy no se encontraba bien. Le debían bastante tiempo de vacaciones, así que no habría problema. ¿Y si Avery no la creía y asumía que le daba vergüenza verlo porque había olvidado ir a su casa? ¿Si pensaba que estaba enfadada?

No le importaba. No le importaba lo que pensara.

Y no le importaba que su casa estuviera en desorden, que una mancha de agua estuviese formándose en la mesita de caoba. No, no tenía importancia.

—Yo debería ir a misa —le decía Dottie a Amy, que no tenía ni idea de lo que podría decir y por lo tanto sólo sonreía con timidez desde el extremo del sofá.

—Me parece que Dios preferiría que te comieras una crepe —vociferó Fat Bev desde la cocina, e Isabelle sintió un deseo intenso y repentino de hacerse católica.

Si fuera católica, podría arrodillarse, arrodillarse con la cabeza baja, bajo los rayos dorados de los resplandecientes vitrales de la iglesia. Sí, sí, se arrodillaría, extendería los brazos, abrazando a Amy y a Dottie y a Bev. «Por favor, Dios», pediría. (¿Y qué le pediría?) Le pediría: «Dios mío, por favor. Ayúdanos a ser compasivos con nosotros mismos».

—A mí las crepes me gustan delgadas y quemadas —dijo Bev—. Hay que aporrearlas con la espumadera.

Con el olor a café y a crepes quemadas, la mañana se puso en marcha y empezó a cojear camino de otro día, a pesar de la presencia silenciosa de la muerte: todavía estaba allí el espectro de aquel cuerpo de niña metido dentro del maletero, la casa vacía que aguardaba a que Dottie Brown diera inicio a su repentina y no del todo impoluta viudez, la viudez que, tan íntimamente, también aguardaba a Isabelle, pues, ¿qué sería de ella sin Avery Clark en el centro de su vida? Y todavía estaba allí Amy, sentada en el extremo del sofá, sin poder



comerse la crepe que le había servido Bev.

Isabelle vio el gesto abrumado que confundía el rostro radiante de su hija. Una vez más, se preguntó qué había estado haciendo Amy de paseo con un chico en el bosque, cuántas caras tendría realmente su dolor. Y comprendió que lo sabría tan sólo con el tiempo, si llegaba a saberlo alguna vez.

De bocado en bocado.

Sí, llevaría tiempo. Todo llevaría tiempo. Lo comprendió, de pie en el porche, mientras decía adiós con la mano y Bev y Dottie daban marcha atrás. Le llevaría tiempo reconstruir su vida sin Avery Clark. Ya podía sentir el tirón de la costumbre, tentándola al cabo de tantos años: ¿qué se pondría al día siguiente para ir a trabajar? Pero no. No iría a trabajar, al menos durante algún tiempo. No. El había olvidado ir a su casa a tomar el postre. Después de todo, ella le había importado muy poco, nada tal vez.

Por momentos, tenía aún esa sensación de libertad, de lúcida serenidad. Y ahí estaba Amy, el deseo de tenerla a su lado, de cuidar de su hija. A la niña, por ejemplo, podía venirle bien un baño.

—¿Y si te das un baño? —dijo, y Amy se encogió de hombros y luego negó con la cabeza. De qué podía servirle darse un baño.

—Está bien —dijo Isabelle—. Pero de aquí a un rato sí. Un baño te ayudará a sentirte mejor. —Abrió la puerta de atrás y la puerta de la cocina para ventilar la casa y se sentó junto a Amy en el sofá—. Hoy no vamos a ir a la iglesia —dijo.

Amy asintió.

Los pájaros cantaban en los árboles de atrás.

Hacía un día suave, casi de otoño. A través de las ventanas de la iglesia congregacionista, la luz del sol caía suavemente sobre la alfombra escarlata y el respaldo de los bancos blancos. Soplaba una leve brisa, que estremecía al pasar las hojas de los olmos, y las sombras de las hojas danzaban a contraluz en el altar y en las paredes de la iglesia. De pie y en voz baja, la congregación cantó al unísono «Alabado sea Dios, Suyas son las bendiciones», en medio de las notas del órgano, que retumbaban plenas en el balcón del coro. «Alabado sea por todas las criaturas». Los ujieres de enormes zapatos y traje gris colocaron los platillos de la colecta en la mesa de delante, y, retocándose las corbatas, serios y adustos

(Avery Clark estaba entre ellos), retornaron a sus puestos. «Alabados sean el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aaaa-mén». Los feligreses tomaron asiento, entre golpes contra los respaldos, un breviario resbaló al suelo, y alguien abrió el bolso, lo cerró, se sonó la nariz. Emma Clark, furiosa con su esposo, fingía escuchar las Escrituras y se preguntaba si Isabelle Goodrow estaría sentada a su espalda, soportando la afrenta con aire de superioridad moral.

En los escalones que llevaban al altar, había tiestos de crisantemos blancos y carmesíes. El reverendo levantó el brazo dentro de su holgada túnica negra y pasó una página de la enorme Biblia que había en el púlpito. «Y Jesús se levantó y dijo: El que esté libre de culpa...». En el fondo de la iglesia olía a mosto porque era domingo de comunión, y, junto a los platos de trocitos cuadrados de pan, aguardaban las bandejas redondas llenas de minúsculos vasos de mosto. Timmy Thompson cerró los ojos, hasta que un borborigmo de su mujer lo despertó.

El órgano volvió a tocar, el pastor retrocedió e inclinó la cabeza, y, por encima del púlpito, Miriam Langley, la directora del coro, con túnica negra, avanzó con la carpeta negra de las partituras y se balanceó levemente ante la congregación, con el rostro pequeño y ordinario imbuido de piadoso sufrimiento, antes de comenzar su solo. Peg Dunlap, sentada al lado de su marido, evocó el rostro de Gerald Burrows hundido entre sus piernas, sintió la correspondiente tibieza y clavó los ojos en un tiesto de crisantemos blancos.

El sol parpadeaba sobre el púlpito, se apagaba a lo lejos el ruido de la calle Mayor, Miriam Langley alargaba entre balanceos los últimos *amén*. En el balcón, se oyó una tos ahogada, alguien desenvolvió un caramelo y el órgano tronó de nuevo jubiloso, como si el organista se alegrase de que hubiera terminado el solo de Miriam. El pastor retornó al púlpito para pronunciar el sermón (*La uva amarga*, rezaba el título en el programa) y los feligreses se revolvieron en sus puestos entre suspiros, acomodándose para la larga recta final.

Un niño empezó a llorar, y su padre se lo llevó, sin lamentar demasiado que el sermón procediera mientras estaba sentado dentro del coche en el soleado aparcamiento. Clara Wilcox, que había ido al servicio por la mañana, arreglaba entre tanto la sala de actividades para la siguiente hora del café, evitando mirar a Barbara Rawley, porque Barbara se metía en la boca un donut tras otro sin ninguna vergüenza. La gran jarra de café centelleó bajo el sol de la ventana, y luego la recogieron para guardarla en el cuarto de atrás.

Dentro de la iglesia, el pastor concluyó el sermón (más breve que de

costumbre, para dar tiempo a la comunión), y los ujieres se levantaron otra vez para pasar las bandejas con el pan y el vino. El pastor pasó otra vez las páginas enormes de la Biblia: «El que coma de mi cuerpo me recordará...». Los feligreses se pusieron de pie para el último himno, aliviados porque el final ya estaba a la vista, y, por fin, desde el fondo de la iglesia, el pastor levantó la mano para bendecir a su congregación (solemne, con su túnica negra, con los ojos cerrados y bendiciendo a todos, así lo veían los que estaban mirando): «Que las palabras de nuestras bocas y los sentimientos de nuestro corazón sean siempre gratos a tus ojos, oh Señor», y justo en ese momento, en su sala diminuta impregnada de tabaco, Isabelle Goodrow acabó de contarle a Amy la historia de Jake y de Evelyn Cunningham, y de los tres hijos que habían criado en California, y añadió finalmente en un susurro que había hecho mal en no contárselo antes.

Amy miró a su madre con intensidad, y miró luego el sofá, la ventana, la silla; sus ojos se deslizaron más y más rápido por la habitación durante un largo silencio, antes de regresar a Isabelle.

—Mamá —dijo finalmente, y su boca, sus ojos, todo su rostro se dilató lleno de comprensión—, mamá, tengo familia allí.

## *Veinticinco*

El martes después del Día del Trabajo, hacía fresco, incluso frío. En la oficina, las mujeres trabajaban en silencio, tirando de los bordes de sus rebecas. Después de comer, se quedaron un rato frente a sus vasos de café o de té, acariciando ociosamente los envoltorios de sus almuerzos. Leonora Snibbens, guapa y madura dentro de su jersey de cuello de tortuga, le preguntó a Rosie Tanguay con qué condimentaba el cocido de carne.

—Con sal y pimienta —dijo Rosie—. Sal y pimienta, nada más.

Leonora asintió con la cabeza, aunque en realidad le daba igual; la pregunta marcaba el final de una contienda. Así lo entendieron todas. Todas, por cierto, ansiaban algo de paz en la oficina, desde que Dottie Brown había hecho saber discretamente que tras veintiocho años de matrimonio su marido la había dejado por una mujer más joven y que no quería discutir el tema. Las mujeres lo aceptaron con respeto. Si deseaban comentar el asunto, se llamaban a casa por la noche, pero durante el día trabajaban en silencio. El drama de Dottie hacía que agradecieran las bendiciones que les deparaban sus vidas.

El escritorio de Isabelle Goodrow permanecía solo y ordenado, con la silla arribaba debajo. Por lo que se sabía, estaba tomándose unas vacaciones. Alguien mencionó que un par de adolescentes, en Hennecock, habían hallado en el maletero de un coche el cadáver de aquella niña, Debby Kay Dorne, pero Dottie Brown y Fat Bev evitaron mirarse.

—Ojalá encuentren al culpable y lo metan en la cárcel —dijo Rosie Tanguay, negando con la cabeza.

—Que lo cuelguen de las uñas de los pies —dijo Arlene Tucker.

—¿No pueden identificar las huellas digitales? —preguntó Rosie, tirando del hilo de la bolsita de su té—. ¿Investigar la matrícula del coche?

—Las huellas digitales no duran tantos meses —dijo Fat Bev—. Y todavía

menos a la intemperie. Y el coche es de un granjero que es dueño de esos campos desde hace años. Elvin Merrick, se llama. Parece que siempre tiene algún coche tirado por ahí. Dicen que parte de su finca es prácticamente un basurero.

—Le han multado por eso. ¿Lo has visto en el diario?

Bev asintió.

—Pero van a encontrar al culpable —dijo—. Hoy en día, pueden rastrear una hebra de hilo hasta dar con una alfombra en la otra punta del país.

—Los adelantos de hoy en día son increíbles —confirmó Dottie Brown.

Pero, de hecho, el caso nunca sería resuelto; nadie sabría nunca quién había matado a Debby Kay Dorne.

—¿Os acordáis de cuando Timmy Thompson encontró un cadáver en su establo? —preguntó Arlene Tucker—. Ya hace veinte años, por lo menos.

Casi ninguna se acordaba. Pero todas recordaban la vez que habían asaltado el banco, hacía ocho, no, siete años, que se cumplían en noviembre. Patty Valentine había pasado varias horas atada y amordazada dentro de la caja fuerte. Después, se había puesto a enseñar el catecismo los domingos. Todos los años le contaba a un nuevo grupo de niños de siete años que la habían atado y le habían apuntado a la cara con un arma, y que ella había rezado dentro de la caja fuerte y había conseguido salir gracias a sus oraciones. Luego, les pedía a los niños que dibujasen unas manos rezando. Cierta año, una niña tuvo pesadillas al volver a casa, el padre fue a quejarse al reverendo Barnes, y el reverendo fue a hablar con Patty, y, en algún momento, Patty le dijo al reverendo Barnes que se fuera «a tomar por el c...», y ya no siguió enseñando el catecismo.

—Esa parte me cuesta creerla —dijo Rosie Tanguay—. Nadie le habla así a un pastor.

—Pero es que Patty está loca —dijo Arlene, supuestamente informada de primera mano porque la madre de la niña era amiga suya.

—La esposa del reverendo Barnes también está un poco chiflada —dijo una de las mujeres, y las demás asintieron—. Cada año la misma canción con la recolecta de ropa usada, para que las señoras ricas de Oyster Town le regalen ropa a la Iglesia episcopal. Y a la semana siguiente Mrs. Barnes sale a pasear con lo mejor puesto.

—O con lo que es de su talla —dijo Leonora Snibbens.

Todo el mundo estaba enterado, no eran noticias de interés. Los tejemanejes de la Iglesia episcopal parecían bastante remotos en la oficina, y en general en

Shirley Falls, donde los católicos y los congregacionistas manejaban el cotarro. (Sin embargo, veinte años después, la hija del reverendo Barnes lo acusaría de haberle hecho en la infancia cosas inconfesables, desatando una avalancha de chismes que reduciría la asistencia a la iglesia episcopal y acabaría con la jubilación prematura del reverendo.) Nadie se molestó, en fin, cuando sonó el timbre para volver a trabajar.

En el extremo de la oficina, Fat Bev trabajaba en silencio, echándole miradas a Dottie, presta a murmurar una palabra de aliento cuando las lágrimas le asomaran a los ojos.

—Tú aguanta, Dot —le decía en aquel momento—. Ya pasará. Dale tiempo al tiempo.

Dottie sonrió.

—Como comerse un elefante, ya —dijo—. Pero te aseguro que con éste me estoy indigestando.

—Y no es para menos —dijo Fat Bev, solidaria—. Vamos a llamar a Isabelle. A ver en qué anda hoy.

Pero Isabelle no estaba en casa. Había llevado a Amy a arreglarse el pelo.

—Un corte —estaba diciéndole a la peluquera en el Salón de Belleza de Ansonia—; es para darle un poquito de forma.

La mujer asintió en silencio y condujo a Amy a la trastienda para lavarle la cabeza. Isabelle se sentó a hojear las revistas. Al cabo de dos días, Amy volvería a la escuela; cuando salieran de la peluquería, irían juntas a comprarle ropa nueva. Con una revista abierta en el regazo, Isabelle miró a los transeúntes que pasaban detrás de la ventana. Nunca se acostumbraría a estar en la calle en un día laborable, ni dejaría de sorprenderla todo lo que ocurría cada día fuera de la oficina: había gente entrando y saliendo del banco, cerrándose la chaqueta a causa del frío; dos mujeres empujaban dos cochecitos por la acera; un hombre se sacó un papel del bolsillo y lo leyó antes de echar a andar otra vez. ¿Adonde iban todos? ¿Cómo eran sus vidas?

Amy, envuelta en una capa de plástico, permanecía con la mirada fija en el espejo mientras la peluquera tijereteaba. Mojado, su pelo parecía corto, más oscuro. Pero cuando el secador empezó a zumbiar, el pelo se le esponjó en forma de casco por debajo de las orejas y reaparecieron las vetas rubias y doradas. Isabelle advirtió con gratitud el placer que asomaba a su rostro. El nuevo peinado la hacía parecer mayor; asombrosamente, la cara de niña había desaparecido.

—Ahora —dijo la peluquera, contenta con el resultado—, un poquito de maquillaje.

—Sí, adelante —dijo Isabelle desde la silla, al notar las reticencias de Amy, que seguramente temía no contar con su aprobación.

Asintió otra vez, sonriendo, y volvió a mirar por la ventana. Qué horror, pensar que era una madre represiva. Qué horror, imaginárselo... ¿Había intimidado siempre a Amy? ¿Por eso la niña andaba siempre asustada y agachando la cabeza? Se quedó perpleja. Era increíble, hacerle daño a una niña sin darse cuenta, justo cuando uno creía que estaba siendo cuidadoso, concienzudo. Era terrible. Aún peor que el hecho de que Avery Clark hubiese olvidado la invitación. La niña había crecido asustada. Y era un disparate, una incoherencia todo, pensó Isabelle, al mirar de nuevo a su hija, «Yo he vivido asustada de ti».

Ah, qué triste. No tenía por qué ser así. Su propia madre también había vivido asustada. (Isabelle meció el pie frenéticamente, dando exiguas pataditas.) Ni siquiera todo el amor del mundo podía remediar la espantosa verdad: los hijos aprendían de los padres.

Isabelle dejó la revista en el revistero. «Querida Evelyn —empezó a redactar mentalmente—. Han pasado muchos años, y confío en que te encuentres bien cuando recibas esta carta. Disculpa que una vez más irrumpa en tu vida...».

Levantó la vista, y se encontró asombrada ante una joven alta y desconocida. Parpadeó, una, dos veces.

—Ya, mamá —dijo Amy—. Ya estoy lista.

Caminaron calle abajo, inseguras, sin saber cómo tratarse. El viento fresco del río levantó un instante la falda a Isabelle delante del escaparate de una tienda de zapatos.

—Son caros —dijo Amy, cuando su madre le señaló un par.

—No pasa nada —respondió Isabelle—. Pruébatelos al menos.

La tienda, alfombrada y vacía, estaba silenciosa como una iglesia. El dependiente hizo una leve inclinación y desapareció en busca del número de Amy.

—Pero ¿crees que les ha hablado de mí? —susurró por fin Amy, sentada al lado de Isabelle—. Ya sé que no lo sabes, pero ¿crees que les ha hablado?

Así que era eso lo que ocupaba sus pensamientos. Los hijos de Jake Cunningham.

—Cariño, no lo sé. —Isabelle se sintió obligada a susurrar también—. Yo era

una niña la última vez que vi a Evelyn. No la conozco lo suficiente para decirte qué podría hacer. En realidad, no sé nada sobre ella.

—Pero ¿le vas a escribir?

—Sí, pronto. —Y luego, cuando ya volvía el vendedor—: Esta noche.

El hombre se arrodilló delante de Amy para calzarle los zapatos. Cuando se los llevó dentro de la caja a la registradora, Amy preguntó:

—¿La chica se llamaba Callie?

—Creo que se llamaba Catherine, y la llamaban Callie. —Callie Cunningham —dijo Amy, pasándose la mano por su nuevo peinado—. Vaya, qué bien suena.

Isabelle reescribió varias veces la carta aquella noche y la echó al correo al día siguiente. Después sólo quedaba esperar. Era terrible esperar una carta, día tras día, que cada jornada transcurriera entre las esperanzas de la mañana y la bruma de desilusión de la tarde. Cada día, a la misma hora, la desilusión volvía a abrir la misma herida. De vuelta de la escuela, Amy se detenía a la entrada de casa y el buzón arrojaba tan sólo una factura o dos, algún recordatorio de que el dentista esperaba a Isabelle para una limpieza. Qué lúgubre parecía el mundo, cuando no ofrecía más que la promesa de ganarse un juego de maletas si uno participaba en un sorteo. Y qué extraño resultaba aquel rechazo, aquella silenciosa vacuidad, la llegada repetida de un silencio, de una «nada», en medio del fragor de las cábalas. Tal vez, Evelyn Cunningham ya no vivía allí. (Pero habrían devuelto la carta: la dirección de Isabelle estaba en el remite.) Tal vez, la carta se había perdido en una oficina de Correos, o en la calle, o estaba cubriéndose de polvo debajo de una escalera en California.

No volvieron a mencionarla después de un tiempo.

Llovió mucho aquel otoño. Eran lluvias copiosas, rigurosas, pertinaces, que compensaban a toda prisa el largo interludio de aquel verano embrutecedor. El río, que volvía a ser inmenso, se arremolinaba y restallaba y tronaba entre los bloques de granito, y se precipitaba oscuro y embarrado por debajo del puente. Daban ganas de pararse a mirarlo pasar, y, a veces, por la mañana, después de un aguacero, se veía a algún transeúnte acodado en la baranda de la acera del puente, mirando hacia abajo, como hipnotizado por el poderío del torrente.

De camino hacia la fábrica, Isabelle se preguntaba a veces si la persona



estaría pensando en saltar. Sabía que era bastante improbable (sólo una vez había saltado alguien desde que se había mudado a Shirley Falls, un pobre borracho, de madrugada), pero se quedaba mirando por el retrovisor, porque no acababa de liberarse del hábito de aguardar un desastre, ni lo conseguiría jamás del todo. No. Isabelle seguía siendo Isabelle.

Y por supuesto también era otra. Y tenía que serlo. Ya había personas en Shirley Falls (Bev, Dottie, Amy) que sabían que nunca había estado casada, que se había quedado embarazada a los diecisiete años del mejor amigo de su padre. Era como quitarse una prenda de ropa íntima ennegrecida, adherida durante años a la piel: se sentía desnuda, pero limpia. Tanto Bev como Dottie, y también Amy, habían dicho que no se lo contarían a nadie, pero ella apenas había contestado: «Eso ya es asunto vuestro». No quería imponerles la carga de un secreto; se preguntaba a quién podrían contárselo, si de hecho lo contaban. Al cabo de años de ocultar aquella vergüenza, le importaba sorprendentemente poco que la gente se enterara. En parte, porque ni Dottie ni Bev, ni siquiera Amy, la habían censurado como había previsto, pero, sobre todo, porque tenía otras cosas en qué pensar.

Pensaba en Amy. Y le dolía el corazón. Sentía un dolor agudo, terrible, cuando advertía la muda ansiedad de sus miradas. Después de dar tumbos todo el verano a causa de la traición de su hija, se adentraba en los días cortos del otoño turbada por la idea de que Amy se había salvado de milagro de un peligro muy grave, de que, antes que «traicionarla», había estado muy cerca de ser la víctima de la traición. El recuerdo de la tarde en que le había cortado el pelo a su hija redoblaba su desolación: así había sido y no tenía vuelta atrás, y la crudeza del hecho era lo más agobiante de todo. «Nuestros actos tienen consecuencias», pensaba, una y otra vez, como si sólo entonces, de mayor, se hubiera dado cuenta.

Pero, en ocasiones, Amy tenía el rostro despejado, la mirada firme y el peinado nuevo combado en torno a la barbilla, e Isabelle alcanzaba a entrever cómo podía llegar a ser en el futuro, como tal vez ya era, y se sentía reconfortada, serena.

Desde luego, estaba también Avery Clark, y la situación era peculiar. Avery nunca había mencionado su olvido de aquella noche, e Isabelle no tenía ni idea de si recordaba la invitación. Pero, al final de septiembre, Avery estuvo en cama con un resfriado y, cuando volvió a trabajar, Isabelle le llevó una cesta de naranjas.

—Vaya —dijo Avery, cuando ella le puso la cesta en el escritorio—. Qué amabilidad.

Tenía la nariz despellejada y muy roja.

—Pensé que podía venirte bien la vitamina C —dijo Isabelle.

—Desde luego que sí —confirmó él.

Isabelle no pudo adivinar si se sentía incómodo. Pero había sentido la necesidad de hacerle ese regalo. De algún modo, a través de aquel gesto, un embrollo se aclaraba, algo quedaba en limpio por el hecho de que hubiera sido capaz de regalarle las naranjas.

—Tienen buen color —añadió; y era verdad: le había encantado el color de la piel firme, viva, de las pequeñas esferas.

—Claro que sí —dijo Avery—. Qué amable. Gracias, Isabelle.

¿Quién era aquel hombre, después de todo? Una silueta alargada, que revolvía papeles de pie ante un escritorio. Cuando miró sus ojos, le parecieron acuosos, pequeños, viejos. Trataba de imaginar qué le gustaría de cenar, qué tipo de calzoncillos usaría...Y ya no podía.

Pero, a veces, en mitad de la noche, la embargaba la añoranza, y Avery volvía a ser lo que había sido antes: alguien importante, amable, alguien a quien amar.

Había querido amar a alguien; sentía en su vida una carencia esencial y sabía que si de repente Avery le daba pie, si se inclinaba a su lado y le susurraba al oído una confesión largamente reprimida, mirándola con aquellos ojos acuosos llenos de deseo, ella respondería en el acto. Pero Avery Clark no la alentaba, y, en la oficina (o en la iglesia), flotaba entre los dos un aire estanco, vacuo, desabrido.

Un par de veces, sin embargo, se había sentido libre sentada ante su máquina de escribir. Libre, no había otro modo de decirlo. Como el aire después de una tormenta eléctrica, como si de repente se hubiera curado de una jaqueca. Semejante sensación de claridad la cogía por sorpresa. ¡Qué distinto era que la vida no fuera opresiva! Qué distinto no sentirse amedrentada por Barbara Rawley en la ferretería. («Hola, Barbara», le había dicho al pasar.) No sentir que cada pequeña cosa era una carga. Por ejemplo, la begonia encima de su escritorio. Ya no iba a secarse ni a morir por falta de cuidados, porque era una cosa bonita, una pequeña planta llena de retoños. Desde que quería a Dottie y a Bev, y sentía un tierno afecto por el resto de las mujeres, la oficina se había llenado de calor humano, ya no era un lugar estéril.

Se marcharía. Lo comprendía en aquellos momentos lúcidos, comprendía que el cariño que sentía por quienes la rodeaban nacía en parte de un progresivo alejamiento.

Aún no sabía qué haría, ni cuándo abandonaría aquella oficina en la que había estado sentada durante quince años. Pero sabía que tenía que marcharse antes de que la rutina le confiriese otra vez importancia a su escritorio, y a su trabajo, y al comedor, y a Avery Clark. Un día tendría que levantarse y salir de allí, y lo sabía, pero entre tanto entraba y salía de la pecera con las cartas que Avery Clark tenía que firmar, con sus piernas ceñidas por las medias, sintiendo la leve elevación de sus tacones negros repicando en los suelos de madera, la sensación elemental, sosegada, de que todo estaba en su lugar.

Y luego todo se desvanecía, y empezaba a preocuparse de nuevo por Amy, a preguntarse por qué Evelyn Cunningham nunca había contestado su carta, a añorar, de nuevo, a Avery Clark. Pensaba en rezar, porque no había rezado hacía tiempo, desde cuando se tendía en la cama a comienzos del verano a pedir la guía y el amor de Dios. Ya no podía hacerlo. Entonces se había sentido falsa, pero no sabía qué más hacer. Así que después no hacía nada. No se había apartado de Dios (no, no), ni pensaba que Dios la hubiera abandonado (no...), pero era consciente de que un desconcierto vasto, fundamental, una profunda ignorancia, convivía en su interior con todos sus otros sentimientos. Y lo aceptaba.

En la escuela, el peinado nuevo de Amy, su cara más angulosa, la determinación con que se movía por los pasillos despertaron un interés inesperado. La invitaron a una fiesta e Isabelle la dejó ir.

—Las fiestas apestan —le advirtió Stacy, chupando un cigarrillo en su refugio del bosque—. Y no creo que vaya. Probablemente Josh y yo iremos a pasar el rato esa noche en su casa.

¿Y qué quería decir eso?, se preguntó Amy, recordando el libro sobre sexo que Josh le había comprado a Stacy en verano. ¿Qué hacías cuando pasabas el rato en casa de tu novio?

La fiesta se celebraba en casa de un chico cuyos padres estaban en Boston el fin de semana. Y le pareció un horror. Había gente tumbada en los sofás, en las camas y en el suelo, bebiendo cerveza con expresión irónica, casi de aburrimiento. Después de coger una cerveza que alguien le ofreció, Amy recorrió las habitaciones llenas de humo fingiendo que buscaba el cuarto de baño. Lo más sorprendente era que tanta gente estuviera besándose por ahí, no

con los novios con los que andaban por los pasillos de la escuela, sino en parejas aleatorias de cualquiera con cualquier otro. Al salir al jardín, vio a Sally Pringle, la hija del diácono, besando con lengua a Alan Stewart, con una botella de alguna bebida fuerte asomando por el bolsillo de la chaqueta de piel. Más lejos, al final del jardín, había otras parejas, algunas tendidas en la hierba, y los chicos se movían encima de las chicas como solía moverse Mr. Robertson en el bosque. ¡Pero lo suyo había sido amor! Y aquello, ¿era amor? Vio a Alan Stewart, que empujaba a Sally Pringle contra el muro, y a Sally enroscándole la pierna alrededor de la cintura. No podía ser amor andar manoseándose como desesperados delante de todo el mundo.

Cuando volvió a la cocina encontró a Karen Keane abotonándose la blusa con el pelo revuelto y las mejillas encendidas, y Karen le dijo con una risita gutural:

—Adivina quién acaba de hacer el sesenta y nueve tres veces seguidas.

Amy llamó a Paul Bellows, y Paul acudió enseguida y la llevo a casa.

¡Ah, Shirley Falls! La noche caía más temprano, otra estación se marchaba, un verano más quedaba atrás; nada duraba para siempre, nada. La pobre Peg Dunlap, apresurándose por la acera al encuentro de su amante, de prisa, de prisa, pensaba en su hija de diez años, que tenía los huesos grandes y había abandonado el grupo de boy scouts porque no tenía amigas, pensaba en su hijo de nueve, que tenía amigos pero que suspendía sin falta cada examen de matemáticas, y en su esposo, que decía que eran niños normales, que había que dejarlos en paz. Se apresuraba, se daba prisa, como si no le quedara más consuelo que estrujar su desnudez contra otro cuerpo. ¿Por qué, se preguntaba Peg Dunlap, apresurándose por la acera, tenía que ser tan difícil el amor?

Y el amor era difícil. Barbara Rawley creía a su marido cuando decía que no le molestaba la cicatriz que empezaba en su axila y atravesaba su tórax aplanado; ¿por qué, entonces, ya no se sentía cómoda a su lado en la cama? Lo importante era quererse, estar vivos. Pero se sentía furiosa y le daba vergüenza sentirse así. Su propio cuerpo le repugnaba cada vez que se desvestía. Ya no era la misma de antes.

¿Y por qué Lenny Mandel tenía que vivir sufriendo porque amaba a Linda Lanier? Porque también amaba a su madre, y su madre no quería a Linda. (Pero la buena de Linda lo llevaría con paciencia: durante los siguientes treinta años, lo acogería en su corazón, en su cama, renunciaría a los niños que había soñado tener con tal de envejecer a su lado, y lo cuidaría como una madre cuando, ya

mayor, él quedara por fin huérfano.)

Casi todos lo hacían lo mejor que podían. ¿No es justo decirlo? Hacían todos su mayor esfuerzo, los habitantes de Shirley Falls. «No me arrepiento de nada», se oía decir en uno de tantos rituales sociales, en el cumpleaños de alguien o en la celebración de una jubilación en la fábrica, pero ¿alguien estaba libre de remordimientos? No Dottie Brown, por supuesto, que recordaba por las noches en su cama las veces que su marido había necesitado amor y ella no se lo había dado. Y tampoco el propio Wally, tendido al lado de Althea Tyson dentro de su caravana blanca, resistiéndose a dormirse por miedo a los sueños que lo perseguían.

Y tampoco Isabelle Goodrow, que, pese a sus momentos de esperanza y lucidez, se quedaba observando por las tardes la expresión angustiada de su hija y comprendía que le había fallado a Amy de mil maneras. Hizo el viaje hasta Hennecock para buscar una tumba en un pequeño cementerio, y comprendió que no sólo le llevaba flores a la niña asesinada, sino también, de algún modo, a su propia hija, y a la madre de Debby Kay Dorne, que también debía de vivir cada día en medio de íntimos y devastadores remordimientos.

Y, entonces, hacia el final de octubre, la carta llegó. Era sábado, e Isabelle, que acababa de volver del A&P, la leyó de inmediato en la cocina, de pie y con el abrigo puesto. Amy esperó con los ojos cerrados, hasta oírla decir:

—Amy, tu hermana quiere conocerte.

Evelyn Cunningham se disculpaba por no haber contestado antes. Había estado ingresada en el hospital con pleuresía y había recibido su carta hacía sólo unos días. Confiaba en que Isabelle no se hubiera sentido «desairada» por el retraso. Isabelle, releyendo la frase por encima del hombro de Amy, sintió los ojos llenos de lágrimas ante aquella muestra (en su opinión inmerecida) de sinceridad. Los tres hijos de los Cunningham, que ya eran adultos, estaban enterados desde hacía algunos años de la existencia de «la niña». Todos estaban deseosos de conocer a su medio hermana, en particular Catherine, la mayor, que vivía con su esposo en Nueva Inglaterra, en Stockbridge, Massachusetts, y acababa de tener un bebé. Los chicos aún vivían en California. («¿Ya no la llaman Callie?», preguntó Amy. «Parece que no», dijo Isabelle, y siguieron leyendo juntas.) El último fin de semana de octubre, la familia se reuniría toda

en Stockbridge para el bautizo del bebé de Catherine: ¿podría llevar Isabelle a Amy a visitarlos un día del fin de semana? Sabía que estaba avisándoles con poca antelación. La carta concluía con una disculpa. A lo largo de los años, Evelyn había pensado con frecuencia en Isabelle y en «la niña», pero, durante algún tiempo, sus sentimientos habían sido un poco «crudos». Les pedía disculpas. El tiempo lo cambiaba todo, decía. Ya era agua pasada. Ella y sus hijos deseaban darles la bienvenida, a Isabelle y a «la hija de Jake». Confiaba en que Isabelle pudiese acudir aquel sábado a casa de Catherine, y que pudieran conocerse todos. La carta incluía el número de teléfono de Catherine.

—Guay —dijo Stacy—. Pero puede que te aburras. Los parientes suelen ser aburridos.

Amy le dio una calada a su cigarrillo. No le había contado a Stacy que se trataba de sus hermanos, sino sólo de parientes. No sabía por qué, pero no lo había dicho, y después ya no sabía cómo decirlo. Apenas había comentado que aquel fin de semana irían a visitar a unos parientes perdidos de su padre.

—Creo que mi madre tiene miedo de no caerles bien —añadió.

—¿Por qué no va a caerles bien?

Stacy no estaba muy interesada, pero ¿quién podía culparla?

Amy se encogió de hombros.

—Mi madre es un poco tímida.

Y así quedaron las cosas.

Fumaron un rato en silencio. Hacía un día nublado y frío, otoñal. Las hojas rojas habían caído casi todas, y se amontonaban en el suelo aquí y allá, por encima de las piedras y de los helechos tiesos. Algunos árboles, ya desnudos, bosquejaban siluetas raquílicas contra el cielo, pero en otros todavía pendían de las ramas hojas amarillas, hojas que susurraban por momentos con la brisa otoñal.

Nunca hablaban en el bosque del bebé que Amy había visto en la sala de maternidad del hospital. Ni tampoco de Paul Bellows, ni del cadáver de Debby Kay Dorne. Seguían ligadas por un profundo afecto, por una familiaridad que les permitía estar juntas en silencio, pero la desdicha apremiante de Stacy había desaparecido, y a menudo parecían muy distantes mientras fumaban en el bosque. También Amy tenía la cabeza lejos de allí. Como para contrarrestar esas

distancias, se tocaban a menudo, y de vez en cuando se acariciaban las manos, se recostaban una contra otra apoyadas en el tronco, y, cuando sonaba el timbre, después de recoger los paquetes de cigarrillos, juntaban un momento los rostros y se daban un beso.

—Jesús —le había susurrado Fat Bev a Isabelle en el pasillo de la fábrica—. Ojalá te vaya bien en ese viaje.

Era el último día del horario de verano. En el pueblo, distintas luces se encendían en distintas cocinas. Emma Clark había ido a buscar una taza de café, mientras Avery leía el diario en la cama. Ned Rawley, que se había levantado antes a orinar, se volvía para abrazar a su esposa Barbara. Del otro lado del río, Dottie Brown yacía dormida, pues la idea de que ese día saldría de compras con Bev la había relajado en medio de la noche; no tendría que estar sola. Isabelle Goodrow, sentada en la mesa de la cocina, oía a Amy arriba en la ducha, observando bajo la luz del alba el arbusto de hojas amarillas tras la ventana (una hoja amarilla cayó, y luego otra, y otra, y comprendió que el arbusto estaría desnudo cuando volvieran, porque siempre ocurría igual: todas las hojas caían a la vez).

Durante el resto de su vida, recordaría ese día, como se recuerdan los últimos momentos en compañía de una persona amada, pues, de algún modo, en lo más íntimo de su ser, ese día Amy había sido «suya» por última vez. En su memoria, las hojas serían de color dorado, y la autopista estaría flanqueada por árboles colmados de hojas doradas, que resplandecían bajo el sol de la mañana, caladas de otoño.

Se detuvieron en una gasolinera para ir al lavabo. Bajaron sin hablar, envueltas en el aire cortante e implacable del otoño. Entraron por turnos al lavabo mugriento, y cada una montó guardia ante la puerta azul. Cuando cruzaban de regreso el aparcamiento, Isabelle preguntó:

—Amy, ¿tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

Amy sintió de repente compasión por su madre y negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. En la memoria de Isabelle, durante el resto de su vida, ese gesto indiferente sería la evidencia de que ya había perdido a su hija. Ya entonces sus más elementales afanes de madre (¿qué más elemental que darle de comer?) resultaban innecesarios; la chica ya se sentía en otras manos, ya

quería levantar el vuelo.

Sin embargo, cuando se acercaban a su destino, Amy dijo que se sentía mal y que tal vez debían parar a comer. En un restaurante Howard Johnson, un hombre que pagaba ante la caja registradora la miró, y Amy advirtió que la miraba, y que seguía mirándola mientras le daban el cambio. Lo advirtió, y lo vio atravesar la cafetería, y lo vio volver la cabeza en la puerta para mirarla una vez más. Sus miradas se cruzaron a través de la ventana del restaurante y, en esa fracción de segundo, su vida cambió una vez más, porque había confirmado que gustaba a los hombres, a los hombres mayores, como aquel extraño de pelo entrecano. Fue allí, en un Howard Johnson, en la carretera 93, donde el deseo despertó de nuevo en su interior, el deseo, junto con la conciencia de que era deseable, con la certeza aún vaga de que quizá (de hecho) Mr. Robertson era reemplazable. Sintió sus pechos, metidos dentro del sujetador de Sears, bajo el jersey de cuello de cisne, aquellos pechos que había ofrecido y que volvería a ofrecer a otros hombres que la mirarían con los ojos enturbiados por el deseo. Un estremecimiento recorrió su vientre, ante la conciencia de su propio poder, cuando estaba sentada a la mesa frente a su madre, que escrutaba la carta y decía:

—Te pueden sentar bien unos huevos revueltos, cariño.

Cuando volvieron al coche se miraron. Amy arqueó las cejas, respiró hondo y sonrió como diciendo: «Bueno, allá vamos». Durante un instante permanecieron unidas, como si fueran a despegar en un cohete y hubiera llegado la cuenta atrás. Durante años, Isabelle recordaría aquel momento y lamentaría no haber hablado, no haberle dicho a su hija cuánto la quería y que siempre la querría, porque, al volver a la autopista, pareció cada vez más claro que era Amy quien iba a despegar, Amy quien se marchaba para siempre, y que Isabelle sólo estaba allí para pilotar la nave, para llevar a la chica con los suyos, con aquellos hermanos, con aquella familia, que era suya y no de Isabelle.

Siguieron su camino mirando al frente, sin decir palabra.

Sí, Isabelle recordaría ese viaje, las hojas amarillas, el dorado del otoño. Muchos años después, cuando Avery Clark ya había muerto de un infarto en su escritorio de la pecera, y Barbara Rawley ya había sido arrestada por robar cosméticos por valor de catorce dólares en una droguería, y Wally Brown había vuelto a vivir con Dottie, e Isabelle misma estaba casada desde hacía algún tiempo con aquel amable farmacéutico, recordaría el viaje con Amy. Sellaba los días eternos de la infancia solitaria de su hija y los días calurosos e interminables



de aquel terrible verano. Todo aquello que una vez había parecido interminable había terminado por fin, e Isabelle, en distintos lugares y en distintos momentos de los años venideros, se descubriría en ocasiones en silencio, escuchando sólo una palabra que se repetía en su interior: «Amy». «Amy, Amy», decía la voz de su corazón, su plegaria. «Amy», pensaba, «Amy», al recordar aquel día de aire frío, dorado.

# *Agradecimientos*

Quiero dar las gracias a Marty Feinman, a Daniel Menaker y a Kathy Chamberlain. Su ayuda ha sido inconmensurable.